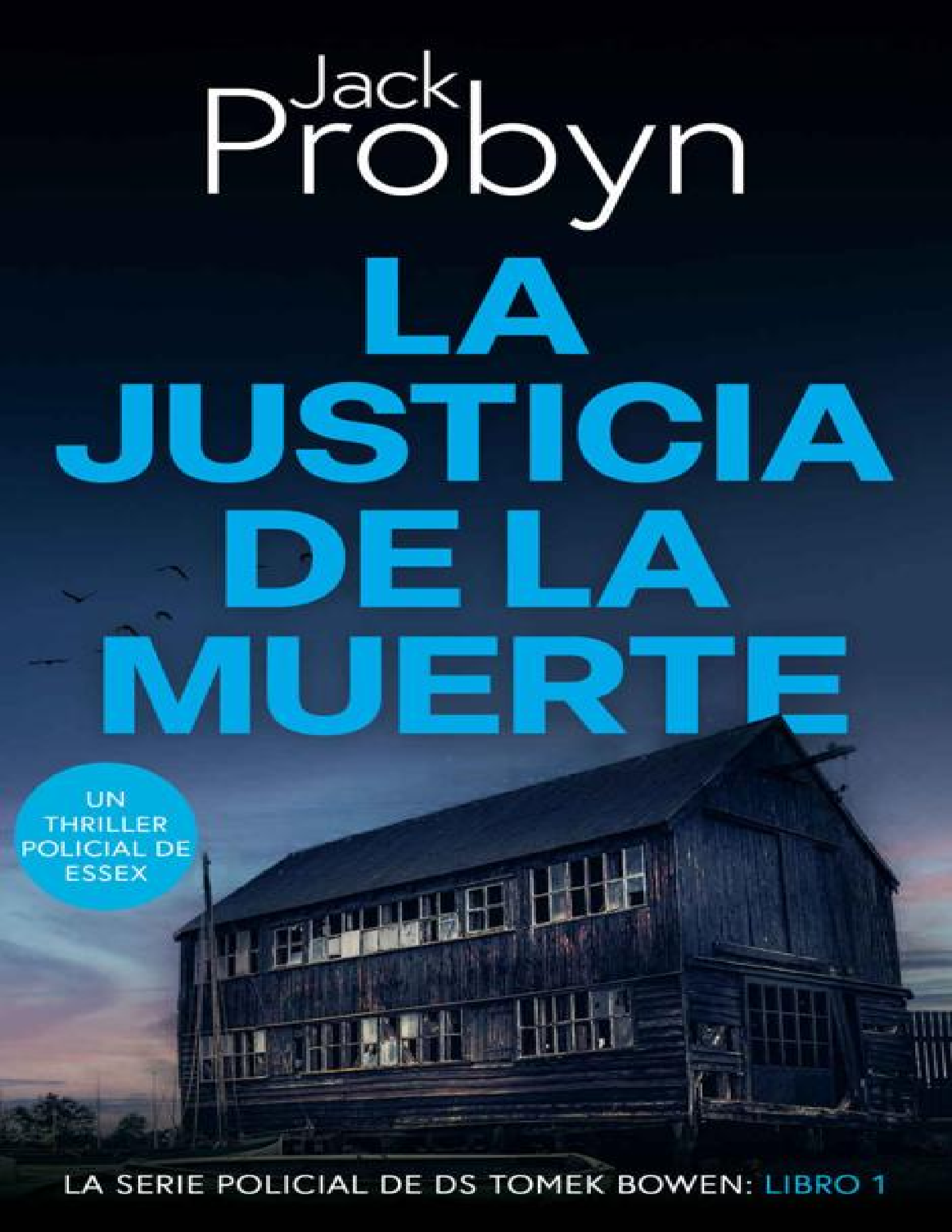
Jack Probyn

LA JUSTICIA DE LA MUERTE



UN THRILLER POLICIAL DE ESSEX

LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 1

LA JUSTICIA DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 1

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-119-9

ISBN: 978-1-80520-120-5

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81

Otras Obras de Jack Probyn

CAPÍTULO
UNO

El viento azotaba su rostro y lanzaba mechones de su cabello enmarañado, de color polvoriento, sobre sus ojos. A su alrededor se extendía una oscuridad interminable, interrumpida solo por las luces de las casas a su derecha y las balizas rojas parpadeantes de los aviones en lo alto. El silencio se veía puntuado de vez en cuando por el rugido estruendoso de los motores. Cada vez que pasaban, parecían absorber más luz.

Le habían indicado que esperara en este lugar exacto.

A esta hora precisa.

Pero ya habían pasado quince minutos, y comenzaba a pensar que ella no vendría. O, peor aún, que vendría alguien más. Ellos. *Aquellos*. La policía.

La parcela solo era accesible por un único camino. Si lo rodeaban, todo habría terminado. Sería un blanco fácil. Un ciervo acorralado por el pelotón de fusilamiento. Y esta vez, con sus antecedentes, seguramente dispararían sin la menor vacilación.

Si ese fuera el caso, levantaría las manos y daría la bienvenida a los trozos de metal destrozando su cuerpo.

Los quince minutos rápidamente se convirtieron en treinta, y continuó esperando. Nervioso. Envolviéndose más estrechamente en su chaqueta, haciendo formas extrañas con el vaho de su aliento frente a su cara. Soñando con el contacto de sus pequeñas y delicadas manos sobre su cuerpo. La sensación de su suave y hermoso cabello entre sus dedos.

No era el único que se excitaba: su pequeño soldado, como le gustaba llamarlo, ya estaba firme como un mástil.

El hambre dentro de él ardía. Más fuerte y rápido que nunca. Siete años se había visto obligado a esperar. Siete años, doscientos trece días antes de poder experimentar la liberación, la euforia, el placer. Siete años antes de poder recordar lo que se sentía al tener poder sobre una niña pequeña.

Siete años demasiado largos.

No podía esperar más. *No* esperaría. El hambre dentro de él era simplemente demasiado intensa. Un simio enjaulado desgarrando los barrotes.

Su pene seguía firme. Un guardia leal listo y esperando para cumplir las órdenes del rey al menor aviso.

La zona estaba tan oscura que no podía ver la esfera de su reloj. Pronto, los aviones alcanzarían su toque de queda y dejarían de despegar, y se vería obligado a esperar en el silencio.

En la oscuridad.

Protegiéndose contra el viento.

Soñando, imaginando, fantaseando.

Y entonces oyó un sonido. Procedente de la entrada de la parcela. El crujido de hojas. Pequeños y delicados pies rompiendo la tierra seca a su alrededor. Un abrigo rojo ondeando al viento. Esto era. Su momento. El momento de *ella*. Aquel con el que había fantaseado durante tanto tiempo. Angelica, así se llamaba. La hermosa y dulce Angelica. Visualizó su foto de perfil. Una fotografía de una niña de siete años sonriendo radiante —sonriéndole a él— frente a una piscina. Vestida con su traje de baño. Manguitos de goma adheridos a sus delgados brazos que no tenían edad suficiente para desarrollar ningún músculo o grasa.

Brazos pequeños y delgados que sería bastante fácil romper si se resistía o si sentía que necesitaba ejercer más control.

De eso se trataba. Del control. Siempre el control.

Hasta ahora en su vida, había podido controlarlo todo. Su educación. Su carrera. Su trabajo. La impresión que dejaba en otras personas.

Pero cuando había estado dentro, encarcelado entre las cuatro paredes de su celda, atrapado con los animales a los que llamaba compañeros de habitación, no había tenido control. Se había sentido perdido, impotente.

Era hora de cambiar eso.

Levantó la cabeza y miró a la figura en la entrada de la parcela.

Pero no era quien esperaba. No era la figura de una pequeña y tímida criatura. En su lugar había una figura mucho más grande, recortada contra la oscuridad. Bloqueando la entrada.

Su primer pensamiento fue la policía. Lo habían encontrado. Finalmente lo habían atrapado. De nuevo.

Pero cuando vio el suave destello de la luz de la luna sobre la hoja en la mano de la figura, supo que estaba equivocado.

Terriblemente equivocado.

CAPÍTULO
DOS

La manilla de la puerta del piso de Tomek había sido la pesadilla de su existencia desde el día en que se mudó hace trece años. Había estado en su lista de "tareas pendientes" desde entonces y, sin embargo, como con todas las cosas relacionadas con el trabajo manual, era demasiado perezoso para arreglarla. Así que, en cambio, continuaba maldiciendo e insultando al objeto inanimado cada vez que su llave se atascaba o se quedaba enganchada.

—Maldita cosa estúpida.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Molly detrás de él, mientras metía la mano por debajo de su camisa y le hacía cosquillas en los omóplatos juguetonamente.

—En un minuto la necesitaré.

Con algunos gruñidos más y unas cuantas palabras escogidas que habrían provocado un infarto a su anciana vecina de la calle, logró abrir la puerta a la fuerza y entró tambaleándose. El interior del piso estaba hecho un desastre. Sabía que iba a tener compañía esta noche, pero no se había molestado en ordenarlo. La experiencia le había enseñado que eso apenas influía en el resultado de la velada de todos modos.

Tiró las llaves en el sofá y se dirigió directamente a la cocina. Allí encontró una botella de vino blanco que había estado enfriándose en la nevera desde antes de que se fuera. Una que había preparado con antelación, al más puro estilo de Blue Peter. Anthea Turner

habría estado orgullosa. Agarró dos copas de vino, seguidas de un puñado de hielo del congelador, y lo sirvió en las copas.

—Aquí tienes —dijo, mientras le pasaba la copa.

—¿Intentas emborracharme?

—No *necesito* hacer nada.

—Alguien está muy seguro de sí mismo.

—¿He interpretado mal alguna señal?

No lo había hecho, y ambos lo sabían. Su primera cita en varios meses. Su relación había comenzado por internet, como era la forma de conocer a la mayoría de la gente hoy en día, y había pasado las últimas semanas preparándose para este momento. Ella era un poco más joven que su tipo habitual, pero eso no era suficiente para disuadirlo. Parecía madura, inteligente y divertida.

Y si había algo que necesitaba más que el sexo, era reírse un rato.

No tardó mucho en suceder ninguna de las dos cosas. En veinte minutos, se habían perdido en el sofá, hablando, bebiendo, rompiendo la incomodidad, limando gradualmente la tensión sexual entre ellos. Molly había dado el primer paso. Inclinándose sobre el cojín y besando sus labios. Suave, delicado, cálido. Y luego se habían encontrado en la habitación, enterrados bajo las sábanas, sus cuerpos y extremidades entrelazados.

Y entonces todo se había venido abajo. Una barrera entre ellos.

Su teléfono móvil. Sonando en la mesita de noche.

—Ignóralo —le había dicho a Molly, que se había distraído momentáneamente—. Si es importante, volverán a llamar.

El problema era que él sabía que *sería* importante. Y que volverían a llamar. Varias veces hasta que contestara, de hecho. Era casi medianoche, lo que significaba que solo podía ser una persona. El trabajo. El grupo colectivo de personas que llamaba sus colegas. Molestándolo. Diciéndole que algo terrible había sucedido. Que el lado más oscuro de la condición humana había hecho acto de presencia.

Otra vez.

Ambos estaban completamente desnudos cuando el teléfono sonó por quinta vez. Quien fuera que estuviera al otro lado era

persistente, eso había que reconocerlo. Un nombre le vino inmediatamente a la mente. El inspector Tony Hunt.

Claramente distraída por la constante reverberación en la mesita de noche, Molly se apartó de él y agarró el teléfono por él.

—Si no contestas, lo haré yo.

Eso sí que va a armar un buen lío, pensó Tomek para sí mismo. A Tony no le gustaría eso. El hombre de mediana edad rara vez había hablado con una mujer menor de cuarenta años, y Tomek podía imaginar la reacción, el tartamudeo mientras escuchaba la voz suave pero seductora de Molly.

Estaba tentado a dejar que lo hiciera.

Así que lo hizo.

—¿Hola? —contestó ella. Esperó—. Está un poco ocupado ahora mismo. ¿Oh, necesitas hablar con él? Deja que te lo pase.

A regañadientes, Tomek tomó el teléfono.

—Más vale que alguien esté muerto.

—Puedes apostarlo, Tommy muchacho. —La voz insana e irritante de un hombre que intentaba parecer veinte años más joven hizo que la sangre se alejara del pene de Tomek y se dirigiera a las venas palpitantes de su cabeza—. Siento molestarte, pero ha habido un asesinato. En un huerto cerca del Aeropuerto de Southend. ¿Crees que podrías guardar a tu pequeño amigo en los pantalones y venir aquí?

—Estaré allí tan pronto como pueda.

—Buen chico. Ella suena muy agradable, por cierto. ¿Crees que podrás hacer que esta dure más de un fin de semana?

Tomek ocultó su mueca tras una sonrisa. Lo último que quería —o necesitaba— eran consejos sentimentales de Tony Hunt.

CAPÍTULO
TRES

Cuando Tomek llegó, ya se habían instalado una serie de focos en las cuatro esquinas del huerto comunitario, iluminando las lechugas, patatas y demás surtido de vegetales caseros que sus usuarios cultivaban con un fantasmagórico tono blanquecino. Las luces eran tan intensas que Tomek podía ver los poros de todos los presentes, las grietas y arrugas de sus rostros. Las briznas individuales de hierba en el suelo. No había forma de ocultarse, ni de esconder las emociones. Y todos parecían una combinación de cansancio, falta de sueño y depresión.

Una suave llovizna había comenzado a caer, humedeciendo rápidamente la tierra dura del suelo. En el centro del huerto, un equipo de técnicos forenses, vestidos de pies a cabeza con trajes blancos y azules, intentaba montar una carpa forense alrededor del cadáver. De fondo, el ensordecedor sonido de aviones despegando hacia el cielo ahogaba cualquier conversación.

Tomek encontró al inspector hablando con un agente uniformado junto al cordón interior.

—¿Qué hora es esta para llegar, sargento?

—Mucho más tarde de tu hora de acostarte —respondió Tomek —. Y de la mía.

—¿Enviamos una nota a todos los criminales, entonces? Nada de asesinatos después de medianoche.

—Si pudieras. Necesito mi sueño de belleza.

—Y tu joven dama también, por lo que parece. No creas que no sé cuánto se tarda en llegar aquí desde tu piso, Tomek.

Tomek no estaba seguro de cómo debía responder a eso. Sí, se había tomado su tiempo para llegar. Sí, era consciente de la urgencia. Pero el cadáver no iba a ir a ninguna parte, y por lo que parecía, él tampoco. Ese era un asunto que tendría que afrontar mañana.

Después de vestirse con sus trajes forenses, Tony guió a Tomek por los pasillos del huerto hasta la carpa forense. Alrededor del hombre desnudo había tres técnicos forenses, un jefe de escena del crimen y un fotógrafo. Apenas había espacio para cuatro personas, y mucho menos para los siete que se encontraban apretujados unos contra otros.

Tomek miró al fallecido. Yacía allí, desnudo, expuesto al mundo y a los elementos, despojado de su dignidad. Le habían cortado la garganta, con la hoja enterrada lo suficientemente profunda como para dejar ver algo de hueso. Su pecho estaba cubierto por una floración de sangre, rodeado por docenas de agujeros que perforaban su caja torácica y abdomen, como pequeñas incisiones quirúrgicas. La palabra "cabrón" había sido grabada en sus pectorales en letras mayúsculas, como si el asesino estuviera preocupado de que su caligrafía no fuera legible. Justo debajo estaba su obra maestra. El pene y los testículos de la víctima habían sido masacrados y, peor aún, extirpados. Tomek los encontró metidos dentro de la boca de la víctima, con el pene flácido colgando sobre su labio inferior. Como un cañón asomando por el agujero de las defensas de un barco.

—Pobre tipo —susurró Tomek para sí mismo.

—Esperemos que ya estuviera muerto antes de que le pasara eso —coincidió Tony—. No puedo imaginar un dolor peor.

—¿Quién lo encontró?

—Un hombre y una mujer. Están fuera en el aparcamiento. Necesitaré que tomes sus declaraciones pronto.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Su sangre todavía está húmeda. Y su cuerpo aún está caliente. Así que no mucho.

Tomek hizo una pausa para pensar. Examinó el cuerpo de nuevo, esta vez dirigiendo su atención a la cabeza del hombre. Un técnico forense estaba agachado a su lado, con la lente de la cámara en la mano flotando a centímetros del pene. La sesión fotográfica más indigna que Tomek había visto jamás.

—¿Dónde está su ropa?

—No está aquí —respondió Tony con sarcasmo. Tomek conocía lo suficiente al hombre como para saber que intentaba ser gracioso, pero solo resultaba incómodo y ligeramente patético. Como un padre contando un chiste inapropiado a un adolescente.

—Hemos registrado la zona, pero sin suerte —interrumpió una voz desde detrás de una mascarilla. Venía de la esquina de la carpa. Verónica Isles. La jefa de la escena del crimen, la responsable de toda la operación desde el punto de vista de la recolección de pruebas—. Mi mejor suposición es que el asesino se la llevó. Aunque fueron lo bastante amables para dejarle los calzoncillos y los pantalones alrededor de los pies.

Tomek asintió comprensivamente. —Sin mencionar los zapatos. Por si necesitaba salir corriendo.

Esquivó a un oficial de la escena del crimen y se agachó junto a la cabeza de la víctima. Colocados a ambos lados había dos documentos. A la izquierda, una copia del carnet de conducir de la víctima. A la derecha, un documento del Servicio Penitenciario de Su Majestad. Tomek se inclinó más para examinarlos, comparando la cara en el carnet con la que tenía delante.

—Se parece a él —dijo—. Menos el apéndice extra, claro.

—Por supuesto —repitió Tony.

—Señor Timothy Rosenthal, nacido el 18 de junio de 1985 —dijo, esta vez hablando al cadáver, sin esperar respuesta. A menudo lo encontraba reconfortante, una práctica que había desarrollado como oficial uniformado. Originalmente lo hacía para aliviar el horror y las emociones repentinas que experimentaba después de ver su primer cadáver, ahora lo había integrado en su proceso de lidiar con la muerte. Hablarles los humanizaba de alguna manera, los hacía reales. Independientemente de lo que hubieran hecho para merecer cualquier destino que les hubiera tocado.

—¿Qué hiciste para merecer esto, eh? Alguien *realmente* te odiaba.

Encontró la respuesta en el documento al otro lado de la cabeza de Timothy. El historial delictivo del hombre. Condenado por violación, abuso sexual infantil, posesión de pornografía infantil y bestialismo. No era frecuente que Tomek estuviera tan horrorizado como para elegir no hablar con los muertos. Solo en circunstancias extremas.

Esta era una de esas veces.

—¿Está *plastificado*? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí.

—¿La gente todavía plastifica hoy en día? Pensé que eso era solo cosa de escuelas y hospitales.

—Apuesto a que se ha encontrado en algunos de esos en su tiempo.

—Sí —respondió Tomek—. Y apuesto a que si no tienes cuidado, podríamos encontrarte en uno de ellos.

—Que te den —escupió Tony.

Tomek ignoró el comentario y se puso de pie. Tony se las arreglaba bien, si no mejor. Al igual que todos los demás en la Unidad de Investigación Criminal de Southend. Eran un grupo de sinvergüenzas que no desentonarían en una fila de identificación de presos ellos mismos.

—Al menos sabemos quién es y dónde vive. Eso nos ha hecho la vida mil veces más fácil —comentó Tomek—. ¿Tenemos alguna pista sobre quién podría ser el asesino?

—Los forenses encontraron algunas huellas de pisadas allí. —Tony señaló un pequeño trozo de tierra junto a la mano izquierda de Timothy Rosenthal, marcado con un cono amarillo—. Pero esto es un huerto. Podrían ser de cualquiera. Y el suelo está muy seco, así que quizás no obtengamos una buena coincidencia.

—Y yo que pensaba que nos estaban haciendo un favor.

—¿Dónde estaría la diversión en eso?

Significaría terminar temprano, eso lo sabía. Estaba cansado y le costaba contenerse de bostezar cada treinta segundos. La mascarilla

ayudaba a ocultarlo, pero en cuanto se la quitara para hablar con los testigos clave, estaría librando una batalla perdida. No debería haberse tomado la segunda copa de vino.

El vino *nunca* era una buena elección.

El señor y la señora Telford, o Mark y Fiona, como querían que los llamaran, eran una pareja en sus cuarenta y tantos años. Vestidos con ropa que les hacía parecer que acababan de matar a un hombre —con sus anoraks hasta las rodillas y gorras de béisbol caladas hasta los ojos—, Tomek inmediatamente desconfió de ellos. Pero estaba dispuesto a escuchar lo que tenían que decir.

—Supongo que la pregunta obvia —comenzó Tomek—, es ¿qué estaban haciendo aquí, en medio de un huerto, en plena noche?

—Bueno, nosotros... —comenzó Mark, con la voz quebrándose bajo la presión.

—¿Sí?

—Estábamos dando un paseo —intervino Fiona.

—¿En medio de un huerto... en plena noche?

—Bueno... Nosotros... Nos gusta el aire nocturno. Es mucho más fresco aquí. Es mucho más limpio. —Por la entonación de su voz, era evidente que ni ella misma se creía—. ¡Y nos gustan las estrellas! —añadió como ocurrencia tardía.

Tomek vio claramente a través de su mentira. —¿Y la razón *verdadera* por la que estaban aquí?

Las mejillas de la pareja se sonrojaron y se miraron el uno al otro, como un par de colegiales sorprendidos besándose detrás del cobertizo de bicicletas.

—Bueno...

Si Tomek escuchaba esa palabra una vez más, estaba dispuesto a abofetear al hombre.

—¿Qué era? —comenzó—. ¿*Pasión de Gavilanes* había terminado y les apetecía un rato cavando en el huerto? No creo que...

—Dogging...

—¿Perdón?

—Dogging. Nosotros... venimos aquí para...

—Oh, vamos. Tiene que ser una broma. ¿Dogging? ¿En serio? ¿Aquí?

La pareja se encogió aún más. Él no era quién para juzgar, su relación era su relación, sus intereses sexuales eran *sus* intereses sexuales, pero podía pensar en mejores lugares para intimar. Algún sitio sin la tierra, el frío, la hierba, las flores, el riesgo de ser vistos. Pero, sobre todo, algún lugar sin la tierra.

—Es un lugar popular entre la comunidad del dogging —le dijo Mark, con cierto orgullo.

La comunidad del dogging. Como si fuera un grupo prestigioso de personas, donde celebraban una asamblea general anual y entregaban premios a final de año.

Y el premio al Mejor Dogger es para...

Con gran dificultad, Tomek ahogó una risita bostezando. Lamentablemente, esta vez no tenía la mascarilla para ocultarse detrás.

—Este es un punto caliente para gente... gente como nosotros —continuó Mark—. Vienen aquí porque es un lugar apartado, hay muy poca gente cerca, y los aviones volando por encima significan que puedes gritar tan fuerte como quieras.

Madre mía.

Tomek había esperado esa respuesta de Fiona, pero no de Mark. Mark le había sorprendido con esa pequeña joya de honestidad.

—Me alegra oírlo —respondió—. Y en su encuentro romántico de esta noche, ¿llegaron a ver lo que ocurrió con nuestro amigo de allí?

La pareja se miró, como si pidieran permiso al otro para ser honestos. Algo que, en la mente de Tomek, ninguno necesitaba. Ya habían demostrado lo abiertos que eran.

—No, para resumir. —Mark se rascó nerviosamente la nuca—. Ya estaba así cuando lo encontramos. Tan pronto como vimos en qué tipo de... —hizo una pausa para encontrar la palabra correcta— *estado* se encontraba, llamamos a ustedes.

—¿No oyeron nada?

Un movimiento negativo de cabeza.

—¿Vieron algo?

Otro movimiento negativo.

—Excelente. Bueno, voy a necesitar tomar una impresión de sus zapatos, así como invitarlos a volver a la comisaría mañana para que

alguien tome la declaración completa, ¿está bien?

Ambos asintieron con la cabeza, y Tomek los llevó hasta uno de los técnicos forenses. La dejó a cargo de manejar los detalles más específicos. Un trabajo que agradecía no tener que hacer más. Cuando regresó a la escena del crimen, encontró al Inspector Detective Tony Hunt hablando con el patólogo. Un hombre de poco más de cincuenta años y cercano a la jubilación, que estaba tan contento de haber sido llamado a una escena del crimen en medio de la noche como Tomek lo estaba de dejar a una joven mujer en su cama. No solo porque echaba de menos su contacto físico, sino porque las últimas palabras que ella había dicho antes de que él se fuera lo habían desconcertado.

—¿No te preocupa que vaya a robarte? —había preguntado ella.

Él se había reído y luego respondido: —Soy policía. Si lo haces, te encontraré y te mataré.

Pero solo estaba bromeando.

Y esperaba que ella también.

CAPÍTULO
CUATRO

Más tarde esa mañana, Tomek se alegró de despertar en una casa con todas sus pertenencias en el mismo lugar donde las había dejado. Después de regresar en la madrugada —habiéndose convertido rápidamente en innecesario en el huerto—, Tomek había entrado de puntillas por la puerta y se había metido sigilosamente en la cama con Molly. En las horas transcurridas, mientras dormía como un egoísta bebé, el responsable de la escena del crimen y Tony Hunt habían esperado el veredicto del patólogo, continuado su examen del lugar, y luego asegurado el huerto, dejando a un joven agente de policía con la desafortunada y tediosa tarea de montar guardia hasta que fuera el momento de que el siguiente desgraciado asumiera la responsabilidad al mediodía.

Eran las 7 a.m. cuando Tomek salió de la cama y se metió en la ducha. En cuestión de minutos estaba lavado, seco, vestido y listo para irse. Pero su invitada tenía otras ideas. Quedarse en la cama, para empezar. Perdiéndose en el edredón de plumas de ganso con 10,5 tog de grosor en el que había gastado una fortuna en The White Company. Apenas podía culparla —quizás era lo más cómodo en lo que había dormido jamás, y a menudo le resultaba difícil despertarse algunas mañanas—, pero ahora no era el momento. Tenía un asesinato que investigar. Y nadie podía discutir con un pedófilo muerto que tenía su pene metido en la boca.

Tomek la empujó suavemente.

—Eh. Despierta.

Ella se agitó, gruñó, luego rodó hacia el otro lado y hundió la cabeza más profundo en la almohada. Podía intuir que esto no iba a ser fácil. Por un momento consideró levantarla y sacarla del piso cargando. Pero para un hombre que llevaba algunas semanas en el lado equivocado de los cuarenta, no confiaba tanto en la fuerza de su espalda como lo había hecho diez años atrás. Sí, todavía se cuidaba. Corría cada mañana antes del trabajo, entrenaba ocasionalmente en el gimnasio, jugaba en el equipo de fútbol del CID los fines de semana. Pero las penas del envejecimiento lo estaban alcanzando. Y el ejercicio solo era un remedio para amortiguar los efectos de su habitual consumo social de alcohol después del trabajo y los largos períodos sentado frente a una pantalla de ordenador. No se estaba haciendo más joven, pero por otro lado, nadie lo estaba.

—Eh —dijo de nuevo, esta vez empujándola con más fuerza—. Tengo que ir a trabajar. Necesitas irte. Puedo llamarte un taxi.

Tan pronto como comprendió que la estaban echando, Molly se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Conseguiste lo que querías y ahora quieres que me vaya?

—Es trabajo. No puedo hacer nada al respecto. Te llamaré un taxi.

—Pero dijiste que quizás no tendrías que ir.

Tomek buscó en su memoria, tratando de recordar el momento en que había dicho eso. No encontró nada.

—Es una de esas cosas —respondió—. Es parte del trabajo.

Cinco minutos después, tras recoger frenéticamente sus cosas, y sin estar completamente segura de haberlas recuperado todas, Molly se subió a un taxi. Antes de despedirse, él le entregó un billete de veinte y le dijo que le enviaría un mensaje, pero que la investigación, sin embargo, dictaría el plazo en el que lo haría.

Una vez que ella estaba segura calle abajo y no había posibilidad de que regresara, Tomek cerró con llave la puerta de su piso y se dirigió a la comisaría.

La sede de la investigación estaría ubicada en un edificio bajo y discreto, situado a tiro de piedra de los Tribunales de Magistrados y del Condado de Southend, justo en el centro de la ciudad. El hogar de la Brigada de Investigación Criminal de Essex estaba en el segundo piso, en el ala este del edificio. No era mucho, pero era su hogar. Tres filas de escritorios se extendían de un extremo del espacio al otro, con tres oficinas protegidas por ventanas que iban del suelo al techo contra la pared trasera. Una para el inspector jefe de detectives. Una para el superintendente. Y la otra para el Inspector Detective Tony Hunt. Por algún milagro, el inspector había logrado conseguirse un espacio privado, una habitación para él solo. Probablemente lo mejor, considerando que la moral del equipo estaba en su punto más alto cuando él no estaba presente, contando sus chistes absurdos y tratando por todos los medios de caer bien.

Cuando Tomek llegó por primera vez, sin embargo, se encontró en la desafortunada posición de estar de pie en la primera oficina. Hogar del Inspector Jefe de Detectives Nick Cleaves. Nick era un hombre en el lado equivocado de los cincuenta, calvo, bajo y con un trasero del tamaño de su barriga. Era el tipo de hombre que había trabajado durante casi treinta años en el servicio y no había hecho nada para evitar que se le notara.

Tomek lo encontró sentado en su silla, mirando fijamente la pantalla de su ordenador.

—¿Me llamó, señor?

Nick suspiró profundamente, como si Tomek lo hubiera interrumpido de algo importante, aunque Nick había sido quien organizó la reunión.

—Siéntate, Tom.

Tomek hizo lo que se le ordenó y colocó el café que había preparado en la máquina sobre el escritorio.

—Hablé con Tony —comenzó Nick—. Dijo que llegaste tarde anoche.

—Me retrasé, señor.

—¿Fue algo importante?

—No particularmente —respondió Tomek—. No volverá a suceder, señor.

—Más te vale. Por tu bien. No puedo seguir defendiéndote así, Tom. La cantidad de veces que debería haberte puesto las pelotas en bandeja... Ni siquiera tiene gracia.

—No se me ocurriría reírme de usted, señor.

Otro suspiro. Esta vez más pesado. El ruido, junto con el constante desinflamiento de todo su cuerpo, se había vuelto sinónimo de Nick en general. Era parte de su carácter, su personalidad. Tomek podría haberle dado la mejor noticia del mundo, y aún así habría reaccionado igual que si le hubiera dicho que perdió una apuesta en las carreras. Era una constante en la oficina, y a Tomek le encantaba. Siempre se había preguntado si Nick sufría de algún problema pulmonar, pero al final se dio cuenta de que al hombre simplemente no le gustaba estar donde sea que estuviera, en cualquier momento dado. Los dos habían trabajado juntos durante más de una década, desde que Tomek había causado una impresión como agente de policía durante una investigación de asesinato que involucraba a un amigo de Tomek. Desde entonces, Tomek había encontrado formas nuevas e innovadoras de poner a prueba la paciencia de Nick, y su relación.

La cara de Nick se contorsionó. Algo le rondaba por la mente, y se notaba claramente que estaba a punto de salir. Tomek esperó a oír qué era.

—¿Por qué sigues haciendo esto? —preguntó.

—¿Hacer qué, señor?

—Saltar de relación en relación.

—No entiendo qué tiene que ver esto con nada.

—Mi propia curiosidad. Algo que siempre me he preguntado. ¿Es porque nunca has amado nada más de lo que te amas a ti mismo? ¿Porque nunca has podido entregarte a alguien verdaderamente?

Tomek dudó antes de responder. No esperaba que la conversación se volviera tan profunda y personal. Para nada. Especialmente tan temprano en la mañana. Tal vez era el turno de Nick de poner a prueba *su* paciencia.

—Me aburro fácilmente —mintió.

La verdad era que sabía exactamente cuál era su problema. Que tenía demasiado miedo de dejar entrar a alguien. Que no se sentía digno de amor. Que la trampa para osos de la emoción se aferraba a él cuando las cosas se ponían demasiado intensas. En sus relaciones pasadas, en las pocas veces en que se había permitido ser completamente vulnerable, lo habían maltratado y destrozado, un síntoma de lo que sentía que merecía. Así que era justo que se lo hiciera a otra persona antes de que pudieran hacérselo a él.

Nick gruñó, la expresión en su rostro sugiriendo que no creía ni una palabra de lo que Tomek dijo. Su asociación era tal que podían ver a través del otro con facilidad.

—Tenemos una nueva DC que comienza hoy —reanudó Nick—. Esta mañana. Una estrella de la Policía Metropolitana. Viene muy recomendada, y por lo poco que he hablado con ella, está ansiosa por empezar a trabajar. Como castigo por llegar tarde anoche, quiero que la presentes al equipo. Rompe el hielo y ayúdala a instalarse.

—¿Quiere que sea su soporte técnico, señor? —El lado de la boca de Tomek se crispó en una sonrisa.

—Por Dios, no. No después de lo que hiciste la última vez.

Tomek se rió para sí mismo, recordando la vez que Nick le había pedido que cambiara una configuración en su teléfono y en su lugar había modificado la configuración de texto para que cada vez que Nick escribía "Nick" en la barra de texto, se cambiaba a "Nick el Asqueroso".

—¿Cuánto tiempo estará con nosotros? —preguntó Tomek.

—A largo plazo, según me han dicho. Lo que significa que tendrás que estar en tu mejor comportamiento. No queremos que la asustes con tus historias sobre este agujero de mierda.

—Southend puede ser un agujero de mierda, señor, pero es nuestro agujero de mierda. Y estamos orgullosos de ello.

Nick respondió con una mirada desdeñosa, luego dirigió su atención a la hora.

—Estará aquí pronto. Tienes veinte minutos. Convocaré una reunión informativa a las nueve, así que termina para entonces.

Tomek levantó la mano a su cabeza en un saludo. —¡A sus órdenes, Capitán!

La encontró esperando en la entrada del edificio momentos después. De pie con su peso apoyado en una pierna, bolso colgando de su cadera, dándole la espalda. Una sombrilla de pelo castaño colgaba entre sus omóplatos, y un largo abrigo azul marino quedaba a unos centímetros por encima de sus tobillos.

—¿Agente Hamilton?

Ella giró en el acto y se volvió hacia él, su cabello alcanzando al resto de su cara poco después.

—DS Tomek Bowen —dijo él, extendiéndole la mano.

Ella la tomó. —Rachel. Encantada de conocerle, señor.

—Igualmente. ¿Buen viaje?

—Tan bueno como puede ser. Los trenes son mucho más tranquilos saliendo de Londres a esta hora de la mañana.

—Tendrás que tener cuidado con eso. Me he quedado varado un par de veces. Especialmente en medio de la noche. No son tan fiables como te hacen creer. Aunque tenemos un espacio en el armario de las escobas que se vuelve bastante cómodo dependiendo de lo cansado que estés.

—No soy ajena a tener que dormir en la oficina —dijo ella.

—Bien. Entonces encajarás perfectamente. ¿Vamos?

Con un asentimiento y una sonrisa, Rachel le dio permiso para presentarla al equipo de arriba. En el camino se encontraron con Tony. Después de una rápida presentación, manteniéndola lo más breve posible, Tomek la condujo a través de las puertas en la parte superior del hueco de la escalera, y comenzó el largo camino a través del edificio.

—Le llamamos Tony el Tibio —dijo.

—Claro. —La entonación en su voz sugería que quería saber por qué, pero tenía demasiado miedo para preguntar.

—Tiene esta cosa rara con su café: le gusta esperar hasta que la tetera se haya enfriado para no quemar los granos. Luego, por si eso no fuera bastante extraño, no puede beberlo caliente de todos modos, así que añade como un galón de leche para que llegue a

temperatura ambiente. Para cuando finalmente toca sus labios, lleva un par de días muerto. De ahí el nombre.

—Claro.

Tomek podía sentir el juicio en su voz. Y en su cara.

—Tenemos otro apodo para él. Pero estoy seguro de que puedes adivinar cuál podría ser.

Ella vaciló.

—¿Estudiaste pareados cuando estabas en el colegio?

Y entonces todo cobró sentido.

Al final del pasillo, pasaron por un conjunto de puertas dobles y entraron en la oficina principal del equipo de investigación principal. El centro. En el breve tiempo en que Tomek había salido, los pocos miembros restantes del equipo habían entrado, con una combinación de temor y entusiasmo grabada en sus rostros. El inicio de una nueva investigación importante siempre era tenso, creando un crisol de emociones.

Nada como una cálida presentación para calmar las cosas.

—Buenos días a todos —declaró Tomek, agitando la mano para atraer la atención de todos—. Me gustaría presentaros a la DC Rachel Hamilton, que se une a nosotros desde la gran humareda de más allá. —Señaló una ventana con vista al mar, en dirección completamente opuesta a Londres—. Hemos oído grandes cosas, así que ahora es el momento de ponerlas a prueba.

De inmediato, el equipo se puso de pie y se acercó. Algunos torpemente, otros con confianza. En total, había un grupo de ocho, incluido Tomek. Un inspector de detectives, representado por Tony el Tibio. El siguiente en la cadena alimentaria era el Sargento Detective Sean Campbell, una figura imponente de hombre, construido como un búnker, a quien Tomek consideraba su amigo más cercano. Habían progresado juntos, y habían pasado la mayor parte de sus carreras juntos, por lo que era justo que también pasaran mucho tiempo juntos fuera del trabajo.

—Nos gusta llamarle Sean Kingston —dijo Tomek mientras se presentaban.

—No solo porque me parezco a él —añadió Sean, empequeñeciendo la mano de Rachel en la suya.

—Sino porque cree que también puede cantar como él. Y lo escucha en cada momento que Dios le da.

—No creo que haya nada malo en un poco de R&B de los 2000 —dijo Rachel con una sonrisa—. He sido conocida por escucharlo de vez en cuando.

—Entonces vosotros dos podéis encontrar una habitación tranquila por vuestra cuenta —dijo Tomek, antes de presentar a Rachel al siguiente miembro del equipo.

DC Chey Carter.

—Chey aquí era el miembro más nuevo del equipo hasta tu llegada. También es el más joven. Se unió a nosotros cuando era un niño pequeño. Recién salido del útero, casi.

—Lo que significa, naturalmente, que me destrozan mucho —dijo Chey mientras se acercaba, empujando sus gafas de diseñador más arriba en su nariz—. Y obtengo todos los trabajos de mierda que nadie quiere hacer. Pero no me importa. ¡Todo es parte del proceso de aprendizaje, supongo!

Chey siempre había tenido una perspectiva positiva y, francamente, estúpida sobre la forma en que era tratado dentro del equipo. Pero nadie más estaba dispuesto a cambiarlo.

—Chey es un poco como un perro —añadió Sean—. Todo son diversiones y juegos para él. Y simplemente está feliz de estar aquí.

Rachel le ofreció una sonrisa maternal comprensiva mientras se presentaba a él. —¿Cuál es *tu* apodo entonces?

—Aprendes rápido —dijo Tomek—. Creo que te llevarás muy bien aquí. Chey, ¿quieres tomar esta, colega?

Chey no dudó. —Chey-enne Pepper —respondió, incapaz de borrar la sonrisa de su cara—. Porque soy feroz cuando necesito defenderme.

—Y porque se tira muchos pedos —añadió Tomek—. Su madre hace un tikka masala increíble. Solo no te sientes junto a él cuando trae uno.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

A continuación estaba la Detective Constable Anna Kaczmarek. Una detective experimentada con más de veinte años en el servicio, era tan formidable como entretenida. Triple Word Score era su

nombre, debido a su apellido difícil de pronunciar y la cantidad de puntos que obtendrías si lo jugaras en una partida de Scrabble.

Después de ella vino Oscar Perez, otro detective constable con una duración de servicio similar.

—Le llamamos Capitán En Realidad —susurró Tomek al oído de Rachel mientras se alejaba.

—¿Por qué?

—Porque necesitas asegurarte de que estás absolutamente, cien por cien, inequívocamente, sin ambigüedad seguro sobre lo que sea que estés hablando con él, porque lo más probable es que ya lo sepa. Y si tienes la audacia de decir algo incorrectamente frente a él, entonces... —Sopló haciendo ondulaciones con sus labios—. Tu funeral, eso es todo lo que digo.

—Ahora quiero probarlo.

—Hazlo bajo tu propio riesgo. Ninguno de nosotros estará cerca para salvarte. Hemos sido picados por esa misma cola varias veces.

Con esa advertencia bien enterrada en la mente de Rachel, Tomek la presentó a la última persona en la lista. DC Nadia Chakrabarti. Estaba embarazada de cuatro meses, y todos en la oficina lo sabían. Su papel como oficial de HOLMES 2 significaba que no tenía que moverse mucho, pero eso no le impedía frustrarse con todos los que sí lo hacían, mientras se movían de escritorio en escritorio y la rozaban veinte veces al día.

—No hace falta que te levantes —dijo Tomek sarcásticamente, mientras colocaba una mano en el hombro de Nadia.

Ella le lanzó una mirada que le envió mil malos presagios, pero él la ignoró con un encogimiento de hombros.

—Un placer conocerte —le dijo a Rachel—. Podríamos usar más mujeres en la oficina, para ser honesta. Si tengo que escuchar otra conversación sobre fútbol, creo que podría tirarme del edificio.

—No tiene sentido en eso —dijo Oscar "Capitán En Realidad" Perez desde su escritorio junto a ella—. Desde esa altura, lo máximo que harás es romperte una pierna. E incluso entonces podrías acabar solo con un hueso agrietado en el mejor de los casos.

—¿Te gustaría que te empujara por el borde para que podamos comprobarlo?

Oscar no quiso, y respondió apartándose de la conversación. Sabía mejor que la mayoría cuándo presionar con Nadia. Ahora no era uno de esos momentos.

—Es un placer conocerte también —dijo Rachel, mientras extendía una mano para su nueva colega—. No puedo esperar para trabajar con todos vosotros.

—Igualmente.

Con las presentaciones terminadas, Tomek le mostró su escritorio en la esquina de la habitación.

—El espacio ha sido despejado, y todo ha sido borrado del disco duro —dijo Tomek—. El último tipo que tuvimos aquí era famoso por mirar pornografía infantil.

La expresión en su cara le dijo que no entendía la broma.

—A veces hago una broma cuando conozco gente nueva.

—¿Como un mecanismo de defensa?

—Si quieres llamarlo así.

—Creo que eso es lo que un terapeuta llamaría. ¿Alguna vez has pensado en sentarte con uno? Valdría la pena cada céntimo.

Tomek no respondió. En cambio, le lanzó una mirada que le dijo que la conversación había terminado. Ella no podía saberlo, pero eso no hacía que doliera menos.

—Yo... —comenzó ella—. Lo siento, si he...

—Está bien. No hay nada por lo que disculparse. Ahora, te dejaré instalarte. —Revisó su reloj—. Y luego estaremos en la sala de incidentes para una reunión matutina en tres minutos.

Justo cuando se alejaba, ella lo llamó de nuevo.

—Todos los demás parecen tener un apodo, pero tú no. ¿Me es seguro asumir que eres tú quien les pone?

—Solo los buenos. Te dejaré descubrir cuáles son. —Tomek hizo una pausa para observar la oficina, mirando a sus colegas en sus escritorios con un sentido de orgullo. Se volvió hacia Rachel, con una sonrisa en su rostro—. Tengo varios. T-Bone, porque me gusta el bistec. Tommy el Tonto, por razones obvias. Pero mi favorito es Teflón Tommy. Porque a veces la mierda no se pega.

CAPÍTULO
CINCO

La reunión informativa tuvo lugar en la sala de incidentes, un pequeño enclave dentro de la oficina. Apenas había espacio suficiente para que todos cupieran, así que un par de agentes de policía y personal civil de apoyo se vieron obligados a quedarse en el marco de la puerta. El humor del inspector jefe Nick Cleaves había descendido varios peldaños en la escala del estado de ánimo desde la última vez que Tomek había hablado con él y, en su inmodesta opinión, pensó que Nick tenía cara de haber recibido una bofetada en el trasero. Lo que significaba que tendrían una reunión breve y concisa.

—Timothy Rosenthal —dijo Tony el Tibio, mientras colocaba de un golpe la foto policial de la cara de la víctima del asesinato en una pizarra blanca, sujetándola con un imán amarillo fluorescente—. Nuestro caso número uno. Encontrado aproximadamente a las 11:30 p.m. en un huerto cerca del Aeropuerto de Southend —Otra foto, otro golpe—. Lo descubrieron medio desnudo, en medio de un sendero que atravesaba los jardines. El asesino había sido lo suficientemente decente como para dejarle los calzoncillos y los pantalones alrededor de los tobillos, junto con sus zapatos y calcetines. Sin embargo, no fueron tan generosos en la forma en que lo mataron. La causa exacta de la muerte aún está por determinar, pero nuestra suposición es que fue o bien el corte en su tráquea, o las quince puñaladas en su abdomen y pelvis. O está la tercera opción.

Otra foto, otro golpe. Esta vez provocando un jadeo del equipo —y una risa que se escapó— mientras se mostraba en la pizarra el primer plano del pene de Timothy Rosenthal colgando de su boca.

Y luego la foto final para completar la sesión fotográfica. El entrañable mensaje que habían dejado en el pecho de Timothy.

—¿Es seguro decir que el asesino era un amigo cercano de la víctima, señor? —preguntó Chey—. Si es así, tendré que vigilar a los míos. Asegurarme de que no me hagan algo así en una despedida de soltero o algo parecido.

—No exactamente.

—¿Siempre os burláis de todo? —intervino la agente Rachel Hamilton. La severa expresión en su rostro señalaba disgusto por el trato que daban a la víctima.

—Normalmente no —dijo Nick el Desagradable, interviniendo. Quitó la foto policial de la cara de Timothy y la examinó—. Es parte de nuestro proceso de sanación. Pero cuando descubras lo que este hombre hizo y de lo que era capaz, tiene cierto sentido.

—¿Y qué hizo para merecer... *eso*?

Tony el Tibio respondió:

—Hace siete años, el señor Rosenthal fue condenado y sentenciado a prisión por violación, agresión sexual a un menor y posesión de una cantidad desmesurada de pornografía infantil.

—No olvides la zoofilia —añadió Tomek.

—Sí. Gracias por eso, Sargento.

De inmediato, la condena de Rachel se marchitó junto con ella en su asiento. Apretó los labios y miró a alguien —a cualquiera— entre la multitud, esperando que hablaran.

Alguien escuchó su llamada. Pero no fue la respuesta que había esperado.

—Tiene pinta de depravado —El comentario vino de Sean al otro lado de la sala. Estaba sentado bajo en su silla con los brazos cruzados.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Tony.

—Ya sabes. Cuando alguien parece un depravado.

—Pues no, sigo sin entenderlo.

—Todo lo que digo es que cuando pasas junto a alguien en la calle, o ves su perfil en Facebook, y piensas instantáneamente, pareces un abusador de niños. Si me lo hubiera cruzado por la calle, probablemente habría pensado que ocupa un lugar destacado en el registro de delincuentes sexuales.

—Eres un imbécil —dijo Nadia, con la mano en su vientre abultado—. No puedes ir por ahí diciendo que la gente parece pedófila.

—Obviamente, no se lo digo a la cara. Solo lo *pienso*. Realmente sería un imbécil si se lo dijera en persona.

Tony el Tibio, con una sola mano levantada en señal de saludo, calmó la sala, y toda discusión sobre pedófilos, depravados y abusadores se detuvo. Afortunadamente para Tomek, se alegró de ver que esta vez no era su boca la que le había metido en problemas. Tenía la costumbre de decir lo que pensaba, normalmente en los momentos más inapropiados. Pero en esta ocasión no estaba de acuerdo con nada de lo que había dicho su amigo.

—Creo que es mejor para todos que volvamos al tema. ¿Qué les parece? —comenzó Tony. Cuando no hubo respuesta, continuó—. Timothy fue descubierto con su carnet de conducir y sus antecedentes penales colocados ordenadamente junto a su cara. Es obvio que el asesino quería que nosotros, o quien lo encontrara, supiéramos por qué había sido asesinado. Eso es importante. En cuanto a las pruebas recogidas en la escena del crimen, tenemos muy poco. Se encontraron un par de huellas de zapatos, pero como la tierra ha estado muy seca últimamente, no podemos concluir si son del asesino, de la víctima o de los testigos clave que lo encontraron. No hay arma homicida, y no había coches en la escena del crimen, aparte de los nuestros, los de la Científica y los de los testigos. La Científica, sin embargo, recuperó algunos cabellos para ADN. Los analizarán en el laboratorio y deberíamos tener los resultados en un par de semanas.

—¡No les ha contado lo mejor, señor! —gritó Tomek desde el fondo de la sala—. Las personas que lo encontraron son una pareja

de practicantes de sexo al aire libre, y el huerto donde lo encontraron es, entre comillas, "un punto caliente para el dogging".

Un coro de risas resonó por toda la sala de incidentes. Tomek se sorprendió al ver una sonrisa irónica y cohibida en los labios de Rachel. Ya le estaba cogiendo cariño, y esperaba que ella también se estuviera acostumbrando al equipo. Trataban con muerte, violación, asesinato, pedofilia y toda una cornucopia de otros casos oscuros y deprimentes a diario; era normal que se rieran y bromearan sobre las cosas, mientras pisaban la delgada línea gris del respeto y lo otorgaban donde era debido. Sin embargo, a los ojos de la mayoría del equipo, el respeto no era algo que se le debiera a Timothy Rosenthal. Después de mencionar brevemente al equipo que la billetera de la víctima había sido robada, y que necesitarían hacer un seguimiento de sus tarjetas de crédito y débito robadas, la conversación rápidamente descendió a más charla. Y no del buen tipo.

—Todo lo que digo es —comenzó Sean—, que a estas personas no se les puede ayudar. Están enfermas. Tienen una enfermedad. Y no se puede curar. Lo ves en las noticias todo el tiempo: en el momento en que salen de prisión, vuelven a sus viejas y perversas costumbres. ¿Y qué haces con un caballo que tiene una enfermedad que no se puede curar? Lo disparas. En la cabeza.

Un silencio atónito se filtró por la habitación. Tomek sabía que su amigo era franco, pero nunca de esta manera. Por un momento se preguntó si había una parte de la historia de Sean que no conocía y que estaba de alguna manera relacionada con los crímenes de Timothy. De cualquier manera, hizo que él y todos los demás en la sala se sintieran ligeramente incómodos. Aunque, a medida que se permitía que las palabras de Sean se asentaran y penetraran en el resto del equipo, Tomek percibió un acuerdo silencioso entre ellos. Ninguno era lo suficientemente valiente para decirlo, pero el hecho de que no dijeran nada le indicaba que estaban de acuerdo.

Tomek, por otro lado, no podía comprender tal declaración. Y, para su sorpresa —y molestia— Tony tampoco. Era la primera vez que los dos estaban de acuerdo en algo, y no había nada más extraño que compartir la misma moral para unirlos.

—Si los mataras, ¿serías tan malo como ellos? —había preguntado Tony—. ¿Y si cometieron un error y fueron condenados injustamente? Teníamos la pena capital en el país y fue abolida. Lo mismo que la castración química. ¿Sugieres que lo traigamos de vuelta para personas como Timothy?

Antes de que la situación descendiera a una discusión acalorada, el inspector jefe Cleaves había intervenido, suspirando más fuerte que todos en la sala podían hablar. Si alguna vez hubo un hombre que pudiera decir tanto con tan poco, Nick el Desagradable era la personificación de ello. Las arrugas en su cabeza calva, combinadas con el ruido proyectado a través de sus fosas nasales, tenían el poder de silenciar un estadio. Como el Rey levantando una copa durante una recepción.

Todos los ojos estaban puestos en él.

—Habéis planteado algunos puntos muy buenos, y en la mayoría de las circunstancias me inclino a estar de acuerdo con vosotros, pero todos tenemos un trabajo que hacer. Y ese es encontrar al asesino. Estéis o no de acuerdo con la moralidad del asunto, esta persona ha quitado una vida. Y eso va en contra de todas las leyes que defendemos, ¿de acuerdo? Así que no quiero oír nada más sobre esta retribución que todos ansiáis. No es el momento para que Batman salga de las sombras y haga nuestro trabajo por nosotros. Para eso nos pagan, a él no.

—Pero Batman era multimillonario, jefe —interrumpió Oscar—. Si todos tuviéramos ese tipo de dinero, probablemente haríamos lo que quisiéramos cuando quisiéramos.

Tomek se estremeció cuando la respuesta de Nick, cargada de palabrotas, resonó por la habitación. Las palabras fueron duras pero necesarias. Por mucho que valiera la inteligencia de Oscar, no significaba nada cuando se trataba de sentido común.

CAPÍTULO
SEIS

Antes de despedir al equipo, Tony había distribuido las tareas. Fue alrededor de la sala uno por uno, marcando cosas en una lista. Y la lista de trabajos que Tomek esperaba hacer se reducía rápidamente. Al final, tras ser el último en recibir instrucciones, cuando ya no quedaba nadie en la sala, le habían endosado la tarea banal y, francamente, de novato de realizar las investigaciones casa por casa en la calle de Timothy Rosenthal. Un trabajo reservado para agentes de policía y oficiales uniformados. No para un sargento detective. Sabía que era la manera de Tony de vengarse por haber llegado tarde la noche anterior. Y eso no le había impedido quejarse al Desagradable Nick una vez que la reunión había comenzado. Si Tony podía quejarse a su superior, él también podía hacerlo.

Había perdido.

Según el DCI, Tony era la punta de lanza operativa de la investigación, y punto. —Si te pide que te sientes, te calles y te inclines, lo harás —había dicho Nick, ante lo cual Tomek no tuvo respuesta.

Y así fue como acabó en Prittlewell, una de las zonas más agradables de Southend-on-Sea. Excepto por el ejército de vehículos policiales que rodeaban la calle de Timothy Rosenthal, lo que estropeaba el ambiente del lugar. Un equipo forense había llegado una hora antes y ya había comenzado la tarea de examinar minuciosamente las pertenencias de Rosenthal. Si encontraban algo de interés que pudiera indicar dónde había estado antes de su

muerte, con quién se había reunido, por qué lo había hecho y qué planeaba hacer después, lo confiscaban y lo enviaban al depósito de pruebas.

Tomek salió de su coche y miró arriba y abajo de la calle. Residencial. Una combinación de bungalows independientes, casas adosadas estrechas y alguna que otra mezcla de ambas. Al final de la calle estaba Priory Park, una gran extensión verde que albergaba una hilera de campos de bolos, un lago para pescar, jardines amurallados y un museo: Prittlewell Priory. Un edificio catalogado como Grado I. Construido originalmente en el siglo XII, era el punto focal del área y atraía frecuentemente a fotógrafos y entusiastas de la naturaleza.

A regañadientes, Tomek se apartó del coche y se dirigió hacia el oficial uniformado que estaba de pie frente a la casa. Era una escena del crimen y debía tratarse como tal.

—Buenos días —dijo el joven oficial, que no parecía tener más de veintitantos años, si acaso. Aunque a Tomek no le gustaba hacer suposiciones. Demasiadas veces había cometido el error de adivinar incorrectamente la edad de alguien, siempre calculando más de la que tenían. Esto le había metido en problemas en ocasiones, y pronto se dio cuenta de que nada bueno podía salir de ello.

Tomek se presentó y mostró su placa. Registró su asistencia en el libro y devolvió el bolígrafo.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Mi sargento me envió hace unas dos horas, señor. Estaba aquí antes de que llegara el equipo SOCO.

Tomek podía notarlo. Los zapatos en los pies del joven no eran lo más cómodo del mundo, y ya comenzaba a poner más peso en un pie que en el otro. El pobre desgraciado tenía un largo día por delante.

Pero Tomek también. Y apenas estaba comenzando.

Afortunadamente, empezó mejor de lo que esperaba. Mientras se despedía del oficial uniformado y le deseaba un día rápido y agradable, una monovolumen entró en el camino de entrada de la casa de al lado. De ella salió una mujer elegantemente vestida con el pelo desaliñado. Parecía tener prisa y, mientras se apresuraba

hacia la parte trasera del coche, lo ignoró. A pesar de su saludo casual, casi torpe, con la mano.

—¿Disculpe?

Sin respuesta. Metió la mano en el maletero y unos segundos después apareció cargando varias bolsas de la compra del tamaño de maletas. No fue hasta que cerró el maletero y lo bloqueó que finalmente lo notó parado allí, con las manos en los bolsillos, sintiéndose como un hombre que quería venderle algo.

—No estoy comprando nada —dijo ella.

—Creo que ya lo has hecho. —Tomek señaló las bolsas de la compra, pero ella no vio el lado gracioso. Comenzó a preguntarse si estaba perdiendo su sentido del humor, su encanto. Era la segunda broma del día que caía en saco roto. Quizás era hora de tomar una nueva dirección.

—¿Quién eres?

—Tom —dijo, avanzando con la mano extendida. Tan pronto como se dio cuenta de que ella no podía tocarla, bajó la cabeza y suspiró. Profundamente. Canalizando a su DCI interior.

—¿Y qué quieres, Tom?

—Una charla, si te parece bien.

—Mi madre siempre me dijo que no hablara con extraños. Y si no lo ves, estoy un poco ocupada en este momento.

—No debería llevar mucho tiempo.

—¿De dónde eres?

—De la policía.

Eso pareció detenerla en seco. Había estado acercándose poco a poco hacia la puerta principal, como si él fuera una especie de depravado sexual pidiéndole que se acercara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿Podríamos tener esta conversación dentro? Puedo ayudarte con la compra.

Lo que hizo diligentemente. Con cierta reticencia, la mujer le entregó un par de bolsas y él las llevó dentro de la casa. El salón, lo que vio de él, estaba limpio y ordenado. La cocina, por otro lado, no. Platos y cubiertos adornaban el fregadero, mientras dibujos a crayón

y documentos de suministros colgaban del frigorífico y de otras superficies disponibles. Tomek buscó un lugar para dejar la compra.

—¿Tienes hijos? —preguntó, mientras dejaba su carga en un espacio cerca del fregadero.

—Yo no, no. Mi compañera de piso. Tiene una hija. Siete años, que parecen diecisiete.

—Ya veo.

—¿Y tú?

—No tengo ni siete ni diecisiete años.

Ni siquiera treinta y siete, una edad de la que hasta hace poco podía presumir (e incluso fingir durante más tiempo). Pero ahora que las canas habían comenzado a aparecer, se había dado cuenta de que ya no podía hacerse pasar por alguien que no era. No engañaba a nadie, y no había cantidad de tinte para barba y cabello que pudiera convencerlos de lo contrario.

—Me refería a si tienes hijos —preguntó ella.

—Oh. No. No para mí. Nunca he sido fan. Son...

—¿Asquerosos?

—Sí. Asquerosos. Esa es una palabra para ellos.

—Ni que lo digas. La quiero y todo eso, pero el desorden está *por todas partes*.

No era algo con lo que pudiera identificarse, así que sonrió y asintió educadamente. Había tenido experiencia con niños antes, por supuesto, pero nunca se había sentido encantado por ellos como algunas personas lo estaban. No era el objetivo de su vida tener uno. Estaba feliz con la forma en que estaban las cosas. Excepto por ahora mismo. Ahora mismo se estaba convirtiendo rápidamente en un desastre. Un ejemplo de cómo no hablar con otro ser humano, y mucho menos con una mujer o un testigo. Había algo en esta mujer que lo ponía nervioso, lo desarmaba. Un sentimiento al que no estaba acostumbrado, que le era extraño.

Se aclaró la garganta, esperando que algo de su compostura regresara (y no el vómito).

—Tu vecino, Timothy Rosenthal —comenzó—. ¿Alguna vez hablaste con él? ¿Lo conocías bien?

Ella hizo una pausa con la puerta del frigorífico en una mano y un cartón de huevos en la otra. —¿Acaso alguien habla con su vecino hoy en día? Todos nos hemos vuelto reclusivos. Yo incluida. Mi padre, él podía decirte el nombre de todos los que vivían en un radio de tres kilómetros. Era cosa de generación. Hoy en día, ¡nadie habla con nadie!

—Sí. Entonces, ¿no lo conocías?

Ella lo miró como si la respuesta fuera obvia. Y como si acabara de pedirle que sumara uno más uno.

—Apenas nos veíamos. Yo siempre estoy fuera, y no creo que él estuviera nunca en casa tampoco.

—¿Y tu compañera de piso?

—No que yo sepa.

—¿Dónde está ella en este momento?

—Trabajando. En una escuela. Asistente de maestra.

—¿Y tú?

—No soy asistente de maestra, no —dijo con un atisbo de sonrisa. Tal vez no había perdido su encanto después de todo—. Dirijo mi propia tienda. Una tienda de uniformes escolares.

—Inteligente.

—¿Qué lo es?

—Una asistente de maestra que tiene una hija en la escuela, y una amiga que trabaja en una tienda de uniformes escolares. ¿Cobra una comisión por cada persona que te recomienda?

—Si lo hace, me va a llegar una factura tremenda cuando la envíe.

Esto iba bien, mejor. La conversación fluía más libremente. Más cómoda. Más confiada. Ahora todo lo que tenía que hacer era el trabajo por el que le pagaban.

Si tan solo.

—Lo siento, no conseguí tu nombre —dijo.

—Katie es el nombre de pila. Norton-Downs es el infierno de apellido compuesto que mis padres insistieron en infligirme de niña.

—Intenta tener un nombre extranjero —dijo él—. Eso es todo diversión y juegos hasta que el niño blanco que creías que era genial resulta ser un racista.

—Pequeños cabrones, ¿verdad?

Él se rio. Eso eran. Pequeños cabrones. Todos ellos. O, como solía llamarlos su madre, escoria. *Oblech*.

Sintió que sus longitudes de onda convergían.

—Escucha —comenzó, metiendo la mano en su bolsillo—. Si piensas en algo, una conversación que hayas tenido, algo que hayas escuchado, algo que hayas visto, siéntete libre de llamarme. Estoy disponible en cualquier momento, siempre que no sea en mitad de la noche.

—Todavía no me has dicho de qué se trata esto. ¿Qué se supone que debo haber visto o escuchado?

Maldito idiota. Por supuesto que había olvidado darle todos los detalles. Se había perdido tanto en sí mismo que había olvidado cómo hacer su trabajo. Necesitaba salir de allí —el lugar que estaba absorbiendo su compostura y confianza como un agujero negro— y volver a lo que se le daba bien. A pesar de que el interrogatorio iba terriblemente mal, sentía que la conversación casual subía algunos niveles. Equilibrándose. Animado por esto, decidió jugar su última carta en la baraja.

—Quizás pueda contártelo en otro momento. En un lugar más agradable que este. Si estás interesada, tienes mis datos.

Con eso, se marchó. Y por primera vez en mucho tiempo después de hablar con una mujer atractiva, sintió una gota de sudor deslizándose por la parte posterior de su cuello.

CAPÍTULO
SIETE

Era costumbre, al inicio de una investigación de homicidio, que Tomek y Sean celebraran con una pinta (o tres) de cerveza en el Fork and Spoon, un pub situado en Leigh-on-Sea que, a pesar de su nombre, no servía comida alguna. Lo único disponible en el menú (si podía llamarse así) era la máquina expendedora recientemente instalada en la esquina, que ofrecía a los clientes bolsas de patatas fritas a precios excesivos y bebidas energéticas para los conductores designados. El propietario, a quien Tomek conocía desde hacía más años de los que quería recordar, había recibido una nueva oportunidad de negocio y estaba recogiendo los frutos.

—Así que este chaval entra un día, ¿vale?, y me dice que puede hacernos ganar dinero a los dos.

—Eso es lo que dicen todos, Jim.

—Sí, pero este es legítimo, ¿no?

—¿Cómo voy a saberlo? Por lo que me has contado, ya me están sonando las alarmas.

—Bueno, espera a escuchar el resto. Este chaval entró, ¿no? Dijo que podíamos ganar dinero. Mucho dinero. Pasta seria. Al principio estaba, ya sabes, dudoso y todo eso. Igual que tú. Pero cuando empezó a hablar, supe que tenía algo entre manos. Lo tenía todo aquí arriba —Jim dejó de servir la pinta de Tomek y se dio golpecitos en el lateral de su cabeza—. Verás, funciona así: le cobro un alquiler por el espacio que necesita para la máquina expendedora, y luego le cobro una comisión sobre las ventas mensuales. Todo lo que él tiene

que hacer es comprar el producto y reponerlo. No tengo que hacer nada más que coger el dinero. Es beneficioso para ambos.

—¿Y quién sale mejor parado entre vosotros dos? —Tomek estaba, como Jim señalaba correctamente, receloso. Pero la pinta en su mano ayudaba a calmar sus sospechas.

—Bueno, es cincuenta-cincuenta, ¿sabes? Una inversión. ¡Me estoy diversificando, Tom! Hay que mantenerse al día con el nuevo mundo en que vivimos. El tráfico de clientes en este lugar no es lo que era antes.

Tomek se llevó la pinta a los labios nuevamente y bebió un sorbo.

—Así que simplemente has decidido desplumar aún más a los que mantienen tu negocio a flote.

Jim no quiso oírlo. Qué estupidez. Y después de ofrecer una respuesta balbuceante, Tomek le entregó su dinero y llevó las dos pintas a la mesa. Encontró a Sean sentado con la espalda apoyada en la silla, desplazándose por Twitter.

—¿Qué dicen? —preguntó Tomek.

—Lo de siempre. Un comienzo de temporada desastroso. Parece que vamos a estar en una batalla por no descender ya mismo.

—¿Ya? Solo llevamos seis semanas de temporada. Estamos en septiembre, joder. Todavía falta mucho.

No solo era costumbre ir al pub al comienzo de una investigación importante —porque no sabían cuándo volverían a encontrarse allí— sino que también era habitual ver los partidos del West Ham cuando jugaban fuera de casa. Sean y Tomek tenían abono de temporada y asistían a todos los partidos en casa siempre que podían. Pero cuando se trataba de partidos fuera, a veces no les apetecía viajar hasta la otra punta del país solo para ver cómo apaleaban a su querido equipo por tres o cuatro a cero. Especialmente cuando había asesinos y violadores que necesitaban ser capturados.

—Jim me estaba contando sobre su nueva oportunidad de negocio.

—¿Ah, sí?

Tomek repitió la historia casi textualmente. Sean dejó escapar un pequeño bufido.

—Lo próximo será hablar de criptomonedas, el muy idiota. Diciéndonos a todos que compremos bitcoin y nos aseguremos de invertirlo todo en Ethereum o como se llame.

—Eso es lo que me preocupa. No que él se meta en eso, sino que yo sea lo suficientemente estúpido como para escucharlo. Ya sabes cómo son estos depredadores intelectuales, aprovechándose de los ignorantes y los tontos.

Sean sonrió con complicidad.

—Hablando de depredadores, ¿cómo te fue antes?

Las indagaciones puerta a puerta habían sido, como era de esperar, un ejercicio tedioso y fútil. Katie tenía razón: nadie conocía a nadie, y nadie había oído hablar de Timothy Rosenthal. Era como si nunca hubiera pisado esa calle. Y por lo tanto, nadie pudo revelar si había ido a encontrarse con alguien, salido a tomar algo o le había apetecido dar un paseo por un huerto urbano la noche que murió.

—Supongo que lo único bueno que salió de esto es que nadie sabía quién era; de lo contrario, alguno de sus vecinos podría haberlo encontrado antes —concluyó Tomek.

—Nos habría facilitado la vida.

—Hablando de vecinos, conocí a una esta mañana. No he podido dejar de pensar en ella desde entonces.

—¿Conseguiste su número?

—Ella consiguió el mío —Tomek sacó su teléfono y miró la pantalla.

—Así que ahora vas a estar sentado junto a ese aparato esperando a que suene.

—Eso parece.

—El gran Tomek Bowen... finalmente ha encontrado la horma de su zapato.

Era cierto. La había encontrado. Katie Norton-Downs, con su apellido compuesto y su belleza contagiosa, su aguda visión para los negocios y su opinión sobre los niños, había ocupado gran parte de sus pensamientos desde que la conoció. Los potentes ojos azules. La nariz afilada y llamativa. Los hombros anchos pero firmes. Su ingenio, personalidad, sentido del humor. Percibía que era una mujer que sabía lo que quería en la vida y sabía cómo conseguirlo.

Esperaba que llamar a su número móvil fuera una de esas cosas.

Pero la llamada no llegó. Durante todo el partido, en el que habían empatado 1-1 contra el Crystal Palace, había comprobado constantemente su teléfono, deseando que sonara o emitiera el tono de una nueva notificación de mensaje. Se preguntaba si ella estaría investigándolo, buscando su huella social y presencia en línea, o si simplemente se estaba haciendo la difícil. En cualquier caso, eso hacía que la deseara aún más.

CAPÍTULO
OCHO

Tomek vivía en una casa de dos habitaciones que había sido renovada y convertida en dos apartamentos. Ambos con un dormitorio, sala de estar, cocina y baño. Todo lo que un hombre soltero necesitaba y más. Cuando vio la propiedad por primera vez, tuvo la opción de elegir entre la planta baja o la superior. Optó por la mejor opción, el piso de arriba, y había estado contento desde entonces. El único inconveniente de vivir encima de sus vecinos era llegar a casa borracho después de una noche de celebración en el pub con Sean o el resto del equipo. Rascando la cerradura con la llave. Golpeando la puerta contra la pared. Subiendo las escaleras a tropezones con sus pies de plomo. Incluso si no había bebido tanto, las escaleras siempre parecían una tarea insuperable. Como escalar el Everest.

Esta noche no era diferente.

Entró en su sala de estar y colocó las llaves sobre la cómoda de IKEA. Como el resto de los muebles, el desgastado acabado sueco se veía viejo y necesitaba un cambio, pero era un trabajo grande (y para qué negarlo, caro), y uno para el que aún no estaba preparado. Lo añadiría a la lista de cosas que necesitaban arreglarse, reemplazarse o tirarse. Al otro lado de la sala de estar había un pequeño bosque. Un surtido de sus plantas de interior favoritas y más queridas. Cada una con su propio nombre.

Gran Ken, el Ficus Benjamina.

Dudley, el Dracaena.

Gandhi, el Lirio de la Paz.

Freya, la Monstera.

Cada una con sus propias necesidades. Algunas requerían demasiada agua, otras no tanta. Y él era capaz de alimentarlas más de lo que se alimentaba a sí mismo. De manera bastante extraña, las trataba como a sus hijos. Cuidándolas siempre que lo necesitaban. Nutriendo su tierra, limpiando sus macetas, podando las hojas muertas o moribundas.

Pero su verdadero orgullo descansaba en el alféizar de la ventana. Estas plantas no tenían nombres. Eran demasiado especiales para ese honor. Eran sus árboles bonsái. Un olmo chino de más de cincuenta años y del tamaño de un inodoro, más un Ficus de unos sesenta centímetros de altura. Ambos habían sido comprados al mismo dueño (a un precio considerable) en un mercadillo, y desde entonces Tomek se había sentido obligado a cuidarlos adecuada y minuciosamente.

Como si fueran niños.

Niños con pequeños brazos marrones y vibrantes manos verdes. Niños que no contestaban y sabían quién mandaba. El tipo de niños que podía tolerar.

No los niños con brazos y manos gordas y regordetas, y una caja de voz que no para de chillar. Esos no los podía tolerar.

Estos, sin embargo —Gran Ken, Dudley, Gandhi, Freya y los dos árboles bonsái— estos eran sus hijos.

Después de terminar de regar las plantas de interior, se dirigió hacia el amplio alféizar de la ventana que daba a la calle. Entre los brazos de los árboles bonsái, vio un par de faros apuntando en su dirección. Los mismos faros que había visto cuando estacionó frente a su casa. Probablemente no era nada. Probablemente alguien esperando para recoger o dejar a alguien. Pero posiblemente algo más, algo más amenazante.

Mientras fingía ocuparse de los árboles, regándolos y recortando sus hojas, mantuvo un ojo en el vehículo. En la oscuridad era difícil distinguir la apariencia del conductor.

Pasaron diez minutos de más poda y más riego. Y sin embargo, el coche seguía allí.

Algo en la situación le hacía sentirse incómodo. Como si lo estuvieran observando. Los pelos de la nuca se le erizaron y la paranoia en su interior empeoró.

Pensó por un momento en a quién habría ofendido. A quién habría molestado. Pero luego desistió al darse cuenta de que la lista era demasiado larga. Ex amantes resentidos. Seres queridos desconsolados de aquellos a quienes había encerrado. E incluso aquellos a los que realmente había encerrado. No siendo alguien que normalmente sintiera miedo, pensó en llamar a Sean. Escuchar una voz. Tener alguien con quien hablar. Pero entonces supo la respuesta que recibiría.

—No te des tanta importancia. No todo el mundo está tan obsesionado contigo como tú crees.

Respuesta clásica de mejor amigo. Una que tipificaba su relación.

Así que en su lugar agarró su teléfono, abrió la cámara y se preparó para tomar la fotografía lo más discretamente posible. Sin darse cuenta, había dejado el flash activado, y la gran luz blanca, que se sentía casi tan brillante como el sol, lo cegó cuando se reflejó en el cristal de la ventana. Para cuando abrió los ojos de nuevo, el vehículo se había ido. Y la foto que había tomado no era más que un borrón.

CAPÍTULO
NUEVE

Estoy caminando. Otra vez. Así es como siempre empiezan estas cosas. Caminando. Bueno, no caminando *exactamente. Más bien caminando, pero más rápido. Ese punto intermedio entre caminar y trotar. ¿Medio trotando?*

De cualquier modo, me muevo más rápido de lo normal. Michał me está esperando. No quiero decepcionarlo. Y mamá. Nos está esperando a los dos. La cena. No recuerdo qué íbamos a comer —al final ni siquiera llegamos a cenar esa noche— pero sé que tenemos que volver a tiempo para ella.

Las clases han terminado, así que debe ser después de las 3:30 de la tarde. Pero estaba muy oscuro. Como si fuera medianoche, así que no era tan *temprano. La policía dijo que los llamaron poco después de las 5 de la tarde. La señora Trundle quería hablar conmigo. Otra vez. Sobre mi comportamiento. Siempre mi comportamiento. Nunca el de los demás. Nunca era culpa de nadie más.*

Volvamos a Michał.

Recuerdo caminar por las calles. Está oscuro, y hay algunos chicos por ahí, yendo en diferentes direcciones. Grupos de ellos. Amigos.

Hay mucho movimiento. Mucho tráfico. Bocinas sonando a otra gente, el ruido de los neumáticos rodando sobre el asfalto. Tengo que cruzar la calle. Se va sumando más tiempo, más tiempo que

Michał está esperando. Más tiempo que no estoy allí, allí para protegerlo.

Llego a una rotonda. La *rotonda antes del parque. Ya no falta mucho. Ahí está la tienda Magnet. La de kebabs. Y la licorería. Ahora hay más gente. Algunos de los chicos del colegio se han ido a casa, se han cambiado y han vuelto a salir. Todos van en bicicleta, hablando y jugando. Probablemente fumando, pero no recuerdo haber visto humo. Los reconozco. Ricky Farleaves de segundo curso. Marcus Wilson, también de segundo. Luego está Ross Allingham, del curso inferior, pero que pretende ser mayor de lo que es. Esta vez sus caras están perfectamente claras. Y sus bicicletas. Recuerdo sus bicicletas.*

Volvamos a Michał.

El camino desde la licorería hasta el parque está concurrido. Mucho tráfico. Sus luces me ciegan cuando pasan. Todos diferentes tonos de amarillo y blanco. Cada uno dejando una mancha en mi retina. Ese gran punto rojo del que nunca te puedes librar cuando miras fijamente al sol.

El parque, sin embargo, es diferente. Casi oscuridad total. Hay algunas luces en las entradas y en la esquina, pero nada más. La luz sobre mi cabeza cuando entro es de un naranja oscuro. Hay un contenedor justo delante de mí. Caca de perro y basura por todas partes. Entonces me detengo y busco a Michał. No está donde debería estar. Escucho. No puedo oírlo, no puedo oírlo acercándose sigilosamente. Hace viento, y estoy esperando que salte sobre mí de repente, así que respiro con fuerza. Rápido.

Miro a la izquierda. No hay nadie allí. Al menos, no que pueda ver. Nadie que se haya presentado.

A la derecha. Todavía oscuridad. Pero esta vez hay contornos. Movimientos negros contra el negro.

Y entonces se corta.

CAPÍTULO
DIEZ

Tras relatar su pesadilla en el papel a la mañana siguiente, Tomek había salido a correr. Como parte habitual de su ritual matutino, completó los 10 kilómetros en tiempo récord. Menos de sesenta minutos. Procesando los pensamientos en su cabeza. Filtrando las imágenes del parque y la oscuridad, apartándolas donde las dejaría fermentar, permitiendo que la parte subconsciente de su mente las analizara. El viento otoñal era amargo, mordiendo a través de sus pantalones cortos y capas inferiores, royendo sus muslos y asustando sus partes sensibles hasta someterlas. Pero había seguido adelante. Determinado. Hasta que llegó al final del muelle de Southend —a poco más de 5 kilómetros de su casa— y se detuvo para mirar el estuario del Támesis que surgía bajo sus pies. Se había detenido en el punto que marcaba el ochenta por ciento del recorrido; una pequeña lámpara cónica que señalaba el lugar donde su amigo había sido asesinado. Arrojado desde el borde del muelle con una cuerda alrededor del cuello. Dejado para morir, estrangulándose. Balanceándose con el viento. Tomek había sido el primero en llegar a la escena. Como joven agente de policía, era su trabajo mantener la calma y la serenidad, pero se había encontrado en otro lugar. Y cuando finalmente volvió en sí, quería golpear algo, golpear a alguien, incendiar el muelle y perderse en las llamas. Fue su primera prueba *real* de la muerte con uniforme y había despertado un hambre, un deseo de perseguir a los villanos hasta el amargo final. Un deseo que, admitidamente, había comenzado a

disminuir. Algo que deseaba desesperadamente recuperar. Una forma que eligió para hacerlo fue honrar a su amigo, visitando el sitio donde había muerto para recordarse a sí mismo por qué luchaba.

El bien contra el mal.

Llevó ese impulso a la oficina y, poco después de su llegada, se encontró en la sala de incidentes. Todos los miembros del equipo estaban allí, listos para discutir los acontecimientos del día anterior. Nick el Desagradable, seguido de cerca por Tony el Tibio, entró en la sala y se colocó a la cabeza.

—Buenos días a todos —comenzó—. Confío en que estén bien descansados, porque tenemos mucho que hacer hoy.

—Absolutamente —añadió Tony. Tomó el relevo de Nick y se frotó las manos, con las mangas de su blazer dos tallas más pequeño subiendo por sus antebrazos—. En primer lugar, me gustaría una actualización de todos ustedes sobre el progreso que han realizado. —Les dio la espalda y señaló la pizarra blanca en la cabecera de la sala. En la parte superior de la pizarra estaba el nombre en código de la investigación: Operación Highlander. Debajo había dos imágenes del mismo hombre, con su nombre sobre su cabeza. En el centro de la pizarra había un gran signo de interrogación. Tony presionó un rotulador de borrado en seco contra la pizarra—. Rachel, puedes comenzar por nosotros.

Rachel aclaró su garganta antes de comenzar.

—Ayer hablé con las víctimas de Timothy Rosenthal. Fue condenado por la violación de dos mujeres, Emma Argyle y Sophia Wainwright, y una niña, Elodie Smith. Emma y Sophia tenían poco más de treinta años cuando las atacó. Emma Argyle se quitó la vida poco después de que terminara la investigación, y Sophia está actualmente en Gales visitando a sus padres, donde están registrados su licencia de conducir y tarjetas de débito. He consultado el ANPR y lo confirma.

—¿Qué hay de sus familiares? —preguntó Tony, anotando los nombres mientras Rachel hablaba.

—Los padres de Sophia están en Gales, así que eso descarta esa posibilidad...

—¿Y qué hay de Elodie? ¿Qué edad tenía cuando la violó?

—Tenía doce años. Una niña. Apenas había llegado a la pubertad. —Rachel se tomó un momento para recomponerse, leyendo sus notas—. Tiene un hermano mayor. Mason. Estaba en el cine con una chica la noche de la muerte de Timothy. La entrada en su billetera lo confirma, y he hablado con el personal del cine; uno de ellos reconoce haber visto a Mason y a la chica allí.

Tony asintió en señal de comprensión.

—Muy bien. Eficiente. —Luego dirigió su atención a Chey, cuya responsabilidad era recolectar y revisar las grabaciones de CCTV alrededor del huerto urbano. Imágenes de la calle, cámaras de vigilancia domésticas, todo. Como el miembro más joven del equipo, pertenecía a la generación acostumbrada a mirar una pantalla durante quince horas al día y estaba más que dispuesto a hacerlo, así que encajaba naturalmente.

—Conseguí las imágenes del timbre con cámara de un par de personas, pero nada sustancial. Solo una toma de una pareja paseando a su perro, que terminaron entrando a una casa todavía dentro del encuadre.

—¿Qué hay del coche de Timothy? —preguntó Tony—. Debe haber conducido hasta allí.

Chey negó con la cabeza y luego movió la mano para reparar el daño causado a su perfecta línea de cabello.

—Nada, jefe. Lo tengo saliendo de su casa y conduciendo hacia el huerto, pero nada después de eso.

—¿Qué hay de la entrada al huerto? Solo hay una ruta de entrada y salida a ese lugar.

—Las imágenes no llegan tan lejos en el trayecto. Lo último que vemos es él girando en la rotonda más cercana. Todas las cámaras en esa zona apuntan hacia el aeropuerto.

—¿Has probado con las cámaras del aeropuerto? —preguntó Tomek.

—Aún no.

—Entonces encárgate de eso hoy, por favor —dijo Tony, el tono de su voz asegurándose de que todos supieran que era él y solo él quien podía hacer las preguntas—. Alguien tiene su coche y ha

estado conduciéndolo libremente desde su muerte. Está en alguna parte.

—Como frente a mi casa.

Un pequeño, casi inaudible jadeo flotó por la habitación. Como si Tomek acabara de declarar la respuesta a una ecuación matemática imposible de cien años.

—¿Cómo dices, Tomek? —Esta vez fue el turno de Nick el Desagradable de entrar en la refriega—. ¿Viste el vehículo?

—No puedo estar seguro. Pero parecía serlo.

—¿Cuándo?

—Anoche. En la calle frente a mi casa. Los faros estaban encendidos y simplemente estaba allí parado. Intenté tomar una foto, pero... —Sacó el teléfono de su bolsillo y amplió la miniatura en su carrete de fotos.

Tony tomó el teléfono, se burló.

—¿Qué es eso? Si mi mujer y yo decidiéramos casarnos de nuevo, recuérdame nunca pedirte que seas el fotógrafo. He visto perros tomar mejores fotos.

Tomek le arrebató el teléfono y se lo pasó a Rachel, quien había extendido su brazo, anhelando ver.

—Al menos puedo tomar mejores fotos de las que tú puedes manejar investigaciones de asesinato.

Fue un golpe pobre de su parte. Un sólido dos coma cinco en la escala de insultos. Pero lo sintió justificado. Aunque tan pronto como lo dijo, supo que las ramificaciones serían severas. Podrían no ser inmediatas, pero serían inevitables. Un cazador, acechando a la cebra desprevenida para que caminara hacia su línea de visión.

Durante un largo momento, Tony no dijo nada. Considerando, calculando. Una respuesta digna del tiempo que tomó formularla. Tenía que asegurarse de que fuera perfecta —el último comentario sobre el asunto antes de que Nick interviniera y pusiera fin al desacuerdo.

Tomek se preparó.

—¿Viste quién estaba en el coche? —preguntó Tony.

El impulso del silencio cayó como un globo de plomo.

—No.

—Qué lástima. Deberías haber tenido a alguien más contigo. No eres muy bueno reconociendo caras, ¿verdad?

Tomek no necesitaba mucho. No necesitaba mucho para extenderse hacia Tony y agarrarlo por la camisa. No necesitaba mucho para asustar la mierda viviente de su superior. Tomek podría haber sido más pequeño —por varios centímetros—, pero lo que le faltaba en altura lo compensaba en anchura y músculo. La tela del traje de Tony tembló bajo su agarre, pero Tony continuó sonriendo descaradamente. Con petulancia. Solo añadiendo combustible al fuego dentro del estómago de Tomek.

En segundos, Sean y su enorme marco de un metro noventa y tres se atravesaron y los separaron. Empujó a Tomek hacia atrás unos metros con facilidad y mantuvo a Tony contra la pared, protegido detrás de una barrera de músculo y más músculo. El resto del equipo observaba con asombro. Como parte de su trabajo, presenciaban violencia todos los días, pero no internamente. No entre dos colegas. Tomek percibió la excitación en la cara de Chey.

—¿Qué demonios creen que están haciendo? —El DCI Cleaves se abalanzó, con furia envuelta en los pliegues de su rostro.

—Nada, señor.

—¿Cómo dices?

—Nada.

—No parece ser nada.

Tomek lanzó una mirada hacia Tony; la sonrisa permanecía.

—Solo un pequeño desacuerdo, eso es todo.

—¿Voy a tener que sacarte de este caso? ¿Terminado para ti antes de que siquiera haya empezado?

—No, jefe. Espero que no. No volverá a suceder.

—¿Qué parte es esperanzadora ahí, Tomek? ¿Que yo no te eche del culo de esta investigación o que tú y el DI Hunt no se enfrenten?

Tomek no respondió. La respuesta, tanto como la pregunta, era retórica. Mejor quedarse callado.

—Si puedo decir algo, señor —comenzó Tony, pero inmediatamente fue derribado con una mirada y un dedo rojo, con venas de araña, señalando en su dirección.

—Tú tampoco eres ningún santo en esto, Tony. No te hagas el inocente. —Señaló una silla para que Tomek se sentara—. Ahora, ¿debo recordarles con qué estamos lidiando aquí? Si no quieren ser parte de esta investigación, entonces bien. Puedo arreglar las cosas y hacer que trabajen de noche con personas desaparecidas. Pero si quieren, entonces que Dios me ayude, más les vale arreglar su mierda. Ambos.

Tomek ofreció a Nick un suave asentimiento mientras se sentaba en una silla en la parte trasera de la sala, tan lejos de Tony como fuera posible (aunque tristemente no lo suficientemente lejos). La sangre en sus venas se había calmado y comenzaba a ralentizarse mientras permitía que su respiración volviera a un ritmo regular. No era frecuente que mantuviera estallidos como ese. Le gustaba pensar en sí mismo como una persona tímida, pero el comentario de Tony —la malicia, la crueldad detrás de él— lo había llevado al límite. La causa de sus pesadillas era bien conocida por varios miembros del equipo (excluyendo a Rachel, por razones obvias), y todos sabían que se situaba firmemente en la zona de exclusión de Chernóbil de temas que no se deben discutir. Tony había cruzado la línea, y había descubierto el lado más oscuro de Tomek que a este no le gustaba, ni le importaba ver, con tanta frecuencia.

—Ahora que eso está fuera del camino —comenzó el DCI Cleaves, aclarándose la garganta—, vamos a seguir adelante. Sé lo frustrantes que pueden ser estas investigaciones de asesinato, pero si empiezan a lanzarse pullas el uno al otro, esto se va a convertir en un ambiente muy inhóspito para todos. Todo lo que pido es que jueguen limpio. —Nick se dirigió a toda la sala, pero todos sabían a quiénes iba dirigido—. ¿Dónde estábamos?

—Sean —respondió Tony sin vacilar—. ¿Qué descubriste ayer?

Volviendo a su asiento, Sean dijo:

—Se recuperaron dos piezas interesantes de evidencia de la dirección de Timothy Rosenthal. Un ordenador portátil y su teléfono móvil.

—¿No lo llevó consigo cuando fue al huerto?

—Supongo que no. Quizás conocía a la persona con la que se iba a reunir.

—O no quería ser rastreado de alguna manera —añadió Rachel. Su voz irradiaba calma. Y Tomek se sintió relajarse al escucharla. Su participación en la reunión había terminado.

—¿Así que estaba allí para potencialmente hacer algo, o conocer a alguien, que sabía que no debería? —preguntó Nick para aclarar.

—Os lo dije —dijo Sean—. A esta gente no se les puede ayudar. Había salido de prisión solo un par de semanas, y ya estaba de vuelta en lo mismo.

—Suficiente —dijo el DCI Cleaves con un gesto de la mano—. Si salió de casa sin su teléfono móvil, me sugiere que o está haciendo algo que a su oficial de libertad condicional no le haría muy feliz, o ha ido a reunirse con alguien con quien no quiere que otros sepan. De cualquier manera, me hace sonar las alarmas. ¿Tenemos alguna idea de con quién podría haberse reunido?

—Podría haber *alguien* —respondió Sean. Ahora era su turno de buscar en sus notas. Lo hizo delicadamente, como si cada papel fuera el cabello en la cara de una mujer. El apodo secreto de Tomek para él era el Gigante Amable. Enorme, intimidante, aterradoramente feo, pero en el interior suave como el algodón egipcio.

—Las evidencias encontradas en el portátil de Timothy Rosenthal indican una relación con un tal Gary Kershaw. Algunos de ustedes podrían estar familiarizados con el nombre. Otros quizás no. El pequeño degenerado es un notorio abusador de menores y delincuente sexual. Estoy bastante seguro de que ha entrado y salido de comisarías toda su vida, y aun así siempre logra salir de los líos. En el portátil de Timothy Rosenthal, encontramos mensajes en WhatsApp entre ellos dos, discutiendo una reunión y también discutiendo la obtención de los servicios de una niña pequeña.

—Pensaba que WhatsApp era para el teléfono —preguntó Nadia, quien, hasta ese momento, no había dicho nada. A pesar de ser unos años más joven que Tomek, era tan poco experta en tecnología como el DCI Cleaves, que insistía en resaltar las frases en su computadora mientras las leía.

—En realidad, puedes conseguirlo en cualquier dispositivo —dijo el Capitán, Oscar—. Móvil, tableta, escritorio. Todo funciona igual,

solo diferentes métodos de comunicación.

—Sí, gracias, Oscar —dijo Tony. Las arrugas en su cara sugirieron que no estaba impresionado con la tangente que había tomado la conversación. Y, por mucho que odiara admitirlo, tampoco lo estaba Tomek. Hasta ahora durante la investigación, el equipo había demostrado una falta de urgencia o empatía. Claro, les gustaba charlar. Pero distraerse y hablar de cosas insustanciales como WhatsApp no era ni profesional ni productivo.

Sin embargo, no se le escapó que su anterior arrebato había sido quizás el mayor disruptor de todos. Como resultado, decidió permanecer en silencio.

—¿No encontraste los mismos mensajes en su teléfono? —preguntó el Capitán Sabelotodo.

—No. Ningún rastro de WhatsApp en su móvil. Solo una versión de escritorio.

—Más sospechoso aún.

Tony mantuvo la atención de la sala garabateando notas en la pizarra. Cuando dio un paso atrás, las palabras "WhatsApp", "Gary Kershaw", "coche", "¿niña pequeña?" y "reunión", subrayadas varias veces, quedaron a la vista.

—La pregunta que debemos hacernos es, ¿quién está detrás de esto? —dijo Tony, pensando en voz alta—. El asesino sabía dónde iba a estar Timothy Rosenthal, y cuándo. Era quizás alguien en quien confiaba. Alguien lo suficientemente inteligente para robar su coche y robar su información. Alguien con una vendetta contra él. O tal vez alguien que sabía quién era y lo que había hecho.

—¿Hemos considerado la posibilidad de que haya más de un individuo detrás de esto? —preguntó Tomek en voz baja desde el fondo.

Al principio, nadie pareció oírlo. No fue hasta que hizo la pregunta de nuevo, esta vez un poco más alto, que alguien respondió.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Rachel, girándose hacia atrás para mirarlo.

—Los coches, siguen dándome vueltas en la cabeza. Alguien habría tenido que conducir hasta allí, y luego para que robaran el

coche después, no tiene sentido. ¿Dónde ha ido el coche del asesino? Solo algo a considerar. A menos que caminaran, pero las cámaras de CCTV podrían haberlo captado.

Todas las miradas se volvieron hacia Chey.

—Lo revisaré de nuevo hoy. Veré si me he perdido algo.

—Buen chico —dijo el DCI Cleaves—. Nadia, añade eso a la lista de acciones, por favor. Tomek, quiero que visites el lugar de Gary Kershaw, veas qué sabe sobre nuestra víctima. Pero primero, te quiero en mi oficina. En cuanto al resto de ustedes, Tony les dará sus roles.

CAPÍTULO
ONCE

—Dos veces en dos días, señor. Empiezo a pensar que tal vez debería mudarme aquí —dijo Tomek.

—No te hagas el gracioso conmigo, Tomek. ¿Qué ha sido todo eso de ahí dentro?

—Sabes exactamente de qué iba, jefe.

—Sí. Pero no puedes agredir así a un oficial superior.

—Fui provocado.

—Eso no lo hace correcto.

—Tampoco lo hace incorrecto. Defensa propia.

Nasty Nick suspiró profundamente. Al hacerlo, todo su cuerpo se desinfló.

—No puedes alegar defensa propia, Tomek, y lo sabes. Ayer ya estabas pisando hielo fino. Y hoy ese hielo ha comenzado a agrietarse. De verdad tienes que arreglar esto, tío. Sé que lo que pasó con tu hermano y todo eso es intenso para ti, pero vamos... Eres un adulto. Esperaría que alguien con tu experiencia —no solo en el trabajo sino en la *vida*— fuera capaz de manejar un pequeño comentario malintencionado un poco mejor.

—¿Cómo es que el DI Hunt no está aquí también recibiendo una reprimenda?

—Lo estará, no te preocupes. Solo quería ocuparme de ti primero —Nick se pasó la mano por su reluciente cabeza calva y se masajeó las venas sobre las orejas—. Me estás complicando la vida, tío. Me duele decirlo.

—¿Ya? Apenas acabamos de empezar.

—Nadie más tiene la culpa de eso excepto tú. A veces hay que asumir la responsabilidad de tus actos, chaval.

Claro, eso sonaba como algo fácil de hacer en teoría. Pero ponerlo en práctica era difícil, y algo que nunca había tenido que hacer antes.

—¿Qué necesitas de mí hoy, jefe?

—Que te mantengas alejado de los problemas. Ese es un buen punto para empezar.

—Eso no suena tan difícil. ¿Me pagarán horas extra por eso? —Tomek le lanzó una sonrisa descarada al hombre.

A éste no le hizo gracia.

—Lárgate.

CAPÍTULO
DOCE

Gary Kershaw vivía en un conjunto de viviendas sociales en Basildon. Tomek conocía bien la zona. Sean vivía a un par de manzanas y a menudo invitaba a Tomek a tomar una o dos copas mientras veían el fútbol. A veces las comodidades del hogar eran mejores que estar rodeado de cincuenta hombres de mediana edad apretujados en un pub diminuto, sudando unos encima de otros y respirándose mutuamente su aliento rancio en la cara.

Las casas de ladrillo de la urbanización estaban apretadas, como piezas de LEGO colocadas una al lado de la otra. Un trío de niños en bicicleta holgazaneaba en mitad de la calle, apoyados en sus manillares, decididos a molestar a los conductores, mientras otro grupo de niños hacía rebotar un balón de fútbol contra una pared de ladrillo. Era día de clase y Tomek se preguntó por qué no estaban sentados frente a un profesor. Probablemente porque no les gustaba, no *creían* en ello. Pensarían que su tiempo estaba mejor empleado merodeando por el barrio, sin ser útiles para nadie. Se preguntó si seguiría siendo así si supieran que vivían a veinte metros de un depredador sexual.

Mientras salía del coche y se dirigía hacia la casa de Gary Kershaw, se dio cuenta de que ya lo sabían: basura, botellas rotas, objetos domésticos desechados como bicicletas estropeadas, cojines de sofá y otros desechos se habían acumulado frente a la puerta principal de Kershaw. Parecía una casa de drogadictos, abandonada y en desuso. Para rematarlo, la palabra NONCEFERATU había sido

pintada con spray en la pared de ladrillo en letras rosa brillantes y en negrita. Si había alguna confusión sobre a quién pertenecía la casa, el grafiti lo aclaraba rápidamente. Gary Kershaw era la escoria del barrio, y todo el mundo parecía saberlo.

Mientras Tomek se acercaba a la propiedad, el grupo de niños en bicicleta lo rodeó, como buitres sobrevolando a su presa.

—Tenga cuidado, señor —le gritó uno de ellos, con una voz unas octavas por encima de la pubertad—. Un pedófilo vive en esa casa.

Tomek se detuvo en la acera. —¿No deberíais estar en el colegio?

—Probablemente. Pero nos quedamos por aquí, ¿sabe? Alguien tiene que asegurarse de que ese cabrón no se acerque a ninguno de nosotros.

—¿Y si lo hace?

El joven estaba a punto de meter la mano en su bolsillo, pero otro, percibiendo la profesión de Tomek, lo detuvo. El joven sonrió, mostrando un destello de inocencia y encanto en su rostro, y dijo: —Llamaríamos a la policía, obviamente. Es lo correcto.

Tomek sonrió con ironía y señaló el grafiti. —¿No sabrás quién es el responsable de esto?

—No, señor. Yo no sé nada de eso. Ninguno de los chicos sabe. Simplemente apareció una mañana.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Sería lo correcto decírselo si lo supiera. Pero no lo sé.

—¿Y qué hay de tus amigos de allí? —Tomek hizo un gesto hacia los chicos que seguían jugando con el balón.

—Nah. Ninguno de ellos sabe leer ni escribir.

—¿Así que eres el único?

—El más listo de mi clase.

—Que es donde deberías estar ahora, ¿verdad?

El chico apoyó los antebrazos sobre el manillar. —Como dije, alguien tiene que asegurarse de que este pedófilo no se acerque a la escuela.

—¿Cómo sabes que es... —Tomek pensó en la palabra correcta para usar delante del niño. Pero luego lo pensó mejor. No tenía sentido tratar de evitarlo—. ¿Cómo sabes que es un pedófilo?

—Todo el mundo lo sabe por aquí. Es de conocimiento común, ¿sabe? No hace falta ser un genio para darse cuenta, tampoco.

Y apuesto a que te consideras uno de esos, ¿verdad? pensó Tomek para sí mismo.

—Siempre tiene a alguien viniendo aquí —dijo el segundo chico. Era más pequeño, más delgado, pero sonaba tan prepuberal como el primero—. Alguien con aspecto inteligente. Oficial, como *usted*. A veces intentamos preguntarle qué está haciendo aquí, pero no nos dice mucho. Simplemente se mete en su coche y se marcha. Creo que tiene miedo de nosotros por alguna razón, pero no entiende que solo intentamos proteger a nuestras madres y hermanas.

Las madres eran la menor de sus preocupaciones. Eran las hermanas e hijas a las que necesitaban proteger de Gary Kershaw. Tomek había leído su historial de arrestos antes de venir, y era una lectura desagradable. Y conocía a la mujer a la que el chico se refería. Durante los últimos cinco años, Gary Kershaw había recibido visitas mensuales de una agente de libertad condicional, enviada para asegurarse de que se estaba portando bien y mantenía sus partes corporales fuera de los lugares donde no deberían estar. Tomek había reconocido el nombre —una mujer formidable y sin tonterías llamada Cathy— y se preguntó si era la única mujer en la vida de Gary Kershaw que no le temía.

Se alejó de los chicos y se dirigió hacia la casa, abriéndose paso a través del campo minado de inmundicia. Llamó a la puerta dos veces y esperó. La puerta se abrió dos tensos e inquietantes minutos después. Ante él estaba Gary Kershaw. Mediados de los sesenta, canoso, con una figura que no desentonaría en el Fork and Spoon, con su barriga cervecera, y una barba de pocos días que parecía como si se hubiera espolvoreado sal por toda la cara, y sus mejillas caídas que daban la impresión de que su cara se había puesto al revés.

—¿Señor Kershaw?

—El hecho de que esté aquí parado en mi puerta significa que ya conoce la respuesta a esa pregunta, amigo.

—¿Puedo pasar?

No era una pregunta. Y Gary lo sabía.

El interior de la casa estaba tan desordenado como el exterior. Zapatos embarrados en el suelo junto a la puerta principal, cajas de comida para llevar abarrotando la mesa del comedor, paquetes vacíos de patatas fritas y latas de cerveza junto a la papelera. Ropa colgando de los respaldos de las sillas y sobre los brazos del sofá. Y el olor. El olor siempre era lo peor. Tanto en la persona de Gary como en la casa. Como si no se hubiera duchado en semanas y estuviera más que feliz de revolcarse en su propia inmundicia. Lo cual tenía sentido, dado el tipo de comportamiento en el que se complacía. Mientras estaba allí, mirando cómo se formaba la escoria en la mesa del comedor ante sus propios ojos, Tomek no pudo evitar pensar que un poco de vandalismo podría animar un poco el lugar. Añadirle algo de carácter.

—No esperaba a nadie hoy —comenzó Gary, mientras pasaba junto a Tomek hacia la sala de estar. Se dejó caer en el sofá, colocó los pies en el puf en medio de la habitación, y volvió su atención a la televisión. Tomek se preguntó cuánto tiempo pasaría en esa posición, con el único cambio siendo ocasionalmente una lata de cerveza en su mano en lugar del mando a distancia—. Cathy dijo que vendría mañana. No mencionó nada sobre una visita hoy.

—No trabajo con Cathy.

—Me doy cuenta. Por cómo te comportas. He visto a los de tu tipo antes. Hay algo diferente en ti que en el resto de ellos. Yo no he hecho nada malo.

—Nadie ha dicho que lo hayas hecho.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Para hacerte algunas preguntas.

—He respondido muchas en mi tiempo.

—Quizás unas cuantas más no harán daño.

—Puedes intentarlo. Pero mi programa se está poniendo bueno.

Tomek se preguntó cuánto tiempo tenía antes de perder completamente el interés de Gary. ¿Minutos? ¿O era cuestión de segundos?

—No se trata de ti —dijo.

Eso pareció funcionar. Un parpadeo de la ceja. Un sutil indicio de intriga.

—Se trata de tu amigo.

—No tengo ninguno.

—Tenemos razones para creer lo contrario. —Tomek buscó un portátil en la sala de estar, pero no vio ninguno—. Timothy Rosenthal. ¿Te suena el nombre?

Esta vez la conmoción se registró en el rostro de Gary. Sus ojos se ensancharon y sus pupilas se dilataron. El movimiento fue minúsculo, pero visible para el ojo entrenado de Tomek.

—No estoy seguro de reconocerlo. ¿Qué se supone que ha hecho?

—Nada que vaya a poner su nombre en la lista de honores, eso seguro. ¿Estás seguro de que no has oído hablar de él?

—No me suena a nada.

—¿Qué hay de hace dos noches?

—¿Qué pasa con eso?

—¿Dónde estabas?

—Aquí.

—Haciendo...?

—Lo que siempre hago. —Señaló el televisor para probar su punto.

¿No masturbándote con imágenes de niños pequeños?

O con la cosa real.

—¿Puede alguien corroborar eso?

—Sí.

Tomek esperó a que Gary elaborara, pero sabía que era un esfuerzo inútil. Gary Kershaw iba a hacerle esto tan difícil como fuera posible. A lo largo de los años había desarrollado una aversión natural a responder preguntas, y ahora Tomek lo estaba experimentando en pleno apogeo.

—¿Pasaste la noche con alguien?

—No ha venido nadie por aquí en mucho tiempo. ¿Quién crees que querría visitar un lugar como este?

Un niño desprevenido que no supiera nada mejor le vino a la mente, pero se mordió el labio.

—Ese grupo de fuera puede responder por mí.

—¿Qué grupo? —preguntó Tomek.

—¿Me estás diciendo que no te has dado cuenta del séquito de niños en sus bicicletas ahí fuera? ¿Estás ciego o eres simplemente un policía de mierda?

—Ninguna de las dos cosas.

—Han estado fuera de mi casa todo el día, todos los días, asegurándose de que no salga.

—Me pregunto por qué... —susurró Tomek entre dientes, justo lo suficientemente audible para ser escuchado por encima de la televisión. Sorprendentemente, después de haber hablado con los niños de fuera, no dudaba en absoluto de Gary. Tenía todo el sentido del mundo que hubiera estado en casa toda la noche, bajo arresto domiciliario por un grupo de chicos de trece años.

—No puedo hacer nada con ellos, entiende —dijo Gary—. Pero si creen que pueden deshacerse de mí, están muy equivocados.

—¿Ah, sí?

—Tenerme aquí significa que ellos tampoco pueden irse. Un par de veces he visto que se pone una casa en venta aquí, pero tan pronto como descubren que alguien como yo es uno de sus vecinos, los posibles compradores lo piensan dos veces y encuentran un lugar más agradable para vivir.

—¿No te apetecería mudarte tú mismo?

—No podría, aunque quisiera.

Tomek no estaba allí para discutir los últimos desarrollos en el mercado inmobiliario. Estaba allí para investigar una muerte.

—Háblame de Timothy Rosenthal.

Gary no dijo nada. Continuó viendo su programa.

—Sabemos que has hablado con él por WhatsApp.

Todavía sin respuesta.

—Queremos saber qué estaba haciendo hace dos noches.

—¿Por qué?

—Porque fue asesinado.

De inmediato, Gary quedó en silencio. Apartó su atención de la pantalla y miró hacia afuera, hacia su pequeña excusa de jardín. Al final del pequeño espacio había un cobertizo, deteriorado y desmoronándose. Tomek se preguntó qué secretos se ocultaban dentro, pero sin una orden de registro no tenía derecho a buscarlos.

—¿Alguien... alguien lo mató? —El miedo impregnaba las palabras de Gary, y Tomek casi podía oír cómo se tensaba el nudo en su estómago.

—Así es. Y esperamos que puedas decirnos qué estaba haciendo la noche que murió.

—Yo... —Gary se tragó la sorpresa y el dolor—. Dijo que iba a encontrarse con alguien. Pero no dijo quién. Yo...

—¿Qué edad tenían?

Lenta, tentativamente, la cabeza de Gary se volvió hacia Tomek. Sus ojos se habían vuelto huecos, casi transparentes. Y mientras miraba a través de ellos, Tomek se encontró sintiendo una mínima parte de simpatía por el hombre. Había perdido a un amigo —un amigo jodido e insidioso, sí—, pero un amigo al fin y al cabo.

—Dijo que iba a encontrarse con un viejo amigo. Eso fue todo lo que dijo. Un viejo amigo. Una parte de mí asumió que era alguien con quien solía trabajar, o alguien que conocía del pasado —o incluso de su tiempo en prisión—, pero no pregunté.

—¿Mientras que la otra parte de ti asumió que era alguien más joven?

Gary asintió sin romper el contacto visual. Dios mío.

—¿Chico o chica?

—Chica. A Timothy no le gustaban los niños pequeños.

A diferencia de Gary quien, según su propio historial de arrestos, tenía preferencia por ambos.

Tomek no quería pensar en las ramificaciones de lo que Kershaw había dicho. Si Timothy Rosenthal había ido a encontrarse con una niña menor de edad, entonces la investigación se volvía más compleja. No solo estaban buscando al asesino —o asesinos—, sino que también estaban buscando a la niña pequeña que había sido utilizada como señuelo para llevarlo a su muerte.

—¿Sabes quién podría estar detrás de esto? —preguntó Tomek. Era una posibilidad remota, pero una pregunta que necesitaba hacer.

Gary negó con la cabeza. Como era de esperar.

—Bueno, si piensas en algo, házmelo saber.

—¿Algo como qué?

—Cualquier cosa fuera de lo común. Gente que venga, que ronde por la calle. Alguien que te envíe mensajes. Ese tipo de cosas.

Tomek le entregó al hombre su tarjeta y se dio la vuelta para irse. Llegó hasta el felpudo antes de que lo llamaran de vuelta.

—¿Estoy a salvo, detective?

Tomek abrió la puerta y miró hacia el parque infantil al otro lado de la calle. Los chicos que hacían rebotar la pelota entre ellos se habían trasladado allí, mientras los dos chicos en sus bicicletas continuaban rodeando la casa. Vieron a Tomek asomándose por la puerta y le gritaron, pero no pudo escucharlos.

—Yo no me preocuparía si fuera tú —dijo Tomek a Gary—. Curiosamente, si alguien fuera a hacerte daño, creo que esos niños querrían ser los primeros en hacerlo.

CAPÍTULO
TRECE

A media tarde, el sol había comenzado a descender, y las farolas de Leigh empezaban a iluminar las aceras. La ciudad costera, rica en patrimonio e historia, estaba dividida en dos. El Viejo Leigh, famoso por su industria pesquera de mil años de antigüedad, se asentaba al borde del agua, con abundantes pubs, restaurantes, pescaderías y astilleros, además de un pequeño tramo de playa. Luego estaba Leigh Broadway, la parte más moderna y urbana de la ciudad. Hogar de tiendas, bares, restaurantes independientes y cafeterías —muchas, muchísimas cafeterías— cada una con su encanto único. Tomek había llamado hogar a este lugar durante los últimos treinta y cinco años, desde que su madre y su padre lo habían mudado junto con sus hermanos desde Polonia en busca de una vida mejor y más próspera. Desde entonces, Tomek había explorado cada avenida, conducido por cada calle y experimentado todo lo que la ciudad tenía para ofrecer. Era su refugio, y no podía imaginarse viviendo en ningún otro lugar.

Después de varias horas escribiendo sus notas y transmitiéndole todo a Nick, Tomek se había dirigido al centro. Según el horario que Tepid Tony había elaborado, tenía la tarde libre. El único problema era que eso significaba un comienzo más temprano a primera hora de la mañana, seguido de trabajo sin descanso durante el fin de semana.

Decidió usar el tiempo sabiamente. Mañana era el cumpleaños de su madre. No sabía cuántos años cumplía. Había dejado de contar. Y

cualquier tarjeta que le recordara su edad nunca era una buena idea.

Un viento cortante azotó la calle principal y golpeó los faldones de su abrigo contra sus piernas. Se metió en la tienda de regalos más cercana y compró una tarjeta de cumpleaños y algunas flores. A la salida, pasó de largo junto a un hombre sin hogar en la calle y continuó hacia su casa. Un trayecto de diez minutos a pie.

Llegó hasta el final de la calle y entonces se detuvo.

Al principio no estaba seguro de si la había visto o si había sido producto de su imaginación. Pero cuando redujo el paso y miró de nuevo, se dio cuenta de que su intuición había sido acertada. Luego miró hacia arriba y vio el letrero, "*Too School for Cool*", y supo que estaba en el lugar correcto.

Al otro lado del escaparate de la tienda, caminando de un lado a otro, ordenando meticulosamente, estaba Katie. Katie Norton-Downs. La mujer que no abandonaba sus pensamientos. La mujer que se veía incluso más hermosa que la primera vez que la vio.

Por un momento se quedó allí, mirando a través de la ventana, ajeno al viento que azotaba su rostro y a las hordas de peatones que pasaban junto a él, gruñendo furiosamente mientras lo rodeaban. Entonces, cuando la comprensión se asentó sobre él como una nube que llega desde la costa, dio un paso adelante y colocó una mano en la puerta. Fue entonces cuando notó que las palmas de sus manos estaban sudando. Sudando a pesar del frío. Sudando de nervios.

Empujó y entró.

Tan pronto como la puerta se cerró tras él, el silbido del viento se silenció y todo lo que quedó fueron los sonidos de Katie moviéndose por la tienda. Se tomó un momento para absorberlo todo. Las paredes de chaquetas negras y grises colgadas de perchas, los estantes de zapatos, los percheros de camisas, polos, faldas y pantalones. Todo lo que un niño necesitaba para su primer día de escuela.

—Entonces, ¿cómo funciona esto?

Su repentina interrupción la tomó por sorpresa. Luego ella lo reconoció con una sonrisa.

—¿Coses tú el escudo de mi escuela en la chaqueta o los tienes ya listos en la trastienda?

—Yo lo coso —dijo ella, sus ojos brillando intensamente bajo las luces fluorescentes. Luego se fijaron en las flores que llevaba en las manos—. ¿Son...?

—¿Para ti? ¡No! Lo siento. —Las bajó junto a su muslo—. Son para mi madre. Es su cumpleaños mañana. Voy de camino a su casa ahora.

—¿Y querías comprarle un uniforme escolar como regalo?

—Eso sería extraño...

—Sí. Tienes razón. Lo siento. Me has tomado por sorpresa. No te esperaba.

—Yo tampoco esperaba encontrarme contigo. Aunque... —Hizo una pausa. Dejó que su frase quedara suspendida en el aire. Dejó que ella se aferrara a ella—. Nunca llamaste.

Katie se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. —¿Estabas esperando que lo hiciera?

—Estuve esperando junto al teléfono toda la noche. La mejor noche de mi vida, de hecho.

—Solo puedo imaginar lo decepcionado que estabas.

—¿Qué tal si me compensas dejando que te invite a cenar?

—¿Eso está permitido?

—Todo está permitido. Solo depende de si puedes salirte con la tuya.

—Eso suena a algo que diría una persona que es mala influencia.

—Puedo ser muy persuasivo cuando es necesario. Estoy fuera de servicio, si eso te hace sentir más cómoda con la oferta.

Katie lo consideró un momento. Se apresuró detrás del mostrador y dejó las prendas de ropa que llevaba en los brazos sobre una silla. Sus movimientos eran elegantes, ágiles. Era evidente que se enorgullecía y cuidaba de su trabajo.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿A qué hora terminas esta noche?

—¿*Esta noche*?

—Eso es lo que he dicho.

—Para cuando haya terminado todo aquí, haya ido a casa y me haya arreglado, no será hasta las ocho.

—Perfecto. Pasaré a buscarte entonces.

—Todavía no me has dicho dónde...

Tomek le dio la espalda y se dirigió hacia la salida. —Será una sorpresa. Espero que te guste el pescado...

CAPÍTULO
CATORCE

Los padres de Tomek vivían en medio del campo de Essex, a poco menos de una hora de su casa en Leigh-on-Sea. Después de una exitosa carrera como gerente de construcción, donde había ganado sus millones construyendo casas para gente que no las necesitaba, el padre de Tomek había sugerido que él y su madre abandonaran la vida cosmopolita y acelerada de la costa para disfrutar de una segunda oportunidad en medio de la nada. Todo estaba muy bien, y Tomek se alegraba por ellos ahora que estaban felizmente jubilados, pero el único problema era que llegar hasta allí era un auténtico dolor en el trasero. Carreteras estrechas y serpenteantes que le impedían conducir tan rápido como le hubiera gustado. Especialmente cuando tenía prisa. Eran un punto caliente para accidentes de tráfico y para que innumerables ciervos y tejones perdieran la vida innecesariamente.

Eran casi las cinco cuando llegó a la mansión de cinco dormitorios, cuatro baños y dos salones de sus padres, situada en el quinto pino, frente a una granja, con poca o ninguna cobertura. Por qué dos personas casi septuagenarias necesitaban un espacio tan grande, con tantos dormitorios, estaba más allá de su comprensión. A menos que organizaran fiestas de intercambio de parejas cada dos noches, no podía imaginarse que los dormitorios de sobra se utilizaran. Y aún faltaban unos años para que fueran incontinentes, así que el número de baños en la casa también le parecía excesivo.

El único beneficio de tener tantos espacios vacíos era cuando organizaban fiestas de cumpleaños y de Año Nuevo. Grandes bebedores (eran una familia polaca, después de todo, así que venía con el pasaporte), y cocineros aún más grandes, eran famosos en la zona por organizar los mejores eventos. Juerguistas, viejos amigos, colegas y parientes lejanos se reunían desde lejos para celebrar las festividades.

Su padre, Perry, le abrió la puerta. A pesar de estar en sus sesenta, su constitución seguía siendo ancha y sólida, la memoria muscular en sus brazos, espalda y hombros nunca había disminuido. Tomek había heredado la complexión de su padre y hacía todo lo posible por mantenerla. Pero las exigencias del trabajo le impedían visitar el gimnasio tan a menudo como le hubiera gustado.

—Me alegro de verte, hijo —dijo.

—Y yo a ti.

Se abrazaron brevemente, y luego Tomek se metió en la casa.

—Está en la cocina, preparando la comida.

—¿Para su propio cumpleaños?

—Ya sabes cómo es.

Tomek lo sabía. La cocina era el dominio de su madre, su castillo. Y ella era el rey, la reina y el hada madrina. Nadie podía entrar mientras el horno estaba encendido o mientras las sopas y caldos estaban hirviendo. Si lo hacían, pronto se convertían en orgullosos propietarios de un golpe rojo en el brazo. O a veces en la parte trasera de la cabeza.

En algunas ocasiones, Tomek y sus hermanos habían ideado estrategias y planeado sus ataques juntos. Llegando a la conclusión de que podrían funcionar mejor como equipo, aunque fuera ligeramente, si no fuera por las discusiones y los puñetazos. Recordaba uno en particular. Todo lo que querían era una bolsa grande de *paluszki*, finos palitos de pan salado que eran un elemento básico en la dieta polaca. Pero tan pronto como su madre ponía un pie en esa cocina, era como si se convirtiera en una versión polaca de Bruce Lee. Nada se le escapaba. Poseía la milagrosa capacidad de desarrollar una visión de trescientos sesenta grados a voluntad, y sus extremidades parecían estirarse como Elastigirl de

Los Increíbles. Nadie estaba a salvo, pero eso no les había impedido intentarlo. Sus dos métodos principales de entrada eran bombardearla todos a la vez, arriesgándose a perder potencialmente a uno o dos hombres en el proceso, o la alternativa era que uno de los hermanos entrara corriendo y se sacrificara mientras los otros saqueaban los armarios y los refrigeradores. Como el hermano menor, normalmente le tocaba a Tomek arriesgarse para que los otros sobrevivieran. Un rito de iniciación, lo llamaban ellos. Un puto momento doloroso era su propia elección de palabras.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —preguntó Perry Bowen.

—No puedo, me temo. Tengo una cita esta noche.

—¿Otra?

—Sí.

—Esta es diferente, puedo notarlo.

Perry puso una mano en su espalda, deteniendo a Tomek en seco.

—Es la sonrisa en tu cara, hijo. Nunca había visto esa expresión antes. Pero no le digas a tu madre. Solo la alterará.

Y no quería eso.

—Ah, y bien hecho con las flores. Se ven geniales. Aunque mejor dámelas a mí.

Tomek le pasó el ramo a su padre y lo vio entrar en la cocina. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de su padre, Tomek esperó. Recomponiéndose. Pasando los dedos por los bordes de la tarjeta que había escrito apresuradamente en el salpicadero unos minutos antes.

Preparado, dio un paso adelante y abrió la puerta. Como era de esperar, en la víspera de su cumpleaños, su madre Izabela estaba golpeando carne con un rodillo. Estaba haciendo *rolada*, un plato tradicional polaco. Cebolla encurtida, pepino y salchicha enrollados en la carne de vacuno, con una ración de *kluski*, un surtido de bolas de puré de patata hervidas en agua. Un regalo de cumpleaños en sí mismo. Uno de sus favoritos. Aunque lo había probado en varios restaurantes, e incluso se había molestado en hacerlo él mismo, nada sabía igual que cuando lo preparaba su madre.

Su madre llevaba el delantal alrededor del cuello, y las mangas de su suéter estaban enrolladas hasta el codo. Sobre su nariz descansaban unas gafas delgadas, y su cabello se veía tan impecable como siempre. Era una mujer que se cuidaba, y como antigua propietaria de un salón de uñas, sabía cómo hacerlo. Tomek tenía mucho respeto por sus padres. Ambos eran personas exitosas que se habían hecho a sí mismas. Después de viajar a Polonia en una despedida de soltero, su padre se había enamorado y se había quedado allí. Luego habían tenido tres hijos en una sucesión relativamente rápida y se dieron cuenta de que la calidad de vida y las perspectivas económicas de vivir en Inglaterra eran mucho mayores y más prósperas, así que los habían trasladado a todos para empezar de nuevo. No había sido fácil al principio —le habían dicho que hubo meses en los que vivieron con poca o ninguna comida— pero habían perseverado. Y ahora estaban recogiendo las recompensas.

—*Cześć*, *Mama* —dijo Tomek. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? —Cuando ella no respondió, añadió—: Te he traído una tarjeta.

—Gracias —dijo ella. Fría, como siempre. A pesar de haber vivido en el país durante más de cuatro décadas, su acento permanecía.

—¿No te apetecía dejar que papá cocinara esta vez?

—No.

—Quizás para tu septuagésimo, entonces.

—Si sobrevive tanto tiempo.

Tomek se dirigió al fregadero y se sirvió un vaso de agua. —Siento no poder estar mañana. Ha surgido algo en el trabajo. Vamos a estar a tope durante el fin de semana.

—Está bien.

—¿Tienes ganas?

—No particularmente. A nadie le gusta envejecer.

—¿Ya tienes todo listo?

—Creo que sí.

—Bien. —Tomek tomó un sorbo para llenar el silencio. A menudo temía venir aquí solo, sin su hermano mayor Dawid para hacerle compañía. No solo aligeraba el ambiente, también era un buen

escudo, un hermano de tamaño perfecto para esconderse detrás—. ¿A qué hora viene la familia Brady mañana?

—No les llames así.

—Está bien. Los Picapiedra, entonces.

—*Przestań*. Para ya. ¿Por qué tienes que ser tan grosero?

—Solo era una pregunta, mamá.

Una pregunta que había ido un poco demasiado lejos. Pero no estaba listo para admitirlo.

—Siempre tienes algo gracioso que decir. No todo el mundo quiere reír y bromear todo el tiempo.

—¿Pero está bien cuando Dawid les llama esos nombres? Solo no está bien cuando lo hago *yo*. —Tomek arrojó la tarjeta sobre la encimera con disgusto—. Nunca nada es lo suficiente... —Se detuvo, incapaz de decir el final de la frase. En cambio, aclaró su garganta y se volvió hacia su padre—. Vine aquí de buena fe, con buenas intenciones. Empiezo a desear no haberlo hecho.

—¡Ese lenguaje! —exclamó su madre. Golpeó el rodillo sobre la encimera y lo miró fijamente.

—¿De todo lo que acabo de decir, eso es lo que notas? Mi maldito y jodido lenguaje.

—¡Muy bien! —Perry aplaudió, puntuando el silencio y la atmósfera, y se interpuso entre ellos. El único que había logrado mitigar y desactivar la tensión en la relación conflictiva de Tomek y su madre—. Creo que todo este estrés nos está afectando. No está haciendo nada bueno para nuestra salud. Tomek, debes tener un largo viaje de regreso. Y querrás llegar a casa a tiempo para tu cita de esta noche.

Tomek, dándose cuenta de que su padre se dirigía a él, respondió con desgana. —Sí. Sí, probablemente tengas razón, papá.

—Deja que te acompañe a la salida.

Izabela volvió su atención hacia la carne. —Ha sido bueno verte, mamá —le gritó. Luego—: Ah, y estoy bien, gracias por preguntar.

Llegaron a la puerta principal en pocos pasos. La ira y la furia burbujeaban bajo la superficie de Tomek. Agarró la manija y la sostuvo con fuerza, como si temiese soltarla. Su padre colocó una

mano afirmativa en su espalda, más suave de lo que hubiera esperado de unas manos de constructor.

—Está estresada —dijo.

—¿Durante los últimos treinta años?

—Ya sabes cómo es en esta época del año.

—Sí. Y sé cómo eres *tú*. Y cómo es *Dawid*. Nada comparado con ella. No sé qué más puedo hacer.

—Ella todavía está buscando, amigo. Todos lo estamos. Uno de estos días...

—Se cumplirá su deseo y me habré ido.

—No digas eso.

—Me moveré un paso más cerca y me iré ahora. ¿Qué te parece?

Sin respuesta.

—Ha sido bueno verte, papá. Como siempre. Cuídate. Y saluda a Dawid y a los niños de mi parte.

Su padre devolvió una sonrisa. —Yabba dabba doo... —Luego cerró la puerta.

CAPÍTULO
QUINCE

Tomek necesitaba una distracción. Una poderosa. Y cuando entró en The Grove, un restaurante mediterráneo situado en lo alto de la colina con vistas al Támesis, la encontró colgada de su brazo. Después de salir de la casa de sus padres, Tomek se había apresurado a volver a casa, se había duchado, cambiado, recogido a Katie y la había llevado hasta allí. En el poco tiempo que había estado en casa después del trabajo, ella había conseguido encontrar en su armario una americana, una camisa y unos vaqueros bonitos a juego. Era un atuendo sencillo, discreto, y aun así pensaba que se veía más hermosa y deslumbrante que algunas de las mujeres con las que salía que llevaban considerablemente menos ropa. Durante el trayecto ella había estado de buen humor y le había apartado de inmediato la mente del desastre de relación con su familia. Y ahora que estaba sentado a la mesa, con vistas al río, con las lentejuelas de las luces de Kent brillando en la distancia, con una copa de cerveza en la mano, empujó aún más los pensamientos sobre su madre y su padre al fondo de su mente. Eran lo último en lo que quería pensar cuando tenía a Katie frente a él.

—Me alegro de que por fin tuvieras el valor de invitarme a salir —dijo ella, mientras bebía un sorbo de su vino. La mancha de pintalabios rojo se oscureció bajo la sombra del borde de la copa.

—Alguien tenía que hacerlo. No te veía cogiendo el teléfono en un futuro próximo.

—He estado ocupada.

—¿Y crees que una investigación de asesinato es tan fácil como limpiarse el culo?

—No sabría decirte.

—¿Porque nunca te has limpiado, o...? —Tomek alzó una ceja coquetamente.

—Hay muchas cosas que nunca he hecho. Esa desde luego *no* es una de ellas. ¿Por quién me tomas? —Si se había ofendido por su comentario, no lo demostró. De hecho, él percibió que le había gustado.

—Con suerte, al final de la noche sabré exactamente por quién tomarte. Y adónde.

—¿Ya estás pensando en la segunda cita?

Tomek sonrió con suficiencia mientras bebía más cerveza. —Ya he planeado la boda y el funeral.

Sin embargo, lo que no había planeado era lo concurrido que se pondría el restaurante. Habían llegado después de las ocho, lo que era temprano para él pero tarde para la mayoría, había pensado. Pero estaba vacío cuando llegaron, y en diez minutos se vieron rodeados de familias a ambos lados. Cuatro adultos. Siete niños. La pesadilla de Tomek. Ya era bastante difícil aguantar a los trillizos de Dawid, de diez años, quejándose y gimoteando a cada momento. Suplicando por la iPad, rogando por ver la tele, protestando porque un hermano había golpeado a su hermana. Era caótico, y ahora tenía que escuchar más del doble justo a su lado.

—Qué bien esto —le dijo con ironía a Katie, a modo de disculpa —. Esperaba que fuera más tranquilo.

—Bueno, ¿qué más da cuando tienes buena comida, buen vino, buenas vistas y mejor compañía?

La comida que habían pedido llegó en cuestión de minutos. Un filete para Tomek y langosta para Katie.

—¿Puedo probar una patata? —preguntó ella, tenedor ya en mano, preparada para el hurto.

—Lo siento, pero no. Si querías patatas, deberías haberlas pedido.

—Qué maleducado.

—Soy muy protector con mi comida. Especialmente con la carne los viernes.

—¿Por qué?

—Es cosa de familia. No comer carne los viernes.

—¿Pero el resto de la semana está bien?

—Según el catolicismo —y mi madre— sí. Lo mismo ocurre con muchas otras cosas cuestionables.

—¿Cuál es el propósito?

Tomek se encogió de hombros. —Algo relacionado con la penitencia. O Jesús. Normalmente es una de esas dos cosas.

—Eres muy devoto, entonces.

—Ni mucho menos. Pero mis padres son bastante rígidos con esas cosas.

—Así que eres un adolescente rebelde, atiborrándote de carne cuando mamá y papá dijeron que no.

—No te olvides de las escapadas. Y de beber a altas horas de la noche.

Había habido mucho de eso en su juventud. Demasiado, había dicho su hermano. Pero todo era por una razón. Una rebelión. Un grito de ayuda. Como todo lo demás en su vida.

—Háblame de tu tienda —dijo, metiéndose un bocado de patatas en la boca—. Me fascina.

—Al menos eso hace una persona. La mayoría piensa que es raro.

—Oh, lo es. Quiero decir, nunca habría pensado en los uniformes escolares como algo que diera dinero —siempre creí que los compraban y vendían directamente las escuelas— pero supongo que si hay un hueco en el mercado...

—No es tanto un hueco. Solo una... una pequeña abertura. ¿Sabes la ranura que tienen las huchas? Es más o menos así de grande. No me va a hacer millonaria, pero paga las facturas. Y me queda un poco extra para gastar como quiera. Además, soy mi propia jefa, así que puedo hacer lo que quiera, cuando quiera.

—Eso es algo muy valioso hoy en día. —Tomek la admiraba enormemente y levantó la copa por ella—. Mientras que yo estoy

cerca del fondo de una cadena alimentaria muy larga, o eso parece a veces.

—¿Nunca has pensado en subir por la proverbial escalera?

—Si me dejan.

—¿Qué significa eso?

Tomek no sabía cómo responder a la pregunta. Que era debido a sus propios errores, a su propio egoísmo, a su propia idiotez, lo que le impedía hacer algo significativo con su carrera.

—Háblame de *tu* trabajo —le dijo ella—. Ahora te toca a ti.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todos los detalles escabrosos.

—¿Cuanto más escabrosos mejor?

—Supongo que podría decirse así. ¿Has hecho algún progreso con la investigación de mi vecino?

—¿Sigues sin saber su nombre?

Katie se sonrojó. —¿Es malo por mi parte?

—Te convierte en un ser humano terrible. Uno de los peores que he conocido, de hecho.

—Tú tampoco eres muy brillante. —Soltó una pequeña risita. Apenas audible para él. Juguetona.

—A veces creo que mis jefes sienten lo mismo.

—¿De verdad?

—No vemos las cosas de la misma manera en muchos aspectos. Especialmente en este caso. Por ejemplo... —Tomek dudó. ¿Cuánto debía compartir? ¿Cuánto *podía* compartir?

—Por ejemplo, si supieras que Timothy era, digamos, un pedófilo y un violador, y alguien lo asesinó precisamente por esa razón, ¿cómo te sentirías?

Katie mantuvo la copa cerca de su barbilla, sorprendida por la pregunta. —Diría que bien. Buen trabajo.

—Verás, yo soy diferente. No creo que eso justifique matarlo en absoluto. Nunca está bien quitar una vida.

—¿Cómo puedes decir eso? —Parecía ofendida y bajó la copa—. Si ese es el caso, y ha hecho las cosas que acabas de decir, entonces le ha robado a alguien *su* infancia, *su* edad adulta, *su* vida. Tendrán

que vivir con lo que pasó hasta que mueran. Lo que él ha hecho es mucho peor.

—Creo que es diferente para las mujeres —dijo, y enseguida se arrepintió—. Estas cosas os pasan a *vosotras*. Yo estoy apartado del proceso. Nunca podré saber lo que se siente cuando te pasa a ti.

—Pero podrías saber lo que se siente cuando le pasa a alguien que amas.

Tomek lo consideró por un momento. Si se pusiera en los zapatos de su madre, y le hubiera pasado algo a ella, ¿cómo se habría sentido entonces?

—Supongo que tienes razón —dijo sin comprometerse.

Katie se removió un segundo, tomándose un momento para controlarse. La conversación claramente la había irritado, y Tomek se sintió estúpido por haber puesto una brecha entre ellos tan pronto.

—Bueno, tampoco estamos más cerca de encontrar al cabrón que lo hizo, así que todo es académico por ahora.

—¿Es por eso que no les gustas a tus jefes? —preguntó, volviendo a ser juguetona—. Puedo ver totalmente por qué.

—A veces parece que la tienen tomada conmigo. Por ejemplo, cuando fui a tu casa el otro día, solo me enviaron como castigo por llegar tarde.

—Menos mal que lo hicieron. —Sus ojos brillaron mientras se llevaba la copa a los labios—. Todo ocurre por una razón.

Cualquiera que fuera esa razón, él esperaba que saltara y se hiciera ineludiblemente evidente para él pronto. Después de terminar el plato principal, la conversación pasó a la familia de Katie, un tema del que ella tenía tantos problemas para hablar como Tomek. Venía de un entorno militar. Su padre había servido en las fuerzas armadas y por eso habían saltado de ciudad en ciudad. Ella y su madre habían desarrollado un vínculo estrecho, casi de hermanas como resultado. Hasta su muerte casi diez años antes.

—Papá no lo llevó muy bien —dijo—. Se volvió loco buscando cosas que hacer. Fue la ausencia de tener a alguien con quien hablar lo que realmente lo desquició.

—Oh.

—Se suicidó un par de años después. El cabrón realmente me dejó jodida.

—Lamento oír eso.

Katie tardó un tiempo en responder. Claramente perdida en sus pensamientos, tal vez conjurando imágenes de mamá y papá. De tiempos más felices y agradables.

—Te hace preguntarte cuál es el sentido, ¿verdad? —dijo él—. Amor. Vida. Familia. Relaciones. Amistades. Todos te decepcionan en algún momento.

—Pero al menos te habrán criado, y por eso solo puedes estar agradecido por los buenos momentos.

Ahora era el turno de Tomek de quedarse en silencio. Se volvió introspectivo y pensó en lo que había sucedido unas horas antes. La discusión, la forma en que su madre le había hablado. Su relación estaba casi en el fondo, lo que significaba que solo había un camino a seguir.

Hacia arriba.

—¿Estás bien? —Katie extendió la mano y puso la suya sobre la de él. El primer contacto físico de la noche—. Tu pecho no se ha movido en un rato, y me preocupa que estés teniendo un infarto.

—Si lo estoy teniendo, entonces estoy feliz de que esto sea lo último que vea.

Era cursi, extremadamente cursi, un diez de diez en la escala de lo cursi, pero funcionó e hizo que Katie se sonrojara.

—Estoy bien. Solo me hizo pensar en mis padres y mi familia.

—¿Están vivos los dos?

Tomek asintió.

—Entonces tienes suerte. Y deberías recordártelo todos los días. ¿Estás unido a ellos?

Esa era la pregunta. ¿Contaba si la respuesta era solo al cincuenta por ciento? ¿Estaba listo para contarle lo que había pasado? Había compartido la historia con sus colegas y amigos antes, pero no en su totalidad, no desde hacía mucho tiempo. No desde el terapeuta que había intentado ayudarlo después de aquella noche, después de que empezaran las pesadillas.

—¿Tienes pesadillas? —preguntó ella.

—A veces —dijo él—. No siempre. Es aleatorio. No parece haber un desencadenante natural.

—¿Sobre qué son?

Tomek inhaló profundamente. Se recompuso. Allá vamos. Ya no hay vuelta atrás. Es hora de compartir. Problema compartido, problema reducido a la mitad, y todo eso.

—Yo tenía nueve años y mi hermano mediano acababa de entrar en la secundaria. Tenía once años. Nuestras escuelas estaban cerca una de la otra en Hadleigh, y como mamá y papá trabajaban hasta tarde, no siempre podían recogernos. Así que decidieron que deberíamos caminar a casa juntos. Dawid, mi hermano mayor, tenía edad suficiente para caminar con sus amigos, y no quería tener nada que ver con nosotros. Además, participaba en montones de actividades extraescolares, así que volvía a casa cuando quería. Pero no Michał y yo. Estábamos atrapados el uno con el otro. A él no le gustaba, pero a mí me parecía agradable. No tenía muchos amigos en clase, por la barrera del idioma, y no tenía a ninguno de mis hermanos en el patio de recreo. Así que estaba solo la mayor parte del tiempo. Mis tardes, mientras caminaba con M, eran las únicas partes buenas de mi día.

Tomek miró hacia el frente, ajeno a los movimientos de Katie y su sonrisa rápidamente decreciente.

—Pero un día las cosas simplemente salieron mal. No sé qué pasó. He estado tratando de reconstruirlo desde entonces. —Otra pausa. Tragó profundamente. La superficie de la mesa frente a él se volvió cada vez más borrosa hasta que no fue más que una mancha y había sido reemplazada por la misma oscuridad que veía en sus pesadillas—. Se suponía que debía encontrarme con él en el parque después de la escuela, como siempre. Ese era nuestro lugar de encuentro. El parque. Lejos de la escuela para que sus amigos no lo vieran. No me importaba. Era lo que era. Pero por alguna razón yo llegaba tarde. No mucho, tal vez media hora, cuarenta y cinco minutos. El profesor necesitaba hablar conmigo sobre algo, mi comportamiento en clase, así que corría para llegar a él. No quería hacerlo esperar, y sabía que mamá estaría furiosa con nosotros si llegábamos tarde.

Para entonces, la mayor parte del restaurante, especialmente las dos familias a ambos lados, se había marchado. Habían comido, hecho un desastre y se habían ido.

—Cuando llegué al parque, supe que algo andaba mal. No podía verlo. Normalmente me esperaba en la entrada, pero esta vez no estaba allí. Así que entré y, después de un rato, empecé a oír estos ruidos que venían de los columpios. Miré, pero estaba demasiado oscuro para discernir exactamente lo que estaba pasando. Mi corazón latía con fuerza. Pero me acerqué. Fue entonces cuando vi a dos personas de pie sobre mi hermano. Estaba tirado allí, inconsciente. Muerto. Le habían destrozado la cara a patadas. Lo habían golpeado con ladrillos. Le habían prendido fuego a sus zapatos y tobillos. Le habían rociado lejía por toda la cara. Fue...

Tomek se detuvo. Las imágenes en su cabeza se habían detenido tan pronto como había entrado en el parque; el resto de la historia había sido contado de memoria. De las palabras dentro de su cabeza que había repasado innumerables veces.

Lo siguiente que notó Tomek fue el contacto de Katie. Su mano sobre la suya. Suave, casi efímera.

—Tomek, lo siento mucho. No puedo... no puedo imaginar cómo debió ser eso para ti.

—Vi a un terapeuta durante unos años después. Para ayudar a combatir y entender las pesadillas. Pero no funcionó.

—¿Encontraron alguna vez a quien lo hizo?

Tomek asintió. —Arrestaron a un chico de décimo año, tres años mayor que Michał. Al parecer, solo pensó que era algo divertido de hacer. Que golpear a mi hermano hasta la muerte era algo divertido de hacer. —Sacudió la cabeza con desesperación. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había pensado en Jason Cartwright. Y aún más desde la última vez que lo había visto. Sonriendo desde el otro lado de la mesa.

—¿No dijiste que había dos personas involucradas?

—Aquí es donde se pone incómodo.

—¿Incómodo en qué sentido?

—Por alguna razón, mi cerebro se apagó instantáneamente y encerró esos pensamientos, esas imágenes de lo que vi. Creo que

estaba tan conmocionado que no podía procesarlos, y nunca he podido hacerlo adecuadamente. Como resultado, nunca he podido identificar a la segunda persona. Y las pruebas encontradas en la escena del crimen indicaban un solo atacante. Así que la policía, dado que seguían la fe ciega de un niño de nueve años, no me creyó. Y lo que es peor, mi madre tampoco. Desde esa noche nuestra familia se ha fracturado. Mi madre me culpó, y sigue culpándome hasta el día de hoy. Cree que es mi culpa que él muriera. Si hubiera llegado solo cinco minutos antes, podría haberlo salvado.

—Eso es terrible. Por lo que sabes, si hubieras estado allí antes, podrían haberte atacado a ti también. Y entonces habría perdido a dos hijos.

Tomek no quiso responder a ese comentario. A veces se había preguntado lo mismo, si habría sido peor...

Continuó: —Todavía no me mira a los ojos ni mantiene una conversación adecuada conmigo sin que haya alguien más en la habitación. Todo porque dije que había un segundo atacante. Todavía mantiene la esperanza de que lo encuentren. Que *yo* lo encuentre. "Sigue buscando", dice mi padre. Buscando un cierre. Y soy el único que puede dárselo. Pero han pasado treinta años, y sigo sin estar más cerca de descubrir el rostro del otro chico que mató a mi hermano. Lo he visto, sé que lo he visto. —Se dio un golpecito en el lado de la cabeza—. Simplemente está encerrado aquí, en esta mierda que tengo por cerebro.

—No seas estúpido. No seas tan duro contigo mismo. Nada de lo que pasó es culpa tuya. No deberías culparte. No había nada que pudieras hacer. Y si tu madre no puede quererte por lo que eres, entonces francamente no creo que debas molestarte con ella.

—¿Cómo? Es mi madre. Renunció a todo para apoyarnos mientras crecíamos.

—Y mira cómo te trata. Como si no existieras.

Hubo momentos, poco después del asesinato, en los que había pensado en no existir. Lo había considerado. *Realmente* lo había considerado. Ahorcarse, cortarse las venas en la bañera, huir de casa y no volver nunca. Si ya no estuviera por ahí, entonces no

podría disgustar a su madre. Si no podía disgustarla, entonces ella podría ser feliz de nuevo. Como lo había sido antes de que él entrara en sus vidas.

Quizás de manera inteligente, decidió guardarse esa información para sí mismo.

Cuando la noche, y su cita, finalmente llegó a su fin, Tomek condujo a Katie fuera del restaurante con ella de su brazo y la acompañó hasta su coche. Era una noche despejada, y las estrellas en el cielo nocturno centelleaban sobre sus cabezas, señalando la esperanza de un día más brillante. Le recordaron una cita que había leído una vez:

Cuando llueve, busca arcoíris. Cuando está oscuro, busca estrellas.

A veces eso era más fácil de decir que de hacer.

En el trayecto de regreso a casa de Katie, Tomek condujo con cuidado. A pesar de haber tomado solo una copa, era consciente de que llevaba una carga preciosa en el coche con él (una carga preciosa que ahora conocía su secreto más oscuro), y quería garantizar su seguridad. Para cuando llegó a su casa era pasada la medianoche. De alguna manera habían logrado conversar durante toda la noche, conociéndose el uno al otro. Y al final, estaba enamorado de ella. Su encanto, su aplomo, su inteligencia, su elegancia. Todo sobre ella. Por eso, cuando le preguntó si quería entrar a tomar un té o una copa, se negó. No quería estropearlo precipitándose a hacer algo, haciendo algo de lo que ambos pudieran arrepentirse después.

—Además —le dijo—, no querríamos despertarnos con la hija de tu amiga llamando a la puerta, ¿verdad?

A lo que ella le dio una palmada juguetona en el brazo y luego le dio un beso en los labios. Eso era todo lo que iba a conseguir esta noche. Y era más de lo que necesitaba.

Mientras volvía a su coche, pasó por la casa de Timothy Rosenthal. La decisión se había tomado ese mismo día de evacuar las instalaciones y utilizar mejor los recursos en otra parte. Ya habían reunido todo lo que necesitaban, y el lugar ya no se consideraba una escena del crimen. Sin embargo, quedaban restos de la presencia

policial; pequeños recortes de cinta policial desechada se agitaban sin fuerza con el viento; marcas de botas sucias, dispuestas en una sola línea entrando y saliendo del punto de acceso, ensuciaban el camino de entrada; y un único marcador amarillo de pruebas había quedado junto a la puerta principal.

La puerta principal.

Al principio Tomek no había registrado lo que había visto. Había estado equivocado. El marcador estaba dentro de la propiedad en lugar de fuera. Lo que significaba que, en su prisa, los equipos de SOCO y de uniforme habían olvidado cerrar con llave.

O alguien había entrado por la fuerza.

No podía creer que sus colegas hubieran sido tan ineptos como para dejar un desorden, olvidar un marcador de pruebas y olvidar cerrar la puerta. Claro, por lo que había entendido, ninguno de ellos estaba entusiasmado con la idea de gastar tantos recursos en encontrar al asesino, especialmente cuando se trataba de alguien que creían que había hecho lo correcto, pero esto llevaba la pereza demasiado lejos.

Quien fuera responsable iba a tener su cabeza en una pica.

Dio un paso adelante. Cauteloso, prudente.

Y entonces lo oyó. El sonido de pasos, movimiento. Proveniente del interior.

Había algunas ocasiones en las que un oficial de policía experimentaba ciertas situaciones como si fueran sacadas de una película, y Tomek había tenido su parte justa. Pero si había una cosa que había aprendido —y una cosa en la que se encontraba directamente en medio— era que toda racionalidad, todo pensamiento lógico y juicio, desaparecía.

Debería haber llamado a alguien para que lo apoyara. A cualquiera. Katie. Nasty Nick. Sean. Rachel. Incluso a Tepid Tony. Pero sus sentidos se habían vuelto enfocados, miopes en su intención: averiguar qué estaba pasando.

Sabía que Timothy Rosenthal no podía haber vuelto de entre los muertos. Eso sería ridículo. Había *visto* el cuerpo. Tirado allí con su pene en la boca. Pero eso no impidió que el pensamiento irracional entrara en su mente. ¿El falo seguiría allí, o se habría caído?

La respuesta fue algo decepcionante.

Inmediatamente frente a él, inclinado sobre la mesa del comedor, hojeando una carpeta de documentos, había una figura enmascarada. Alta, delgada y desgarbada. Por un breve momento Tomek se preguntó si se había topado con Tony. Luego se dio cuenta de que, detrás del pasamontañas, la figura tenía ojos más oscuros.

No los reconoció.

—¿Quién eres? —preguntó Tomek.

—¿Quién coño eres tú?

Tampoco reconoció la voz. Ya no le sorprendía. Se había convertido en una constante en su vida.

—Soy la policía. ¿Quién eres tú y qué estás haciendo aquí?

Tan pronto como Tomek mencionó esa palabra en particular, *policía*, la figura agarró un posavasos de pizarra de la mesa y se lo lanzó a Tomek. Lo primero que sintió fue un ligero ardor en la esquina de la sien, seguido por la poderosa onda de choque que se extendió por su cabeza. El posavasos cayó al suelo con estrépito y se astilló en la superficie. Antes de que Tomek pudiera recomponerse, el agresor cargó contra él, atacó salvajemente con un puño y conectó con la barbilla de Tomek. Para cuando había recuperado el control —no solo de su equilibrio, sino también de su orgullo— y abierto los ojos, la figura se había ido. Y el mundo se había vuelto rojo.

Pensó en perseguirlo, pero sabía que no llegaría muy lejos. Vestido con su atuendo de cena, habría tenido más éxito ganando un oro en las Olimpiadas.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Gary Kershaw nunca había sido muy bueno siguiendo consejos. Ni las reglas, tampoco. Especialmente cuando venían de la policía. ¿Quiénes coño se creían que eran, intimidándolo así, enfrentándolo en su propia casa? Era difamatorio y ridículo. Que se pudran todos en el infierno.

No estaba completamente seguro de cuándo comenzó su predilección por niños y niñas pequeños. Quizás había sido alrededor de la época en que alcanzó la pubertad. Una atracción antinatural había empezado a formarse hacia aquellos más jóvenes que él. No era exigente. A veces eran niños, otras veces niñas. Cualquiera que fuera más bonito y cualquiera que le diera más atención.

Eso era lo decisivo. Eso era lo que le atraía de ellos en primer lugar. Claro, tenían su pelo bonito, sus ojos bonitos, su piel suave intacta por las formas del mundo sucio. Pero era la atención lo que le gustaba. Y el poder. En cuanto empezaban a hablarle, se sentía como un dios. Capaz de cosas que hasta entonces solo había pensado.

Su primer encuentro sexual con un menor había tenido lugar en el bosque. Margaret había sido su nombre. O Maggie, como a ella le gustaba que la llamaran. Él tenía quince años, y ella solo diez. Una diferencia de cinco años, y se notaba. Habían ido a caminar, cogidos de la mano. Hablando. Poniéndose cómodos mutuamente. Por supuesto que él sabía lo que iba a pasar, pero ella no. Podría haberla matado y ella no lo habría visto venir.

Pero *él* sí. Porque él tenía el poder.

Al principio, comenzó con un toque. Su mano debajo de su camiseta. Solo para probar las aguas. Y cuando ella no discutió ni rechazó sus avances, él lo llevó al siguiente paso, y al siguiente. Hasta que finalmente forzó su pene en la boca de ella y le dijo que chupara.

Su pequeño secreto.

Para siempre.

Que se mantiene hasta el día de hoy.

Desde entonces, sus métodos se habían vuelto más inteligentes, más sigilosos, más discretos. El problema al que se enfrentaba hoy en día era el abismo en la diferencia de edad. Y el público en general, ahora más astuto y más consciente de los riesgos involucrados al dejar a sus hijos bajo la tutela de un hombre mayor, le había prohibido actuar según sus impulsos.

Y entonces descubrió Internet. En particular, las plataformas de redes sociales y la Dark Web. Estaban llenas de personas como él. Diferentes. No malvados, no monstruos como los medios y todos los retrataban. Diferentes.

A veces los niños y niñas le enviaban mensajes, a veces era al revés. Necesitaban a alguien con quien hablar, alguien en quien confiar. Él estaba más que feliz de permitírselo.

A veces les gustaba encontrarse. A veces le enviaban fotografías de ellos mismos, medio desnudos. Apresuradas porque tenían miedo de que sus padres o hermanos pudieran atraparlos. No le importaba. Las guardaba todas. Almacenadas en un disco duro, guardadas para una fecha posterior.

El que la policía nunca había podido encontrar.

Esta noche, tenía su equipo ya preparado. La cámara al final de la cama sobre el trípode. La grabadora de vídeo oculta en la estantería. Las botellas de agua y vasos de refrescos, ya mezclados con alcohol y Rohypnol (un método que se había visto obligado a incluir en su ritual a medida que aumentaba la diferencia de edad). Y las sábanas nuevas que serían destruidas por la mañana.

Esperándolos cuando llegaran a casa.

Estaba en medio de un parque cercano, sentado en su coche. Contando los minutos hasta que la viera y le abriera la puerta.

Cuando finalmente emergió de las sombras, sola, sintió que la sangre corría hacia su pene, y estuvo tentado a preguntarle si quería tocarlo tan pronto. Pero eso arruinaría la diversión. *Su* diversión.

En cambio, la dejó entrar, bajó el volumen de la radio y se alejó. Seguro de que nadie los había visto. Era la mitad de la noche, y cualquiera que estuviera fuera tenía tanto que esconder como él. Y esos malditos gamberros fuera de su casa tampoco serían un problema. Era mucho más tarde de su hora de dormir, y no los había visto antes de irse.

La niña era más pequeña de lo que había esperado. Pero más bonita. Mucho más bonita. Su cabello era de un tono oscuro de marrón, y sus ojos de un tono aún más profundo de negro. Sin embargo, parecían juveniles, vibrantes, llenos de vida e inocencia. Todos sus componentes favoritos. Estaba vestida con unas mallas con una linda falda de mezclilla que se sentaba a unos centímetros por encima de sus rodillas. En la parte superior llevaba una blusa blanca debajo de un abrigo rojo tipo parka.

—Hace frío afuera, ¿verdad? —le dijo.

—Sí.

—¿Quieres que suba la calefacción?

—Vale.

Así que lo hizo debidamente, esperando que ella se hubiera quitado el abrigo para cuando llegaran a su casa.

No lo había hecho. Pero, para su deleite, eso no importaba. Había tenido razón sobre los adolescentes. No se veían por ninguna parte. Y la urbanización estaba mortalmente silenciosa. Extraño, para un viernes por la noche. Quizás todos estaban en la ciudad en algún lugar. Emborrachándose y metiéndose en peleas a puñetazos, mientras él se preparaba para una noche de diversión y libertinaje con una niña de siete años.

En los cinco minutos siguientes a dejarla entrar en su casa, Gary Kershaw le había ofrecido a la niña dos bebidas. Una suave, la otra más fuerte. Ella no había aceptado ninguna.

Extraño. Las niñas que solía traer de vuelta normalmente estaban encantadas con ello. Como dar dulces a un bebé. Tal vez era tímida, nerviosa.

Pero eso estaba bien. Podía manejar eso. Simplemente tendría que sacar algo del viejo encanto.

Sin embargo, antes de que pudiera comenzar, sonó el timbre de la puerta.

El ruido repentino y fuerte lo sobresaltó. No esperaba a nadie, así que decidió no responder. Pero no paraban. El sonido constante gradualmente comenzó a irritarlo. *Pequeños cabrones persistentes*, pensó.

—Quédate aquí, ¿vale? Veré qué quieren y volveré en un minuto, ¿de acuerdo?

La niña no dijo nada mientras él cerraba la puerta tras de sí y bajaba las escaleras.

Cuando abrió la puerta principal de la casa, no sabía qué esperar. Pero no era la figura encapuchada frente a él, sosteniendo un cuchillo y apuntándolo directamente a su garganta. Lo último en lo que pensó, antes de que la hoja cruzara su cuello, fue en ese detective de policía bastardo que lo había visitado más temprano ese día.

CAPÍTULO
DIECISIETE

Tomek llegó a la casa de Gary Kershaw a la mañana siguiente con una resaca infernal. Ni siquiera una dosis potencialmente letal de aspirina y paracetamol podía mitigar los golpes de Mike Tyson y Muhammad Ali aporreando el interior de su cabeza.

—Es tu culpa por meterte en algo que no debías —le dijo el DCI Cleaves a su lado.

—Creo que eso es probablemente lo más amable que me ha dicho, jefe.

—Entonces solo empeora a partir de aquí, ¿no?

Tomek no estaba seguro si se refería al dolor de cabeza, a su relación, o al cadáver frente a ellos.

—Creo que él recibe más compasión que yo —Tomek señaló al hombre que había sido asesinado de manera igualmente espantosa que Timothy Rosenthal. Al igual que Timothy, a Gary le habían cortado la garganta, le habían robado la ropa, habían colocado su carnet de conducir y sus antecedentes penales junto a su cabeza, y le habían amputado el pene para metérselo en la boca. Todo era igual excepto que no había agujeros en su cuerpo y faltaba la inscripción en su pecho.

—¿Cuánto estás dispuesto a apostar? —preguntó Nick.

—¿Diez libras?

Los dos hombres cerraron el trato con un apretón de manos y se movieron alrededor del cuerpo.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Tomek.

—Su oficial de libertad condicional.

—¿Ya se ha corrido la voz entre todos los pederastas y violadores de la zona? —preguntó Sean, entrando en la sala de estar—. Ahora todos se esconderán.

—O podría ser porque ella tenía programada una visita —dijo Tomek—. Él me dijo ayer que ella tenía planeado venir —Como ninguno de los dos hombres respondió, continuó—: ¿Cuándo creemos que murió?

—En algún momento de la madrugada. La sangre todavía está húmeda en la alfombra, hay muchísima —La patóloga, Christina Ferryman, vestía un traje forense azul oscuro. Christina, hasta hacía unos meses, era conocida como Chris. Hasta que había salido del armario como transgénero. Ahora se estaba preparando para su cirugía de reasignación de género. Y contaba con el apoyo total de Tomek en este asunto. Pero no todos podían decir lo mismo.

—¿A qué hora terminaste en casa de Timothy Rosenthal? —preguntó Nick.

Tomek buscó en su memoria. La hora, junto con la mayor parte de lo que había sucedido después de que la agente Hamilton y un grupo de oficiales uniformados hubieran llegado, había sido confusa. Aunque estaba bastante seguro de que había salido de la casa de Timothy Rosenthal, todavía con una compresa fría firmemente presionada contra su cabeza, poco después de la 1 de la madrugada.

—Lo que significa que posiblemente lo mataron poco después —dijo Tomek, pensando en voz alta.

—¿Cuál es la importancia? —preguntó Sean.

—Significa que quien estuviera en la casa, quien me atacó con un jodido posavasos, podría haber venido directamente aquí y haberlo asesinado.

—Pero pensé que habías dicho que agitó los brazos un poco y un puñetazo errante te alcanzó en la cara.

—Nunca dije eso.

—Estaba en el informe de Rachel.

Tomek puso los ojos en blanco. Ahora todos sabrían que había sido derribado por un hombre con brazos de gelatina.

—Esto parece obra de un hombre que sabe cómo someter a otro hombre —añadió el DCI Cleaves.

—Cierto. Pero no esperaba que yo estuviera en casa de Rosenthal. Ni yo esperaba que él estuviera allí. Pero con esto... ya lo había hecho antes. Sabía lo que estaba haciendo. Fue más calculado, preparado. No creo que se pueda argumentar que no había planeado ya cortarle el pene al pobre tipo y metérselo en la boca.

Nick extendió su mano frente a Tomek.

—Me debes esas diez libras.

—¿Qué?

—Acabas de llamarlo "pobre tipo". En mi extenso vocabulario, eso cae bajo la definición de compasión. Acabas de perder tu propia apuesta.

—Me cago en la leche.

—Suelta la pasta.

Tomek apartó la mano de su jefe de un manotazo.

—Te la daré cuando tenga algo de efectivo.

—Nunca te he visto con efectivo en mi vida.

—Precisamente.

Un fuerte aplauso los pilló desprevenidos e interrumpió su conversación en seco. Los tres se volvieron hacia Christina, que estaba de pie con las manos juntas.

—Caballeros, ¿no creen que deberíamos volver al asunto principal?

—¿La función de matinée o la de noche?

—Tú serás la función de noche si no tienes cuidado.

Christina se dio la vuelta, salió de la sala de estar y los condujo al dormitorio. Al salir, algo llamó la atención de Tomek. No un elemento específico en particular. Más bien, la disposición del comedor. La limpieza de todo. Las latas de cerveza que ya no estaban. Los envases de comida rápida desaparecidos. Era como si Gary hubiera contratado una empresa de limpieza en las horas transcurridas entre la visita de Tomek y su muerte. *Quizás se estaba preparando para la llegada de su oficial de libertad condicional*, pensó.

Arriba, encontraron a dos técnicos forenses examinando el dormitorio. Uno colocaba un conjunto de folículos capilares en una bolsa de pruebas mientras el otro sacaba huellas de un juego de vasos en la mesita de noche.

—¿Cuál es la importancia de esto? —preguntó Christina, como si sus roles se hubieran invertido.

Tomek inspeccionó el contenido de la mesita de noche. Un envoltorio de dulce vacío y dos vasos de Coca-Cola.

—Era un hombre sediento.

—O tenía compañía —añadió Sean.

—Tomaréis muestras de todas formas, ¿verdad? —La pregunta estaba dirigida a los oficiales de la escena del crimen, pero les llevó un tiempo registrarla.

—Absolutamente. Ya se ha hecho, señor.

—Fantástico —dijo el DCI Cleaves.

Después de terminar la visita a la casa —y bromear sobre cuánto podría obtener en el mercado inmobiliario—, se quitaron los trajes forenses y abandonaron la escena del crimen. Nick tenía que volver a la comisaría, así que se marchó, mientras que Tomek y Sean debían quedarse para realizar las indagaciones casa por casa.

Tomek pensó en discutir, pero sabía cuál sería la respuesta. Que, gracias a su trabajo anterior en la calle de Timothy Rosenthal, se le consideraba un experto. Que podría recorrerlas rápidamente y terminar en una hora.

Todo eso estaba muy bien, pero mirando el panorama de testigos frente a él, no necesitaba que unos adolescentes con acné le dijeran lo que ya sabía. Mientras se preparaba para hablar con el primero de sus testigos, notó algo por el rabillo del ojo. Un niño, no mayor de diez años, pintando con aerosol la palabra "Pedófilo" en el lateral del coche de Gary Kershaw. Tomek miró a su alrededor con incredulidad al ver que nadie lo había notado. Al final, silbó a un agente uniformado, que se acercó pesadamente, y dijo: —¿Alguien va a hacer algo con él?

Asintiendo, el oficial se apresuró y detuvo al niño a mitad de palabra. Solo había llegado a escribir "Peedo" y lo había escrito incorrectamente. Una parte de Tomek se sintió mal por

interrumpirlo, mientras que la otra parte pensó que era mejor que no terminara la palabra porque cuanto antes lo arrestaran, antes lo enviarían de vuelta a la escuela donde aprendería a deletrearla correctamente.

Con eso resuelto, Tomek centró su atención en alguien que reconoció. El chico del día anterior. En la bicicleta, con los bolsillos. Hoy llevaba un conjunto diferente, uno sin capacidad para incriminarse si la policía decidía registrarlo.

—¿No sabrás lo que pasó? —preguntó Tomek.

—No, tío. Pero tampoco digo que sea algo malo. Iba a pasar cualquier día.

—¿Qué estabas haciendo anoche?

—Follándome a tu madre.

—Claro.

—Y luego me fui directamente a la cama. No vi nada, no oí nada. Aunque ojalá lo hubiera hecho. Me habría encantado ver eso.

No, no te habría gustado, pensó Tomek. Pensando en su propio hermano. Cómo le había afectado de más formas de las que podía contar.

Decidiendo que el chico le estaba haciendo perder el tiempo, pasó a un hombre que estaba unos metros detrás. Llevaba un pendiente en cada oreja, una cadena de oro alrededor del cuello y un impermeable ligero que ahogaba sus hombros. Su nombre era Murray, y era el padre del niño pequeño.

—¿Qué estabas haciendo anoche?

—Nada. Viendo la tele.

—¿No saliste? ¿No viste a nadie? —Tomek casi podía saborear el alcohol en su aliento.

—Ya no estoy en esa vida. Lo he dejado atrás.

—¿Así que no viste lo que pasó aquí?

—No. Pero juro que vi algo extraño.

El interés de Tomek se despertó.

—Sí. Juro que vi a una niña pequeña saliendo de su coche y entrando con él.

—¿Y sabes quién es este hombre? ¿Sabes lo que ha hecho en el pasado?

—Claro.

—¿Y no pensaste en llamarnos?

—Lo intenté. Pero nadie contesta.

Porque estaban demasiado ocupados lidiando conmigo y el Puños de Lechuga.

—¿No pensaste en detenerlo? ¿O intervenir de alguna manera cuando creías que una niña pequeña podría estar en peligro?

Murray tardó un rato en responder. Tomek podía ver al hombre tratando de calcular una respuesta en la que no se incriminara. Entonces Tomek olió un tufillo a marihuana flotando por la urbanización, y comprendió la verdad. Si, como sospechaba, Murray y su familia estaban dirigiendo algún tipo de operación de drogas desde los confines de su hogar, lo último que querrían sería un montón de policías husmeando por la zona —y su sala de estar—. Era una lástima, para él, que de todos modos estuvieran allí. Tomek agradeció al hombre por su tiempo, luego anotó pasar la dirección a la brigada antidroga, y después llevó a Sean a un lado.

—El colega de allí dice que Gary trajo a una menor a casa con él anoche.

—Esta gente... Te lo dije, están enfermos, tío —Sean sacudió la cabeza—. Después de que le contaras lo que le había pasado a Rosenthal, él fue e hizo eso. El canalla se merece todo lo que le ha pasado.

—Sea como sea, todavía necesitamos averiguar quién es esa niña y dónde está ahora. Tengo la preocupante sensación de que quien esté haciendo esto la está usando como cebo para sacar a gente como Timothy Rosenthal y Gary Kershaw de sus escondites. Y es solo cuestión de tiempo hasta que alguien más caiga en la trampa.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Había dos formas de entrar en la comisaría de Southend. Y dos formas de salir. Una te llevaba directamente al patio principal donde los juzgados eran accesibles a la izquierda y las oficinas del ayuntamiento a la derecha. La segunda ruta era la entrada menos conocida, reservada únicamente para los miembros en servicio de la fuerza policial. Normalmente usaban esa entrada si necesitaban traer a un prisionero o delincuente desde la calle y no querían que los ojos curiosos del público lo presenciaran. La segunda entrada era la favorita de Tomek. No solo era más fácil llegar allí (no le gustaba la idea de caminar innecesariamente todo el trayecto alrededor del edificio), sino que también tenía una entrada en rampa. Una rampa que le encantaba porque sus rodillas ya no eran lo que solían ser.

Esperándole, apoyada contra la pared de ladrillo del edificio, estaba Abigail Winters del *Southend Echo*. La publicación llevaba funcionando desde finales de los sesenta y era responsable de desenterrar algunos de los secretos más oscuros de Essex, a la vez que iluminaba editorialmente muchos de sus logros. Tomek conocía a Abigail desde hacía años, su relación era noventa y cinco por ciento profesional, cinco por ciento personal.

—Sabes que no puedes estar aquí —le dijo él, poco impresionado. Era una regla no escrita que los periodistas debían esperar por su exclusiva al otro lado del edificio.

—Esa no es forma de saludar a una vieja amiga —le respondió ella—. Además, ¿no están las reglas para romperse?

—Romperse —la corrigió él—. Y no, a menos que quieras pasar la tarde conmigo en una sala de interrogatorios.

Ella abrió la boca, mostrando la lengua. —Podría pensar en peores formas de pasar mi día.

Tomek no estaba de humor para coqueteos. Aunque ella claramente sí. Normalmente, él habría estado completamente receptivo. Pero ahora no. No con el interminable dolor en su cabeza, no con los dos "peedas" muertos por los que tenía que encontrar justicia, no con Katie nadando por su cerebro como un trozo de plástico flotando en el océano: insumergible, indestructible.

—Escucha —comenzó—, no tengo mucho tiempo. ¿Qué necesitas?

Podía ver que su brusquedad la había ofendido, pero no le importaba. El noventa y cinco por ciento ahora había aumentado a noventa y seis.

—Información privilegiada.

—¿Sobre qué?

—Los dobles asesinatos.

—¿Cuáles?

—Vamos, Tomek. No te hagas el tonto.

—No lo hago. Mucha gente es asesinada cada día en todo el mundo.

Ella metió la mano en su bolso y sacó una pequeña libreta. —¿Qué tal Timothy Rosenthal, encontrado muerto en el huerto cerca del aeropuerto de Southend? ¿O Gary Kershaw, encontrado muerto esta mañana en su casa?

Tomek intentó ocultar la sorpresa en su rostro, pero con poco éxito.

—Parece que ya sabes todo lo que necesitas. ¿Para qué me necesitas a mí?

—Cualquier cosa que aún no sepa. Los detalles jugosos. Como mínimo, una cita. Me debes al menos eso.

—Y una mierda te debo algo. ¿Por qué?

Abigail dudó antes de responder. Tomek sabía por qué, qué, cuándo y dónde. Pero no quería admitírselo a sí mismo.

—Mi jefe me dio un tiempo tan difícil después de aquella noche —dijo ella.

—Y lo siento por eso.

—¿Lo sientes por el beso, o lo sientes porque *te* pillaron?

Tomek reflexionó antes de responder. No quería disgustarla, pero de cualquier manera, ¿no era el mismo resultado? Una bofetada, una mirada de descontento, tal vez incluso un rumor sobre él en el periódico. Podía lidiar con esas cosas. Pero con lo que no podía lidiar era con herir los sentimientos de alguien innecesariamente.

—Siento no haber intervenido para explicar —dijo—. Si me lo hubieras dicho, podría haberle explicado lo que pasó.

—No necesito tu ayuda, Tomek. Soy capaz de cuidar de mí misma.

—Excepto cuando necesitas una cita de un apuesto y a veces malhumorado sargento detective?

Ella no vio el lado gracioso de eso. Aunque difícilmente podía culparla.

—Escucha —dijo él, canalizando de nuevo su DCI Cleaves interior con un poderoso suspiro—. No hay mucho más que saber. Ambas víctimas eran ex prisioneros.

—¿Por qué?

—Violación. Pedofilia. Pornografía infantil. Estaban a un crimen más de encontrarse en los libros de récords. Cosas realmente desagradables. Y la forma en que murieron fue aún peor.

—Algunos podrían argumentar que estaba justificado.

—Eso es exactamente lo que todos los demás parecen pensar.

—¿Quiénes?

—El equipo. Solo hay dos de nosotros allí arriba que pensamos que deberíamos poner un serio esfuerzo en encontrar al asesino. Y no me gusta la compañía que tengo.

Tan pronto como lo dijo, se dio cuenta de que no debería haberlo hecho. Y el brillo en los ojos de Abigail le dijo que, en el balance de las cosas, probablemente tampoco debería haberlo dicho. Sin darse cuenta, acababa de darle la cita que necesitaba. Y no era una con la que se sintiera cómodo defendiendo.

Animada por su éxito, Abigail le dijo adiós con la mano y se dirigió hacia su coche. Una vez que estuvo fuera de vista, Tomek entró en el edificio y se dirigió a la sala de incidentes. Dentro estaban algunos de los miembros senior del equipo, menos el sargento detective Sean Campbell, a quien se le había pedido supervisar la escena del crimen en casa de Gary Kershaw. A la cabeza de la sala estaban el DCI Cleaves y la agente Anne Kaczmarek. Como oficial de enlace con los medios, era su trabajo facilitar y monitorear las comunicaciones con la prensa. Ella era el conducto entre lo que el equipo sabía y lo que el público conocía.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo Nick a Tomek cuando fue el último en entrar—. La razón por la que os he llamado es porque, en caso de que no os hayáis dado cuenta al entrar, los periodistas están de vuelta. Incluso tuve a uno de ellos que vino por la parte de atrás e intentó hacerme algunas preguntas.

Ahora Tomek se sintió insultado, humillado, un idiota de clase A. Abigail le había hecho sentir como si él fuera el único del que quería información. Cuando en realidad ella solo estaba haciendo su trabajo. Y él había caído por completo.

—La agente detective Kaczmarek y yo hemos discutido nuestro plan para la Operación Highlander. Queremos un apagón mediático durante el mayor tiempo posible. Cuanto más controlada podamos tener nuestra información, mejor. Nada sale, ¿me oís?

Joder.

Ahora realmente se había metido en un lío. Dándose cuenta de que ya estaba pisando hielo fino, y que con una sola respiración equivocada bastaría para hacerlo caer, Tomek decidió quedarse callado. No había garantía de que Abigail fuera a publicar sus palabras. Ni había garantía de que lo nombrara como fuente. Podría estar entrando en pánico prematuramente. Pero no le gustaban sus probabilidades.

—¿Por qué estamos tomando esta dirección, señor? —preguntó lentamente Tepid Tony. Aunque era una frase que contenía pocas palabras, ya había logrado aburrir a Tomek.

—No creo que sea un secreto que algunas de las personas en esta oficina estén en silencioso acuerdo con lo que este asesino está

haciendo. Sé que no es correcto mencionarlo en voz alta, pero siento que este es un espacio seguro, y si descubro que no lo es, entonces sé a quién voy a ir a buscar. —La declaración no iba dirigida a Tomek, pero se sintió como si fuera un ataque personal. Lo irónico era que Nick tenía razón. Conocía demasiado bien a Tomek—. No olvidéis que solo somos un grupo de diez. Imaginad el clamor si las palabras "justicia vigilante" se publicaran en la red mundial. Habría un escándalo. Todo el mundo y su perro saldrían a cazar pedófilos y violadores. No solo en Essex. En todas partes. Esta persona le daría a su ciudadano promedio la idea de que tienen el derecho de asesinar a alguien por ser un criminal.

—Siempre podríamos usarlo como una campaña de reclutamiento —dijo Tomek—. Me suena como una buena táctica de marketing. Podríamos usar más personal.

—Primera posición: sargento detective.

La cara de Tomek se puso seria, mientras que la de todos los demás en la sala se iluminó.

—Gracioso.

—No tan gracioso como lo serás sin trabajo. Recuérdalo siempre.

—Disculpe, jefe. —El sonido vino desde la puerta. Tomek se dio la vuelta para ver quién había entrado. Era la agente Hamilton.

—¿Es importante, Rachel? —preguntó el DCI Cleaves, suspirando —. Estamos en medio de una reunión de crisis en este momento.

Ella vaciló en el marco. Su inexperiencia —y ligera aprensión— con el Desagradable Nick brillaba con fuerza. —Es con respecto a lo que están discutiendo, señor. Los medios.

La piel de Tomek se enfrió, su estómago se tensó y su trasero se apretó. Esperando. Escuchando. Rezando para que sus palabras no hubieran sido publicadas ya en Twitter u otra plataforma de redes sociales de la que no fuera miembro.

—¿Qué es? —Nick se estaba impacientando rápidamente.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un tipo llamado Jimmy Hunter?

La sala quedó en silencio, respondiendo a su pregunta.

—Es una personalidad de redes sociales. En realidad, creo que el término hoy en día es influencer. Pero si ese es el caso, entonces

realmente necesitamos esperar que no se entere de lo que ha estado pasando.

—Ve al grano, por favor.

—Claro. Lo siento. Según su página de Facebook, Jimmy Hunter es un cazador de pedófilos. Organiza operaciones de caza; fingiendo ser niñas pequeñas, contactando con hombres mayores y pedófilos en línea. Luego deja que lo manipulen a él, o mejor dicho, a *ella*, la niña pequeña que finge ser, y cuando acuerdan encontrarse, lo documenta todo.

—Cristo bendito —dijo Nick, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. Las cosas que hace la gente.

—Tiene más de diez mil seguidores, señor.

—¿Se supone que eso debe impresionarme?

—¿No cree que es un número elevado de personas? Sus vídeos obtienen millones de visualizaciones. Si se entera de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw, podría difundir la noticia antes que nosotros.

—Tonterías.

Tomek levantó la mano. No era algo que hubiera hecho desde que dejó el aula escolar, pero se sintió impulsado a hacerlo por alguna razón desconocida. —Disculpe si sueno realmente denso cuando digo esto, jefe, pero ¿de qué están hablando ustedes?

—¿Cómo dices?

—¿Por qué están hablando de sus seguidores y visualizaciones? Seguramente la principal preocupación es que engaña a estos hombres mientras finge ser niñas pequeñas. ¿Qué pasa si realmente *utiliza* a niñas menores cuando se reúne con ellos?

Finalmente cayó en la cuenta. —Oh, ya veo. Sí. Quizás tengas razón. —Se volvió hacia el DI Hunt—. Tony, necesito que marques a Jimmy Hunter para tu equipo y veas si alguien puede hablar con él. Averigua lo que sabe.

—Entendido.

—Mientras tanto, voy a colocar oficiales uniformados fuera de cada una de las escenas del crimen hasta nuevo aviso. No podemos tener una repetición de lo de anoche. Al pobre Tomek no le quedan muchas más neuronas que perder.

Eso provocó un par de risas. Más notablemente del DI Hunt. A costa de Tomek. Como siempre.

—Gracias, jefe. Es curioso cómo el que no tiene neuronas fue el que acaba de señalar el problema con Jimmy Hunter. No estoy seguro de lo que dice eso del resto de vosotros.

Nick no respondió. En su lugar, despidió a la sala y los envió a continuar con su trabajo.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Tras la reunión, la primera parada de Tomek fue hablar con Cathy Sharpe. La agente de libertad condicional de Gary Kershaw había sido enviada a la comisaría para completar una declaración de testigo. Tomek fue el afortunado encargado de tomarla. La agente Nadia Chakrabarti le había asignado la tarea en HOLMES 2, lo que significaba que no tenía voz ni voto en el asunto.

—Me alegra volver a verle, detective —dijo ella cuando entró en la sala de interrogatorios.

—Igualmente. Le he traído un vaso de agua. Pensé que podría tener sed.

—Ya sabe lo que dicen, ver cadáveres *da* mucha sed.

Tomek nunca había sido capaz de interpretar a Cathy. Hablaba con voz profunda, suave, casi monótona y sin variación alguna. Lo que hacía increíblemente difícil discernir si estaba bromeando o hablando en serio. En cualquier circunstancia. Como resultado, Tomek siempre abordaba sus conversaciones con cierta aprensión y miedo. Miedo a decir algo inadecuado y no poder darse cuenta si lo había hecho.

—Cuénteme sobre eso —dijo, mientras se sentaba frente a ella.

—¿Desde el principio?

—Preferiblemente. No estoy seguro de cómo escribir una historia al revés o desde la mitad.

Cathy dio un sorbo de agua y luego exhaló profundamente, casi con burla. —Se suponía que debía verlo esta mañana. Una de

nuestras visitas de control. Ha estado teniendo dificultades últimamente, y he querido ponerme al día con él, pero no he tenido tiempo.

Tomek conocía esa sensación. Los recortes presupuestarios y la reducción de recursos significaban que cada miembro del sector público estaba trabajando diez veces más. Y no había luz al final del túnel.

—Que se jodan los conservadores, si quiere mi opinión —dijo como comentario al margen, y continuó—. Sé que no es un hombre muy sano. Sé que tiene sus defectos...

¿Defectos? El hombre era un pedófilo. Eso no era un defecto. Era una disfunción del más alto nivel. Tomek no estaba seguro de cómo se podría justificar eso jamás. Estaba claro que Cathy tenía un nivel de empatía que él no compartía, ni compartiría nunca.

—Pero es un hombre enfermo. He estado intentando con todas mis fuerzas encontrarle ayuda. Trabajo. Ingresos estables. Pero no quiere escuchar. Es mi delincuente más difícil. Y es un milagro que haya aguantado tanto tiempo.

—Si no lo hubiera hecho, ¿quién sabe cuándo lo habríamos encontrado? —respondió él.

—Cuando el olor se hubiera vuelto insoportable, me arriesgaría a decir.

Era la pura verdad. ¿Y cuántos cadáveres más podría haber habido desde entonces?

—Entonces simplemente llamó a la puerta, ¿y luego qué?

—Bueno, obviamente, no respondió, ¿verdad? De lo contrario sería bastante absurdo. No... deja una llave bajo el felpudo, así que entré por mi cuenta. Y entonces lo encontré allí.

—¿Y cuándo diría que fue la última vez que habló con él?

Ella dudó mientras buscaba en su memoria y revisaba los diferentes expedientes de delincuentes en su mente. —A principios de semana. Creo que fue el lunes.

—Aproximadamente cuatro días antes de que muriera, entonces. —Tomek asintió mientras hacía el cálculo mentalmente—. ¿Y mencionó algo sobre reunirse con algún amigo, antiguo colega o conocido durante esta semana?

Cathy negó con la cabeza.

—¿Y notó algo diferente en la propiedad?

—Estaba limpia. Anormalmente limpia. Es un vago de primera normalmente, pero nunca la había visto así.

—¿Diría entonces que era algo fuera de lo común?

—Sí, lo diría. ¿Cree que se estaba reuniendo con alguien?

Tomek no contestó. En lugar de eso, continuó con la conversación. —¿Gary le mencionó alguna vez a un tipo llamado Timothy Rosenthal?

Cathy buscó en su memoria nuevamente. Esta vez indagando más profundamente en los archivos, en sus conversaciones previas. Tomek sabía que era mucho pedir (apenas podía recordar los detalles de la conversación que él y Sean habían tenido en el pub la otra noche), pero esperaba que ella pudiera proporcionar una idea sobre el alcance de la relación entre Timothy y Gary, cualquier cosa que no pudieran descubrir en sus respectivos discos duros.

—Lo siento, detective —dijo ella—. Pero no hablaba mucho. Y si lo hacía, ciertamente no habría sido sobre Timothy.

—¿Conoce ese nombre?

—Por supuesto que conozco el nombre. Está en mi lista.

Una conexión. Podría no ser mucho, pero había un vínculo entre las dos víctimas. En su cabeza, había estado tratando de discernir uno. Hasta ahora, no había podido ver más allá de lo obvio: que ambos fueron asesinados porque eran violadores y pedófilos condenados. Personas malas que, en opinión de alguien, merecían morir. Pero eso no explicaba cómo el asesino había conocido sus identidades o sus direcciones.

Fue entonces cuando su conversación cambió de rumbo. De repente, Cathy había pasado de ser testigo a potencial sospechosa o posible obstructora de la justicia. Podría no haber sido ella quien los matara, pero podría haber sabido quién lo hizo. O al menos haber pasado su información a alguien que podría haber sabido lo que ocurrió.

—¿Le importaría si salgo un momento, por favor? —Tomek se levantó de su silla sin esperar respuesta—. ¿Puedo traerle más agua si quiere?

Tomek cerró la puerta tras él suavemente. Por si hacerlo con más fuerza perturbaba los pensamientos en su cabeza y los dispersaba. Necesitaba un momento para pensar, para procesar el caos dentro de su mente. Antes de permitir que un solo pensamiento se desvaneciera, subió corriendo a la sala de incidencias y encontró a la agente Nadia Chakrabarti sentada en su escritorio, sosteniendo una botella de Coca-Cola Light en una mano mientras la otra tecleaba cuidadosamente.

—Justo la persona que estaba buscando —le dijo.

—A juzgar por el hecho de que no hay nadie más aquí, supongo que soy la *única* persona que estás buscando.

—Eres mi única y especial, Nadia. Y que no se te olvide.

—¿Qué quieres?

—Cathy Sharpe. Resulta que es la agente de libertad condicional tanto de Timothy como de Gary. Quiero que la añadan a la lista de acciones. Alguien necesita averiguar más sobre a quién conoce, si tiene conexiones con... —Tomek se detuvo. Por supuesto que tenía conexiones con gente mala. Trabajaba con ellos para ganarse la vida. No tendría dificultad en localizar a un asesino convicto para matar a Timothy y Gary si lo necesitaba. Quizás a cambio de una referencia o recomendación positiva, una ayuda con una solicitud de prestaciones.

Pero, ¿qué ganaría ella con eso? Tomek aún no tenía respuesta para eso.

Entonces se dio cuenta de que había dejado esperando a Nadia.

—Simplemente haz que alguien la investigue. A ver si conoce a alguien de particular interés.

—¿Tony sabe de esto?

—Todavía no. Tú puedes ser la afortunada que se lo diga. Sé que tienes debilidad por él, especialmente después de la...

—Ni se te ocurra mencionar...

—La fiesta de Navidad.

—Cabrón. Ahora lárgate.

Tomek le dirigió una sonrisa traviesa y luego regresó a la sala de interrogatorios. Antes de entrar, recordó que había olvidado el agua y se apresuró a buscar un vaso.

—Disculpe la espera —le dijo.

—¿Todo bien?

—Absolutamente. Nunca mejor. Sin embargo, me temo que tengo que preguntarle dónde estaba anoche.

—¿Perdón?

—Su paradero anoche. Entre la medianoche y las dos de la madrugada.

—Estaba durmiendo.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Mi reloj inteligente. —Levantó la muñeca y se quitó su Apple Watch—. Dice que... entre esas horas estaba entrando en mi fase REM.

—¿Y la noche que murió Timothy Rosenthal?

Volvió a comprobar. Esta vez no tenía respuesta.

—No lo llevaba puesto entonces. Pero también estaba durmiendo.

Tomek tomó nota. Bien podía estar diciendo la verdad, pero eso no significaba que no hubiera pasado las órdenes a otra persona. Alguien más experimentado. Y ciertamente no explicaba por qué Puños de Lechuga, como Tomek lo llamaba ahora, había estado dentro de la casa de Timothy Rosenthal. La teoría de que había más de una persona involucrada cobraba fuerza en su mente.

Tomek le agradeció por su tiempo, mencionó que debería permanecer en el área en caso de más interrogatorios, y luego la despidió.

CAPÍTULO
VEINTE

El martilleo dentro de su cabeza había crecido casi hasta el punto de desmayarlo. Implacable y malicioso. Habían pasado varias horas desde que había bebido agua o tomado algo para aliviar el dolor, y comenzaba a afectar su productividad. La mañana tardía y la primera parte de la tarde habían sido una tediosa batalla. Completar el formulario de declaración de testigos le había llevado una hora, y a él y a la agente Chey Carter les había llevado aún más tiempo revisar las horas de grabaciones de CCTV que los miembros del equipo habían conseguido de los diversos vecinos de Gary Kershaw. Finalmente encontraron una captura de pantalla de una niña con abrigo rojo. Eso era todo lo que tenían. Nada antes, nada después. La imagen era borrosa y la niña en la foto les daba la espalda. Pero al menos era un comienzo y un paso en la dirección correcta. Mirar la pantalla durante horas parecía haber exacerbado el dolor de cabeza y, a pesar de que le ofrecieron llevarlo al hospital (donde tendría que esperar al menos seis horas para ser atendido), lo había rechazado. Eso no le había impedido quejarse al respecto cada diez minutos.

—Eres un hombre tan típico —había dicho Nadia.

—Pensé que dijiste que era único en mi especie.

—Puedes ser ambas cosas. Un imbécil único en su especie y un típico imbécil de hombre. Así que supongo que eso simplemente te convierte en un imbécil todo el día, todos los días.

—Sabía que había una razón por la que me caes bien, Nadia —respondió Tomek—. No tienes miedo de decir las cosas como son. Y respeto eso. Tu marido es un hombre afortunado.

Ella resopló y puso los ojos en blanco. —No me hagas empezar con *ese* imbécil.

A media tarde, mientras comenzaba a anochecer, el dolor de cabeza cedió misericordiosamente con la llegada de la noche, y se sintió reluctantemente preparado para la tarea que le habían asignado anteriormente. La que había estado postergando tanto como le era posible: hablar con una de las víctimas de violación de Gary Kershaw, mientras Sean y Rachel hablaban con las otras.

Antes de partir, Tomek había leído las notas del caso para familiarizarse con los hechos. No quería que su rostro mostrara sorpresa cuando le pidiera que se los contara de nuevo por enésima vez.

Harriet Montgomery vivía al otro lado de Southend en Shoeburyness, cerca del agua. Con veinte años, todavía se encontraba viviendo con sus padres y bromeó al respecto cuando se sentaron.

—El alquiler es tan caro hoy en día que es imposible encontrar un sitio. Por eso sigo viviendo con mamá y papá. No me cobran alquiler, y puedo ahorrar todo lo que gano.

—Bien por ti.

—Aunque a veces me preocupo por mi generación, porque no todos tienen tanta suerte como yo. No todos tienen el mismo amor, apoyo y cimientos que yo tengo.

No, ciertamente no todos.

Mientras hablaba, jugueteaba con sus dedos, pellizcando sus uñas perfectamente manicuradas. Era obvio que estaba angustiada, pensando demasiado y preocupada por lo que iba a decir. Tomek estaba contento de dejarla hablar y calmarse a su manera.

—No quiero presumir ni nada —dijo ella.

—No creo que lo estés haciendo. Tenemos un chico en la comisaría que todavía vive con sus padres. Aunque creo que es porque su madre lo tiene bajo arresto domiciliario. Pero tienes razón, no es fácil.

Y no había sido fácil para Tomek cuando era más joven, trabajando a todas horas para poder pagar su hipoteca, escatimando en comidas solo para asegurarse de mantenerse al día con los pagos. Pero se había sacrificado y había salido adelante.

—Si yo pude hacerlo, entonces hay esperanza para todos.

Un ruido vino de la cocina a sus espaldas. La madre de Harriet estaba ocupada preparando la cena para la familia, lo que le daba a Tomek poco menos de media hora para hacer sus preguntas e irse.

—Siento la visita sin previo aviso —comenzó Tomek, cambiando la conversación a asuntos de trabajo con un simple cambio en su tono—. Pero queríamos hablar contigo antes de que te enteres de algo por las noticias o por internet.

—Me estás preocupando.

—Se trata de Gary Kershaw.

Tomek esperó mientras el impacto del nombre se registraba en el rostro de Harriet. Cejas levantadas, ojos abiertos. Luego, su mirada cayó al suelo.

—No he pensado en él durante años.

—Me lo imagino. Esta mañana temprano, lo encontraron muerto en su casa. Fue asesinado por alguien que creemos está atacando a personas como él.

—Puedes decir la palabra, ¿sabes? —Ese fuego, esa firmeza, había vuelto a sus ojos mientras encontraba su mirada. La misma firmeza que no había dejado entrever que conocía la razón de su visita. La misma firmeza que la había ayudado a superar lo que le había pasado—. Es un violador y un abusador de menores. Y si me preguntas, merece todo lo que le pasó.

—Solo queríamos informarte antes de que salga en las noticias. Y advertirte que tu nombre podría ser desenterrado. Aunque es poco probable, queríamos prepararte.

—Lo agradezco, gracias.

—Y, desafortunadamente, debo preguntarte... —Ahí venía. La parte que había estado temiendo—. Tu paradero anoche, entre la medianoche y las dos de la madrugada.

—¿Estás de broma?

—Lo siento. De verdad lo siento. Pero es parte de nuestra investigación. Preguntas rutinarias.

—Soy una víctima. Su víctima. ¿Sabes lo que me hizo?

Tomek lo sabía, pero presentía que estaba a punto de escucharlo de nuevo.

—Yo era una niña cuando me encontró. Me había estado observando en el parque frente a mi casa, frente a mi escuela. Me *seleccionó* como si fuera una mascota en una tienda de mascotas. ¿Sabes lo retorcido que es eso? Luego... y luego hizo lo que hizo.

Tomek se alegró de que le hubiera ahorrado los detalles escabrosos. No estaba seguro de si podría soportarlos por segunda vez.

—¿Te importaría contestar a la pregunta, por favor, Harriet? Solo para que podamos descartarte.

—Estaba aquí, ¿vale? Estaba en casa. Durmiendo. Con mi madre y mi padre y...

En ese momento, la puerta de la sala se abrió de golpe y una niña pequeña, de no más de siete años —aproximadamente de la misma altura y constitución, y con el mismo color de pelo que la niña de la foto— entró corriendo a la sala y saltó al regazo de Harriet. Tomek hizo un doble reparo y sacó disimuladamente de su bolsillo la fotografía de la niña con el abrigo rojo.

—¡Mami, tengo hambre! —dijo.

—Lo sé, cariño. La abuela está cocinando ahora. ¿Por qué no vas a la cocina y ves si necesita ayuda?

La niña saltó de las rodillas de Harriet y corrió a través de la puerta de la sala, con sus largas coletas marrones agitándose mientras se iba. Harriet, con el semblante de una madre que siempre está recogiendo tras su hija, cerró la puerta tras ella. Tomek necesitó un momento para procesar lo que había visto y oído.

Mami. La niña pequeña era la hija de Harriet. O eso se había omitido en los archivos del caso, o nunca se había mencionado. Y entonces hizo los cálculos.

—Lo siento —comenzó—. Pero tengo que preguntar. Tu hija... ¿es...?

—¿El producto de mi violación? Sí. Me quedé embarazada de Grace cuando tenía trece años. Sí.

—¿Ella...? —Tomek estaba luchando por encontrar las palabras adecuadas. Incluso le costaba comprender lo que le había pasado a Harriet y a su familia. Cuánto debió haberse visto obligada a sacrificar al dar a luz tan joven. Todo por lo que Gary Kershaw había hecho.

—No lo sabe, no. Y no pienso decírselo nunca, así que te agradecería que no mencionaras su nombre mientras ella esté en la habitación.

—Por supuesto. Absolutamente.

Harriet se volvió hacia la puerta de la cocina. Su expresión decayó y su voz se tornó solemne. —A veces me pregunto si se parecerá a él. No tanto en comportamiento, sino en apariencia. Sus rasgos. Sus ojos. Cualquier cosa así. He sido incapaz de quitarme las imágenes de su cara de la cabeza desde aquella noche. No creo que pudiera soportarlo si fuera idéntica a él.

Por el breve vistazo que había tenido de la hija de Harriet, Tomek estaba casi seguro de que no tenía nada de qué preocuparse.

—¿Gary lo sabe... o más bien, lo sabía?

—Absolutamente no. Y ahora nunca tendrá que saberlo.

Una ligera sonrisa se dibujó en su rostro.

Lo que le preocupó. Y le hizo volver a la investigación.

—No contestaste a mi pregunta anterior. ¿Qué estabas haciendo anoche?

—Estábamos durmiendo. Yo, mi madre, Grace, mi padre y...

Harriet se detuvo mientras contaba la lista mentalmente.

—¿Quién faltaba?

Pasó un rato antes de que respondiera de nuevo. —Mi hermano. Donovan. Él... dijo que iba a salir, pero no sé adónde.

—¿Y vive aquí?

—Solo tiene dieciocho años. Si yo no puedo conseguir un lugar, él definitivamente no puede.

—¿Sabes dónde está ahora?

Harriet negó con la cabeza. —No lo he visto en todo el día. He estado trabajando la mayor parte del tiempo, pero él va y viene. Ya

sabes cómo son los chicos de esa edad. De fiesta, en discotecas.

—Tú tienes esa misma edad, ¿sabes?

—Apenas. He tenido que hacerme mayor, y bastante rápido. No puedo hacer las mismas cosas que él, no con una niña de siete años que todavía quiere dormir en mi habitación porque se asusta por la noche.

—¿Durmió contigo anoche?

—No, pero...

—Si te doy mis datos, ¿puedes pasárselos a tu hermano y pedirle que me llame? Me gustaría mucho tener la oportunidad de hablar con él.

Tomek le entregó una tarjeta de visita. Harriet la inspeccionó, pasando su pulgar por los bordes afilados. —Intentaré acordarme —dijo.

—Gracias por tu ayuda —dijo él. Entonces, la madre de Harriet les llamó desde la cocina para decirles que la cena estaría lista en cinco minutos. Tomek lo tomó como su señal para irse. Mientras se levantaba, metió la mano en su bolsillo y sacó la fotografía de la niña con el abrigo rojo. —¿No reconoces esto, verdad?

Harriet echó un vistazo a la fotografía, realizando una búsqueda menos intensiva que la que había hecho con su tarjeta de visita. —No, lo siento. No reconozco ni a la niña ni el abrigo. Lo siento.

Tomek sonrió educadamente y se dirigió a la salida. En el umbral de la puerta principal, se volvió hacia ella y dijo: —Sé que no me corresponde, y sé que no tengo derecho a fingir que sé lo que estás pasando, o cómo es tu experiencia, pero mientras todavía tengas a tus padres que te quieren y harían cualquier cosa por ti, intenta ser joven por un tiempo. Yo también tuve que crecer bastante rápido, pero no tuve la relación cariñosa y protectora con mis padres que tú tienes. Y nunca llegué a experimentar mucho la vida nocturna cuando era más joven. No pude crear los recuerdos como la mayoría de mis amigos del colegio. Creo que si no lo haces, podrías arrepentirte como yo lo he hecho.

Por eso lo había compensado en sus veintitantos —fiestas, discotecas, aventuras— y, hasta cierto punto, seguía haciéndolo a los cuarenta años.

—Como dije —continuó—. Solo es algo para que pienses. Y no olvides pedirle a tu hermano que me llame.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Cuando Tomek llegó al final de su primera pinta, sintió que el dolor de cabeza prácticamente desaparecía. Casi veinticuatro horas después de que hubiera comenzado.

—A la mierda el paracetamol, a la mierda el ibuprofeno, todas esas tonterías. El verdadero remedio para el dolor de cabeza es una buena pinta a la antigua usanza al final del día.

—Brindo por eso —coincidió Sean.

Los dos chocaron sus vasos. La siguiente ronda era de Tomek, y se acercó a la barra para pedir otra pinta para cada uno. Mientras esperaba, su teléfono sonó. Un mensaje de texto de Katie, preguntando cuándo podría volver a verlo. Mientras pensaba en una respuesta, una sonrisa se dibujó en su rostro. Ahora estaban empatados. Él había tomado la iniciativa en su primera cita, y ahora ella se hacía cargo de la segunda. Eso le gustaba. Quería llevar las cosas al siguiente nivel. Durante toda la mañana, la tarde y la noche, ella había permanecido en el fondo de su mente. Cómo había dejado las cosas en su casa. Cómo se había regañado por no hacer el movimiento que estaba tan desesperado por hacer. Pero había sido lo correcto. No había prisa. Y sería un cambio para él moverse a un ritmo más lento y dócil.

Cuando las cervezas se posaron frente a él, con la espuma derramándose por el costado, pulsó enviar y guardó el teléfono en el bolsillo. Ya estaba decidido. La noche siguiente. Misma hora. Lugar

diferente. Solo ellos dos. Un poco más tranquilo e íntimo esta vez. Sin niños ni padres gritando.

—¿A qué viene esa sonrisa en tu cara? —preguntó Sean. El muy cabrón con suerte había tenido tiempo suficiente para ir a casa y cambiarse antes de volver a salir.

—Solo Katie —respondió Tomek, tratando de restar importancia al entusiasmo en su voz. Y fracasando.

—¿Qué dice la chica de al lado?

—Nos veremos mañana por la noche.

—Si el trabajo lo permite.

—Por supuesto.

—Vas a tener que tener cuidado con esta, Tom. No te distraigas tanto que empieces a faltar al trabajo. No querrás que Nick el Malvado tenga otra razón para caerte encima.

—Lo dices como si tuviera una carpeta o algo así.

—La tiene. Y la he visto. Es más grande que tu casa.

Tomek se rio del comentario y bebió de su cerveza. Con suerte, el dolor de cabeza habría desaparecido por la mañana y tendría tiempo para salir a correr.

Pasaron los siguientes diez minutos discutiendo la investigación, manteniendo sus voces bajas por si alguno de los clientes cercanos los escuchaba. El tema de conversación era delicado, y no quería que nadie con tendencia a la violencia o a la caza de pedófilos y violadores se hiciera ideas.

Sean pasó ese tiempo contándole sobre su día. Cómo había ido a hablar con la primera víctima de Gary Kershaw. Una mujer ahora en sus primeros cuarenta. Cómo Gary había sido un amigo de la familia, cómo la había manipulado, cómo se había forzado sobre ella. Y cómo había hecho lo mismo con su hermano. La pederastia era lo que había hecho que sus acciones parecieran normales. Si solo le hubiera sucedido a ella, habría dicho algo, hablado, gritado a los cuatro vientos. Pero como les había sucedido a los dos, se había normalizado, *una de esas cosas*. No fue hasta que su padre sorprendió a Gary con ambos que ella se dio cuenta de cuán equivocada estaba. Y cuánto dolor Gary había infligido a su familia.

—Aparte de eso, no había nada más. Sin pistas, sin otros testigos. La pobre mujer vivía sola, y toda su familia estaba muerta. Hasta hace unos años, solo eran ella y su hermano. Pero cuando él murió, ella se quedó como la única. Y, si soy honesto, no puedo verla teniendo ninguna participación en los asesinatos. Tristemente, no creo que a Nick el Malvado le vaya a gustar mi informe por la mañana. Tiempo... desperdiciado —Sean terminó su cerveza y la golpeó sobre la mesa, su frustración desbordándose.

—¿Has notado cómo Nick el Malvado no ha sido tan malvado últimamente? —continuó Sean.

—Habla por ti. Estoy a una reunión de distancia de que la gente piense que estamos en terapia matrimonial.

—Esa pobre, pobre mujer —dijo Sean, sacudiendo la cabeza. Y luego se detuvo, mirando fijamente al vacío. Por un momento, Tomek pensó que estaba teniendo un aneurisma cerebral. Pero cuando agitó la mano frente a la cara de su amigo, Sean volvió a la realidad.

—¿Todo bien ahí, colega?

—Sí —dijo—. Bien.

—No lo parece.

—No es nada, solo... tengo algo que decirte.

Tomek comenzó a preocuparse. Temiendo lo peor. Quizás su amigo se estaba muriendo, que tenía una enfermedad incurable. O que estaba dejando el trabajo y mudándose al campo.

—¿Eres gay? —dijo Tomek, bromeando. Su mecanismo de defensa estaba funcionando a toda máquina. A menudo descubría que hacer bromas o comentarios inapropiados durante momentos incómodos e inquietantes lo calmaba. Lamentablemente, no podía decirse lo mismo de todos los demás en la habitación con él.

—Ya te gustaría. Sería un buen partido.

—Cualquier hombre tendría suerte de tenerte.

Un momento de silencio cayó entre ellos y los empujó unos centímetros hacia atrás. Tomek esperó, conteniendo la respiración.

—He conocido a alguien...

Tomek estalló en carcajadas y se revolcó en su asiento, agarrándose el pecho.

—Por el amor de Dios, tío. Casi me das un infarto. Joder, *he conocido a alguien*. Me tenías pensando que te habían diagnosticado el Cáncer. Pero supongo que esto es mucho peor. La gran R. La gran relación...

—Cállate. Tú vas por el mismo camino con Katie.

—El amor funciona de maneras misteriosas, Sean. Te estoy tomando el pelo, idiota. Venga, ¿quién es ella? ¿Quién es la chica desafortunada?

Sean tragó saliva y sacó su teléfono.

—Has oído hablar de ella. Incluso has trabajado con ella.

—¿No será Triple Word Score, verdad?

—No seas asqueroso.

—¿Rachel?

—No. Alguien más.

Finalmente, Sean soltó el nombre, y pasó un largo tiempo —más de lo que quizás debería haber tardado— para que Tomek registrara el nombre.

Abigail Winters. Periodista del Año 2017 para el *Southend Echo*. Al principio, Tomek no supo cómo reaccionar. Su pensamiento inicial fue sobre el beso que habían compartido, y lo agradable que había sido. Fugaz, apasionado, un momento compartido rápidamente pero nunca realmente olvidado. Si él había olvidado el beso era irrelevante. Lo que realmente importaba era si Sean lo sabía.

Eligió sus siguientes palabras con mucho cuidado.

—Eso es genial, colega. Felicidades. Me alegro por ti.

—Gracias, amigo. Lo aprecio. Solo hemos tenido un par de citas, pero creo que tiene futuro, ¿sabes?

Una amplia y brillante sonrisa floreció en el rostro de Sean. Era la primera vez que Tomek lo veía tan feliz. Excepto aquella vez que Tomek lo había llevado al London Dungeon en Halloween. Sean, desde que era niño, había estado fascinado por las películas de terror y siempre había asistido a fiestas de Halloween. Y por alguna razón desconocida para Tomek, consideraba el London Dungeon el santo grial del miedo y el horror.

—Sé que ustedes dos han tenido sus dificultades en el pasado —comenzó Sean—. Pero realmente podría usar tu apoyo en esto. Esto

es nuevo para ambos.

—Por supuesto, colega. Absolutamente.

Así que no sabía sobre el beso. Solo sobre la frialdad y las disputas que le habían seguido. Tomek decidió no mencionarlo. No era importante, y nada bueno podría haber salido de ello.

—Incluso pensé que podríamos tener una cita doble...

—¿Quieres que traiga a mi peor mitad, el DCI Cleaves?

—Estaba pensando más en Katie, pero lo que te haga feliz.

Esa era una proposición interesante, una sobre la que tendría que pensar. Y, por supuesto, consultarla con ella. No le entusiasmaba mucho la idea de sentarse en medio de un triángulo amoroso, pero si Abigail era lo suficientemente sensata como para guardárselo, entonces él también lo sería. Y si todos interpretaban su papel, ¿qué daño podría hacer?

—Hablando de Nick el Malvado —comenzó Tomek—, ¿ya se lo has declarado? Algo en su naturaleza me sugiere que podría tener algo poco agradable que decir sobre el conflicto de intereses.

—Esa es una conversación que no estoy deseando tener.

—¿Cuánto le has contado?

—No mucho.

—¿Pero lo suficiente?

—Sí. Así que también me preguntaba, ¿cuántas oportunidades más te quedan? Porque cuanto más te odie a ti, menos me odiará a mí cuando se lo diga.

—¿Así que solo estás esperando a que yo la cague?

—Básicamente. No debería faltar mucho, ¿verdad?

En el balance de las cosas, Tomek no creía que Sean estuviera muy lejos de la verdad.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Tomek descubrió cuán cerca estaba de la verdad a la mañana siguiente. Nasty Nick había anulado y aplastado la decisión de Tepid Tony de organizar una reunión a las 8 de la mañana y había enviado un mensaje a todos los involucrados en la Operación Highlander exigiéndoles estar presentes a las siete en su lugar. Otro día, otra carrera perdida. El mensaje había llegado poco después de las cuatro de la madrugada, lo que significaba que Nick había dormido poco o nada. Lo que también significaba que su senda de destrucción sería a una escala aún mayor.

Cuando Tomek entró por primera vez a la oficina, había planeado originalmente mantenerse a distancia. Pero cuando el DCI Cleaves lo siguió hasta su asiento, supo que eso no sería posible.

—Llegas tarde.

—No, no es cierto. Son las seis cincuenta y cinco.

—Qué maravilla. Eres el último en llegar. Lo que significa que llegas tarde.

Tomek se mordió el labio.

Se mantuvo así hasta que comenzó la reunión. El DCI Cleaves empezó repartiendo el periódico de la mañana. Una copia para cada uno. Abierto en la página interior. Luego cargó el mismo artículo en el proyector al frente de la sala. Antes de que Cleaves terminara de repartir los periódicos, Tomek empezó a leer. No le tomó mucho tiempo descubrir por qué se había convocado la reunión en primer lugar. Un nudo se formó en su garganta.

El titular decía: *La policía no se preocupa por el asesino de pedófilos*.

Debajo estaba el nombre de la autora del artículo. Pero ya lo sabía. Abigail Winters.

—Alguien —dijo Nick— ha ignorado completamente lo que yo y el agente Kaczmarek les dijimos ayer. Y nadie se irá de aquí hasta que tengamos una confesión. Alguien tiene que responsabilizarse de este desastre ahora mismo.

Tomek no quería escuchar esto, así que apagó el ruido y dirigió su atención al artículo.

El jueves por la mañana, el cuerpo de un delincuente sexual, recientemente liberado tras cumplir una condena de siete años por violación, fue encontrado muerto en su casa en Basildon. La víctima también había sido arrestada y condenada por cargos de agresión sexual infantil en los años ochenta y noventa. Este delincuente habitual es la segunda víctima que ha sufrido un destino similar en la misma semana.

—Quiero que todos piensen muy bien con quién han hablado en las últimas veinticuatro horas —continuó Nasty Nick en su monólogo opresivo—. Solo hace falta un indicio de algo para que hinquen el diente y lo exageren todo, de acuerdo. Pero esto...

Tomek siguió leyendo.

Los rumores comienzan a extenderse de que un vigilante, operando en el corazón de la zona de East Essex, ha comenzado a hacer el trabajo de la policía por ellos. Quizás es el trabajo que ellos mismos tienen demasiado miedo de hacer. Sin embargo, eso no les impide estar de acuerdo con lo que el asesino está haciendo. Una fuente cercana a la investigación comentó que solo había un par de miembros del equipo de investigación de homicidios que "piensan que deberíamos poner un esfuerzo serio en encontrar al asesino", insinuando que el asesino les está haciendo un favor a ellos, y a todos los demás en el condado. Estas personas son una amenaza para la sociedad, un peligro para nuestras mujeres y niños. Y si la policía o el sistema judicial no están dispuestos a librar a estas personas de sus enfermedades en primer lugar, entonces no se

puede responsabilizar al público en general por tomar el asunto en sus propias manos.

El cuerpo de Tomek se sentía frío. Separado. A mil kilómetros de distancia de su mente y espíritu. Con el vago aroma a lima cosquilleando en el fondo de sus sentidos. Abigail podría no haberlo mencionado por su nombre, y podría no haber repetido su frase completa textualmente, pero había clavado el clavo en el ataúd con toda la fuerza posible.

—Jodidamente increíble —continuó lamentándose el DCI Cleaves. Tomek solo estaba escuchando a medias, prestando atención a todas las partes importantes, típicamente señaladas por el uso de una palabrota—. No creo que entendáis la gravedad de lo que ha ocurrido aquí. Y si no lo entendéis, entonces permitidme dejarlo claro diciendo que este tipo de comportamiento es completa y absolutamente inaceptable, joder.

Tomek volvió a centrar su atención en el artículo, esta vez leyéndolo con más detenimiento. En una segunda mirada, notó que había algunas palabras que sonaban sospechosamente como el vocabulario de Sean: enfermedad, tomar el asunto en sus propias manos. El tipo de cosas que su amigo podría haberle dicho a ella durante la cena, cegado por su pene y el alcohol que corría por su torrente sanguíneo. No era inconcebible, y tampoco era inverosímil.

—¿Quién fue?

Nick se detuvo en el centro de la proyección. La luz iluminaba su rostro en diferentes tonos de blanco y negro.

—Alguien tiene que asumir la responsabilidad de esto antes de las ocho o todos se quedarán aquí. Y hablaré con cada uno de vosotros individualmente.

Tomek se sintió un poco asustado. Nunca había visto a Nick tan irritado. Mientras miraba a su jefe, buscando las venas que sobresalían de su frente, Nick se detuvo y lo señaló.

—Tomek. ¿Algo que quieras decir?

Tomek balbuceó por un momento, las palabras tropezando sobre sus dientes. Lanzó una mirada de reojo a Sean, quien lo miraba con esperanza, desesperadamente. Casi demasiado desesperadamente.

¿Cuánto de lo que Sean le había contado a Abigail había sido repetido en la prensa? ¿O cuánto era obra suya?

Rápidamente, sopesó sus opciones. Mentir y arriesgarse a ser descubierto al final—en cuyo caso las repercusiones serían diez veces más severas. O asumirlo, admitirlo, y enfrentar lo que viniera ahora.

Antes de responder, tragó profundamente.

—Me pillaron desprevenido —dijo.

—¿Qué has dicho?

—Abigail estaba esperando en la parte trasera ayer. No le dije demasiado. Solo estaba hablando, y ella lo sacó de contexto.

—¿Qué contexto es ese? ¿El de ser un idiota de mierda?

—Básicamente, jefe.

Nasty Nick, que estaba en pleno apogeo aunque Tomek intuía que tenía mucho más que ofrecer, se dirigió a la sala. —¿Podéis dejarnos un minuto?

Sin dudar, los colegas de Tomek abandonaron silenciosamente sus asientos y salieron de la sala. Al pasar, Sean le ofreció a su amigo una mirada apologética y consoladora. Una vez que la puerta se cerró, Tomek se puso de pie. No quería sentirse intimidado mientras estaba sentado.

—Siéntate —ladró Nick.

A regañadientes, Tomek hizo lo que se le ordenó.

—¿En qué estabas pensando?

—No estaba pensando.

—¿Y crees que eso justifica tus acciones?

—No.

—Estamos apenas unos días dentro, Tomek, y le has contado al mundo entero lo que está pasando.

—Puedo compensártelo.

—¿Cómo?

—Tú dime. Haré lo que necesites. —Dejó caer la cabeza en su regazo. Hacía tiempo que no lo regañaban así—. No puedo permitirme estar fuera de este caso.

—Deberías haber pensado en eso antes de abrir la boca.

—Déjame explicarte.

—Vas a hacer mucho más que eso.

Tomek levantó una ceja. —¿Quieres decir...?

—Sigues en el caso. Por ahora. —Se abalanzó hacia Tomek y mantuvo un dedo a centímetros de su cara—. Pero juro por Cristo y todo lo poderoso y sagrado, esta es tu última oportunidad. De ahora en adelante llegarás temprano a cada maldita reunión—antes que todos los demás. Entregarás tus informes a tiempo. Harás tu trabajo y el de todos los demás. Me he inclinado demasiadas veces y tú sigues echándomelo en cara. No puedo tolerarlo, Tomek, aunque signifiques...

Nick se contuvo de decir demasiado. Aunque nunca lo había dicho, Tomek sabía que el gruñón lo veía como a un hijo. Solo les separaban diez años de edad, pero no en mentalidad. A veces, Tomek era tan infantil, estúpido e imprudente como el hijo de Nick, que había abandonado a la familia para unirse a la marina. Después de dejar la escuela a los quince años, mezclándose con malas compañías e involucrándose en cosas por las que su padre habría tenido que arrestarlo, Robbie Cleaves había dejado a sus dos hermanas para que cuidaran de su madre, quien lo había estado llorando desde que se había ido con sus maletas. Tomek había estado cerca en ese momento, y había visto el efecto —tanto visible como invisible— que había tenido en Nick y su esposa. Se habían vuelto distantes, separados, y cada uno se culpaba a sí mismo y al otro. Había creado una relación tóxica, y Tomek había sido quien ayudó a repararla, a tender un puente de alguna manera. No estaba del todo seguro de lo que había hecho bien. Simplemente pasaba por allí de vez en cuando, enviaba sus buenos deseos, saludaba si alguna vez los veía. No pensaba que fuera nada fuera de lo común, pero ellos claramente parecían pensar que sí, y él no iba a discutir con ellos.

—Lo siento, Nick —dijo Tomek—. A partir de ahora, no diré ni una palabra a nadie. Mantendré mi bocota cerrada.

—No tan rápido, grandullón —dijo Nick, dándole una palmada en la espalda. El atisbo de una sonrisa volvió a aparecer en su rostro—. Primero, tienes que disculparte públicamente y explicar lo que realmente quisiste decir.

—Algo que los conservadores nunca podrían hacer.

—Intenta mantener la política fuera de esto.

—¿Cuándo?

—A las nueve. Hay una rueda de prensa abajo. Haremos pública toda la información, no tenemos mucha elección ahora. Así que mejor ve preparando lo que vas a decir.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

El lugar que había elegido para cenar era uno de sus favoritos. La Cocina, un auténtico asador sin pretensiones. Su menú fijo de bistec con patatas fritas, con una entrada de ensalada, servido con una copa de vino tinto, era un deleite innegociable. El restaurante había sido propiedad de la misma familia durante casi cincuenta años y estaba situado en el corazón de Southend-on-Sea, escondido lejos de la calle principal y la vía principal. Siendo el único lugar exclusivo en una ciudad que rápidamente se estaba convirtiendo en uno de los peores lugares para vivir del país, a Tomek le sorprendía que hubiera sobrevivido tanto tiempo. Atribuía el éxito del restaurante al poder del boca a boca. Para aquellos que podían permitírselo, normalmente se veían obligados a esperar en una cola fuera del restaurante, observando embobados a través de las ventanas cómo los comensales disfrutaban de su delicioso festín.

—No dejes que los drogadictos y borrachos te asusten —le había dicho mientras esperaban.

—También los teníamos en Cambridgeshire, ¿sabes? No son exclusivos de vosotros.

Como si fueran una posesión, una mercancía que la gente de Essex era demasiado egoísta para compartir. Como niños malcriados.

Una vez dentro, fueron recibidos con una ráfaga de aire cálido. Tomek le quitó la chaqueta de los hombros y la colocó sobre el respaldo de su silla antes de dejarla sentar. Ella le dio las gracias, y luego él tomó su lugar frente a ella. Un camarero vestido con

pantalones negros, chaleco negro y un delantal blanco se acercó a ellos. Sin preguntar, les sirvió un vaso de agua y colocó un plato de pan entre ellos. Pidieron sus bebidas, y luego el camarero se marchó enfadado hacia su siguiente cliente.

—Me recuerda a mi jefe —dijo Tomek.

—Te vi antes.

—¿Me viste?

—Bueno, solo un fragmento. Estaba en la página web de *Essex Live* —fue un día realmente *lento* hoy, aunque la mayoría de los días lo son— y apareció tu cara. Pensé que te veías elegante.

Él no lo había sentido así. La rueda de prensa había sido una de las cosas más vergonzosas e intimidantes que había hecho nunca. Había intentado mantenerse alejado de leer comentarios en línea o revisar lo que decían los habitantes de Twitter, pero había sido difícil. Ahora que habían hecho pública la información sobre los asesinatos de Timothy y Gary, estaba ahí fuera. En el éter. Para que todos la vieran. Para que todos opinaran. Y lo preocupante era que la gran mayoría de las personas que habían comentado habían dicho "buen viaje", que Timothy Rosenthal y Gary Kershaw merecían morir. Que deseaban haberlo hecho ellos mismos. El poder polarizador de las redes sociales no solo afectaba la salud mental de los niños, como había leído tanto, sino que también estaba incitando a la violencia. Una forma de violencia aterradora e incontrolable.

Intentó no pensar en ello y en su lugar observó a Katie bajo la íntima luz del techo. Esta noche llevaba unas discretas zapatillas deportivas blancas, vaqueros de mezclilla y una chaqueta. Debajo, una blusa negra de seda. Un look simple pero elegante, uno en el que rápidamente la encontraba más atractiva.

—Es una pena que tuvieras que disculparte por lo que dijiste —añadió Katie.

—Quizás.

Al parecer no había posibilidad de que se olvidara del trabajo. Lo último de lo que quería hablar era de la rueda de prensa, pero si ella insistía...

—Tienes derecho a tener una opinión —continuó.

—No cuando estás en la policía, no lo tienes.

—¿Por qué no?

—Por la misma razón que tú no puedes en la BBC. No quieren que parezca que toman partido. Pensaba que dijiste que habías visto la rueda de prensa.

Katie sonrió con picardía. —La vi. Solo que me distraje un poco.

Su pierna rozó la suya coquetamente, frotándose arriba y abajo hasta que él sintió que se excitaba.

—No puedo hacerme responsable de tus distracciones, señorita Norton-Downs. Vas a tener que controlarlas tú misma.

Ella movió su pie más cerca de su entrepierna. —¿Y si no puedo?

Antes de que pudiera responder, llegó su comida. Un plato repleto de varias rodajas de bistec y una montaña de patatas fritas. Medio crudo para Tomek, bien hecho para Katie. Sin esperar, se pusieron a comer mientras intentaban mantener la conversación fluida entre los bocados de comida. Se iban conociendo más, aumentando el nivel de coqueteo hasta que casi se desbordaba. La tensión sexual esta noche había alcanzado otro nivel, y Tomek estaba emocionado ante la perspectiva de llevarla a su casa. Empezaba a ver formarse una relación con ella, una que había temido experimentar desde su última novia hace más de trece años.

—He tenido relaciones con personas que he arrestado que terminaron mejor que con ella.

—¿Qué pasó?

—Me fue infiel.

—Lo siento.

—Agua pasada. Todo sucede por una razón.

Y esa razón lo estaba mirando a la cara. El delineador sutilmente aplicado bajo sus ojos, las pestañas gruesas y oscuras que acentuaban su intimidad. Prácticamente estaba babeando.

—¿Has sido infiel alguna vez en una relación?

La pregunta lo tomó desprevenido.

—¿Ya estamos entrando en ese terreno?

—Territorio de segunda cita, colega.

—No —fue la respuesta—. No he sido infiel.

Y esa era la verdad. Porque nunca se había encontrado en una relación o posición donde pudiera considerarse infidelidad. Le

gustaba mantener las cosas abiertas, mutuas.

—¿Y tú? —preguntó—. No serás una pequeña rompe-hogares, ¿verdad?

—La más grande que hayas visto jamás.

Tomek agradeció el sarcasmo en su voz.

Después de terminar la cena, dieron un paseo por el paseo marítimo. La extensión de un kilómetro de asfalto estaba repleta de adolescentes y grupos de niños en bicicletas. Fumando. Bebiendo. Madres adolescentes empujando sus carritos, saltando de una sala de juegos a otra. Ruidosos muchachos borrachos de Essex que disfrutaban de una copa, sin importar el día de la semana. Chavs merodeando fuera de las diversas tiendas, con una bolsa de pescado y patatas fritas en las manos. Con una pizca de alguna que otra pareja mezclada entre ellos.

Mientras paseaban frente al parque temático Adventure Island, el segundo destino más popular de la ciudad (después del muelle de recreo más largo del mundo), un grupo de quince coches modificados y de suspensión baja pasó junto a ellos. Motores rugiendo. Música retumbando. Tubos de escape escupiendo. Famoso por su popular escena automovilística, Essex también era el hogar del típico chico corredor. El joven que no tenía nada mejor que hacer con su tiempo que pegarse al trasero de la persona que iba delante, frenar bruscamente y esperar que la chica junto a la que habían pasado saliera corriendo tras ellos (y que su pene hubiera crecido unos centímetros mientras tanto). Por supuesto, nunca sucedía, pero eso no les impedía intentarlo. En el poco tiempo libre que podían permitirse, se reunían, generalmente en grupos de treinta a cincuenta, y competían entre ellos por carreteras abandonadas y vacías en medio de la noche. Como si estuvieran recreando sus escenas favoritas de la saga *Fast and Furious*.

Tomek los despreciaba a todos. Primero, nunca había entendido la fascinación por un motor de coche o su diseño como algo para masturbarse; y segundo, había perdido la cuenta de cuántas noches había pasado persiguiéndolos, solo para que los adolescentes con acné lo superaran y aventajaran en una rotonda. Como profesional

que había recibido entrenamiento en conducción evasiva, esto había golpeado su ego un poco.

Una vez que los coches se habían ido, Tomek hizo que Katie se detuviera. Caminaban del brazo, y él se quitó el abrigo y lo colocó sobre los hombros de ella.

—Gracias —dijo ella—. Todo un caballero.

—Te lo quitaré si vas a ser desagradecida al respecto.

Estaban parados en un pequeño muelle a lo largo de la explanada, mirando hacia el estuario del Támesis. Esta noche el cielo estaba despejado, y docenas de puntos de luz perforaban el cielo. El suave sonido de las olas golpeando contra la arena finalmente había ahogado el ruido de los motores de los coches al otro lado del parque temático.

—Esto es probablemente lo más romántico que he hecho —dijo él.

—Oh, Dios. ¿En serio?

—Solo me aseguro de que tus expectativas no sean demasiado altas.

—Todo lo que tengo que hacer es ponerme frente a ti, colocar tus manos alrededor de mi cintura, y entonces será como si estuviéramos en el Titanic.

—¡Oh Dios mío, me encanta esa película!

—¿Qué?

—La. Mejor. Película. De todas.

—Yo... yo... nunca habría imaginado que te gustaría esa película. Jamás. Ni en un millón de años.

—Créelo, nena.

Ella se volvió para mirarlo. Lo miró a los ojos. Él sintió que se perdía en ellos.

—También me gustan los baños.

—Venga ya.

—¿Qué? Me relajan.

—¿Quién eres tú realmente?

—Oh, ya sabes. Solo soy un hombre-niño de cuarenta años que tiene una profunda necesidad psicológica de aprobación y adoración

constantes. Y si no lo consigo, me descontrolo y lastimo a la gente de formas en las que no debería.

El rostro de Katie se puso serio.

—Es broma.

Esperaba haberlo salvado. Si su reacción era una indicación, lo había logrado.

Sonriendo, dijo: —Puedo cambiar eso. Eres un poco enigmático, ¿no?

—Una constante sorpresa, solía decir mi madre. Y no siempre en el buen sentido.

—Oh, lo digo en el buen sentido —dijo ella. Y lo besó. Fuerte. Apasionadamente. Íntimamente.

Era la primera vez que los dos estaban cerca, físicos, íntimos. Y todo se sentía correcto. El momento perfecto. Sus dedos moviéndose arriba y abajo por los contornos de su cuerpo, recorriendo la camisa de satén que se sentía tan suave como su piel.

Un preludio de lo que vendría.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Era mediados de otoño, lo que normalmente significaba que estaba completamente oscuro cuando Tomek abría los ojos para ir al trabajo o cuando salía a correr por la mañana. Pero no esta mañana.

Esta mañana no tenía que estar en el trabajo hasta la tarde. Y definitivamente no le apetecía salir a correr. No después del ejercicio que había tenido la noche anterior.

No podía recordar a qué hora se habían quedado dormidos finalmente, pero había sido tarde.

—Alguien tiene una sonrisa en la cara —le dijo Katie mientras se daba la vuelta. Medio desnuda, acurrucada bajo las sábanas, con el edredón subido hasta el cuello.

Tomek abrió la boca para hablar pero no se le ocurrió nada que decir. No era normal en él quedarse sin palabras. De hecho, era completamente lo contrario. Anormalmente extraño. Y no estaba seguro de que le gustara.

—¿Desayuno? Creo que tengo algo de arroz y frijoles en la nevera.

—Menuda selección.

Más de lo que recibió la última chica. Ella solo obtuvo un taxi a casa.

Y una invitación a que tuviera un buen día.

—O podríamos quedarnos en la cama... otra vez.

—¿Otra vez? ¿No fue suficiente anoche?

—Evidentemente no.

—No sé de dónde sacas tanta energía.

—No he salido a correr en unos cinco días. Así que claramente es por eso.

—Claramente.

Tomek deslizó su mano más profundamente bajo las sábanas y la colocó en su cadera.

—No puedo —dijo ella, apartándolo—. Aunque me *encantaría*, tengo una tienda que dirigir. ¿Recuerdas?

—Ah, sí.

—Y tú tienes una investigación de asesinato que llevar.

—Ah, sí. Excepto que no soy yo quien la dirige, así que...

—No importa. El *no* sigue en pie.

Él respetó sus deseos y se preparó para ir al trabajo. Cuando terminó, la dejó en su casa y luego volvió a la suya. Tenía algo de tiempo que matar. Un par de horas según su cálculo. Así que llamó a su padre. Habían pasado unos días desde el cumpleaños de su madre, y aparte de un mensaje de texto deseándole un buen día, no había hablado con ninguno de los dos. La conversación no duró mucho. Su madre estaba ocupada en el jardín, y su padre estaba arreglando algo en el garaje. Siempre arreglando algo. Siempre reparando algo que estaba roto. Tomek a menudo se preguntaba si su padre rompía cosas a propósito solo para crear una excusa para pasar toda la mañana y la tarde en el garaje. Probablemente él habría hecho lo mismo si hubiera estado casado con su madre. Ese pensamiento permaneció con él. Pero no de manera extraña. En cambio, pensó en Katie y en su madre. Cómo eran mundos aparte. Cómo una era amable, divertida, compasiva. Mientras que la otra era fría, calculadora y, en muchos aspectos, despiadada.

El viejo dicho de que los hombres eligen a su pareja basándose en su madre, en su caso particular, era incorrecto. Y *ese* pensamiento le dibujó una sonrisa en la cara.

Aunque no duró mucho.

Para cuando finalmente llegó a la oficina, todo pensamiento sobre Katie y la noche que habían compartido había desaparecido.

Su optimismo para el día, junto con la sonrisa, se habían esfumado cuando se enteró de que se dirigía a Derby.

—Las tarjetas de débito robadas de Timothy Rosenthal han sido utilizadas en un cajero automático por alguien a ciento cincuenta millas de distancia —le dijo el Tibio Tony—. Y el DCI Cleaves quiere que *tú* vayas allí.

—Me pregunto por qué —dijo Tomek con sarcasmo.

Sabía la razón. Castigo. Una forma de tortura. El primero de una larga lista de trabajos tediosos y lejanos que imaginaba que el SIO había planeado para él.

Tomek nunca había estado en Derby. Lo más cerca que había estado fue al pasar por allí de camino a Liverpool para la despedida de soltero de un amigo del colegio. Lo único que sabía del lugar era que tenían un equipo de fútbol por debajo de la media. Cuando se trataba de su conocimiento geográfico del país —incluyendo Escocia y Gales—, cada pueblo y ciudad estaba documentado en su cabeza por si tenían o no un equipo de fútbol. Si le hubieras preguntado dónde estaba Scarborough, podría señalarlo en el mapa y decirte el nombre de su estadio. Su don enciclopédico era a la vez asombrosamente preciso e inútil. Excepto para la noche de concursos en el Fork and Spoon. La única vez que servía de algo. E incluso entonces, normalmente perdían.

—Tenemos imágenes de CCTV del canallita sacando dinero del cajero automático, y hemos enviado al equipo local para encontrarlo —continuó Tony.

Tomek no podía tolerar esto. Primero *asesinaciones*, y ahora *canallita*. Era como si fuera un niño en el cuerpo de un adulto.

—¿Ya lo han encontrado?

—Todavía no. Pero están en ello. Saben quién es.

—¿No debería esperar?

—No. El DCI Cleaves quiere que vayas ahora.

Tomek quería borrar de un golpe la sonrisa engreída de la cara de Tony. No solo con un puñetazo. Sino con diez. Quizá incluso veinte. Hasta que el larguirucho cabrón ya no pudiera abrir la boca.

—Me parece una pérdida de tiempo.

—No cuando Nick te dice que lo hagas, no lo es.

Desafortunadamente, el larguirucho cabrón tenía razón. Para cuando Tomek llegó a Derby, poco después del mediodía, tras un viaje húmedo y miserable por la M1, la Policía de Derbyshire había logrado localizar y arrestar al delincuente que había usado las tarjetas de débito de Timothy Rosenthal en el cajero automático.

Su nombre era Martin Emerson, un hombre de unos veintitantos años, y a Tomek le recordaba a una versión mayor de alguien que recordaba de la escuela primaria. Un personaje extraño, con pelo rubio largo y fino que le cubría los ojos y le obligaba a inclinar la cabeza hacia un lado, como si su cabeza estuviera permanentemente siendo arrastrada por su peso. Por lo que había podido deducir de una breve introducción con la Policía de Derbyshire, la última dirección conocida de Martin Emerson era la casa de sus padres, y había entrado y salido de custodia policial por varios cargos de vagabundeo e indecencia, además de encontrarse merodeando demasiado cerca de las escuelas a la hora de salida. Después de buscarlo por la ciudad, finalmente lo encontraron sentado en la sala de estar de sus padres, leyendo sus cómics.

Tomek entró en la sala de interrogatorios y retiró la silla de debajo de la mesa.

—¿Alguien te ha preguntado si quieres algo de beber? —preguntó—. Has estado esperando un buen rato.

—¿Tienen leche?

—¿Perdón?

—Leche.

—No, sí, te he oído. Pero, ¿qué?

—Me gustaría un poco de leche si tienen.

—Solo tenemos agua.

—¿Entonces no hay leche?

—No.

—Eso es desafortunado.

Lo desafortunado era que Tomek se encontrara allí en primer lugar. Ya presentía que le esperaba una larga tarde. Una que podría

significar que no llegaría a casa hasta bien entrada la noche. O peor, hasta las primeras horas de la mañana. Ni siquiera la perspectiva de cobrar una saludable dosis de horas extras hacía que esa fuera una propuesta emocionante.

Tomek ignoró al hombre, salió de la habitación y regresó con dos vasos de agua.

—Pedí leche.

—Esto es leche. Es leche de Essex, de donde yo soy. La hacemos rara en el sur.

—Hmmm.

Martin no parecía impresionado. Eso hacía dos de ellos.

—¿Sabes por qué estás aquí esta tarde, Martin?

—Creo que sí.

—¿Te importaría decírmelo?

—Aunque no lo entiendo.

—Entonces vamos a resolverlo juntos. ¿Por qué crees que estás aquí?

—Porque hice lo que se suponía que debía hacer. Estaba siguiendo instrucciones.

—¿Qué...?

—Pero hacer lo que te dicen que hagas no debería significar que te arresten.

—Depende de cuál sea la tarea. Si alguien te dice que mates a otra persona y lo haces, ¿significa eso que no deberían arrestarte?

—Matar está mal.

—Y también lo está usar la tarjeta de débito de otra persona. Eso es fraude.

Martin bajó la mirada a su regazo y comenzó a pellizcarse las uñas. El completo retraimiento sugirió a Tomek que sabía exactamente que lo que había hecho estaba mal, pero lo había hecho de todos modos.

—¿De dónde conseguiste las tarjetas de débito, Martin?

—Del cartero.

—¿Te las dio?

—*Ella* lo hizo cuando *ella* llamó a la puerta.

Tomek puso los ojos en blanco internamente.

—¿Y estaban dirigidas a ti?

—Creo que sí. No recuerdo. ¿Tienen leche?

—No. No tenemos leche. Si no estaban dirigidas a ti entonces...

—Me gustaría mucho algo de leche —dijo Martin lentamente, todavía mirando su regazo—. Me ayuda a calmarme. Prefiero beberla del cartón. Sabe mejor así.

Cristo en bicicleta, pensó Tomek mientras pausaba la grabación, salía de la habitación y se apresuraba hacia el área de recepción. Después de preguntarle a la señora detrás del mostrador si tenían leche, ella estalló en carcajadas e hizo una llamada telefónica. Unos momentos después, se enteró de que no tenían y que alguien tendría que salir a buscar.

Casi diez minutos después, tenía el codiciado litro de jugo de vaca, y regresó a la sala de interrogatorios.

—Esa es una leche muy especial —le dijo Tomek a Martin—. Comprada especialmente para ti.

—¿Solo para mí?

—Sí. Pensé que no te gustaría si otras personas hubieran bebido de ella.

—No, tienes mucha razón en eso.

Sin decir nada más, Martin procedió a arrancar la tapa de aluminio del cartón y llevárselo a la boca. Inclinando la cabeza hacia atrás, vertió el líquido por su garganta y bebió hasta que no quedó nada. Un litro de leche desaparecido así sin más, antes de que Tomek tuviera la oportunidad de decir "espero que la disfrutes". Después de terminar, Martin exhaló ruidosamente y colocó el cartón delicadamente sobre la mesa, como si la bebida especial tuviera que ser apreciada, casi venerada.

En un leve estado de desconcierto e incredulidad (había visto algunas cosas en la sala de interrogatorios, pero nada tan extraño como eso), Tomek continuó con las preguntas.

—Cuéntame sobre la carta que te dio la carter*a*.

La leche parecía hacer maravillas con Martin. Fiel a su palabra, se relajó más. Sus hombros bajaron, se acomodó en la silla y fue capaz de mantener la mirada de Tomek.

—No estoy seguro de dónde vino, pero recibí la carta el otro día. Creo que fue ayer. Tenía mi nombre en ella, ahora lo recuerdo. Normalmente no recibo nada de la cartera. Cada vez que viene, le pregunto si tiene algo para mí. A veces me entrega pequeñas notas que abro y leo, pero son solo ella diciéndome que tenga un buen día. Pero esta era diferente. Recuerdo la sonrisa en su bonita cara cuando me la entregó. "¡Mira, Martin!", dijo. "Realmente tienes correo esta vez. Apuesto a que es muy importante". Y lo era. Eran las tarjetas de débito de alguien. Sr. T Rosenthal, decía en la parte delantera de una de las tarjetas. Recuerdo eso.

—¿Y qué decía la nota? ¿Cómo sabías que era importante?

—Porque la carta decía que se me estaba confiando una misión de alto secreto. Necesitaba cuidar las tarjetas del Sr. Rosenthal y retirar quinientas libras a primera hora de esta mañana cuando los bancos abrieran.

—¿Por qué?

—La carta no lo decía.

—¿Y qué debías hacer con el dinero después?

—Dijeron que podía gastar parte. Así que lo hice. Compré mis cómics y los llevé al parque fuera de la escuela. Pero luego hacía demasiado frío, así que vine a casa y ahí es cuando la policía me encontró.

Tomek se detuvo un momento para absorber todo lo que Martin había dicho, tratando de hacer un seguimiento de toda la información suelta. La persona detrás del asesinato había robado las tarjetas de débito de Timothy Rosenthal, las había enviado por correo, presumiblemente al azar, a Martin, y esperó a que la policía —*él*— lo siguiera. La pista era un callejón sin salida.

A menos que...

—¿Todavía tienes la carta, Martin?

—No, no lo creo. La puse en la basura cuando fui al banco.

—¿Crees que podría seguir ahí?

Martin se encogió de hombros. —Tendrás que preguntarles a los basureros, o a las basurer*as*. No sé cómo es su horario. Pero si lo averiguas, ¿podrías decírmelo, por favor? Me gustaría conocer ese tipo de información.

Tomek se preguntó por qué, pero no se molestó en indagar. Al final, acordó que alguien de la Policía de Derbyshire le pasaría la información. Ese era su problema ahora. Y esperaba que fuera la mujer de la recepción. Venganza por haberse reído de él como lo había hecho.

—Por último —dijo Tomek—, ¿viste algo en la carta que indicara de quién era?

Martin sacudió la cabeza violentamente. Grandes mechones de pelo se movieron a través de su cara de lado a lado, ocultando sus ojos y nariz de la vista.

—Si me estás mintiendo, Martin, lo descubriré. Sabes eso, ¿verdad?

—Oh, sí. Lo sé muy bien. Eres muy bueno en tu trabajo, señor. Todos ustedes lo son. Por eso no le miento a la policía.

Tomek concluyó la entrevista y, al salir de la sala de interrogatorios, no pudo evitar desear que todos los villanos o criminales fueran tan honestos como Martin. Haría sus vidas en la policía mucho más fáciles, y todo lo que les costaría serían unos pocos galones de leche de vez en cuando.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Corriendo. Esta vez estoy corriendo. El hormigón bajo mis pies se siente más firme, más sólido. Puedo confiar en esta versión de los hechos mejor que en las otras. Mis piernas no se sienten como gelatina, no se sienten como si supieran lo que viene. En cambio, se sienten tan rígidas y lúcidas como el hormigón. No saben lo que hay a la vuelta de la esquina. ¿Cómo podrían saberlo?

Salgo corriendo de la escuela. Mi mochila se balancea y golpea contra mi espalda. Puedo oír el sonido de lápices, libros y mi almuerzo sin comer ahí dentro, haciendo un escándalo. Maldigo, aunque no debería. Recuerdo haber pensado: Si mamá me oyera ahora, me daría una bofetada. Definitivamente más de una.

El cielo parece más claro esta vez. No mucho, quizás solo algunos tonos. Como mirar las diferentes pigmentaciones en el mostrador de maquillaje de Boots. Todos parecen iguales, pero sabes que son diferentes, cada uno único. Así es como se ve el cielo esta noche. Único. Mejor, más claro, más optimista de lo que jamás lo he visto antes.

Progreso.

Y entonces todo se desvanece de nuevo. Se hunde en el espejismo de colores. No puedo ver a los chicos fuera de la licorería. No están ahí. Sé que deberían estar, pero no puedo verlos. Parece que estuvieran dentro de la tienda en algún lugar. Y ahora alguien sale de la tienda Magnet del otro lado. Una pareja. Parece que están discutiendo. Peleando por algo.

El viento sopla el pelo de la mujer sobre su cara. Apenas puede ver. El hombre se aleja furioso hacia el coche y sube primero. Ella lo sigue justo detrás. Luego arrancan. Mientras cruzo la salida, el coche se acerca hacia mí. No pueden verme porque soy demasiado pequeño, y ellos conducen un jodido tanque. A dos metros del suelo.

Nunca había visto esto antes.

¿Es por esto que llegué tarde con Michał? ¿Su disculpa me perturbó?

Les digo que está bien, que yo *estoy bien, y luego salgo corriendo.*

Sigo corriendo.

Movimientos sólidos y lúcidos, más rápidos y más acompasados ahora.

No siento que quede mucho por recorrer, pero sí queda.

Y entonces se corta.

Estoy en el parque. Es notablemente diferente ahora, más oscuro. Los sonidos están más amplificados. Escucho todas las cosas que nunca había oído antes. Como los sonidos de los pájaros. Los motores de los coches, las motocicletas. El timbre de una bicicleta detrás de mí. Todas las cosas que nunca he apreciado antes. Ahí, perdido en mi cabeza.

Me toma un tiempo darme cuenta de dónde estoy de nuevo. Mi aliento empaña mi rostro. Hace frío, pero no lo siento. La sangre me mantiene caliente. Y mi abrigo. El que Michał me heredó. Es su abrigo, y lo encontré muerto con él puesto.

Pronto estará cubierto de sangre.

Y entonces se corta.

Esta vez sí *está cubierto de sangre. Su sangre. Mucha sangre.*

Michał está tirado allí en el suelo. Su cara es irreconocible. Sin embargo, está más clara que nunca.

Un líquido blanco cuelga de su boca, formando burbujas en su centro. Al principio pienso que es saliva, pero luego me entero de que es ácido de batería. Y que las burbujas no están realmente ahí.

Sus ojos ya no son ojos. No son más que agujeros rojos tallados en su cara. Han sido pinchados, golpeados y arrancados por el poste que está en el suelo.

Y los escombros del ladrillo y la tierra sobre la que está recostado cubren su cuerpo, mezclándose con la sangre en su piel. Como migas de galleta espolvoreadas sobre un chocolate caliente. Sucio.

Los sonidos han desaparecido. Todos se han ido.

Excepto por el sonido de los chicos gritando mientras huyen corriendo.

Intento escuchar las voces, pero no las reconozco. Están demasiado lejos.

Y también Michał.

¿Estaba gritando antes de morir? ¿O murió demasiado repentinamente?

Espero responder esa pregunta pronto.

Pero antes de poder hacerlo, se corta.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Esta vez la pesadilla había sido más visceral. Más cercana a la realidad que nunca. No sabía por qué, cómo, ni qué estaba influenciando el recuerdo preciso de los acontecimientos, pero quería averiguarlo. Tenía una sospecha, pero era una teoría que, como cualquier buen policía sabía, necesitaba ser investigada.

Los sucesos de aquella noche habían estado encerrados durante tanto tiempo, y había repetido lo mismo una y otra vez, que había olvidado cuál era la realidad. La historia había sido escrita y reescrita innumerables veces, tanto que ya no sabía qué creer. No *había sabido* qué creer durante mucho más tiempo.

La mente era algo caprichoso. Y la memoria lo era aún más. Los humanos eran capaces de mentirse a sí mismos cuando se trataba de versiones específicas de los acontecimientos. Un pequeño detalle que faltaba aquí, un detalle embellecido allá. Un detalle completamente nuevo la próxima vez.

Su versión de los hechos de la noche en que murió su hermano había sufrido un destino similar. Pero ahora las cosas estaban mejorando. Cambiando. La historia se estaba corrigiendo.

Y solo había habido otro cambio en su vida.

Katie.

No sabía cómo ni por qué, pero sospechaba que se debía a ella.

La palabra con F.

Feliz. Cuando pensaba en ella, sentía calidez en su interior. Cuando estaba con ella, esa sensación se intensificaba. Sonreía cada

vez que veía su nombre aparecer en su móvil, incluso si solo era para enviarle un meme gracioso.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía feliz.

Tan feliz que estaba dispuesto a subir al desván y buscar el abrigo de su hermano. El que llevaba puesto cuando encontró el cuerpo de Michał. Durante demasiado tiempo había temido verlo, tocarlo, revivirlo en el momento. Hasta ahora.

El abrigo era diminuto, la mitad del tamaño de su cuerpo ahora completamente desarrollado. Manchas de sangre seca cubrían el frente y las mangas. Mientras lo miraba, recordaba con hermosa claridad cómo había sostenido a su hermano y gritado. Su voz había sido débil, aguda. Michał había pesado mucho en sus brazos, tensando sus pequeños músculos.

La policía le había devuelto aquella prenda. Después de terminar de examinarla en busca de evidencia forense —y no encontrar ninguna, aparte del ADN de Tomek y Michał— estuvieron dispuestos a devolvérsela. Era extraño; Tomek no había querido quedarse con ninguno de los juguetes de Michał ni con su ropa como recuerdo; en cambio, había querido el abrigo de su hermano. Como si supiera que le ayudaría a desvelar los secretos de su mente treinta años después.

Estaba cerca.

Muy cerca.

Podía sentirlo.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Por primera vez en su carrera, Tomek hizo un esfuerzo consciente para ser el primero en llegar a la reunión matutina. Estaba programada para comenzar varias horas antes de su turno. Pero cuando llegó a la oficina vacía, excepto por Tony, a quien no contaba, se dio cuenta de que Nick estaba en otra parte, fuera de la ciudad.

—Ocupándose de asuntos personales —había dicho Tony.

Genial. Por una vez había hecho lo que debía, y la persona que necesitaba que estuviera allí ni siquiera estaba disponible. Pero si conocía a Tony, y estaba bastante seguro de que así era, sabía que el hombre se lo reportaría. Tomek estuvo a punto de enviarle un selfie para demostrar su asistencia.

El resto del equipo entró en la oficina poco después, cada uno con un café en una mano y sus teléfonos móviles en la otra. La desesperación se filtraba de sus ojos. La investigación los estaba agotando. Desde la rueda de prensa, la presión desde arriba había aumentado y la mierda empezaba a rodar cuesta abajo. Si los poderes fácticos no estaban satisfechos con el trabajo producido por el equipo, se hablaba de introducir nuevos miembros, trayendo ayuda de la Policía Metropolitana e incluso de la sede de la Policía de Essex en Colchester.

Nadie quería eso. Ni siquiera Tomek. Los hacía parecer débiles, inferiores, incapaces de hacer su trabajo. Algo que ninguno de ellos podía tolerar.

—Gracias por venir esta mañana —comenzó el Tibio Tony. En su mano sostenía una taza de té. Tomek lo había visto prepararlo mientras esperaba a que llegaran todos los demás. Le había dolido y sorprendido que alguien tuviera tanto tiempo para preparar una taza de té o café.

—El DCI Cleaves no puede asistir hoy, así que comenzaremos sin él —Tony señaló la pizarra blanca. Nada había cambiado desde la última reunión—. Se ve bastante vacía, chicos. Odio decirlo, pero no estoy impresionado. Hay muchas pistas que podríamos estar investigando. Espero que todos tengáis algo para mí ahora.

Tony abrió la sala para el debate.

Tomek fue el primero. Después de explicarles que Martin Emerson había sido engañado para cometer un delito, Rachel dijo:

—Quien haya hecho esto debe haber sabido por qué había sido arrestado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tony.

—¿No veis la conexión? Dos pedófilos y violadores condenados han sido asesinados. Martin, por la forma en que Tomek lo ha descrito, parece que está en el camino correcto. Solo que aún no ha llegado del todo. Así que en lugar de matarlo, lo incriminaron y ahora ha sido arrestado.

—No lo había pensado así. ¡Brillante idea! —Tony escribió el nombre de Martin, junto con una breve descripción de lo que habían discutido, en la pizarra. Estaba dirigiendo la reunión como una clase escolar, donde cada alumno recibía crédito extra por proponer una buena idea.

—Las implicaciones de eso son mucho más graves que lo de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw —declaró Tomek—. No solo tiene el asesino acceso a información de ex prisioneros, sino que también ha conseguido acceder a archivos policiales de alguna manera.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Sean.

—No se supone que lo sea —respondió Rachel—. Obviamente, solo nosotros y el servicio penitenciario tenemos acceso a esos registros. La filtración viene de cualquiera de los dos.

—Eso será como buscar un grano de arena en el océano —dijo Sean.

Eso era lo que Tomek temía.

—DS Bowen —comenzó Tony—. Quiero que te ocupes de eso. Concerta una cita con HMP Chelmsford y averigua qué tienen que decir al respecto.

—¡A sus órdenes, Capitán! —Tomek levantó la mano en un saludo burlón—. Lo haré esta tarde, señor.

—Buen chico. Te lo agradezco.

La conversación pasó al coche de Timothy Rosenthal. Según la DC Chey Carter, un grupo de adolescentes lo había descubierto, quemado, en medio de un aparcamiento desierto cerca de Shoeburyness. Los forenses habían examinado cada centímetro del vehículo, pero no se había recuperado ninguna evidencia de ADN.

—Es difícil decir cuándo se incendió. El equipo de investigación de incendios estima que fue destruido anoche.

—Me pregunto por qué ahora y no antes —dijo Tomek, pensando en voz alta.

—Tal vez entraron en pánico. Vieron la rueda de prensa en las noticias y se dieron cuenta de que necesitaban deshacerse de él.

Tomek reflexionó un poco más sobre eso. El tiempo transcurrido entre los asesinatos de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw había sido de solo dos días. Dos asesinatos en tan rápida sucesión. Pero desde la rueda de prensa varios días antes, no había habido nada. Ningún cuerpo nuevo. Nada. O el asesino estaba planeando su próximo golpe más meticulosamente, o se había asustado. Algo le decía a Tomek que era lo primero. Y si los dos asesinatos anteriores habían demostrado la habilidad y atención al detalle del asesino, le preocupaba lo que estaba por venir.

—Hablando de evidencia de ADN —comenzó Tony, claramente ignorando al resto del equipo y pensando por delante de todos los demás—, ¿dónde estamos con el agresor que atacó al DS Bowen?

La pregunta fue un intento deliberado de burlarse de él, pero Tomek no caería en la provocación. No le daría a Tony la satisfacción de darle otra razón para suspenderlo de la investigación.

—En ninguna parte, señor —dijo Nadia, apoyando las manos en su barriga de embarazada. Más que nadie, ella parecía la más exhausta. Tenía bolsas bajo los ojos y su piel parecía enrojecida por

el estrés—. He pasado las pruebas por el sistema un par de veces, filtrando varios nodos y descripciones, pero nada.

—Decepcionante, pero al menos lo tenemos archivado —Tony volvió a centrar su atención en la pizarra, como si buscara algo más que mencionar. Y entonces lo tuvo. Hizo un pequeño jadeo cuando se le ocurrió—. Jimmy Hunter. Nuestro misterioso cazador de pedófilos. ¿Dónde estamos con él?

—Lo mismo de siempre, señor —respondió Oscar. Hoy, el Capitán Precisamente había optado por un traje de tres piezas que se ajustaba estrechamente a su cuerpo y lo hacía parecer como si llegara tarde para hacer una aparición ebria en la pista de baile de una ceremonia de boda—. Parece que nuestras búsquedas del Sr. Jimmy Hunter no están dando resultados fructíferos. A todos los efectos, parece que no existe.

—¿Qué significa eso? Está por todas las redes sociales. He visto su perfil.

—Ese es su alias, señor. No podemos localizar su nombre real.

—Esto es increíble. Es nuestro principal sospechoso...

—¿Desde cuándo? —preguntó Tomek de repente.

—Desde que yo lo digo. Y necesitamos encontrarlo y traerlo para interrogarlo lo antes posible. Alguien ahí fuera debe saber quién es.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Chelmsford. La cuna de la radio. También la cuna de la turbulenta relación de Tomek con el servicio penitenciario. En su única visita anterior a la prisión de Chelmsford, él y un colega habían acudido como parte de una investigación de asesinato para hablar con un recluso. Habían realizado la entrevista, recabado lo necesario y después se habían reunido con la directora, Hillary Pointer. Sin embargo, Tomek, aún más estúpido e ingenuo entonces de lo que era ahora, había hecho un comentario sobre el embarazo de la directora. Embarazo que no existía. Y que era improbable que existiera jamás, a menos que ella empezara a interesarse por los hombres. Perplejo por su propia idiotez, Tomek había aprendido rápidamente a no volver a hacer esa pregunta jamás. Y a mantenerse alejado de la prisión tanto tiempo como fuera posible. Excepto ahora. Aunque se alegró al descubrir que Pointer se había marchado y había sido reemplazada por una mujer que no tenía ni idea de quién era él.

—Un placer conocerle, detective.

La mujer sentada frente a él, Linda O'Hara, era una figura menuda y austera, que le recordaba a su abuela, quien solía trabajar en un centro de jardinería. El profundo ceño fruncido en su rostro le indicaba que podía causar más daño con unas tijeras de podar que cualquier jardinero. Parecía experimentada —Tomek no sabía exactamente en qué, pero no tenía intención de averiguarlo.

—Igualmente —dijo, intentando que su voz sonara firme. Todo lo que podía visualizar era a Hillary Pointer con su gran vientre. Y la mirada avergonzada y horrorizada en su rostro después de que él la hubiera insultado—. Le agradezco que se tome el tiempo para hablar conmigo. Imagino que su agenda está bastante ocupada.

—No hay problema. He leído algo sobre el caso que está investigando en el periódico, y suena desagradable.

—Diabólico es la palabra que yo utilizaría, señora. Pero no todos están de acuerdo.

—Eso he oído.

Cuando terminó de hablar, la puerta del despacho se abrió y entró un hombre de complexión y estatura similares a las de Linda. Vestía camisa y corbata, y a primera vista parecía uno del personal de oficina.

—Este es Jonathan Marquis, nuestro director de operaciones. Él podrá responder a cualquier pregunta específica relacionada con su investigación.

Tomek se presentó, completó las cortesías y estrechó la mano del hombre. Era más débil de lo que esperaba. De hecho, ninguno de los dos se parecía a los individuos intimidantes y temibles que había imaginado dirigiendo un servicio penitenciario. Había esperado que se parecieran al Terminator y a la señorita Trunchbull. En su lugar le habían presentado a Zipi y Zape. Pero estaba a punto de darse cuenta de que, a este nivel de la cadena alimentaria, no importaba la potencia del ladrido; era la potencia de la mordida. Y ambos poseían una mordida lo suficientemente grande como para derribar a un oso.

—Debo decir que estoy un poco alarmado por esta reunión, detective —comenzó Jonathan—. Una cosa es decir que somos incompetentes, y otra muy distinta decir que somos corruptos.

—El asesino está accediendo a información de algún lugar.

—¿Y ha agotado todas las demás posibles líneas de investigación?

—Solo hay dos lugares de donde podrían haber obtenido esa información. A través de sus sistemas o de los nuestros.

—¿Y ha comprobado los suyos?

—Alguien lo está haciendo, o lo ha hecho. Y ahora estoy aquí haciendo lo mismo.

—A menudo dicen que la podredumbre siempre empieza por dentro, detective.

Tomek sintió que su espalda se tensaba.

—No nos engañemos, ¿vale? Los suyos son tan susceptibles a esas cosas como nosotros. Si no más.

—*Los suyos* —dijo Linda secamente—. ¿Qué quiere decir con *los suyos*? Su tono me insulta, detective.

Bueno, esto iba bien.

—Podemos señalarnos con el dedo todo el día, y estoy seguro de que es algo en lo que le encantaría gastar su tiempo, pero no...

—¿Perdón? —Esta vez el rostro de Linda se endureció. Esto realmente se estaba yendo al traste más rápido de lo que había anticipado. Su bocaza lo estaba metiendo en problemas otra vez—. Somos uno de los servicios más desfinanciados y menos apoyados del sector público. No tenemos tiempo para que se nos hable así. Todos estamos muy ocupados. Tenemos más de mil reclusos en nuestras celdas. Hay hacinamiento, disturbios y peligro ahí abajo, tanto para mis empleados como para los prisioneros, pero estoy segura de que podemos encontrar espacio para uno más si continúa así.

—De hecho, hay espacio —interrumpió Jonathan, manteniendo su mirada fija en Tomek.

—¿Desde cuándo?

—Uno de nuestros prisioneros vulnerables se suicidó esta mañana.

—Lamento escuchar eso —dijo Tomek, volviendo de repente a la realidad. Su discusión era insignificante. Se había perdido una vida. Y debía ser respetada.

—Durante el desayuno —continuó Jonathan—. El personal fue a sacarlo de su celda, pero lo encontraron colgando allí como una rama rota, inmóvil, sin vida. Aparentemente encontraron una nota en su mano.

—¿Una nota de suicidio? —Tomek se intrigó por saber más.

—No. Un periódico. De ayer. Tenía las caras y los nombres de sus dos víctimas. Debajo había dos palabras. *Eres el siguiente*.

Sintió como si le hubieran sacado el aire de los pulmones a golpes.

—¿Alguien le envió eso? —preguntó, aunque era obvio.

—Estamos investigando. Nuestra sospecha es que vino de dentro. No es posible que no se hubiera detectado si se hubiera enviado por correo. Se habría escaneado y confiscado.

—¿Así que un prisionero se lo envió?

—Capta las cosas rápido —dijo Jonathan—. Apuesto a que se alegra de estar en la profesión correcta.

La mano de Tomek se movió una fracción, solo una fracción, antes de contenerse de levantar el dedo medio en la cara del hombre. El muy imbécil se estaba burlando de él y no lo apreciaba. Pero todavía había una batalla diferente que librar, y hasta ahora estaba perdiendo.

—Necesitaremos ver una copia de esa nota —dijo Tomek—. Si está relacionada de alguna manera con nuestra investigación, cae bajo nuestra competencia y necesitamos hacernos cargo.

—Obtendrá su nota una vez que la hayamos tratado internamente.

—¿Del mismo modo que tratarán la filtración?

—No hay ninguna filtración, detective —dijo Jonathan, con voz calmada y resuelta mientras pronunciaba cada palabra—. Tenemos un equipo de tres personas que se encargan de los datos de nuestros huéspedes en la prisión de Chelmsford, y puedo responder personalmente por cada uno de ellos. Los conozco a fondo. No harían algo así. ¿Qué obtendrían?

—¿Aparte de un incentivo financiero?

Jonathan se encogió de hombros, como si no le importara la respuesta a su propia pregunta.

—Tal vez busquen la notoriedad de haber ayudado a matar a algunos de los peores criminales del país —continuó Tomek—. Estoy seguro de que hay un gran impulso al ego asociado a eso.

—¿Es por eso que a su equipo no le importa encontrar al culpable?

Tomek sabía que ese punto saldría a relucir. Ese artículo. Ese maldito artículo volviendo para atormentarlo.

—Lo tienen en una búsqueda inútil haciendo preguntas sobre pistas que no existen.

Tomek puso los ojos en blanco y se obligó a transformar su frustración en risa. No solo los desarmó, sino que también los confundió.

—Es usted un hombre gracioso, Jonathan. –Tomek se levantó de su silla y se dirigió a la puerta. Esto había sido una pérdida de tiempo, y no estaba dispuesto a permanecer allí mucho más tiempo —. Quizás *usted* no está en el trabajo adecuado después de todo. Tal vez debería considerar dedicarse a la comedia. Organice un par de noches de comedia frente a sus *huéspedes*. Veamos cuánto dura. Y si llega a triunfar, por favor envíeme una invitación. Me encontrará al fondo de la sala con un gran cartel que dice "que te jodan".

Haciendo balance, aquello había ido mejor de lo que Tomek esperaba. No había sido bonito, ni esclarecedor. Pero ese no era el informe que había dado a Tony. Le había dicho al inspector que el servicio penitenciario estaba investigando el asunto. Y luego le había contado sobre el suicidio.

—¿Crees que está relacionado?

—Si no lo está, es una maldita coincidencia.

—¿Cuánto tiempo te llevará volver a la comisaría?

Tomek miró la hora. Las 5 p.m. Para cuando llegara a la A12, sería hora punta.

—Hora y media, dos horas con suerte.

—Entonces quédate allí. Iré con un equipo y nos ocuparemos de esto esta noche.

—¿Esta noche?

—Estoy ansioso por resolverlo lo antes posible.

—De acuerdo.

—¡Vamos a quemar el aceite de medianoche, colega!

Tomek casi vomitó ante la propuesta de trabajar codo con codo hasta altas horas de la noche mientras desentrañaban el misterio del suicidio.

También arruinaba sus planes para la noche por segunda vez consecutiva. Había esperado otra noche tranquila con Katie en su apartamento. Quizás una película, algunos aperitivos, incluso una copa de vino. Acurrucados en el sofá. Ahora tenía que deshacerse de la hermosa chica y reemplazarla con un hombre que parecía Slender Man.

Eran casi las doce de la noche cuando Tomek regresó a casa desde la prisión. Él y Tony, junto con los dos agentes uniformados que habían ido con él, habían confiscado el periódico encontrado en la celda de la víctima, registrado la celda en sí, y luego hablado con todos los que tenían acceso a esa sección. Había llevado varias horas, pero al final habían encontrado su respuesta.

Había sido una broma. Una broma que salió mal.

Dos de las últimas incorporaciones a la prisión, ambos acusados de robo y agresión, habían sido obligados a hacerlo por una de las bandas como parte de su proceso de iniciación. Eso era todo. Una apuesta, una novatada ritual. Obviamente, los dos individuos no se habían dado cuenta de que la víctima se quitaría la vida, pero eso no significaba que fueran menos culpables. Y por tanto serían acusados de homicidio involuntario.

El resultado fue positivo. Aunque no pudieron descartar a ningún sospechoso de su lista, Tomek se sintió aliviado de que los casos no estuvieran relacionados. Ya se sentía terrible porque la rueda de prensa —la que había sido causada por su propio error— hubiera dado la idea a la banda. Le resultaba imposible no sentirse responsable hasta cierto punto. Y ahora temía que si otras personas tenían la misma idea, él sería en parte culpable también. Inspirando una ola de asesinatos despiadados de vigilantes porque pensaban que a la policía no le importaba lo suficiente como para detenerlos.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Tomek tenía su primer día libre en lo que parecía una eternidad. No recordaba cuándo había tenido el último. Y aún le quedaban otros dos.

Normalmente no tenía nada con qué ocuparse, excepto salir a correr, ponerse al día con el sueño, o la perspectiva de un partido de fútbol por la noche o durante el día si tenía suerte. Pero ahora que Katie había entrado en su vida, no podía pensar en otra cosa que no fuera pasar tiempo con ella. No tenía que ser mucho: acurrucarse, ver la tele, pasear por el paseo marítimo, ir de compras a Chelmsford. Solo algo diferente. Algo con ella. No se lo admitiría a sí mismo, pero lo que más adoraba era la compañía. Tener alguien con quien hablar; solo podía hablarles a sus árboles bonsái durante un tiempo antes de darse cuenta de que estaba completamente loco.

Ahora no tenía que preocuparse por eso.

Era un miércoles inusualmente cálido y soleado en Leigh Broadway, y todo el mundo y su abuela habían tenido la misma idea. Acudir en masa a la calle principal y gastar dinero que no tenían en cosas que no necesitaban. Tomek nunca había entendido la fascinación por las posesiones materiales. Era un hombre simple con necesidades simples y básicas (casi prehistóricas), y podía usar una camiseta nueva durante al menos cuatro años si tenía suficiente cuidado. Cinco como máximo absoluto. Katie, por otro lado, necesitaba un nuevo conjunto cada semana. O, en casos extremos, varios conjuntos. Dirigir una tienda, explicó ella, significaba que

tenía que verse fresca y limpia todos los días, en caso de que un cliente entrara y la viera usando lo mismo en la misma semana. Además, le ayudaba a sentirse bien, aumentaba su confianza. No es que lo necesitara, le había dicho él.

Estaban caminando por la calle principal, de la mano, cuando ella lo detuvo frente a una pequeña tienda de regalos. Estaba a pocas puertas de su propia tienda, que se veía obligada a cerrar los miércoles y jueves (porque también necesitaba sus dos días obligatorios de descanso). Señaló una pequeña esquina del escaparate. Un pequeño libro rodeado de corazones le devolvió la mirada.

—Lo he visto en las redes sociales —dijo ella.

—¿Qué es? —No pudo ocultar la inquietud en su voz.

—Un libro de amor. Aparentemente está haciendo maravillas en las relaciones de las personas.

—¿Hará que mi madre recuerde cómo quererme?

Ella chasqueó la lengua, haciendo una mueca. —Dije maravillas, no milagros.

A Tomek no le importó la pulla. Se había acostumbrado, de hecho. Sin mencionar que ayudaba si él bromeaba al respecto en primer lugar. De esa manera ponía a la gente a gusto, lo hacía *aceptable*. Pero Katie era el tipo de persona que lo diría, de todos modos. Admiraba eso de ella. Decía que la gente tenía demasiado miedo de expresar cómo se sentía realmente hoy en día, por temor a herir u ofender a alguien. "El mundo necesita más cabrones", había dicho ella. Y él había estado de acuerdo.

—¿Qué hace? —preguntó Tomek, señalando el libro.

—No *hace* nada. Te da consejos sobre cómo revitalizar y rejuvenecer tu relación o matrimonio.

—¿Ya estamos en esa etapa? Solo hemos tenido un par de citas. Ni siquiera te he preguntado si quieres ser mi novia.

—La respuesta es sí —dijo ella sin rodeos.

—¿Qué has dicho?

—Sí. Si, o cuando, te dignes a preguntármelo, la respuesta será sí.

Tomek captó la indirecta y se lo preguntó mientras sorbía su café.

—Qué romántico —respondió ella—. Es justo como siempre imaginé que sería.

—Podría haberlo hecho después del sexo...

—Eso sí que sería trágico. Me gusta pensar que tienes algo de elegancia.

Katie procedió entonces a explicar que el libro sugería que las parejas tuvieran dos citas. Una centrada en los intereses de un miembro de la pareja, mientras que la otra se centraba en los del otro. Tomek tuvo que buscar mucho para encontrar su interés. No podía llevarla a una tienda de bonsáis, ya que eso era aburrido y tedioso. *Podría*, sin embargo, llevarla a RHS Hyde Hall en Chelmsford, pero había estado allí tantas veces que la experiencia se había vuelto menos emocionante. Y entonces se dio cuenta. Había un lugar. Un lugar que le emocionaba cada vez que iba allí. Un lugar que era diferente en cada visita.

—Un partido de fútbol. —La emoción en su voz lo hizo salir como un chillido.

Katie puso los ojos en blanco. —Los hombres y su fútbol.

—Es el gran unificador. Como la cerveza.

—Pero a mí no me gusta ninguno de los dos.

—Así que vas a hacer que te pida ser mi novia y luego te negarás a hacer las cosas que quiero hacer. ¿Es esto un preludio de lo que está por venir?

—Puedes apostarlo, cariño. —Ella apretó la mano de él en la suya —. Por supuesto que me encantaría ir a un partido de fútbol contigo. Pero tendrá que ser local. No me gustan los trenes, y me gusta aún menos Londres.

—Southend FC, entonces. Los Poderosos Camarones. —Tomek le dio un beso en los labios—. ¿Cuál es tu idea para una cita?

—Kayak.

—¿Qué has dicho?

—Es como el piragüismo, pero con un tipo diferente de remo... y la embarcación está hecha de plástico, no de madera.

—Sé lo que es el kayak, tonta. Es solo que nunca lo habías mencionado antes.

—Porque la gente típicamente reacciona así. Mi padre solía llevarme a remar al río Cam. Después de ver la Regata Oxford-Cambridge en la tele, me enamoré de ello.

Como me estoy enamorando de ti.

—Essex tiene montones de lugares para ir. Especialmente en otoño e invierno, cuando hay niebla y frío. El aire es tan fresco... —Inhaló profundamente—. No hay nada como eso.

Tomek estuvo de acuerdo con ella, y juntos encajaron los eventos en su agenda. El kayak sería primero —mañana—, pero el fútbol tendría que esperar.

CAPÍTULO
TREINTA

El frío se clavaba en la piel de Tomek a pesar de la capa de neopreno que supuestamente debía protegerlo.

Katie había sugerido meterse al agua a primera hora de la mañana, cuando la marea estaba a medio camino entre la subida y la bajada. Aparentemente, era cuando más calma había. Tomek no lo creía así mientras luchaba por subirse al kayak y casi perdía el equilibrio cayendo de culo al agua varias veces. Maldecir al objeto inanimado no ayudaba en nada. Una vez acomodado, atrapado dentro de la pequeña embarcación de plástico como si estuviera en la cabina de un avión de combate, forcejeó con el chaleco salvavidas que se le clavaba en el cuello, irritándole la piel. Solo llevaba dos minutos en el agua y ya quería salir, agitando los brazos y los remos en el aire como las patas de Bambi. Mientras tanto, Katie, por su parte, era toda una profesional: hábil, suave y elegante en sus movimientos sobre el agua tranquila. Hacía que pareciera fácil. Pero para Tomek, con sus hombros anchos y caderas aún más anchas, era todo lo contrario. Debería haber tenido la fuerza en la parte superior del cuerpo para manejar su peso, pero después de unas pocas remadas, sus músculos se volvieron gelatina y simplemente se dejó llevar por los numerosos ríos. Las marismas de Tollesbury ofrecían uno de los paisajes más extraños que jamás había visto. Plano, hasta donde alcanzaba la vista. Salpicado por la multitud de veleros que sobresalían en el horizonte, como pelos en la cara de un

adolescente. Una nube baja había comenzado a extenderse desde el este, y con ella la temperatura descendió.

Katie estaba unos cientos de metros por delante. Claramente disfrutando. Tomek no quería ser quien le arruinara la diversión, así que se sacudió el mal humor y se detuvo. Recuperó la compostura. Y recordó lo que el instructor le había dicho antes de dejarlo en el agua.

Lento pero seguro gana la carrera. Solo estaban ellos dos, así que no había absolutamente ninguna necesidad de competir; era simplemente parte de su naturaleza. No podía tolerar ser el segundo mejor en nada. El segundo mejor hermano (lo que había sido una mejora desde el tercero después de la muerte de Michał); el segundo mejor en educación física en la escuela; el segundo mejor en el entrenamiento de policía. Le gustaba estar en lo más alto del podio, mirando a todos desde arriba.

Finalmente, después de diez minutos intentándolo, alcanzó a Katie. En parte porque ella había reducido la velocidad. A estas alturas, los músculos de sus hombros y brazos se habían endurecido y familiarizado con el inusual rango de movimiento al que los estaba sometiendo. Y odiaba admitirlo, pero en realidad lo estaba disfrutando bastante.

Todo estaba tan quieto, tan silencioso. El aire era fresco, con un toque de sal. Diferente a la playa, diferente al aire de Leigh-on-Sea al que se había acostumbrado. Aquí era... menos denso. Más ligero, flotante. Justo como él sobre el agua.

—¡Le estás pillando el truco! —le gritó Katie cuando él la adelantó brevemente. Habían recorrido una de las varias avenidas que serpenteaban por las marismas, encerrados por pantanos a ambos lados.

—Aprendo rápido —respondió él—. Es fácil, en realidad. No sé de qué me preocupaba.

—¿Te apetece una carrera?

Tomek lo consideró un momento. —¿Qué gana el vencedor?

—¿El perdedor tiene que hacer la cena esta noche?

—¿En mi casa o en la tuya?

—En la tuya —dijo ella—. Sophie y Caitlin van a tener una noche de películas. No creo que quieran que las molestemos.

Tomek estuvo de acuerdo. Era lo más sensato para todas las partes implicadas.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Tenemos una carrera?

Tomek sonrió mientras bajaba un poco la cabeza. Luego se alinearon uno junto al otro lo más cerca posible, balanceándose de un lado a otro en el agua.

—El primero en llegar a ese edificio de allí es el ganador —dijo Katie.

Tomek levantó la mirada en busca de la estructura que había mencionado. No la había visto al principio, pero allí entre las marismas había un pequeño granero o cobertizo para botes, construido de madera y ladrillo, situado en medio de un gran terreno de hierba a más de cien metros de distancia.

—Trato hecho —dijo.

Y entonces partieron.

Como un caballo al que hubieran inyectado ketamina, Tomek salió lento, perdiendo el equilibrio al despegar de la línea de salida. Pero para cuando finalmente alcanzó su ritmo completo, ya era inútil. Katie ya estaba muy por delante. Veinte metros al frente y aumentando. Veinticinco. Treinta. Todo había terminado antes de empezar. Parecía que ella solo había estado remando al cincuenta por ciento de su capacidad, y aún tenía mucho más que dar.

Tomek nunca tuvo oportunidad.

Ella ya había salido del agua y estaba chapoteando por el barro cuando él finalmente la alcanzó.

—¿Vamos a echar un vistazo? —preguntó Tomek, jadeando.

—¿No quieres?

—Sí quiero... Pero... —dijo entre respiraciones—. Dame un minuto. Estoy agotado.

—¿Después de *eso*? Eso no fue nada. Deberías probarlo en el Támesis. Hay una escuela de kayak de la que formo parte en Westcliff. *Eso* sí que es duro.

Se detuvo lentamente, inclinándose hacia adelante mientras encallaba en el barro. —Mi cuerpo está hecho para el rugby o el

fútbol, no para esto. Hay más de cien kilos de mí, y nada de ti.

—No se trata de lo fuerte que seas —le dijo ella, ya en tierra firme, esperándolo impacientemente—. Todo es cuestión de técnica. Una vez que la dominas, puedes hacer cualquier cosa.

Tomek salió de su kayak con tanta gracia como un padre borracho bailando sobre una silla y se arrastró por el barro hasta ella. Odiaba la sonrisa irritantemente presumida en su cara. Ella era mejor que él, y lo sabía.

—No seas tan duro contigo mismo —dijo ella burlonamente—. No todo el mundo puede ser bueno en todo.

—¿Ah, sí?

Sacando un pie del suelo y poniéndolo junto a ella, envolvió sus manos alrededor de su cintura y la levantó. Sus gritos resonaron por las marismas, pero nadie la oyó. Nadie podía oír nada aquí fuera. Y entonces la dejó caer de espaldas. Directamente en el barro. Sin querer, cayó sobre ella, con las manos hundidas en la tierra.

Quedaron cara a cara. A centímetros uno del otro. Pequeñas motas de barro y hierba ensuciaban el pelo y las mejillas de Katie, pero a él no le importaba. En ese momento, quería besarla.

Y lo hizo.

A pesar del frío, sus labios estaban cálidos, tiernos. Como un cálido abrazo. Tuvo cuidado cuando sus lenguas entraron en contacto, retorciéndose, envolviéndose una alrededor de la otra.

Cuando se apartó, sus manos se hundieron más profundamente en el barro.

—Joder, estoy atascado.

—Oh, no, vamos a morir aquí fuera.

Tomek se tomó el comentario literalmente.

—En serio, te has enfrentado a asesinos, violadores y pedófilos, ¿y te asusta un poco de barro?

—Sin comentarios.

Con un pequeño gruñido, Katie liberó una de sus manos y lo empujó para quitárselo de encima. Una vez que él salió del barro, ella se arrastró fuera también y juntos se dirigieron hacia la estructura. Era un edificio de una sola planta. La puerta era de madera y comenzaba a pudrirse. Crujió cuando Tomek la abrió.

Como oficial de policía profesional, él era el más valiente de los dos. Poseía la experiencia que ella no tenía, y entró primero.

El cobertizo le recordaba a su dormitorio. Lo suficientemente grande para una cama doble, pero poco más. El interior estaba desprovisto de vida, vacío. Excepto por un surtido de equipos de navegación que habían sido abandonados allí, descartados durante años. Dejados para que el polvo se asentara sobre ellos.

—¿Para qué se usaba este lugar? —preguntó.

—Un refugio, quizás. Reparaciones para barcos en el agua. O podría haber sido usado durante la guerra como torre de vigilancia.

Essex había desempeñado un papel fundamental en la lucha contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. En particular, la costa este que, debido a sus planas y densas marismas, había impedido que los nazis invadieran. El terreno era inadecuado para el transporte humano y de vehículos, y sus submarinos habrían sido avistados a kilómetros de distancia, por lo que su única vía restante había sido por aire. Para combatir la creciente amenaza de ataques aéreos, se habían colocado estratégicamente varias torres a lo largo de la costa. Informando de cualquier ataque entrante, asegurando que Londres estuviera preparada con antelación. De la mayoría de las torres de vigilancia que quedaban, algunas habían sido reutilizadas para prácticas militares modernas, otras se habían convertido en museos u otras atracciones, mientras que otras, como en la que estaban, se habían dejado pudrir.

Tomek se sentía privilegiado de estar allí. En la pequeña cabaña que podría haber protegido docenas de vidas, salvándolas de morir por explosión. De estar donde una vez estuvieron los verdaderos héroes.

—Fascinante —dijo, pensando para sí mismo.

—¿Verdad que sí? Essex está lleno de estos pequeños lugares.

—¿Cómo es que sabes más sobre esto que yo? Ni siquiera eres de aquí.

—Porque he *explorado*. Salgo más que tú. No es como si tu trabajo te lo permitiera.

¿Hora de un cambio de carrera? No lo creía. Pero a partir de ahora, quería hacer un esfuerzo concertado para explorar el condado

que llamaba hogar. Descubrir su historia, explorar sus secretos. Pero primero, quería volver a casa. Lejos del frío y hacia el calor. No se había dado cuenta, pero estando allí, inactivo, sus músculos habían dejado de moverse y su pulso se había calmado, todo lo cual había bajado las barreras para que el frío volviera y atravesara su traje de neopreno.

Esa noche, después de dos duchas y cuatro capas de ropa, Tomek finalmente se sintió caliente otra vez. Como castigo por perder la carrera, estaba a cargo de la cena. Como vencedora, Katie había pedido una paella casera. Una de sus favoritas. No siendo un gran fan de la paella, y sin haberla hecho nunca antes, Tomek se vio obligado a buscar una receta en internet. Mientras mezclaba el arroz con la carne, echó una cantidad poco saludable de especias al plato y luego entró en la sala de estar. Katie, vestida con un conjunto de pijama que había traído, estaba sentada en el sofá, con una manta roja sobre los hombros. Viendo la televisión. Un chocolate caliente calentando sus manos.

—No debería tardar mucho —dijo, y luego se dirigió a su escritorio al otro lado de la habitación. La pequeña mesa daba a la calle de abajo y era el lugar donde a menudo completaba cualquier trabajo pendiente que no podía hacer en la oficina. No era frecuente que se llevara trabajo a casa, pero esta investigación era diferente. La notoriedad de las víctimas, y ahora la mayor actividad en torno al caso gracias al artículo de prensa y la rueda de prensa, significaba que había un aumento de la presión desde arriba. Durante la tarde, Tomek había echado un vistazo a sus correos electrónicos y había visto varios de Tony. El inspector detective pedía actualizaciones sobre todo, de lo que nadie tenía nada. El mayor obstáculo en la investigación, según el Maestro Tibio, era encontrar a Jimmy Hunter. El hombre tenía una obsesión con él, y por el lenguaje utilizado en sus correos electrónicos, quería su cabeza en una pica. Tony estaba

convencido de que era su principal sospechoso, pero Tomek no estaba tan seguro.

—Pensé que no se suponía que trabajaras hoy —le dijo Katie mientras abría su portátil.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —respondió—. Es solo... la Operación Highlander. El SIO no lo deja ir. Tony tiene los cojones retorcidos.

—¿Estáis más cerca de saber quién está detrás?

Una carcajada escapó de los labios de Tomek. —¿Recuerdas cuando estaba agitando mi remo antes?

—Sí.

—Considera eso una representación literal de dónde estamos en la investigación.

—¿Quieres hablar de ello? A veces hablar de las cosas puede ayudarte a ordenarlas en tu cabeza.

Tomek no veía ningún daño en ello.

—Después de cenar —respondió.

Para su sorpresa, sus habilidades culinarias habían superado sus propias expectativas. La paella estaba deliciosa, y ahora la consideraba una de sus comidas favoritas. Una que podría esperarse que cocinara más a menudo en el futuro, se dio cuenta más tarde. Después de terminar dejaron los platos en el fregadero y dirigieron su atención a las notas del caso de Tomek. La puso al día sobre todo.

—No tenemos una idea clara de quién es. Solo un montón de conjeturas a medias, tenues. El asesino no dejó ADN en la escena, no tenemos el arma homicida, y ni siquiera sabemos dónde está la niña pequeña que están usando.

—¿Quiénes son tus sospechosos?

Tomek se lo contó. Sobre Cathy Sharpe, la agente de libertad condicional. Sobre su ex novio prisionero que Chey había descubierto siguiendo la instrucción de Nadia. Sobre Harriet Montgomery, la víctima de Timothy Rosenthal. Sobre su hermano que no tenía coartada la noche de la muerte de Timothy. Sobre Jimmy Hunter.

—¿Has oído hablar de él alguna vez?

Katie negó con la cabeza. —No puedo decir que sí. No soy muy aficionada a Facebook.

—Yo tampoco. Probablemente debería registrarme en algún momento.

—¿Perdona, qué?

—Debería registrarme en...

—¿*No* estás en Facebook?

Tomek negó con la cabeza. Nunca había sentido la inclinación de perder grandes cantidades de su tiempo viendo lo que hacían otras personas.

—Twitter, Instagram, este nuevo...

—¿TikTok?

—Sí. No estoy en ninguno de ellos.

—Eres un viejo tan increíble.

—Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

—¿Como atrapar criminales?

—Exactamente. De lo contrario, me temo que terminaré pasando demasiado tiempo allí y olvidaré lo que es importante.

Katie se rio de él, luego le dio un beso en la cabeza. Como si fuera un niño, siendo recompensado por hacer su tarea a tiempo.

—Muy bien, viejo —comenzó ella—. Concéntrate. ¿Qué más sabes sobre el asesino?

—A estas alturas ni siquiera estoy seguro de que sea un solo asesino. Parecen tener acceso a la información personal de las víctimas: sus direcciones y también sus antecedentes penales. Esas cosas no aparecen de la nada. Tienen que saber dónde conseguirlas.

Tomek abrió la carpeta que había traído del trabajo y comenzó a revisar las notas del caso que él y el resto del equipo habían escrito. Cada una había sido preparada por la detective Kaczmarek unos días antes y había sido compartida con el equipo.

Mientras Tomek hojeaba las páginas, algo llamó la atención de Katie. Extendió su mano frente a él y tocó con el dedo el documento. Justo debajo de la foto de Gary Kershaw.

—Lo reconozco —dijo.

—¿De dónde? —La preocupación surgió en su voz.

—Juro que vino a mi tienda el otro día.

—¿Por un uniforme escolar?

—Sí.

—¿Y estás segura de que es él?

—Bueno, se parece mucho a él.

—¿Compró algo?

—Sí. El conjunto completo. Falda, medias, blazer, camisa. Dijo que era para su nieta, que necesitaba un uniforme nuevo. Al principio me pareció extraño, era un hombre mayor, pero no quise juzgar.

—Quizás ahora tendrás que hacerlo —dijo Tomek, con sus pensamientos desbordándose—. ¿Cuándo ocurrió esto?

Katie reconstruyó sus pasos. —Creo que fue el viernes.

—El día que murió. Ese enfermo bastardo...

Después de la reunión de Tomek con él, informándole de la muerte de Timothy Rosenthal, Gary Kershaw había hecho caso omiso de la advertencia y había ido al pueblo a conseguir un uniforme escolar. No había duda en la mente de Tomek sobre para quién era. La niña pequeña que se había visto en las cámaras de vigilancia. Tomek buscó entre los archivos, buscando la fotografía de la niña con el abrigo rojo.

—Esta es ella... Parece aparecer en ambos asesinatos. Creo que debemos centrar nuestra atención en ella.

Katie lo miró perpleja. —¿Acabas de decir "asesinatos"?

Joder, sí, lo había hecho. Involuntariamente y de manera no irónica. ¿Se estaba volviendo cada vez más como Tony? Primero compartían las mismas creencias, y ahora usaban las mismas palabras. No quería pensar en ello. Si lo hacía, entonces podría ahorrarse la molestia a todos y pegarse un tiro.

Tomek ignoró el comentario y continuó con su proceso de pensamiento. —Ella es la clave de todo esto —dijo—. La niña pequeña. Ella sabe quién está detrás de todo. La encontramos a ella, encontramos a los asesinos.

—¿Dónde vas a encontrarla?

Tomek no lo sabía. Si hubiera sabido la respuesta a eso, no estaría sentado en su sala pensando en pegarse un tiro.

—¿Has probado con alguna de las escuelas? Tiene que ir a alguna de ellas. Alguien la reconocerá.

Tomek la miró, con los ojos llenos de adoración. Por un momento, ella lo miró, confundida. Como si acabara de pedirle matrimonio.

—Eres una genio. ¡Las escuelas! ¿Cómo pudimos haber sido tan estúpidos para olvidarlas? Ella debe ir al colegio. E incluso si la han sacado de uno, la gente la habrá visto. La gente la reconocerá, ¡y el abrigo! Eres una genio. Gracias.

—Puedes agradecérmelo si quieres.

Tomek no necesitó que se lo dijeran dos veces. Inspirado por esta nueva revelación, saltó de su silla, la levantó del suelo y la llevó al dormitorio. Era la única manera que conocía de decir gracias, y en serio.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Gritos. Siempre gritos. El peor sonido que jamás he escuchado. Los mismos gritos que me seguían a donde fuera.

Cada vez que cometía un error. Cada vez que no lavaba bien los platos. No recogía mi ropa. No limpiaba el asiento del inodoro antes de tirar de la cadena.

Los gritos que me acompañarán hasta el día de mi muerte.

Los de mamá.

Lleva un abrigo parka largo para protegerse del frío, pero parece más elegante que práctico. No le llevó mucho tiempo adoptar el típico estilo de vida de Essex. Mientras la ropa que llevaras costara más que tu casa, estarías bien. Seguro que encajarías. Papá no ayudaba, con todo su dinero, dándoselo a ella, gastándolo en ella.

Pero basta de ellos.

Volvamos a los gritos. Los gritos son peores esta vez. Físicamente me duelen los oídos. Tanto que me zumban después. Me pregunto, ¿eso es normal? *Pero estoy demasiado asustado para decir algo. No quiero recibir una bofetada. Mamá ya está golpeando a los policías mientras intenta ver a su hijo favorito. No voy a ser yo quien se interponga en su camino.*

Ha venido al parque porque se ha asustado. Cuando no pudo encontrarnos en casa, salió a buscarnos. En la era antes de los teléfonos móviles, dependía mucho de que la gente cumpliera sus planes. No tardó en detenerse y ver las luces parpadeantes. Al

principio ni siquiera me había reconocido. Solo se preocupaba por Michał. Michał el Magnífico.

Papá estaba en camino, pero no había forma de saber cuándo llegaría.

Los policías, había docenas de ellos, invadiendo la zona. Habían sellado las entradas al parque y habían instalado enormes focos alrededor del área de juegos. Una carpa blanca, tan grande como una de las furgonetas que había traído a los policías, estaba sobre el cuerpo de Michał. Protegiéndolo. Pero era inútil.

Se mueven rápidamente ahora. Muchos gritos, muchas discusiones. Alguien está diciendo a los demás qué hacer, dónde ir, con quién hablar, pero su voz queda ahogada por los gritos histéricos de mamá. Alguien necesita callarla*, recuerdo haber pensado. La policía necesita hacer su trabajo.* Yo *necesito hacer mi trabajo. Soy el que vio todo lo que sucedió. Puedo ser el que les ayude.*

Y entonces se corta.

Estoy sentado en la parte trasera de un coche de policía con papá. Mamá estaba demasiado destrozada para venir con nosotros y se ha ido en un coche diferente. Bien. Papá, por otro lado, parece callado, reservado, procesando las cosas en silencio. Estamos de camino a la comisaría. No estoy en problemas, me dicen. Solo quieren hacerme algunas preguntas. Pero ya sé lo que me van a preguntar, y me preocupa no ser capaz de contarles lo que sé, o lo que ellos quieren oír.

Mi estómago empieza a doler, a tensarse. No tengo palabras para describirlo. Miro a papá, pero él solo mira por la ventana. Así que hago lo mismo, esperando que pueda darme algunas respuestas.

Las farolas amarillo-anaranjadas pasan rápidamente por encima, y golpeo con el dedo cada vez que una de ellas entra en el marco de la ventana. Tac, tac*. Vienen en rápida sucesión. Ha empezado a llover. Fuerte, agresiva. Justo como murió Michał.*

Cierro los ojos e intento imaginar qué pasó. Pero no puedo. Los sueños dentro de sueños no existen.

Pero cuando abro los ojos, veo algo.

Una figura, envuelta en negro, cubierta de oscuridad. De pie allí al lado de la carretera.

La imagen se vuelve más nítida.

Y entonces se corta.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Tomek abrió los ojos y se giró hacia el otro lado, alejándose de la luz matinal que se colaba poco después de las 8 de la mañana. Katie estaba profundamente dormida, pero a él no le importaba. Aprovechó la oportunidad para contemplarla un momento, retrasando el momento en el que se levantaría para escribir el sueño en su diario. Esta vez había sido más vívido, revelando escenas e información que nunca antes había visto. Pero, curiosamente, no tenía prisa.

La respuesta a todo lo miraba a la cara. Con los ojos cerrados. Mientras ella estuviera acostada a su lado y en su vida, él estaba convencido de que los sueños continuarían. Y que continuarían en abundancia.

Tomek apartó el edredón de su cuerpo y luchó para levantarse de la cama. No tenía muchos lujos en su vida. El sofá, las sillas, el resto de la decoración de su sala de estar, todo eran objetos modestos y baratos que había comprado cuando podía. Pero su cama... eso sí que era una inversión. Una en la que había reflexionado durante demasiado tiempo. Para él, el sueño era esencial. Si había un caso particularmente horrible que lo mantenía despierto por la noche, y no dormía en su colchón, tenía las mismas posibilidades de quedarse dormido que de correr el Maratón de Londres en menos de dos horas. Pero si estaba en su cama, arropado bajo las mantas, nada lo despertaría, nada lo molestaría. Nada de qué preocuparse.

El único problema surgía por la mañana. Cuando era hora de despertar. Esa era la mayor lucha. Especialmente durante estas oscuras y deprimentes noches otoñales.

Había desarrollado sus malos hábitos de sueño poco después de que Michał muriera. Las pesadillas. La oscuridad. La depresión silenciosa de la que no había sido consciente, arrastrándolo gradualmente más y más hacia el vacío. Hasta que encontró una tenue luz en forma de un terapeuta, quien comenzó el proceso de sanación. El proceso de sanación que nunca alcanzaría su finalización. La línea de meta de un maratón que nunca se lograría. Siempre fuera de alcance.

Pero ahora había una luz en su vida. Una luz brillante y fluorescente que no había estado allí antes. Una luz que hacía que la línea de meta pareciera más fácil de alcanzar.

Al alcance.

Y no solo Katie se estaba convirtiendo en una luz resplandeciente en su vida personal, también estaba iluminando la investigación con una luz muy importante y de color diferente. Sin su perspicacia, nunca hubiera tenido el avance que tuvieron la noche anterior. Ahora todo lo que tenía que hacer era convencer a la DI Hunt de que era una línea de investigación que valía la pena seguir y no un enorme desperdicio de recursos policiales como sabía que podría ser.

De todos modos, para agradecerle, esa mañana, después de terminar de anotar su pesadilla en el diario, Tomek le preparó el desayuno a Katie en la cama.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

—Buenos días, señor.

Tomek había entrado para encontrar a Tony sentado frente a su ordenador, mirando fijamente la pantalla, con los ojos a escasos centímetros de la ventana de plástico.

—¿"*Buenos días*... *Señor*"? —dijo Tony, quitándose las gafas y dejándolas sobre el escritorio—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Tomek?

—¿Señor?

—Creo que nunca me has llamado señor en todo el tiempo que hemos trabajado juntos.

Se encogió de hombros. Si iba a convencer a Tony de que creyera en su revelación, tendría que ser amable. Tendría que lamerle el culo. Algo que nunca había tenido que hacer con Tony. Se imaginó que sería huesudo, sin carne, y peludo. Pero no importaba. Era hora de fruncir los labios.

—Me siento de buen humor hoy, señor. Eso es todo.

—¿Es por la gran palabra que empieza por A?

Tomek se detuvo un momento. —¿Aversión? ¿Apatía? ¿Apestado?

—Amor, Tomek. ¿Estás experimentando lo que los jóvenes llaman un caso desenfrenado de hormonas?

—Nadie lo ha llamado así nunca, señor.

Tomek cerró la puerta tras él y entró en la habitación.

—Esperaba poder consultarte sobre algo —dijo.

—Me temo que no queda mucho que consultar a mi edad.

—¿Edad? No aparentas ni un día más de cincuenta y cinco.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Tony. —Cabrón.

No era la primera vez que se hacían reír mutuamente. La primera había sido la otra noche, durante sus investigaciones en la prisión de Chelmsford. Estar encerrados en una habitación les había obligado a charlar, a debatir, a conocerse a un nivel más personal. Algo que quizás deberían haber hecho varios años atrás. Tomek le había explicado la situación con su hermano, y Tony había escuchado atentamente y con interés. No se burló, no juzgó. Simplemente comprendió. Y al final se había disculpado por su comentario anterior durante una de las reuniones del equipo. No había entendido la gravedad de lo ocurrido y no pretendía ofender. Tomek agradeció el gesto, y luego pasaron a hablar de Tony. El hombre era más divertido y peculiar de lo que Tomek le había dado crédito. Había pasado toda su infancia intentando encajar pero siempre se encontraba en la periferia de los grupos sociales. Su amigo más cercano durante su crecimiento había sido el perro de la familia. De algún modo, Tomek sentía lástima por él. Y se dio cuenta de que eso explicaba muchas cosas: las torpes habilidades sociales, los comentarios inapropiados, la constante necesidad de aprobación. Después de su conversación, había comenzado a entender y apreciar un poco más al hombre. Estaba casado, sin hijos, y parecía contento con su vida. Pero Tomek percibía que había un anhelo de algo más, algo oculto bajo la superficie.

—¿Sobre qué necesitas consultarme?

—Niños —dijo Tomek.

—No puedo ayudarte ahí, colega. Soy tan estéril como largo es el día.

Tomek se rió incómodamente. —Recuerdo que lo dijiste. *Exactamente* así, de hecho. Es sobre la niña, la de las grabaciones de videovigilancia.

—Bien.

—Anoche tuve la genial idea de buscarla en una escuela.

Tony reflexionó un momento. —¿Te das cuenta de cuántas escuelas hay en esta zona?

—Muchas, probablemente.

—Y aún más niños. Sin mencionar que podría ir a la escuela fuera del distrito. Canvey, Rochford, hasta Colchester. Esa red es demasiado amplia, me temo. Además, estamos concentrando nuestros esfuerzos en encontrar al señor Jimmy Hunter.

—¿Y cómo va eso? —Tomek fue incapaz de ocultar el desdén en su voz. Al parecer, adular a Tony estaba teniendo poco efecto.

—Fatal. No podemos encontrarlo ni por amor ni por dinero.

—¿Entonces por qué no dedicar nuestro tiempo a encontrar a la niña?

—¿Eres consciente de la cantidad de recursos que eso requiere? No tenemos presupuesto.

—Presupuesto, mesupuesto, Tony. Si encontramos a la niña, encontramos al asesino.

—Y si encontramos a Jimmy Hunter, encontramos al asesino.

—No puedes estar seguro de eso.

Tony se frotó los ojos, pensativo. —La probabilidad de éxito es mucho mayor con esta pista de Hunter. Lo siento, colega.

Tomek no iba a aceptar un no por respuesta.

—¿Y si yo tengo razón y tú te equivocas? Si puedes conseguir que Nick apruebe esto, te dejaré llevarte todo el mérito.

Valía la pena intentarlo.

—¿Crees que soy tan barato?

—Por supuesto que no. Solo creo que es algo que necesitamos hacer. Algo que *realmente* necesitamos hacer. Porque ella podría estar en peligro. El bienestar de un niño es mucho más importante que el bienestar de alguien que podría acabar en la lista del asesino después.

Las orejas de Tony se animaron. —Estás cambiando de opinión.

Tomek estaba dispuesto a torcer la verdad —y sus propias creencias— si eso significaba conseguir lo que quería. —Piénsalo de esta manera. Cuando vayamos a las escuelas, podemos recordarles la importancia de mantenerse seguros en Internet. No hablar con desconocidos. Los niños usan dispositivos a edades cada vez más tempranas, y necesitan que se les enseñen algunas cosas que deben y no deben hacer.

—Como no hablar con pederastas, por ejemplo.

—Oye, lo has dicho tú. No yo. Idea brillante. —Tomek levantó las manos al aire, como si se lavara las manos de la idea—. Tal vez deberías tenerlas más a menudo —bromeó.

—Cabrón descarado.

Le vino otra idea. Era una que había tenido al principio de la investigación, pero que desde entonces había quedado dormida, descansando en el fondo de su mente como el rostro del asesino desaparecido de su hermano.

—Los documentos —dijo.

—¿Cuáles?

—Los antecedentes penales y las cartas de libertad condicional encontradas junto a las cabezas de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw.

—¿Qué pasa con ellos?

—Estaban plastificados.

Tony puso los ojos en blanco y golpeó su cabeza contra la mesa.

—Tú y tu maldita plastificación. Estás obsesionado con ello.

—Sí, porque *nadie* plastifica ya.

—¡*Nosotros* lo hacemos, joder! —Tony se levantó de su silla y señaló la pared. Tomek no lo había notado, pero colgando de varios tipos de chinchetas y accesorios de papelería había trozos de papel plastificado.

—No estaban ahí el otro día —comentó Tomek.

—Tienes razón, acabo de ponerlos ahí para confundirte. No seas tonto, pedazo de melón. Siempre han estado ahí. Simplemente nunca los habías notado antes. Y ahora tienes el síndrome del coche amarillo, los ves por todas partes.

Tomek suspiró y abrió la boca, pero las palabras no salieron. Pasó un rato antes de que tuviera algo más que decir.

—¿Recuerdas lo que dije el otro día? O son hospitales o son escuelas los que plastifican cosas. Escuelas, Tony. Escuelas...

—Sí, gracias, Tomek. —Le lanzó una mirada despectiva, como si Tomek acabara de recordarle que tenía que exhalar—. ¿Piensas que alguien en una escuela podría tener algo que ver con esto?

—Tal vez.

—Y alguien en una escuela con un niño pequeño, posiblemente de siete años, con un gran abrigo rojo...

—Y fácil acceso a plastificación. No olvides la plastificación.

Otro recordatorio para respirar. Otra mirada de desaprobación.

La vacilación de Tony entusiasmó a Tomek hasta el punto de que empezó a mostrarlo en su rostro.

—¿Eso es un sí?

Más dudas. Luego: —Lo pensaré. Tendrás mi respuesta al final del día.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

El distrito escolar del municipio de Southend-on-Sea estaba compuesto por cuarenta y dos escuelas primarias y veintidós secundarias. Sesenta y cuatro en total. Lo cual, como resultó, era un número mucho mayor de lo que Tomek había esperado. Y esa área solo llegaba hasta Leigh-on-Sea, sin cubrir Hadleigh, Benfleet, Canvey Island y más allá. Combinando esos números, estaban mirando un total de más de cien escuelas. Y necesitando al menos un miembro del departamento de investigación criminal o un oficial uniformado para cada escuela, se estimaba que les tomaría al menos un mes revisar cada una minuciosamente. Sin un punto de partida, sin una idea concreta de dónde podría haber estudiado la chica del abrigo rojo —si es que había estudiado en algún lugar—, todo había comenzado a parecer una mala idea.

Llevaban casi una semana en la ronda escolar, como se le llamaba, y todavía no estaban más cerca de encontrar a la chica. Tomek había visitado diez escuelas en los últimos cinco días, hablando con los directores, varios maestros con niños que asistían a la misma escuela (afortunadamente, este número era significativamente menor y no requería tanto trabajo), y luego dirigiéndose al resto de la escuela en asambleas separadas para advertirles sobre los peligros de los mensajes por internet. Como parte de la aprobación de la iniciativa por Nick, y la firma del presupuesto para ello, Tony había asegurado que eso fuera innegociable. Aparentemente, estaban haciendo algo bueno por la

comunidad. Aunque había sido su idea, Tomek comenzaba a pensar que lo único bueno que estaban haciendo era para las estadísticas de Nick. Tenía preguntas que responder, y si podía matar dos pájaros de un tiro, se aseguraría de hacerlo.

La siguiente en la lista de escuelas que Tomek debía visitar era la Primaria Kents Hill. Su antiguo territorio.

El edificio era mucho más pequeño de lo que recordaba, y el patio que una vez parecía vasto e interminable (a los once años) se veía confinado, con el perímetro vallado visible desde la entrada principal. Había pasado mucho tiempo desde su última visita. Durante muchos años había evitado conducir o caminar por delante. Sus recuerdos del lugar estaban empañados por lo que le había sucedido a su hermano. Al principio, cuando vio el nombre en la lista, había considerado intercambiarlo con alguien más. Pero decidió no hacerlo.

Habían pasado treinta años. Ya era hora.

Y siempre existía la posibilidad de recordar más sobre aquella noche. Más de lo que las pesadillas tenían que ofrecer.

Se dirigió al área de recepción. A su derecha estaba la recepcionista, una mujer que parecía negarse a abandonar los años setenta, apostada detrás de una ventana de cristal. Ella le sonrió y, después de escuchar por qué estaba allí, se mostró más que dispuesta a ayudar. Mientras llamaba a la directora, Tomek le dio la espalda y miró la pared de enfrente. Era un collage de fotos de clase. Docenas de niños posando en escalones, los más altos atrás, los más pequeños delante, con las mejillas rosadas y los ojos bien abiertos, mirando a la cámara. Inmunes e ingenuos ante las duras realidades de la vida que les esperaba. Tomek recordaba cuando le tomaron su foto. Estaba seguro de que la tenía en casa de sus padres en alguna parte. Había sido un día soleado, durante el verano, y todos vestían polos con el logo púrpura estampado en el pecho. A Tomek le dijeron que se pusiera atrás. Uno de los más altos del grupo. El punto focal de la foto. Sin embargo, en realidad, nadie había querido hablar con él, nadie lo había elegido para jugar al fútbol durante la hora del almuerzo, nadie se había arriesgado a conocerlo. En cambio, lo habían acosado y burlado de él.

Tomek examinó los rostros de los niños que avanzaban a través de los cursos. No reconoció a ninguno de los profesores. Bastante tonto, realmente, considerando que habían pasado treinta años y muchos de ellos para entonces estaban muertos o jubilados. El pensamiento lo entristeció por un momento. Pero no tardó en ser interrumpido.

En la entrada del salón de actos había una mujer de unos cuarenta años. La directora, supuso, por la forma en que vestía. Elegante, con las mangas de la chaqueta remangadas y calzando botas de tacón. Quizás demasiado formal y sofisticada para una escuela primaria, pero ya respetaba su nivel de profesionalidad. Podía intuir que esto sería conciso, rápido y directo al grano. Si sería productivo o no, estaba por verse.

Después de presentarse como Vanessa Parris, lo llevó a su oficina detrás del mostrador de recepción y le ofreció una taza de té. Tras negarse, Tomek se sentó en una silla horriblemente incómoda hecha de un tejido áspero y azul oscuro que le irritaba la piel cada vez que respiraba.

—Veo que las sillas no han cambiado desde la última vez que estuve aquí —dijo.

—Lo siento —respondió Vanessa—. Las únicas personas que suelen venir aquí son estudiantes. Les resultan mucho más cómodas que los asientos duros de plástico en los que tienen que sentarse en clase.

Vanessa hablaba con articulación, producto de una educación prestigiosa en algún lugar fuera del condado. Inmediatamente, por la forma en que se sentaba —erguida, pecho hacia fuera, hombros hacia atrás— se mostraba como una mujer orgullosa de su posición, que había trabajado tenazmente para conseguirla.

—¿En qué puedo ayudarle hoy, oficial?

Tomek explicó el motivo de su visita. Rebuscó en el bolsillo de su abrigo y produjo la foto de la chica del abrigo rojo. —¿Reconoce este abrigo? ¿Lo ha visto quizás en el patio, alguno de los niños usándolo cuando los recogen de la escuela?

Vanessa examinó la foto con la misma atención al detalle con la que sospechaba estudiaba a sus alumnos. Metódica, minuciosa.

—No me resulta familiar. Tampoco el cabello, desafortunadamente. Es decir, tenemos muchas niñas en esta escuela con este color de pelo. No es precisamente único.

Tomek era consciente de ello. Era la misma respuesta que había recibido de todos con quienes había hablado sobre el asunto.

—¿Y qué hay de profesores con hijos que asistan a la escuela? ¿Tiene alguno de esos?

Vanessa negó con la cabeza. —Todos se han ido ya.

—¿Los profesores o los niños?

—¿Importa?

Considerándolo todo, no importaba.

—Lamento preguntar... —comenzó ella con incomodidad—. Pero reconozco su nombre...

No terminó lo que iba a decir porque Tomek sabía que no podía. Era un tema difícil de abordar. Decidió echarle una mano.

—Sí. Soy yo. Bueno, no *yo*. Fue mi hermano quien murió. Yo solo fui quien lo encontró.

El rostro de Vanessa se tornó comprensivo, y le lanzó una mirada que había usado mil veces. Para consolar a niños angustiados y alterados. Para mostrar que entendía. Un rostro que exudaba empatía. Ya fuera falsa o real, no le importaba. Era la intención lo que ayudaba.

—No sé si está al tanto —continuó ella—, pero ¿lo ha visto recientemente?

—¿Ver qué?

Por favor, no digas su cuerpo. Por favor, no digas su cuerpo.

—Su banco.

—¿Qué dice?

—Tiene un banco en la escuela. Dedicado a él en su memoria. ¿No lo sabía?

Tomek quedó estupefacto. Sintió como si le hubieran extraído todo el oxígeno de los pulmones y no pudiera suministrar lo que necesitaba a su cerebro para pensar correctamente. Durante un largo rato se quedó allí sentado, mirando fijamente el cuello de la camisa de ella, ajeno a los gritos de los niños corriendo por el patio exterior.

Cuando finalmente volvió en sí, se dio cuenta de que tenía la boca abierta, y se había formado un charco de saliva junto a sus dientes.

—¿Le gustaría verlo?

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

Tomek apenas había apartado de su mente la imagen del banco cuando llegó a la siguiente escuela de su lista. Nunca había estado en esta, pero había oído hablar de ella. Southend High School for Girls. Como el nombre sugería, era un colegio femenino situado en el norte de Southend que comprendía una escuela primaria para niños hasta los once años, y una escuela secundaria para estudiantes de once años en adelante. Como Nick había insistido en proteger a los niños de Southend, había pasado las últimas dos horas hablando con grupos enteros de estudiantes sobre los peligros y las trampas de los mensajes en línea y las redes sociales. No tenía una elegante presentación de PowerPoint ni un guion que le ayudara, solo los pensamientos en su propia cabeza, influenciados por la formación que había tenido que recibir varios años atrás. Le había llevado tiempo dominar su propio discurso, pero cuando llegó a los estudiantes de once años, ya lo tenía controlado. El único problema era que a ellos no les podía importar menos. El grupo de edad al que principalmente se dirigía su charla sobre seguridad no tenía el más mínimo interés. Eran adolescentes arrogantes e ignorantes, y mientras miraba a través del salón, con casi cuatrocientos jóvenes de dieciséis años, excitados y hambrientos, devolviéndole la mirada, se sintió agradecido de que solo tuviera que hacer esto por un corto tiempo. No podía imaginar soportarlo a diario. No como lo hacían algunos de los oradores profesionales. La actitud, la adicción constante a sus teléfonos

móviles; podía ver cómo algunas de sus caras se iluminaban con un tono blanco-azulado de vez en cuando mientras mensajeaban no tan sutilmente a sus amigos con el móvil sobre el regazo.

—Estoy seguro de que algunos de ustedes habrán visto recientemente en las noticias —comenzó—, que un asesino anda por ahí matando a exdelincuentes sexuales que han sido acusados criminalmente de violación y pedofilia. Lo que quería discutir con ustedes hoy son los peligros de hablar con personas que no conocen en internet.

Tomek decidió desde el principio que eran lo suficientemente mayores para escuchar la verdad. Podían ser ignorantes, sí, pero no eran estúpidos. Verían a través de cualquier protección excesiva, y si quería ganarse su respeto, tendría que ser abierto y honesto con ellos sobre las realidades de lo que podría suceder si no tenían cuidado.

—Ambas víctimas fueron condenadas por acoso en línea y por mantener relaciones sexuales con menores, y en los eventos previos a sus muertes, creemos que enviaron mensajes a una joven en internet y tenían previsto reunirse con ella. —Era un momento como este en el que deseaba tener una presentación de PowerPoint detrás de él, para poder hacer clic en un botón y mostrar una imagen de la chica con el abrigo rojo. Seguida de imágenes más perturbadoras tomadas en las escenas del crimen de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw—. Estos hombres no están solos en sus acciones. Hay docenas más ahí fuera buscando encontrar a chicos y chicas más jóvenes en internet y enviarles mensajes, con la esperanza de eventualmente conocerlos. Pueden parecer divertidos, inofensivos y amigables, pero no lo son. Sus métodos son halagar y engañar. Tal vez estén pasando por un momento difícil con su novio o novia, o quizás hayan tenido una discusión con sus padres y necesiten alguien con quien hablar. Al principio, ellos aparentarán ser sus amigos. Pero luego, cuando empiecen a sentirse más cómodos hablando con ellos, y ellos noten que ustedes están siendo más abiertos, es cuando comenzarán a pedir cosas. Al principio pueden ser algunas fotos suyas. Luego podría progresar a videos. Hasta que finalmente termine con ustedes encontrándose con ellos y quedando

expuestos a la posibilidad de ser violados. A estos hombres no les importa quiénes son ustedes o qué hacen. Solo quieren una cosa.

Tomek levantó el dedo en el aire para resaltar su punto. Se había desviado ligeramente, pero lo había considerado necesario. Los jóvenes necesitaban saberlo.

—Si alguien se pone en contacto con ustedes, la mejor manera de manejarlo es decírselo a sus padres, tutores, o incluso a sus profesores. Ellos podrán ayudarles a hacer lo correcto. Si es necesario, se notificará a la policía, y nosotros podemos encargarnos a partir de ahí. Pero la única forma en que nos enteramos de estas cosas es si ustedes nos lo dicen.

El salón de actos quedó en silencio. El roce de traseros en los asientos y los pies impacientes golpeando el suelo se detuvieron. No podía decir si los había impactado o aburrido. Lo único que importaba era que lo habían escuchado.

Al menos eso pensaba.

—Mi padre dice que quien esté cometiendo estos asesinatos no merece ser atrapado —dijo una de las caritas inmaduras desde la multitud sin levantar la mano.

Tomek buscó a la dueña de la voz, pero no pudo encontrarla. —Su padre es un hombre estúpido si piensa eso —dijo Tomek. Luego se dirigió al resto de la sala—. Y si alguien conoce a cualquier otra persona que diga algo similar, también es estúpida. Matar a otra persona sin sentido no es forma de obtener venganza o justicia. Para eso estamos nosotros y el sistema judicial.

Una mano se alzó en el aire. Tomek la señaló, sintiendo como si estuviera participando en un episodio de *Question Time*. Aunque esperaba no ser atacado como algunos de los miembros del panel que había visto derrumbarse en ese programa.

—¿Cómo es que no han encontrado todavía a la persona que lo hizo? —preguntó la voz.

—Nuestras investigaciones están en curso —respondió Tomek—. Una investigación de asesinato es un proceso largo y minucioso.

—Mi padre dice que están retrasando todo para que maten a más gente, así ustedes no tienen que hacer nada.

Cristo en bicicleta, pensó Tomek. *¿El padre de todo el mundo tiene algo que decir?*

—Me temo que su padre no sabe de lo que está hablando. Ahora, ¿alguien tiene alguna pregunta sobre lo que he explicado?

Una oleada de manos se alzó. Tomek era reticente a elegir cualquiera de ellas, no fuera a ser que hicieran otro comentario estúpido. Se arriesgó y eligió a una chica de la primera fila. Era la primera vez que podía ver a una de las personas con las que estaba hablando. Su uniforme era un desastre: la corbata demasiado corta, la falda demasiado alta, los botones superiores desabrochados, y su maquillaje estaba demasiado cargado.

—¿Sí? —le dijo.

—¿Cómo se comunican estas personas?

—Buena pregunta. Hay varias formas en que los depredadores sexuales pueden comunicarse con ustedes en línea. Pero predominantemente eligen hacerlo a través de las redes sociales.

—¿Así que cosas como TikTok, Facebook, Instagram, Snapchat, Twitter?

—Sí, es correcto.

—¿Usted está en alguna de ellas, señor?

—¡Dios mío, Elizabeth, no puedes preguntar eso! —dijo una de las chicas sentadas junto a ella.

—Señorita Wheeler, es suficiente —intervino un profesor desde las sombras en la parte trasera del salón.

—No, no. Está bien —dijo Tomek, calmando el salón de actos con unos cuantos movimientos de la mano antes de que las cosas se salieran de control—. No —continuó—. No estoy en ninguna de las plataformas de redes sociales.

Estaba listo para pasar a la siguiente pregunta cuando ella continuó: —Es una lástima. Podría haberse metido en mis mensajes directos, señor, y no se lo habría dicho a nadie. Podría haber sido nuestro pequeño secreto.

—Muy bien, Elizabeth, es suficiente, vamos, sal de aquí.

Antes de que la chica se pusiera de pie, Tomek decidió que él mismo también había tenido suficiente, y abandonó el escenario entre vítores y gritos.

Malditos adolescentes.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

—¿Cómo ha ido?

—Tan bien como esperaba, para ser honesto. Y eso no es decir mucho.

La directora Miranda Hartwell frunció los labios mientras escuchaba, como si estuviera posando para una sesión fotográfica. Él la situó en un rango de edad similar al suyo y pensó que se veía bien para su edad. Pulcra, correcta y quizás un poco estirada. —Lamento que las chicas no hayan podido serle de más utilidad, detective. Y lamento lo de Elizabeth. Déjenos hablar un poco con ella. No es habitual que se comporten así. Debo admitir que me pregunté cómo reaccionarían ante un hombre como usted frente a ellas.

¿Un hombre como él? ¿Estaba coqueteando con él? Desde que su relación con Katie había comenzado a desarrollarse, había prestado poca o ninguna atención al espectro más amplio del sexo opuesto. Se había vuelto miope, con Katie como punto focal y sus periferias oscurecidas.

—Independientemente de quién viniera a hablar con ellas —dijo, esperando restar importancia a sus avances—, deberían prestar atención. Es importante que aprendan lo que está bien y lo que está mal.

—Ni que lo diga —respondió ella—. Siempre estoy regañando a mi hija por pasar demasiado tiempo en el iPad. Es mi culpa, lo sé.

Pero es tan... *fácil* dárselo y seguir con lo mío. Ella está contenta, yo estoy contenta. Y finalmente puedo hacer mi trabajo.

La siguiente pregunta de Tomek llevaba ardiendo dentro de él desde su primera frase. —¿Tiene una hija?

—Sí. Soy madre soltera. —Ya fuera inconscientemente o (como Tomek suponía que era el caso) a propósito, Miranda se acarició el dedo anular, y miró el de Tomek en la misma mano—. Lo he sido desde que ella era un bebé. Su padre no quiso formar parte de su vida y yo estuve feliz de dejarlo marcharse.

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Siete. Cumplirá ocho en un par de semanas. Nació en enero. Capricornio. Es muy independiente...

—Excepto por el iPad.

Miranda dejó escapar una pequeña risa. —Sí. Excepto por el iPad.

Las ideas de Tomek se estaban desbocando, y no quería revelar lo que pasaba por su mente. Así que en vez de eso, examinó la habitación, buscando una foto de la niña. Era la primera vez que hablaba con una profesora o directora que tuviera una hija de la misma edad que la niña del abrigo rojo. Pero Miranda parecía empeñada en asegurarse de que no existiera. No había fotos, ni dibujos hechos a mano ni recuerdos que su hija le hubiera entregado. Nada que sugiriera que incluso tuviera un hogar al que regresar. No era inusual, pero Tomek había esperado más de una madre soltera.

O quizás era precisamente eso. Quizás era la completa ausencia de efectos personales lo que hacía sonar las alarmas. El asesino había usado a una niña como cebo en los asesinatos. Y él se había preguntado repetidamente, ¿qué tipo de madre haría eso? ¿Qué tipo de padre? ¿Qué tipo de progenitor?

¿El tipo que descuidaba a su hija y la dejaba jugar con el iPad en lugar de crear vínculos con ella?

Tomek pensó que era un poco exagerado. Pero cualquier posibilidad valía la pena investigarla si eso significaba detener a un asesino perturbado y macabro de añadir más víctimas a la lista.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle hoy, detective?

El silencio de Tomek la había asustado. En cuestión de fracciones de segundo, se había vuelto taciturna, tensa, y ya estaba echándolo de la habitación.

—¿Su hija asiste a esta escuela? —preguntó él, todavía pretendiendo mantener una conversación cordial.

—No. La tengo en otra escuela. Chalkwell Hall. No muy lejos de aquí.

No estaba en la lista de Tomek, pero lo anotó de todos modos.

—¿Algo más?

Había tocado un nervio, y ella realmente quería deshacerse de él. En la prensa y en internet, había empezado a ver quejas de los guerreros del teclado de que la policía estaba protegiendo a uno de los suyos. Alguien sospechoso de ser un violador o un pedófilo. Y así, al no perseguir al asesino, estaban permitiendo que la manzana podrida dentro del servicio escapara o se escondiera. El argumento era una completa estupidez, pero él sabía cuán extenso y convincente podía ser en línea el discurso de unos pocos. Y aquí estaba él, un hombre adulto haciendo preguntas sobre su hija de siete años.

—¿Reconoce a la niña de esta foto?

Tomek sacó la foto de la niña del abrigo rojo de su bolsillo y la sostuvo frente al rostro de Miranda. Ella estudió la imagen durante un rato, considerándola cuidadosamente. Más tiempo que todas las demás personas a las que les había mostrado la foto. O bien estaba tratando de ocultar un destello de reconocimiento en sus ojos o estaba tratando de comparar las características con los varios cientos de niños de edad similar que veía a diario. Tomek no podía distinguir cuál de las dos.

—No —respondió ella—. No puedo decir que la reconozca. ¿Tiene una imagen de su rostro?

—Lamentablemente, no...

Ella frunció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado. —Entonces, no, me temo. No... no creo que pueda serle de mucha ayuda.

Tomek retiró la imagen y la volvió a guardar en su bolsillo. —Perfecto. Gracias por su tiempo. Me pondré en contacto si la

necesitamos.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Ninguna noticia era buena noticia, como dice el refrán. Excepto cuando te encuentras en medio de una investigación de doble asesinato. En esos casos particulares (y afortunadamente bastante infrecuentes), ninguna noticia era mala noticia.

Ninguna noticia significaba que la investigación se estaba estancando. Llegando a una muerte rápida e inflexible. Como una roca rodando montaña abajo que no podía ser detenida, y todos los miembros del equipo estaban parados al pie, boquiabiertos, clavados al suelo. Esperando que llegara el inevitable ataque de depresión y fatiga. Lo que se necesitaba era un par de ojos nuevos, una mirada fresca a cómo iban las cosas. Pero lamentablemente para la Policía de Essex, eso no era posible. Todos los demás oficiales de la CID de Chelmsford y más allá estaban ya sobrecargados, y el apoyo que podían enviar era menos que útil.

El ambiente en la sala de incidentes la mañana después de la reunión de Tomek con la directora Miranda Hartwell era sombrío. Tomek casi podía ver los rostros de sus colegas reflejados en la roca mientras daba volteretas montaña abajo. No había rastro de sonrisas, ni indicio de buenas ideas por lo que podía ver. Mientras que Tomek, por otro lado, tenía todas las razones para estar feliz, para estar emocionado.

—Creo que empezaré —comenzó, al iniciar la reunión matutina—. Todos parecéis como si hubierais visto a vuestro padre afeitándose el

trasero con una pierna apoyada en la bañera. Aullando a la luna. Nadie necesita ver eso. Ni siquiera Tony.

Eso provocó una ligera risa en la sala, incluido Tony, quien simplemente puso los ojos en blanco y permitió que Tomek continuara. Público difícil esta mañana.

—En primer lugar, quiero agradeceros a todos vuestros esfuerzos por hablar con las escuelas y los profesores. Sé que fue mucho trabajo, pero creo que podríamos haberle sacado alguna utilidad.

—Lo que significa que *tú* obviamente lo has hecho —dijo Rachel —. ¿Por qué no nos dices qué es?

Tomek hizo una pausa por un momento. Un poco en shock. Nunca había recibido una respuesta tan cortante de ella. Algo pasaba.

—Una de las directoras con las que hablé tiene una hija de edad similar a nuestra chica del abrigo rojo. No pude identificarla ni compararla con la foto, pero sé a qué escuela asiste. Chalkwell Hall. —Tomek recorrió la sala con la mirada—. ¿Quién se encargó de esa?

Nadie levantó la mano ni dijo nada.

—¿Alguien? ¿Alguien? ¿Bueller? ¿Bueller?

Su imitación de *Ferris Bueller's Day Off* era mediocre en el mejor de los casos, pero tuvo el mismo efecto que en la película. Aun así, nadie respondió.

—Muy bien, entonces permítanme reformular: ¿quién *debía* ir a la escuela?

Esta vez, se alzó una pequeña mano. La del miembro más pequeño del equipo.

—Señor Pepper —dijo Tomek—. Ya veo. ¿Y por qué no lo hiciste?

—Estaba ocupado, señor.

—Si quieres que empecemos a llamarte Porsche Chey-enne, entonces vas a tener que esforzarte un poco más, colega. Porque ahora mismo podrías estar buscando un Chey-mbio de carrera. — Tomek suspiró y colocó las manos en sus caderas. Se negaba a creer que se estaba volviendo cada vez más como Nasty Nick conforme pasaban los meses—. ¿Qué estabas haciendo en su lugar?

Chey tragó saliva antes de responder. —Encontramos el coche de Timothy Rosenthal, señor.

—¿Cuándo?

—El otro día. He estado investigando eso.

Tomek dirigió su atención a Tony. —¿Cómo es que nadie me lo dijo?

Tony, sentado con las piernas cruzadas, las descruzó y se puso de pie. —Porque Chey vino a mí con eso. Tú no estabas aquí, así que yo lo manejé. Eso es todo.

A pesar de todo su progreso, avanzando uno o dos pasos, Tomek sentía como si acabara de retroceder diez. Era solo un inconveniente menor, pero Chey, como detective agente, era responsable de informar a Tomek. Y cuando pasaba por encima de su cabeza, no lo apreciaba.

—¿Qué hay de nuevo sobre el coche? —preguntó Tony, apropiándose de la conversación.

—Nada, señor. Estaba muy quemado, y no se encontró absolutamente ninguna evidencia de ADN en la escena. SOCO ha examinado cada centímetro, pero no pueden encontrar ninguna prueba sobre quién lo ha estado conduciendo todo este tiempo.

—¿Cuánto tiempo ha estado allí?

—Sospechamos que un tiempo. Un par de semanas, por lo menos. Desde entonces ha llovido, ha hecho viento, niebla. Incluso un par de zorros y pájaros han defecado en él. Recoger cualquier tipo de evidencia iba a ser siempre complicado.

—¿Qué hay de las matrículas? —preguntó Tomek.

—Falsas. Las cambiaron en algún momento después de la muerte de Timothy. He intentado encontrarlas en ANPR y CCTV, pero no aparecen. Es como si fueran un fantasma.

—¿Dónde lo encontraron?

—En medio de un polígono industrial en Tilbury.

—¿Donde cientos de personas trabajan todos los días, pasando junto a él?

Chey se encogió de hombros. —Es Tilbury, señor. Alguien podría estar apuñalándole en el pecho y usted seguiría haciendo la vista gorda.

Chey tenía razón, pero eso no significaba que fuera el final de la conversación. O el final de *su* investigación.

—Entonces alguien debe haberlo dejado allí, quemarlo, y luego ¿qué? ¿Frotar su lámpara mágica y desaparecer a casa?

La cara de Chey se contorsionó con confusión.

—Estoy preguntando cómo salieron del polígono industrial y volvieron a cualquier agujero donde vivan sin que nadie los viera.

—No estoy seguro, señor. No hay cámaras en el polígono.

Tomek puso los ojos en blanco y suspiró para sus adentros. Puto Tilbury. Defraudando al equipo, otra vez.

—¿Qué hay del arma homicida? —preguntó, esperanzado, aunque sabía que era inútil a juzgar por cómo había ido la conversación hasta ahora—. ¿Se encontró algo en la escena?

Chey negó con la cabeza y le dijo a Tomek todo lo que necesitaba saber. No podía negarlo, estaba decepcionado con el joven. En lugar de regañarlo, como Nick habría hecho con él, Tomek decidió romper con la tendencia y darle una oportunidad de redimirse.

—Ve a Chalkwell Hall y averigua lo que puedas sobre la hija de Miranda Hartwell —dijo—. Mira qué tienen que decir sus profesores sobre ella. Lo más probable es que la chica del abrigo rojo sea tímida y apocada con sus compañeros, pero acostumbrada a estar con adultos.

—Sí, señor.

—De hecho, iré contigo. Para vigilarte.

A partir de ese momento, Tony se hizo cargo de la discusión y dirigió su atención a Jimmy Hunter. Todavía no había noticias sobre la ubicación del evasivo hombre, ya que no podían descubrir su nombre original. Pero se estaban acercando. Tony podía sentirlo. Era demasiado pronto para que revelaran el nombre de su principal sospechoso a los medios o lo publicaran en línea. Necesitaban esperar hasta estar absolutamente seguros.

Después de que concluyera la reunión, Tomek se apresuró hacia la cocina en busca de la tetera, donde encontró a Rachel ya rondando por allí.

—¿No podrías hacerme uno a mí también? —preguntó cortésmente.

—Claro.

Todavía la misma respuesta fría y corta que le había dado antes.

—¿Todo bien?

Rachel se volvió para mirarlo. Su ceño estaba fruncido, y el color se había desvanecido de sus mejillas. Parecía más enferma que frustrada.

—¿Siempre va a ser así? —preguntó lentamente.

—No... Soy capaz de hacerme mi propio café.

—No me refería a eso. Me refería a... la investigación. Es tan... lenta. Nos está llevando demasiado tiempo llegar a alguna parte. No tenemos pistas, no tenemos idea de a quién estamos buscando.

—Tony parece creer que estamos tras Jimmy Hunter —dijo Tomek.

—Tiene una erección por el tipo equivocado. Yo lo sé, tú lo sabes.

—Creo que viene de arriba. Ya sabes lo que dicen, la mierda rueda cuesta abajo.

—Y también el dinero y un unicornio cuando se les empuja lo suficiente, pero no estoy viendo ninguno de los dos en este momento.

Tomek no sabía qué decirle; definitivamente no podía decirle lo que ella quería oír, porque no sabía qué era. —¿Recuerdas cuando te incorporaste y te dije que las cosas funcionan un poco más lento aquí?

—Pensé que te referías a un coche de carreras en lugar de Fórmula 1. No a un ritmo glacial. Esperaría esto de algún lugar del norte, donde solo pasan el tiempo peleando contra ovejas y vacas.

—Hacemos lo mismo aquí —dijo él—. Se llaman los habitantes de Essex. Tienen el mismo temperamento y terquedad que las ovejas, y algunos de ellos pueden ser completamente vacas.

Ella sonrió. Por primera vez hoy, sonrió.

—No bromees —dijo—. Es solo frustrante.

—Lo entiendo. También lo es para mí. Lo es para todos nosotros. Solo estamos más acostumbrados que tú.

—Me preocupa una tercera víctima —continuó, bajando la voz.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino ha estado callado. Creo que o bien se ha escondido o está preparándose para el próximo asesinato. Ha pasado

demasiado tiempo desde la última vez que mató a alguien.

—Tal vez lo hemos espantado. En cuanto escucharon que estábamos consiguiendo que uno de los mejores de Londres se involucrara, huyeron.

—*Lo Mejor de Tesco*, más bien.

Sin querer parecer condescendiente, Tomek le dijo que estaba haciendo un buen trabajo y que necesitaba perseverar. Las respuestas estaban ahí fuera, solo necesitaban encontrarlas.

Afortunadamente para Tomek, nada de lo que ella pudiera decir, ni su pesimismo, podría borrar la sonrisa de su rostro.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Dos horas más tarde estaban sentados en el despacho de Harvey Prince. El director de la Escuela Primaria Chalkwell Hall era un hombre delgado con una nuez de Adán del tamaño del puño de Tomek. Pelos nasales brotaban de sus fosas como pequeños murciélagos, y sus dientes tenían un tinte amarillento, ya fuera por una vida de fumador o por caramelos de limón. De todos los directores que Tomek había visto, sin duda parecía el menos profesional, el menos cualificado para desempeñar el cargo. Pero él no era quién para juzgar. Por lo que Tomek sabía, las credenciales de Harvey podrían haber sido mejores que las de todos los demás directores juntos.

Había algo vagamente familiar en Harvey Prince. El mechón de cabello que delataba su calvicie. La fina barba incipiente, irregular por un lado y completa por el otro. Las mejillas hundidas y la mandíbula angulosa. Sin embargo, Tomek no lograba ubicarlo.

Y, sin embargo, Harvey también lo había notado; cuando se conocieron, los ojos de Harvey se habían abierto de par en par, casi hasta el punto del miedo. Ciertamente, era poco común ver a un policía en una escuela primaria, pero había algo más. Algo oculto tras las cortinas de sus ojos.

Chey se había visto obligado a intervenir y presentarse antes de que las cosas se volvieran incómodas. Ahora se encontraban en su despacho, esperando a que la asistente de Harvey trajera una bandeja con té. Ella llegó momentos después.

Harvey le dio las gracias y esperó hasta que saliera de la habitación antes de comenzar.

—Debo decir que esto es bastante inusual —su voz tomó a Tomek por sorpresa. Era sorprendentemente profunda, y hablaba con mucha educación. Demasiado educado para haber crecido y vivido en Essex. Por mucho que uno lo intentara, siempre había algún desliz, alguna regresión a las formas habituales de hablar.

—Esperamos que pueda ayudarnos con nuestras investigaciones —dijo Chey.

—Por supuesto. Haré lo que pueda para ayudar.

—¿De dónde es usted? —interrumpió Tomek. Había planeado permitir que Chey discutiera las partes importantes. Pero primero necesitaba aclarar sus propias dudas.

—Nací aquí pero me mudé a Kent cuando tenía quince años —respondió Harvey.

—Así que viene de cruzar el agua. Valiente al regresar aquí.

Harvey se rió y bajó la cabeza.

—No hay nada especial en ello, realmente. Las casas son más baratas y había más trabajos disponibles.

—A veces hay que seguir el dinero —dijo Tomek secamente.

—Tristemente, sí.

Chey rápidamente los volvió a encaminar. Mientras explicaba el motivo de su visita, Tomek observaba la reacción de Harvey. El rostro del hombre permanecía perfectamente inmóvil mientras absorbía las palabras. Sin revelar nada. De vez en cuando sus ojos revoloteaban hacia Tomek, y se detenían allí un momento antes de volver a Chey.

—Puedo asegurarles que nunca he notado nada inapropiado sobre Diana —dijo Harvey, una vez que Chey había terminado—. Claro, a veces parece un poco tímida y reservada, más tímida en comparación con algunos de los otros niños, pero no puedo pensar en ningún comportamiento inusual o sospechoso. Desde que comenzaron estos asesinatos, hemos hablado con los alumnos y les hemos recordado que no hablen con extraños ni se suban a vehículos de desconocidos. Es una lástima que tengamos que recordarles esto en la sociedad actual. Si ven algo extraño o algo

que les asuste, les pedimos que vengan a buscarnos inmediatamente.

Tomek pensaba que era difícil para los niños menores de siete años saber la diferencia entre lo que era extraño y lo que era potencialmente peligroso. Pero, ¿qué sabía él? También le parecía terrible que el riesgo de secuestro y daño al volver a casa desde la escuela continuara existiendo hoy en día. Pero, por otro lado, los niños de América se veían obligados a practicar cómo escapar de las balas en los pasillos de las escuelas todo el tiempo. Así que, ¿quién estaba realmente ganando?

—¿Ha hablado alguna vez con los padres de Diana, señor Prince?

—Solo con su madre. El padre está fuera del panorama, creo. Miranda y yo nos reunimos regularmente con otros directores de la zona para discutir presupuestos, regulaciones, consejos.

—¿Tienen incluso su propio grupito de WhatsApp y todo? —la entonación de Chey inyectó un tono más ligero a la conversación, esperando poner a Harvey a gusto.

—Dios mío, tantos. Hoy en día todo el mundo necesita un grupo de WhatsApp para todo. A veces pierdo la cuenta.

—Todos lo hacemos —Chey tomó un pequeño sorbo de té, pero se tomó su tiempo—. Entonces, ¿diría que es bastante cercano a Miranda?

Apretando la tuerca. Tomek aprobaba.

—Bueno, sí, nos llevamos bien. Pero eso no significa que estemos involucrados ni nada por el estilo.

—No, por supuesto que no. Pero ¿ella confía en usted? ¿Y su hija confía en usted?

—¿A qué quiere llegar?

—Solo estamos tratando de encontrar a un asesino, señor. La persona detrás de los asesinatos de Timothy y Gary utilizó a una niña pequeña como cebo para atraer a las víctimas hacia sus muertes. ¿Le dicen algo esos nombres?

—No.

—No le he dicho sus nombres completos... —dijo Chey.

Más vueltas. Apretando ahora. Pero si apretaba demasiado, el marco de madera podría astillarse.

—Reconozco los nombres por la televisión. Eso es todo. No los conozco personalmente.

—¿Y estaría dispuesto a dejarlo por escrito?

La espalda de Harvey se tensó.

—Por supuesto. Nunca he tenido nada que ver con esos dos hombres. Ni con el asesino.

Chey asintió pensativamente. Tomek estaba impresionado.

—Por último —dijo con un toque de emoción como si el pensamiento acabara de ocurrírsele—, usted mencionó que había hablado con los alumnos sobre cualquier cosa sospechosa... ¿alguien ha planteado realmente algo con usted?

Harvey negó con la cabeza.

—Nada que haya llegado a nada. Hemos tenido un par de consultas de algunos padres sobre Abdul.

—¿Abdul?

—Sí. Dirige el club extraescolar local. Para niños cuyos padres trabajan hasta tarde y no pueden recogerlos inmediatamente después de la escuela.

—De ahí el nombre.

—Exactamente.

—¿Y Diana asiste a este club extraescolar?

Harvey asintió.

—Casi todos los días. Como su madre es directora de otra escuela, le resulta difícil terminar a tiempo. Yo mismo tengo el mismo problema. La lucha es real, como dicen los jóvenes hoy en día.

Pero no los niños de tu escuela, pensó Tomek. *Son demasiado jóvenes para conocer las dificultades de nada.*

Antes de irse, Tomek y Chey agradecieron al hombre por su tiempo, le dijeron que se mantendrían en contacto, y tomaron nota de los datos del club extraescolar de Abdul. Afuera, los pájaros cantaban su coro vespertino, y a lo lejos, entre el cielo anaranjado y rosado, un avión volaba por encima. No había nubes, y todo estaba quieto, silencioso.

Iba a ser una noche agradable.

—Entonces —dijo Tomek cuando llegaron al coche—. ¿Qué piensas?

—Creo que si no hubiera dejado de desnudarte con la mirada, quizás me habría visto obligado a unirme. Me hizo sentir un poco excluido.

Tomek sonrió con suficiencia.

—Tal vez sea por mi atractivo áspero y mi encanto irresistible.

—No, es porque tienes cuarenta años y tu cara de niño te hace parecer diez años más joven. Y el tinte de barba...

—¿Algo más?

—¿Quieres que te siga haciendo la pelota?

—No. Me refería al señor Prince.

—Aparte del hecho de que creo que le estaba dando una o dos a esa mujer Miranda, no creo que sea el asesino, no. Sin embargo, creo que nuestro caballero de brillante armadura del club extraescolar podría saber una o dos cosas más.

Tomek estuvo de acuerdo.

—Venga, dime —continuó Chey mientras salía del aparcamiento de la escuela—. ¿Qué tal lo he hecho? ¿Me he redimido?

Le lanzó a Tomek una sonrisa pícara. Una que le recordaba a las que él mismo había usado para salir de problemas en el pasado.

—No ha estado mal —dijo, con timidez—. Un poco desordenado con tu línea de preguntas, pero creo que eso jugó a tu favor esta vez. Creo que probablemente obtendrías un aprobado en tu boletín de notas. Todavía hay margen de mejora.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

El aroma del pollo tikka masala y el arroz pilaf se extendía por toda la sala. Despertó los sentidos de Tomek y le hizo rugir el estómago. Katie estaba en la cocina, preparando la comida precocinada, ya que ambos estaban demasiado perezosos para cocinar. En el sofá junto a él estaba su bolsa de viaje. Todo lo que necesitaba para su estancia en el Hotel Bowen. Aunque rápidamente se estaba convirtiendo en Casa Bowen. Y pronto, se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de rendirse y entregarle una llave. Ese era un pensamiento para otro momento. Ahora mismo estaba dándole vueltas a los acontecimientos del día. Contemplando, procesando. A menudo descubría que mirar fijamente esos programas basura de telerrealidad que parecían cubrir los canales de televisión como la clamidia en estos días, le ayudaba a hacerlo. Le adormecían el cerebro y le permitían desconectar y concentrarse en lo importante. Sin mencionar que también los ponía por Katie. Ella era una ávida fan de programas como *Made in Chelsea* y, aunque odiaba reconocer su existencia, *The Only Way Is Essex*. El programa había puesto, bastante desafortunadamente, a Essex en el mapa. Y no por las razones correctas. Pintaba un retrato lamentable de Essex, lleno de cabezas huecas sin sustancia que sonaban como si sus cuerdas vocales hubieran sido ajustadas al cincuenta por ciento, y cuya única preocupación en la vida era verse bien, tener el pelo perfecto y asegurarse de no consumir carbohidratos antes de volar a

Marbella. Lo llamaban "sin carbos antes de Marbs". Y cada vez que lo escuchaba, le entraban ganas de pegarse un tiro.

No, ni siquiera eso sería una escapatoria lo suficientemente rápida de los dientes cegadores y los pechos de plástico que constantemente veía en la pantalla. Tendría que encontrar una forma más instantánea de extinguirse. Tal vez un cambio de identidad. Cada vez que le decía a alguien que era de Essex, inmediatamente asumían que vivía en Brentwood, la ubicación del programa, y que se estaba acostando con el elenco. Que los conocía mejor de lo que se conocía a sí mismo.

Pensándolo mejor, la pistola parecía una buena idea.

Antes de que pudiera volver a concentrarse en los pensamientos de su cabeza, Katie llegó con su plato de comida.

—Oh, qué maravilla —le dijo—. Gracias.

—Pronto ganaré mi estrella Michelin.

—Sí, he oído que las están regalando baratas últimamente. Pon el horno a ciento ochenta, programa un temporizador para treinta minutos, y ya tienes un premio.

Katie le dio una palmada juguetona en el brazo, y juntos se pusieron a cenar en el sofá. Afortunadamente, pasaron ese tiempo hablando de su día. El de Katie había sido tranquilo. Sin cambios respecto a lo normal. Un par de clientes aquí y allá. Algunos que solo hacían perder el tiempo, mientras que una clienta tenía suficiente como para hacer un conjunto nuevo para cada día de la semana.

—Se notaba que tenía dinero —continuó Katie—. Y el niño parecía un auténtico desastre. Tenía barro por toda la cara, las manos y los puños.

—Supongo que a algunos niños les gusta jugar en la tierra —Tomek se metió en la boca una cucharada de arroz—. Hablando de niños... me pasó la cosa más extraña ayer.

—¿Ah, sí?

—Una adolescente me tiró los tejos.

Katie estalló en carcajadas, casi escupiendo la comida y rociándola sobre la alfombra. Le golpeó en el brazo mientras luchaba por contenerse.

—No te hagas ilusiones, Tom.

—¿Qué? Realmente ocurrió.

—Claro que sí.

—¡Es verdad! Una chica llamada Elizabeth me preguntó si estaba en redes sociales y dijo que podría haberme *colado en sus DMs*, sea lo que sea que signifique eso.

—Mensajes directos, abuelo.

—Sí. Bueno, ahí lo tienes.

—¿Así que te gustan más jóvenes, eh? —preguntó juguetonamente.

—Compórtate. Ya he puesto a todos en riesgo de acabar en el registro con la cantidad de colegios a los que han tenido que ir. Yo incluido.

Katie terminó de limpiarse los labios de comida y le dio un codazo en la pierna.

—Eso es lo que quería contarte.

—¿Que eres pedófila?

—Vete a la mierda —Puso los ojos en blanco y dejó el plato en la mesa de cristal frente a ellos—. Quería decirte que hoy vino otro tipo. Buscando uniformes escolares. Dijo que era para su hija.

—Vale...

—Bueno, pensé que debía decírtelo. Ya sabes, después de la última vez.

—¿Qué edad tenía?

Se encogió de hombros.

—No sé. Quizás treinta y tantos.

—No es totalmente increíble —respondió Tomek.

—Lo sé, pero actuaba de forma extraña. Estaba... sonriendo por todo. Fue super raro. Me hizo sentir un poco incómoda.

—¿Tienes alguna foto de él? ¿Algún CCTV?

Sus ojos se abrieron mientras asentía violentamente. Se levantó del sofá sin previo aviso, corrió a la cocina a por su teléfono y regresó con la imagen ya en la pantalla. Si hubiera sido Tomek mostrándole algo, todavía estaría en la pantalla de bloqueo. Le pasó el dispositivo y Tomek inspeccionó la imagen con cuidado. Con cautela.

La comprensión fue inmediata. El miedo y el temor llegaron momentos después.

Mirándolo fijamente, sonriendo como un niño en una tienda de juguetes, estaba Jimmy Hunter.

CAPÍTULO
CUARENTA

Corro y corro. La escuela. La tienda. Los niños. Las bicicletas. Todo está ahí. Pero no con claridad. En su lugar, todo está borroso, granulado, como si alguien lo hubiera difuminado con un pincel fino. Pero esta vez no me importa porque algo se siente diferente. Yo *me siento diferente. Como si pudiera escuchar la sangre burbujeando alrededor de mis oídos, la respiración atravesando mis dientes, estallando en el aire libre, convirtiéndose en vapor de agua justo frente a mí.*

Siento cosas que nunca antes había sentido. Todo esto es nuevo para mí. Así que corro y corro y corro.

Hasta que llego al patio de recreo.

Escucho todos los sonidos.

Los golpes, el llanto, los gemidos, los murmullos entre dientes, las carcajadas mientras le quitan la vida a patadas a mi hermano. Lo escucho todo. En 4K.

Nada puede detenerme esta vez. En cuanto los veo, cargo contra ellos. No me detectan hasta que estoy a unos diez metros, como un tigre lanzándose sobre su presa en plena noche. Cuando me ven, ya es demasiado tarde. He visto sus caras. Nathan Burrows. El de la derecha. Vestido con una cazadora azul acolchada, pantalones de chándal y zapatos blancos brillantes. Es el más visible, y el más estúpido porque fue el primero en ser atrapado.

Pero el otro... él está ahí. En toda su gloria borrosa. Más alto que el primero. Rubio. Vestido completamente de negro. Abrigo,

pantalones, zapatos. Incluso guantes.

No hay duda de que ahora son dos. Durante demasiado tiempo me he estado juzgando, cuestionando mi memoria. Durante demasiado tiempo he escuchado lo que la policía me dijo. Querían que solo hubiera una persona, porque eso era lo que demostraban las pruebas y eran demasiado perezosos para buscar al segundo.

Pero he sabido durante tanto tiempo, en el fondo, que había otro.

Y ahora lo tengo.

—¡Charlie!

Un nombre para acompañarlo. Débil, como un eco.

Nathan llama a su amigo mientras lo persigue. —¡Espera!

Cuando llego al cuerpo de Michał, noto cosas nuevas. Cosas horribles. Como el alambre que le han metido en las orejas y por las fosas nasales. Pero no me importan.

Lo único que me importa es la cara.

Y el nombre.

Charlie.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

Tomek subió las escaleras de un salto y entró precipitadamente en el dormitorio. Encontró a Katie tumbada, en ropa interior solamente, con las extremidades colgando flojamente fuera del edredón, retorcida como una muñeca de trapo. Su cara estaba hundida profundamente en la almohada.

Se apresuró hacia ella y la sacudió para despertarla.

—¡Katie! ¡Katie! ¡Katie!

Ella murmuró mientras salía de las profundidades del sueño.

—¿Quéééé?

—Lo he conseguido. Lo he visto. Lo he encontrado.

—¿A quién? ¿Al asesino?

—¡Sí! ¡Pero no!

Tomek no podía contener su emoción. Se sentía como un niño pequeño en Disneyland. Quería salir corriendo hacia el horizonte, hacerse amigo de todos los superhéroes y las Princesas Disney y encontrarse con ellos en lo alto de las montañas rusas.

Quería llevar a Katie con él.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, mientras se colocaba en una posición más cómoda.

—El asesino. El asesino de mi hermano. Lo *vi*. En mis sueños.

Ella se frotó el sueño de los ojos. Y cuando finalmente se dio cuenta, su rostro se iluminó. Mostró sus dientes y lo abrazó. Atrayéndolo con fuerza.

—¡Eso es genial! ¡Es fantástico! ¿Qué vas a hacer ahora?

—Encontrar al bastardo —dijo él.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero ahora tengo un punto de partida, sé por dónde empezar.

Tomek se había resignado hace mucho tiempo al hecho de que tal vez nunca encontraría la identidad del segundo asesino de su hermano. Y ahora que la conocía, sabía que sería un proceso largo y arduo encontrarlo en persona. Y sería un proceso aún más largo conseguir algún tipo de condena.

Pero tenía un punto de partida. Un punto de partida treinta años en gestación.

—Todo es gracias a ti. —Colocó ambas manos en sus brazos y apretó.

—¿Qué...? ¿Qué hice yo?

—Me ayudaste a *ver*. Desde que entraste en mi vida, las cosas han sido más claras, más nítidas. Las cosas han empezado a tener más sentido. Y todo es gracias a ti. Sin ti, no creo que nada de esto hubiera sido posible.

Katie miró al edredón. —Yo... no he hecho nada. He...

—No seas tonta. Todo esto es gracias a ti. Y no podría estar más feliz de tenerte en mi vida. Te quiero.

Las palabras salieron de sus labios antes de que su mente las hubiera procesado. Pero ahora que estaban ahí fuera, ahora que habían salido de su boca hacia el mundo, tangibles, al alcance, no podían retirarse.

No es que quisiera hacerlo.

Ella pasaba tanto tiempo en su casa que prácticamente se había mudado. El suelo estaba en un estado lamentable con su ropa, su cepillo de dientes había dejado manchas en el lavabo, y su pelo estaba por toda la ducha. Pero no le importaba. La quería.

La *quería*...

Cuando las palabras se registraron en el rostro de Katie, su semblante se iluminó, sus ojos se entrecerraron, sus mejillas se sonrojaron. Entonces ella se inclinó hacia delante, agarró la parte posterior de su cabeza y lo besó.

—Yo también te quiero —dijo cuando se apartó.

Tomek echó un rápido vistazo a la hora. 7:50 a.m. Necesitaba salir de casa en veinte minutos.

Pero esta mañana no le importaba llegar tarde.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

Había un ambiente de expectación en la sala de investigación. Un ambiente que había estado ausente durante las últimas semanas. Pero no completamente. En su lugar había permanecido latente, descansando. Esperando el avance que necesitaban.

Se había enviado un equipo de oficiales uniformados a la casa de Jimmy Hunter.

Y lo habían encontrado.

Estaba a punto de regresar. Lo que significaba que Tomek, quien dirigiría el interrogatorio (después de todo, él había sido quien lo había desenterrado de su escondite), tenía algo de tiempo para prepararse.

Después de la revelación de Katie la noche anterior, Tomek había instruido a la Detective Constable Anna Kaczmarek para que investigara los registros financieros de su tienda de uniformes escolares, encontrara los datos de la tarjeta perteneciente a Jimmy Hunter y luego utilizara esa información para localizar su dirección. Les había tomado poco más de dos horas completar el proceso. Algo risible, considerando que les había tomado casi tres semanas desde el inicio de la investigación encontrarlo.

Jimmy Hunter era un alias que había utilizado para presentarse online. Su nombre real era Richard Williams (un nombre increíblemente aburrido y soso, según Tomek), y vivía a pocas casas de distancia de la casa de Gary Kershaw, en la urbanización de Basildon. Tomek había intentado varias veces imaginar al hombre en

la escena del crimen el otro día, pero no había podido. O estaba cazando a otros depredadores o escondiéndose. Tomek estaba determinado a descubrir cuál de las dos opciones era.

Era poco después de las cuatro de la tarde cuando Richard Williams había sido registrado en la comisaría. La puerta de la sala de investigación se abrió y allí estaba Sean, jadeando, incapaz de contener la emoción en su rostro.

—Nunca adivinarás qué.

—¿Has vuelto a tomar demasiado Red Bull?

Sean puso los ojos en blanco. —Fue *una* vez, ¿vale? ¡Una vez! —Se apresuró hacia Tomek y lo hizo girar en su silla para que estuvieran frente a frente—. Mejor que todos los Red Bull del mundo. Es Richard...

—¿Sí...? ¿Qué pasa con él?

—Su ADN. Cuando lo registramos hace un momento, su ADN apareció como coincidencia con la noche que estuviste en casa de Rosenthal.

—¿Ese hijo de puta es Puños de Lechuga? ¿El bastardo que me golpeó?

—Parece que estaba haciendo mucho más que eso. Su ADN se encontró en la casa, ¿recuerdas? Él era quien estaba husmeando.

—Ese afortunado y debilucho cabrón.

Richard Williams era exactamente como Tomek lo recordaba. Alto, delgado, casi enclenque. Excepto que ahora era agradable verlo en todo su esplendor. Iluminado por la luz artificial del techo. Y sin su máscara.

—Eres un hombre difícil de encontrar —comenzó Tomek.

Sentada a su lado estaba Rachel, y frente a ella estaba el abogado de Williams.

—Quizás eres una mierda en tu trabajo —replicó Richard.

—Puedo ver por qué podrías pensar eso.

—He encerrado a más depredadores y pervertidos que todos vosotros juntos.

—Y sin embargo, no te pagan por ello. Si hubieras venido a nosotros antes, estoy seguro de que podríamos haberte dado un trabajo. Siempre estamos buscando nuevo talento. Pero ahora solo has conseguido que te arresten. Lo has arruinado todo.

—No he arruinado nada.

—Ya veremos. —Tomek sonrió mientras abría la carpeta frente a él—. Has sido arrestado bajo sospecha del asesinato de Timothy Rosenthal. ¿Tienes algo que decirnos ahora?

La respuesta fue un rotundo y silencioso «no».

—Muy bien. —Tomek le preguntó entonces dónde estaba la noche del asesinato de Timothy Rosenthal.

—Sin comentarios.

—Tenemos evidencia que te sitúa en la escena del crimen. La casa de Timothy Rosenthal. Tus huellas dactilares fueron recuperadas en la escena, y tu ADN se encontró en mí después de que me agredieras. ¿Algo que decir sobre eso?

Si Richard reconoció a Tomek de su encuentro anterior, su rostro no lo demostró.

—Sin comentarios.

—¿Cuál es tu relación con Timothy Rosenthal?

—Sin comentarios.

—¿Gary Kershaw?

—Sin comentarios.

Tomek podía ver hacia dónde se dirigía la entrevista. Una interminable y monótona respuesta de «sin comentarios», lo que le indicaba que el hombre tenía algo que ocultar. Lo habían atrapado con las manos en la masa por estar dentro de la casa de Timothy Rosenthal en plena noche y agredir a un oficial de policía, así que no había razón para que negara su presencia, su culpabilidad. Tomek intuía que había algo más.

Por qué estaba allí, merodeando dentro de una escena del crimen. Y quería llegar al fondo del asunto.

—Nuestra evidencia te sitúa allí, Richard. No tiene sentido negarlo. Lo que queremos saber es por qué estabas allí. ¿Mataste a

Timothy Rosenthal, Richard?

—No.

—¿Qué hay de Gary Kershaw?

—No.

Dos de dos. De la nada. Las respuestas tomaron a Tomek por sorpresa, y pasó un rato antes de que procesara su siguiente pregunta. —¿Puedes probarlo?

—Sí.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo en casa de Timothy Rosenthal la noche después de su muerte? ¿Qué estabas buscando?

—Pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De que estaba muerto.

—Tonterías. Estabas registrando sus archivos. ¿Qué había en ellos que necesitabas destruir?

Tomek no había tenido oportunidad de revisar el informe sobre lo que había dentro de esos archivos (había sido lo último en su lista de cosas por hacer antes de que Sean lo interrumpiera y lo distrajera), y se hizo una nota mental para revisarlos en el descanso.

—No quería destruir nada. Como dije, estaba buscando pruebas.

—¿La cinta policial y el cartel en la puerta no eran suficientes?

Richard dudó, suspiró profundamente por la nariz mientras elaboraba una respuesta. —Era para mis seguidores.

—¿Tus seguidores?

—Sí. Mis *seguidores*. Los miles de personas que dan me gusta a mi página de Facebook y los muchos *cientos* de miles que ven todos mis videos.

—Y estos videos son de tus operaciones de captura, ¿correcto?

—Sí.

—He visto algunos de ellos. Están bastante bien hechos, debo decir.

—¿Gracias? —La entonación en la voz de Richard implicaba que no sabía cómo responder.

—Y por lo que parece, has atrapado a un puñado de potenciales depredadores. Como dijiste, estás encerrando a más de ellos que nosotros, y eso es encomiable. Pero, ¿cómo pasa un hombre como

tú de encontrarlos, tenderles trampas y asegurarte de que vayan a prisión, a aventurarte en el turbio mundo del asesinato? ¿Algo te hizo cruzar la línea?

—¡No los asesiné!

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Yo... —Richard se contuvo. Luego dijo—: No lo sé.

Tomek dejó que esa pepita de la conversación quedara flotando allí y continuó. —¿Tienes hijos, Richard?

—No.

—¿Alguien en tu familia tiene hijos?

Richard dudó. —No. Nadie en mi familia los tiene. ¿Por qué? ¿Cuál es la relevancia?

En cuanto a las pruebas contra Richard Williams, eran circunstanciales en el mejor de los casos. Sí, tenían las pruebas para implicarlo en la agresión a Tomek, pero no tenían ninguna prueba que lo situara en la escena del crimen de los asesinatos de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. De hecho, no tenían ninguna prueba que implicara a *nadie*. No había testigos presenciales. No había pruebas de ADN (si las hubiera, habrían aparecido cuando lo arrestaron). Y no había arma homicida. Pero necesitaban encontrar algo.

Cualquier cosa.

—Creemos que el asesino ha estado usando a un menor para atraer a las víctimas a su muerte.

—No sabía nada de eso.

—Dinos lo que sí sabes.

Richard bajó la mirada hacia la mesa, mirando al frente. Masajeó sus pulgares varias veces en sus manos, moviéndolos sobre las palmas hasta que se pusieron rojas. Tomek y Rachel esperaron pacientemente. No tenían prisa.

—Hay este grupo —comenzó, y Tomek se preparó para lo que venía, masticando sus encías como si fueran palomitas imaginarias —. Está en Facebook. Un grupo de personas como yo.

—¿Personas como tú?

—Sí. Cazadores de pederastas. Excepto que no todos son exactamente como yo. Son un grupo de personas de diversos

orígenes. Somos más de doscientos, y cada persona aporta una habilidad diferente.

¿Habilidad? ¿Qué era esto? ¿Un grupo de superhéroes vigilantes asesinos de pederastas?

—El grupo es donde obtengo mis ideas e inspiración. Alguien publicará los detalles de alguien que sospechan es un depredador, y yo usaré eso para preparar mi operativo. A veces publican avistamientos de personas en la calle a las que han confrontado. Es como un grupo de vigilancia vecinal pero para cazadores de pederastas.

—¿Discutís sobre matarlos?

Richard negó con la cabeza. —Evalúo a cada miembro, y nunca me he encontrado con nadie que haya mencionado matar a un depredador. Solo queremos enviarlos a prisión y eliminarlos de la sociedad para que no puedan dañar a nadie más.

—Bueno, alguien los está matando —dijo Rachel, hablando por primera vez—. ¿Es posible que alguien en el grupo se haya vuelto rebelde?

Richard se encogió de hombros. —Posiblemente.

Tomek pensó que no había posibilidad al respecto; era muy probable que la persona que estaban buscando estuviera merodeando en algún lugar de esa comunidad en línea. Sin embargo, eso no exoneraba completamente a Richard, y Tomek estaba ansioso por recordarle ese hecho.

—¿Cómo funcionaba? —preguntó—. ¿Les enviabas la información y luego ellos se encargaban? ¿O era al revés: alguien te enviaba la información de la víctima y tú te asegurabas de que nunca más dañaran a nadie? Supongo que es la cobertura perfecta.

—¿Por qué haría eso? Me convierte en el sospechoso obvio. Puede que haya dejado la escuela sin cualificaciones, pero no soy estúpido, detective. Te dije que no tuve nada que ver con sus asesinatos, y no sé quién los mató.

Richard estaba mintiendo. Tomek podía sentirlo. El único problema era que no sabía cómo probarlo.

—¿Cuál es el nombre del grupo? —preguntó.

—La Real Sociedad de Planchado Extremo.

Tomek casi estalla en carcajadas.

—¿Es una broma? —preguntó Rachel.

—No —respondió Richard con severidad.

—¿Es "planchado" un eufemismo para matar, por casualidad?

—No. Es una sociedad real que existe, solo que bajo un nombre diferente.

Una vez que se había compuesto internamente, Tomek se unió de nuevo a la conversación. —Y pensaste que era lo suficientemente único y oscuro para asegurarte de que no cualquiera pudiera unirse.

—Exactamente. Teníamos que mantenerlo en silencio, entre nosotros. No queríamos que ningún depredador que hubiera pasado desapercibido entrara y pudiera exponer lo que estábamos haciendo a sus pequeños amigos degenerados. Y definitivamente no queríamos que entrara ningún policía.

—Pero permitir que un asesino se infiltre en vuestras filas está bien, ¿no?

—¿Y permitir que un degenerado entre en las vuestras es igual de aceptable, no?

La respiración de Tomek se detuvo. Era la segunda vez que escuchaba semejante tontería, y comenzaba a volverse cada vez más intolerante.

—¿De qué estás hablando?

—Lee los mensajes y descúbrelo por ti mismo. Uno de los vuestros... un depredador sexual. Asqueroso.

Ante eso, Tomek no tuvo nada que decir. Antes de que Richard pudiera ganarle la partida, y antes de que Tomek saltara por encima de la mesa y buscara venganza por el moretón en su cabeza y el punzante dolor de cabeza que lo había seguido durante veinticuatro horas, Tomek pausó la entrevista y dejó a Richard con su abogado para discutir su próximo plan de acción.

Cuando Tomek regresó a su escritorio, encontró un sobre con su nombre esperándolo. Lo abrió y sacó la tarjeta. Mirándolo fijamente

había una ilustración de un fantasma hablando a una audiencia de calabazas. Junto a los ojos del fantasma, decía "Estás *escalofriántemente* invitado". Tomek abrió la tarjeta y leyó en el interior:

Para: Tomek y Katie,

Están cordialmente invitados a la fiesta anual de Halloween en mi casa. Tendremos deliciosos aperitivos, una cena diabólicamente deliciosa, y un tiempo colmilludo.

Cuándo: 31 de octubre, 7 p.m.

Con cariño, Nadia

Tomek miró al otro lado de la sala hacia la mujer embarazada sentada en su escritorio, mirando su pantalla. *Bendita sea*, pensó. Como figura materna del equipo, le encantaba organizar fiestas y usaba cualquier oportunidad para solidificar su papel en el escuadrón como la mejor anfitriona. Fiestas de cumpleaños, aniversarios de trabajo, y nadie podía olvidar sus legendarias fiestas de Navidad que duraban hasta altas horas de la madrugada. Para las celebraciones más extrañas e inusuales de cumpleaños de parejas y los aniversarios de investigaciones que habían cerrado (en memoria de las víctimas, por supuesto). Una vez incluso había celebrado el aniversario de la castración de su gato. Había sido un año sin sus testículos, había dicho, y había querido hacerlo sentir orgulloso por sobrevivir sin ellos tanto tiempo. Luego había añadido que la mayoría de los hombres que conocía, incluidos su marido y Tomek, no podrían haber vivido sin los suyos ni un minuto, mucho menos un año entero.

Le dio otra mirada a la tarjeta antes de devolverla a su escritorio. Pensaría en ello más tarde. Ahora no era el momento. En cambio, buscó las notas del caso sobre la incursión de Richard Williams en la casa de Timothy Rosenthal. Pero antes de poder leerlas, sonó su teléfono. Era Harriet Montgomery, una de las víctimas de Gary Kershaw. Se le formó un nudo en el estómago al reconocer el nombre; había estado pensando en hacer un seguimiento con ella y su escurridizo hermano, pero se había distraído con otras ramas de la investigación.

—Ha desaparecido —le dijo ella—. Nadie lo ha visto ni ha hablado con él en tres días. Todos estamos empezando a preocuparnos. ¿Crees que podría tener algo que ver con tu investigación?

—No, a menos que fuera un depredador sexual —dijo Tomek, sin el más mínimo atisbo de decoro—. Quiero decir, estoy seguro de que aparecerá en algún momento.

—¿Puedes ayudarnos? —Si se había ofendido por su comentario anterior, no dio ninguna impresión de ello.

Tomek miró la tarjeta de Halloween frente a él, sus ojos perdidos en el naranja de la calabaza. —Puedo pasar esta noche si quieres. Solo tengo que terminar algo aquí y luego me pasaré.

Eso pareció tranquilizarla, y después de terminar la llamada, se apresuró hacia el otro lado de la sala hacia el DC Oscar Perez. Encontró al hombre sentado erguido en su silla, su cuerpo epítome de la postura perfecta en el lugar de trabajo.

—Señor Perez —comenzó Tomek, dejando caer los archivos sobre el escritorio de Oscar—. Echaste un vistazo a estos, ¿verdad?

—En realidad, fui yo y la DS Campbell, señor.

—Así que fuiste *tú*, entonces.

—Y la DS Campbell.

Tomek rápidamente renunció a intentar ganar la batalla y continuó. —¿Encontraste algo sospechoso en ellos? ¿Alguna razón por la que Richard Williams los hubiera revisado en medio de la noche?

—En realidad, no. Pero ahora que lo mencionas... —Oscar dirigió su atención a la pantalla. Unos segundos después cargó un documento en HOLMES 2. Era un informe de la evidencia encontrada en el portátil y el teléfono de Timothy Rosenthal—. No pensé mucho en ello al principio, pero ahora que sabemos que Jimmy Hunter es en realidad el señor Richard Williams... —Cuando hizo una pausa, Tomek estaba seguro de que lo estaba haciendo a propósito en otra muestra de su prepotencia.

Tomek se inclinó hacia adelante y observó cómo su colega resaltaba un pasaje particular del texto. Y entonces Tomek lo

perdonó por cada pequeño hábito molesto que había tenido a lo largo de los años.

Armado con la nueva información, le dio una palmada en la espalda a Oscar y luego se dirigió a la sala de interrogatorios.

El breve descanso había dado a Richard Williams y su abogado algo de tiempo para discutir su plan de acción. Y cuando Tomek regresó a la sala de interrogatorios, se encontró con un muro de silencio. Como si el abogado de Richard lo hubiera obligado a sellar su boca con pegamento de alta resistencia.

Pero no era ningún problema para Tomek. Estaba seguro de que tenía las pruebas para abrirla de nuevo.

Colocó una impresión sobre la mesa y se la deslizó a Richard. Le dio tiempo para leerla. Todo el tiempo que necesitaba.

Mientras sus ojos la recorrían, efectivamente, la boca de Richard se abrió, y sus ojos se agrandaron hasta el tamaño de platos.

—¿Quieres explicar esto? —preguntó Tomek.

Richard no quiso. Su boca podría estar abierta, pero las palabras no salían. Todavía no.

—Verás, creo que esto es lo que estabas buscando. —Tomek sacó una foto de la carpeta. La deslizó—. Y creo que también estabas buscando esto.

Richard no tuvo el valor de mirar la foto de sí mismo sentado en un banco del parque con una niña pequeña menor de edad.

—Pensé que habías dicho que no tenías hijos, Richard.

—Yo... no los tengo.

—Ni ninguno de tus amigos o familia, dijiste.

—Ellos... no los tienen.

—Entonces, ¿quién es la niña de esta foto? No puede ser una de las chicas que finges ser en tus operaciones de captura porque, según tengo entendido, eso eres todo tú. —Tomek se inclinó hacia adelante en su silla, golpeó con su dedo la cara de la niña—. Entonces, ¿quién es ella?

—Es... una amiga.

—¿Tienes muchos niños pequeños como amigos, Richard? ¿Qué hay de esta? ¿También es tu amiga?

Tomek recuperó otra fotografía y la deslizó por la mesa, situándola ordenadamente junto a la primera. Esta vez la fotografía mostraba a Richard caminando de la mano a través de un parque con una niña de edad similar a la primera. Decepcionantemente, ninguna de las niñas coincidía con la descripción de la niña del abrigo rojo.

—¿Es por eso que estabas en la casa de Timothy Rosenthal esa noche? —preguntó Tomek—. ¿Porque no querías que encontráramos estas fotos? ¿Es por eso que mataste a Timothy Rosenthal? ¿Porque te estaba chantajeando? ¿Es por eso que organizaste todas estas operaciones de captura, para enmascarar la culpa por lo que has hecho y quién eres? ¿O es para que sin competencia, haya más presas ahí fuera solo para ti?

Se formaron lágrimas en los ojos de Richard, y su rostro comenzó a contraerse. Su labio inferior tembló y su barbilla se estremeció. El llanto continuó mientras Tomek le explicaba que estaba bajo arresto por acosar a menores, el asesinato de Timothy Rosenthal, el asesinato de Gary Kershaw, allanamiento de morada y agresión a un agente de policía.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Tomek había conseguido escabullirse de la oficina antes del atardecer. Aunque había cometido el estúpido error de salir durante la hora punta. Lo que debería haber sido un viaje de diez minutos a Shoeburyness se había convertido en treinta, y para cuando llegó, las calles ya estaban iluminadas por las farolas y la temperatura había bajado drásticamente.

Harriet Montgomery le abrió la puerta vestida con un chándal, con el jersey colgando de un hombro, dejando visible el tirante de su sujetador. Unas oscuras bolsas colgaban bajo sus ojos y su piel parecía más pálida que la última vez que la había visto. Sin mencionar que se veía más delgada, más demacrada. Le llevó unos segundos registrar su presencia en la puerta.

—Ah, es usted —dijo finalmente.

—¿Esperaba a alguien más?

—No...

—¿Le importa si entro? —fue su manera educada de preguntar si podía resguardarse del frío.

Con la atención en otra parte (tan lejos del momento presente como fuera posible), Harriet se apartó para dejarlo pasar. Esta vez, al entrar, examinó la casa con más detalle. Los zapatos tirados desordenadamente en el suelo, la ropa que había sido dejada en un montón sobre las escaleras, la capa de polvo que cubría las barandillas. Incluso en el pasillo, era muy diferente a su visita de apenas unas semanas antes. La casa estaba mortalmente silenciosa.

No se oía ningún chisporroteo ni golpes provenientes de la cocina. Ni el pateo de pequeños pasos en el piso de arriba.

Y entonces, al entrar en la sala de estar, descubrió por qué.

Cuatro rostros afligidos, impactados y abatidos lo miraron fijamente. Cada uno parecía estar peor que el anterior. Sintió como si estuviera entrando en un centro de trauma durante un desastre natural. Ante él había dos caras que reconocía y dos que no.

Las dos que no conocía pertenecían a hombres. Ambos presumiblemente eran los hombres de la familia. El hermano y el padre de Harriet.

—Gracias por venir —dijo su madre mientras se levantaba para estrecharle la mano—. Realmente apreciamos que se tome el tiempo para vernos.

Tomek le estrechó la mano lentamente, con cautela, recorriendo la habitación con la mirada. Cuanto más tiempo permanecía allí, más sentía que estaba entrando en medio de un círculo Manson. En silencio e internamente se preparó para la matanza.

—Por favor, tome asiento.

Cuidadosamente, Tomek hizo lo que le indicaron y mantuvo un ojo en la puerta y el otro en la niña pequeña sentada junto a la madre de Harriet. Desde la última vez que Tomek la había visto, la hija de Harriet casi había duplicado su tamaño, y parecía apenas reconocible. Siguiéndolo, Harriet encontró un asiento junto a su padre y colocó las manos sobre sus rodillas, mirando fijamente la alfombra. Mientras su madre colocaba una mano reconfortante sobre su hombro.

—Como puede ver, detective —comenzó, señalando a su hijo—. Nuestro Donovan no está desaparecido. Pero necesitamos su ayuda.

—De acuerdo...

—Desde que usted vino, y desde que se difundió la noticia de que Gary Kershaw era una de las víctimas de ese asesino vigilante que tienen entre manos, nuestra Harriet ha estado sufriendo. Sufriendo muchísimo.

Tomek podía verlo. Parecía una sombra de lo que había sido.

—No importa cómo consiguió la sustancia, solo necesitamos que deje de consumirla.

—¿Qué sustancia exactamente?

—Heroína.

Tomek no se sentía cómodo con la presencia de la hija de Harriet. Alguien tan joven siendo testigo de una conversación tan adulta y potencialmente traumática.

—Disculpen —dijo—, pero ¿qué es exactamente lo que necesitan que haga?

—Usted la metió en este lío. Queremos que la saque de él.

—¿Yo?

—Sí. Con su fotografía y sus preguntas.

—De todas formas iba a saberse que Kershaw había muerto. Solo vine a advertirles antes de que la noticia les llegara.

—Sí, y ahora mire dónde estamos.

Tomek se tomó un momento para componerse. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Lo siento, pero no veo cómo eso es mi culpa. Aunque les tengo toda la simpatía del mundo, no creo que la culpa deba recaer sobre mí.

—¿Entonces no está dispuesto a ayudar?

—Por supuesto que quiero ayudar. Pero no estoy seguro de *cómo* exactamente. Lo único que puedo sugerir es hablar con uno de nuestros consejeros que ayuda a víctimas de violación y crímenes violentos. Tienen un equipo de personas que pueden ofrecerles más orientación de la que yo puedo, me temo. ¿Harriet ha sufrido alguna vez de adicción a sustancias antes?

Su madre asintió lentamente, luego se volvió hacia su hija, quien continuaba con aspecto abatido y ausente. —Sí, pero no tan grave como ahora. Pudimos controlarlo entonces. Pero han pasado siete años desde entonces.

Siete años. Justo alrededor de la edad en que había sufrido la violación. No podía imaginar cómo debió haber sido la vida para ella a esa edad. Sumado al hecho de que acababa de comenzar la pubertad. Las hormonas, los desequilibrios químicos, el sufrimiento, los cambios en su cuerpo, los cambios en su vida. Y cómo había desarrollado adicción a sustancias desde una edad tan temprana... Gary Kershaw había causado eso. Gary Kershaw había sido el

responsable de todo. Y era asqueroso ver lo rápido que todo había cambiado. Cómo, solo unas semanas antes, había sido burbujeante, efervescente, llena de vida, y ahora parecía como si lo último de su alma se estuviera preparando para abandonar su cuerpo.

—Ayudaré en todo lo que pueda —dijo de repente—. Tienen mi número móvil, y los pondré en contacto con algunas personas. Hablaré con mi supervisor y veré si hay algo más que podamos hacer para ayudar.

—Gracias —dijo el padre de Harriet. Su voz era profunda y respetuosa. Tomek estaba sorprendido por él; no había gritado, no había amenazado ni intimidado a Tomek. Ninguno de ellos lo había hecho. Quizás con los años habían llegado a darse cuenta de que nada de eso tenía sentido. Que no lograba nada. Que la compasión y la contención eran las únicas formas de avanzar en la vida.

Tomek los respetaba enormemente.

Se volvió hacia el hermano de Harriet.

—¿Entonces no está desaparecido?

Su rostro se iluminó mientras reía incómodamente. —No, en absoluto. Siento haberme perdido su visita la otra semana. Solo fue un malentendido. En la noche del asesinato de Gary Kershaw, saqué a la pequeña Gracey en el coche. Ella quería ir a correr así que fuimos a Canvey Island. No volvimos hasta altas horas de la madrugada.

—Sí —añadió la madre de Harriet—. Y hemos hablado con él sobre *eso*. Créame cuando le digo que no habrá más excursiones nocturnas hasta que todo vuelva a la normalidad.

Cualquiera que fuera la "normalidad" para esta familia, pensó Tomek, mientras se despedía y regresaba al coche.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Habían pasado dos días desde que Richard Williams había sido arrestado y acusado de su extenso menú de delitos. Y el equipo seguía sin encontrar las pruebas necesarias para situarlo en el asesinato de Timothy Rosenthal. Sí, tenían las pruebas de ADN que demostraban que estaba en la casa en el momento de la llegada de Tomek, pero nada que sugiriera que fue él quien cortó el pene de Timothy y se lo metió en la boca. Ni fibras, ni huellas dactilares, ni folículos pilosos. Nada. Un equipo forense había sido enviado a analizar la casa de Richard, donde habían recuperado su portátil y muestras de su cepillo de dientes, además de tomar algunas muestras más de su ropa. Todo lo que pudieran encontrar mientras tuvieran acceso a ello. Ahora solo quedaba esperar para ver qué resultados podía obtener el escuadrón forense digital sobre los dispositivos electrónicos de Richard.

Desde entonces, la urgencia dentro del escuadrón se había calmado. Tenían a su hombre. Todo lo que tenían que hacer ahora era asegurarse de que pudieran probarlo dentro del plazo establecido.

Pero Tomek no estaba convencido.

—No digo que sea completamente inocente —comenzó, dirigiéndose a la sala durante la reunión informativa de la mañana—. Obviamente, las fotos de él con las chicas y el golpe que me dio en la cabeza son irrefutables, pero simplemente no creo que Richard matara a Timothy. Ni siquiera a Gary Kershaw.

—Explícate —Nick, que había estado ocupado con tonterías burocráticas durante los últimos días, finalmente los había honrado con su presencia.

—Un par de razones. Las impresiones plastificadas para...

—Tú y tu maldita fascinación por la plastificación —interrumpió Tony, poniendo los ojos en blanco—. Te has obsesionado con esto y no lo quieres soltar.

—Y tú te has obsesionado con Richard Williams —sus miradas se encontraron, ninguno dispuesto a ceder—. Veamos quién tiene la obsesión más grande al final, ¿de acuerdo?

—¡Una buena competencia de obsesiones a la antigua! ¡Emocionante! —dijo Nadia, para sorpresa de todos. Cuando notó que la sala la estaba mirando, se dio cuenta aún más de lo que había dicho—. Lo siento, son las hormonas. Están jugando con mi química cerebral y hacen que piense que cualquier cosa que ustedes dicen es hilarante. El cerebro de embarazada te hace hacer las cosas más locas.

El equipo rio disimuladamente. Tomek y Tony continuaron mirándose fijamente.

—En segundo lugar —continuó Tomek—, no creo que Richard matara a Timothy porque no habría ido a la casa del hombre casi veinticuatro horas después de haberlo matado, *después* de que nosotros y el resto de la policía de Essex hubiéramos registrado la casa. Creo que se enteró de los asesinatos *después* de que ocurrieran, vio su única oportunidad de conseguir los archivos que Rosenthal tenía sobre él, y la aprovechó. Arriesgó ser atrapado para asegurarse de no ser atrapado.

—¿Crees que el asesino se comunicó con él? —preguntó Nick.

Tomek se encogió de hombros.

—Supongo que lo sabremos una vez que el equipo digital haya terminado de revisar sus dispositivos.

Un breve silencio, luego una mano se levantó en el aire. La del agente Perez.

—En realidad —dijo el Capitán—. Ya han terminado.

Nick juntó las manos ruidosamente. El sonido resonó por toda la sala.

—¡Fantásticas noticias, Capitán! ¿Y?

Oscar se acomodó en una posición más confortable en su silla y colocó algunas notas en el escritorio frente a él.

—Me temo que hay buenas y malas noticias. Por el lado positivo, pudieron encontrar evidencia de Richard captando a chicas en línea. Les enviaba mensajes en Facebook, TikTok e Instagram, fingiendo ser amigos o colegas de sus padres. Cosas bastante inocuas al principio, hasta que les pedía reunirse. Les decía a sus víctimas que necesitaba hablar sobre la relación de sus padres. Que estaban pasando por un momento difícil y que siempre podían contar con él para recibir apoyo. Naturalmente, las cosas progresaban de forma más sórdida, pero el resultado final era el mismo. No está claro si hubo alguna actividad sexual entre Williams y las chicas.

—¿Sabemos quiénes son? —preguntó Nick.

—Sí. Sus nombres e información de contacto están en sus páginas de perfil.

—Excelente. Entonces quiero que tú y Anna habléis con las familias. Háganles saber lo que ha estado pasando.

Tony se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Alguna de las chicas se parece a la chica del abrigo rojo? —la esperanza y la emoción en su voz eran evidentes.

Pasó un tiempo antes de que Oscar respondiera.

—No creo. A Richard le gustaban... mayores. La chica más joven, según los datos, tiene doce años. Lo que la sitúa fuera de nuestro rango de edad.

—Cabrón.

—De todos modos, hablad con ellas, ofrecedles cualquier apoyo que necesiten —añadió Nick con calma. Luego—: Por favor, Oscar, continúa.

—Bien, señor. Ahora las malas noticias... Han revisado sus archivos y no han encontrado ninguna mención o mensajes entre él y otra persona relacionados con los asesinatos. No hay nada que indique que lo haya planeado solo o con alguien más. Nada.

—¿Y estás seguro? —preguntó Tony.

—Estoy seguro de que eso es lo que dice la información que tengo delante, *sí*.

Si hubiera podido meter un "en realidad" ahí, lo habría hecho. Pero algo lo contuvo, y el resto de la sala lo sintió.

Nick intervino antes de que Tony pudiera dar vueltas en círculos. Lo que había parecido tan fácil, tan claro, ahora parecía completamente abierto de nuevo. Y el hombre no podía manejarlo.

Oscar continuó.

—No es *todo* desesperanzador, sin embargo. Hay más de doscientos miembros de la Sociedad Real para el Planchado Extremo. El equipo forense digital no ha tenido tiempo de revisar cada uno, esa es realmente nuestra responsabilidad, pero lo que sí han hecho es exportar los nombres y compararlos según la ubicación geográfica. Según este informe, están seguros de que hay al menos veinticuatro personas de Essex en ese grupo. Doce por ciento. Una de las secciones más grandes.

—Jesús, realmente odiamos a los violadores y a los pedófilos por aquí, ¿no? —señaló Tomek con ligereza.

—Pero no tanto como yo odio a esos sinvergüenzas del paseo marítimo —dijo Chey—. Esos bastardos me cobraron de más por una bolsa de patatas fritas. ¡Y habían echado demasiado vinagre!

La sala lo miró fijamente, con un silencio atónito inconmensurable.

—Sí, porque son *exactamente* lo mismo —dijo Nick, con voz ligera. Para sorpresa de Tomek, el inspector jefe vio el lado gracioso del comentario. ¿Se estaba acostumbrando a la idea de ser más... divertido? ¿O solo ocurría cuando Chey decía algo gracioso?

—¿Algo más que añadir? —le preguntó Nick a Oscar, devolviendo la conversación al tema.

—Una cosa más. En su entrevista, Richard dijo que investiga a todos los miembros para proteger al grupo de pedófilos encubiertos y cosas así. Y eso se confirma. Todos pueden ser identificados. Excepto uno. Un tal Charlie Hampton.

Las orejas de Tomek se aguzaron. El nombre hizo sonar las alarmas en su cabeza. Charlie. Charlie. El mismo nombre que el chico de sus sueños. El mismo nombre que el individuo que había matado a su hermano. No podía ser la misma persona, ¿verdad? Sabía que las probabilidades eran astronómicas, e incluso la idea era

ridícula... pero había mantenido la esperanza durante treinta años. No iba a dejar que disminuyera ahora.

—El único problema es —continuó Oscar—, que la ubicación de Charlie Hampton, según la magia técnica que el equipo forense digital pudo hacer, está a kilómetros de distancia. En Exeter.

—¿Exeter?

—El lugar junto al mar, señor —añadió Sean inofensivamente.

—Sí, gracias por eso, Sean. Así que no está verificado y es de Exeter. Si no hay nadie a quien entrevistar, entonces creo que tendremos que dejarlo por ahora. Mientras tanto, hay que hablar con cada una de esas veinticuatro personas. Necesitamos saber lo que saben, y necesitamos saberlo rápido.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

Tomek recibió los nombres de los dos Planchadores Extremos, como se les estaba llamando, con quienes hablaría poco después de la reunión. Rachel había venido a su escritorio y le había dado los detalles, justo después de que discutieran sobre la fiesta de Halloween, por supuesto. Todavía estaba en el fondo de la mente de Tomek. Sin embargo, en primer plano en la mente de todos los demás. Incluyendo la de Rachel, quien ya había sido iluminada sobre el desenfreno que típicamente tenía lugar en el tan anticipado evento.

—¿Sabes qué vas a ponerte? —le había preguntado ella.

Él había respondido que no. Que probablemente iría con el mismo disfraz de siempre. Tomek Perforador. Un disfraz que consistía en tres agujeros sangrientos en el lado derecho de su cuerpo. Un disfraz que había sido inspirado por un episodio de *The Office*, y uno que era recibido con miradas al cielo y gritos para que se esforzara más el próximo año.

—Aparentemente el tema es tu peor pesadilla —había añadido.

Tomek no pensaba que ir como un hermano muerto fuera una elección adecuada de atuendo. Aunque sí pensó que presentarse como Timothy Rosenthal o Gary Kershaw sería más apropiado.

El primer nombre en su lista era Kenny O'Malley. El Planchador Extremo era lo opuesto a lo que Tomek había esperado: un hombre gruñón de sesenta años que no tenía nada mejor que hacer que pasar su tiempo en Internet lanzando insultos a extraños mientras nunca hacía nada práctico al respecto.

La realidad era muy diferente. Para empezar, cuando Kenny le abrió la puerta a Tomek, estaba usando un traje. Lo cual ya era una mejora respecto al chándal manchado que Tomek había imaginado que llevaría.

Y cuando Tomek terminó de presentarse, Kenny respondió con calma, suavemente. Una mejora respecto a la beligerancia descontenta para la que se había preparado.

Kenny O'Malley era un analista de datos en una empresa FinTech de la ciudad, y había estudiado en la Universidad de Bristol hasta los veintisiete años, obteniendo una licenciatura en negocios y un máster en análisis empresarial. En resumen, era un hombre inteligente. Pero cuál era exactamente su papel en el grupo de los Planchadores Extremos, Tomek no lo sabía. Tenía la intención de averiguarlo.

—¿Té? ¿Café? —preguntó Kenny, mientras conducía a Tomek a la sala de estar.

—Un vaso de agua está bien, gracias.

Kenny regresó un momento después, apenas dando tiempo a Tomek para observar la cara decoración de la sala de estar.

—Espero que todo esté bien —dijo Kenny mientras se sentaba en el sofá de enfrente—. Aunque a juzgar por su paciencia, nada es gravemente malo.

—Lo es y no lo es, señor O'Malley.

—Está bien. Déjeme oírlo.

—¿Los nombres Timothy Rosenthal y Gary Kershaw le dicen algo?

—Los nombres no me suenan, detective. ¿Tiene fotos de ellos? Soy mejor con las caras.

—Me alegro que lo pregunte.

Tomek metió la mano en su bolsillo y mostró las fotos policiales tomadas de los arrestos originales de los delincuentes. El destello de

reconocimiento fue claro en la cara de Kenny, como si acabara de ver un billete de veinte libras tirado en el suelo. Y luego había actuado con calma, indiferencia, mientras intentaba discretamente recoger los veinte y ponerlos en su bolsillo sin que nadie se diera cuenta. Desafortunadamente para él, Tomek era lo suficientemente perceptivo para notarlo. No era su mejor cualidad, pero a lo largo de los años había llegado a darse cuenta de que era una habilidad que podía perfeccionarse, más que algo con lo que se nacía.

—No, no me resultan familiares —dijo Kenny O'Malley.

—¿Está seguro?

—¿Debería conocerlos?

—Bueno, sus caras han aparecido en línea y en televisión durante las últimas semanas. A menos que haya estado viviendo en un agujero.

—He estado ocupado con el trabajo.

—¿Y qué es eso exactamente?

—Soy analista de datos.

—Sí, ¿y qué es eso *exactamente*?

—Miro datos.

—Bien.

—Y los analizo.

—Brillante.

—Y luego paso mi análisis.

—Oh, ¿entonces no es solo análisis de datos? Podría llamarse a sí mismo un analista de datos transmisor de información.

—No hay necesidad de ser irónico —la cara de Kenny se puso plana, impasible.

—Y no hay necesidad de ser obtuso. Solo estoy tratando de hacerle unas preguntas con respecto a una investigación de asesinato.

—¿He hecho algo malo?

—Eso es lo que espero que usted me diga. —Tomek echó un vistazo a la sala de estar. Al ornamentado espejo que colgaba sobre una chimenea de leña. A la fachada de ladrillo que lo rodeaba. A la cara estantería de caoba al otro lado de la habitación, repleta de libros de todas las formas, colores y tamaños. Luego Tomek volvió a

mirar a Kenny; la cara del hombre permaneció plácida—. Sabe, para un Planchador Extremo, esperaba ver al menos *una* plancha en su repisa.

Al mencionar esas dos palabras, las pupilas de Kenny se dilataron y la parte superior de su frente pulsó.

—No estoy seguro de saber de qué está hablando, detective.

—Interesante. Pero usted sabe que mentir a un oficial de policía puede considerarse un delito penal, especialmente si tiene algo que ver con una investigación de doble asesinato, ¿verdad?

A juzgar por la fina capa de sudor que comenzaba a formarse en la cabeza de Kenny, de repente sabía exactamente de qué estaba hablando Tomek.

—Lo que me cuesta entender es cómo un analista de datos puede tener una participación práctica en un grupo diseñado para cazar y perseguir a pedófilos y violadores. Quizás pueda ayudarme.

Kenny O'Malley se quedó sentado en un silencio atónito. Su pecho había dejado de moverse y sus fosas nasales ya no se dilataban.

—La forma en que lo veo, y corrígeme si estoy equivocado, es que usted —como dice en sus propias palabras— analiza los datos y transmite sus hallazgos. Ahora, en el contexto de la Real Sociedad de Planchado Extremo, eso significa que analiza los datos detrás de un objetivo potencial y analiza la probabilidad de éxito de Jimmy Hunter para atraerlo a una trampa. ¿Suena más o menos correcto?

Incluso si Kenny O'Malley hubiera querido responder, era incapaz porque las sinapsis en su cerebro estaban trabajando horas extras solo para lograr que volviera a respirar.

Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Lo desbloqueó y desplazó hasta su sección de Notas. —Aquí hay una que dijo usted la semana pasada: "Dado que está a menos de seiscientas yardas de la escuela más cercana, estimaría la probabilidad de que caiga en la trampa en un noventa y cinco por ciento". ¿Por qué el cinco por ciento faltante? —preguntó Tomek—. Quiero decir, estudió durante casi diez años, subió por los rangos de su empresa, se ganó una licenciatura *y* un máster, solo para llegar a la conclusión de que un ex pedófilo que vive a menos de seiscientas

yardas de una escuela es probable que ataque nuevamente. No es precisamente ciencia espacial, ¿verdad?

—¿Estoy bajo arresto aquí?

Tomek decidió no responder la pregunta. Lo mejor era dejarlo que lo pensara y rezara a Dios que no lo estuviera.

—¿Qué gana usted del grupo? —preguntó Tomek.

—Estamos limpiando las calles. Y estamos...

—Sí, y están haciendo un mejor trabajo que nosotros, aparentemente. Eso es lo que sigo escuchando. Pero ¿qué gana *usted* con su participación? ¿Orgullo? ¿Satisfacción? ¿O hay también un beneficio financiero? He visto las ganancias que Jimmy Hunter obtiene de sus videos en las diversas plataformas, y he visto el cuchitril donde vive. Así que algo no cuadra. ¿Las reparte equitativamente entre todos ustedes, o se basa en su aportación individual en la operación de señuelo? Puedo averiguarlo fácilmente, solo me preguntaba si sería tan amable de ahorrarme el tiempo.

—No particularmente. —El miedo y la ansiedad de Kenny O'Malley comenzaban a disiparse. El hecho de que Tomek aún no lo hubiera arrestado significaba que no iba a hacerlo, y molestamente no le había tomado mucho tiempo a Kenny darse cuenta.

Pero Tomek aún no estaba fuera de la pelea.

—¿Tiene alguna idea de quién podría haber matado a Timothy Rosenthal y Gary Kershaw? Por lo que he podido encontrar en el grupo y sus mensajes en la plataforma, parece que los estimó con un cien por ciento de probabilidad de reincidencia. Son los únicos dos con un premio tan prestigioso. ¿Por qué esos dos?

La pregunta de Tomek fue recibida con silencio.

—¿No tuvo nada que ver con sus asesinatos, verdad?

—Yo analizo los datos...

—Y transmite sus hallazgos, sí. —Tomek rodó los ojos internamente—. ¿Después se lava las manos y deja que alguien más haga el trabajo sucio?

Sin respuesta.

Tomek había tenido suficiente. Agradeció al hombre por su tiempo, le entregó una tarjeta de visita y le dijo que se pondría en contacto pronto.

Tomek no tenía intención de arrestar al hombre. Él no era el asesino. Solo era el analista de datos. Pero eso no significaba que no consideraría presionarlo de vez en cuando. Exprimir tanto análisis del hombre como fuera posible hasta que pudiera transmitir la información.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Un nudo del tamaño de un balón de fútbol se había hinchado dentro del estómago de Tomek. Hoy iba a ser un día de primeras veces.

La primera vez que presentaba a una novia a sus padres. Y la primera vez que honraba el aniversario de la muerte de su hermano con ellos en persona. Cada año recibía su invitación. Cada año la rechazaba. En vez de eso, iba al lugar del crimen de su hermano y se sentaba en los columpios, balanceándose silenciosamente en el viento. Pensando, contemplando, a veces hablando con su hermano. Cada vez sin obtener respuesta. Hasta hoy todavía no era capaz de visitar la tumba de su hermano.

Esta noche sabía a lo que se enfrentaba. Una noche de compartir: recuerdos, momentos, risas, bromas. Todas las cosas que no quería. Nada de eso iba a traer a Michał de vuelta. Nada. Ya poseía todos esos pensamientos en su cabeza. No necesitaba escucharlos una y otra vez, reciclando las mismas historias diez veces solo para satisfacer a su madre.

Pero esta noche, Katie había insistido. Lo había llamado demoníaco y de mal gusto por haber rechazado la invitación durante tanto tiempo. Dijo que podría ayudarlo a sanar las heridas, a reconstruir los puentes.

Él no tenía muchas esperanzas.

Llegaron a la casa, rodeada de oscuridad, y bajaron del coche. Ambos iban bien vestidos. Tomek con una camisa azul claro y unos

vaqueros que le abrazaban el trasero más ajustados que un tambor. Y Katie con un vestido azul oscuro, casi negro, que acentuaba todas las cosas correctas. Ella no había querido parecer que iba a un funeral, pero estaba lo suficientemente cerca como para que Tomek casi hubiera considerado detenerse en la morgue de camino.

Ella llamó a la puerta. Unos segundos después, la abrió Dawid, el hermano mayor de Tomek. A pesar de los cinco años de diferencia, Dawid parecía tan joven como —si no más joven que— Tomek. Era como si todos poseyeran un gen de Benjamin Button que inhibía el proceso de envejecimiento. Y Tomek lo odiaba por ello. Al crecer, Dawid siempre había sido el más atlético, el más guapo, el más intelectual, el más exitoso. Aquel al que todos admiraban, al que tenían en el pedestal más alto. Y eso había dejado a Tomek observando desde las gradas mientras Dawid completaba todos los hitos que Tomek nunca podría.

Una carrera exitosa de la que sus padres estaban orgullosos. Matrimonio con una esposa hermosa e igualmente exitosa. Una familia de tres niños trillizos.

Dawid el santo.

Dawid el puto héroe.

—Buenas noches —dijo Dawid, bajando para encontrarse con Tomek y abrazarlo—. ¿Has engordado? —preguntó—. Definitivamente tienes mucho más en los michelines desde la última vez que te vi.

—Sí —respondió Tomek—. Probablemente el peso que tú has perdido. Pareces enfermo, tío.

—Aneta me tiene con esta cosa de dieta.

—¿Una de esas donde no comes nada en absoluto y luego te preguntas por qué tu cuerpo está fallando? Muy de moda hoy en día, al parecer.

Dawid dirigió su atención a Katie y sonrió efusivamente.

—¿Y a quién tenemos aquí?

—Es del Ministerio del Interior —dijo Tomek—. Ha venido a deportar tu huesudo trasero y enviarte de vuelta a de donde viniste.

—¡Oh, no puedo esperar!

Dawid y Katie se presentaron y luego se abrazaron. Un poco demasiado tiempo para el gusto de Tomek, pero decidió no decir nada. Dawid les indicó que entraran primero a la casa y los condujo a la cocina en la parte trasera con el resto de la fiesta. Tomek apenas había entrado por la puerta cuando fue asaltado por una serie de balas de pistolas Nerf. Los pequeños proyectiles de espuma golpearon su pecho, muslo y zona de la ingle, haciéndole doblarse de dolor. Los autores del devastador ataque eran sus sobrinos. Kristian, Patryk y Jakub, de diez años.

—¿Qué coño está pasando? —gritó Tomek mientras chocaba contra la pared.

—¡Ese lenguaje! —resonó la voz de su madre desde el otro lado de la habitación.

—¡Me han disparado en los huevos!

—Te dispararé en los huevos en un minuto si no te comportas. Ahora pídeles disculpas.

A regañadientes, sintiéndose como si acabara de ser transportado treinta y cinco años atrás, hizo lo que le dijeron. Luego reconoció la presencia de su familia con un breve y torpe abrazo a su cuñada, a los sobrinos y finalmente a su madre. Cuando llegó a su padre, abrazó al hombre durante más tiempo y le dio una fuerte palmada en la espalda. De todos ellos, siempre se alegraba más de verlo a él.

—Todo el mundo, esta es Katie. Katie, este es todo el mundo.

Los niños fueron los primeros en presentarse. Lo hicieron apuntando a su estómago con balas y amenazando con abrir fuego contra ella.

—¡No! —gritó ella—. ¡Llevaos todo el dinero y corred! ¡Pero no disparéis! —Y entonces sacó una pistola imaginaria y les disparó a todos.

Para su sorpresa, las víctimas se derrumbaron en el suelo, agarrándose el estómago y los órganos vitales. Era la primera vez que veía eso. Normalmente, cuando él abría fuego contra ellos (a veces con un arsenal de miradas cabreadas e impresionadas), continuaban apuñalándolo y disparándole hasta que finalmente se hacía el muerto durante cinco minutos. Pero no con ella; en cuestión

de momentos Katie ya se los había ganado. Sorprendentemente eficiente para alguien a quien no le gustaban los niños, observó.

—La cena estará lista en diez minutos —anunció la madre de Tomek—. Habéis llegado justo a tiempo.

El momento adecuado, pensó Tomek. Lo suficientemente cerca de la cena como para poder terminar con las pequeñas charlas antes de que sus bocas se llenaran de comida. Sin duda se le ocurriría alguna excusa para irse temprano.

En el menú de esta noche, su madre había preparado algunos platos polacos, un surtido de carnes frías enrolladas en tubos, quesos cortados en cubos y rodajas, y palitos de kielbasa cortados por la mitad, todo sobre una cama de lechuga. Había hecho un total de tres, sabiendo que no quedaría nada al final de la comida. Y tenía razón: era un sálvese quien pueda. Las manos se zambullían desde todos los ángulos, arrebatando los diferentes platos de comida. Y Tomek, para evidente disgusto de Katie, era el peor. Sin darse cuenta, la había ignorado y se había servido todo lo que pudo. Mientras su plato estaba lleno, el de ella permanecía vacío. Y quedaba poco en la mesa para que ella pudiera elegir.

—Eres un cabrón egoísta —le llamó Dawid desde el otro lado. Luego levantó su plato hacia ella y le indicó que se sirviera—. Mi hermano siempre ha sido así. Siempre pensando en sí mismo, nunca en los demás.

—Especialmente cuando se trata de comida —añadió su madre—. Parece que también se ha estado sirviendo de todo en casa.

—Sí. Gracias, mamá.

Katie rechazó la oferta del plato de Dawid y en cambio tomó algo del de Tomek.

—¿Tomek te hace cocinar en casa, Katie? —preguntó su madre.

El nudo en el estómago de Tomek se apretó. Esto era. La parte de la noche que había estado temiendo. El interrogatorio de su familia. Desde todos los ángulos. Disparando tiros mucho más fuertes y dolorosos que cualquier bala Nerf.

—Compartimos las responsabilidades —dijo ella con un ligero matiz de reticencia. Como si decir demasiado pudiera meterlos en problemas de alguna manera—. Pero Tomek es un buen cocinero.

—Cuando quiere, estoy segura.

Tomek no dijo nada. No tenía nada que decir. Continuó comiendo y disfrutando de su comida. A lo largo de los años había aprendido a desconectar de las pullas e ignorar los comentarios. Durante la siguiente media hora, centraron su atención en Dawid y en lo bien que le iba en la vida. Como corredor de seguros, estaba encontrando cada vez más éxito con el paso de los años. Bien por él. A Tomek no le importaba un carajo por mucho que lo intentara.

Y tan pronto como la conversación giró hacia él y su carrera, comenzó a desconectar de nuevo.

—¿Cómo va esa investigación tuya, Tom? —preguntó su padre.

Ese hombre, de todos ellos, era el único capaz de obtener una respuesta de él. Se sentía obligado a responder.

—Lenta —respondió—. Hemos arrestado a nuestro principal sospechoso, pero todavía estoy convencido de que hay otro sospechoso ahí fuera en el que no hemos pensado todavía.

—¿Crees que habéis atrapado al hombre equivocado?

—No diría eso. Solo tengo la sensación de que hay más de uno, eso es todo. Alguien, en algún lugar, le está ayudando.

—Déjalo ir, Tomek —añadió su madre.

—¿Perdona?

—Tú y dos asesinos. Siempre piensas que hay alguien más involucrado. Primero fue tu hermano, y ahora...

Tomek tiró su servilleta sobre el plato y se apartó de la mesa con tanta fuerza que su silla se volcó.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—No vas a ninguna parte —comenzó ella, pero ya era demasiado tarde. Tomek había levantado a Katie de su asiento y se dirigía hacia la puerta—. ¡No puedes irte de la mesa! Si te vas ahora no solo nos estás faltando al respeto a nosotros, sino también a tu hermano. — Su madre miró hacia el cielo.

Tomek se detuvo en la puerta. Las compuertas de la ira comenzaban a abrirse. Y necesitaba irse antes de decir algo de lo que se iba a arrepentir, pero cuando abrió la boca, alguien se le adelantó.

—Lo siento —dijo Katie, con voz autoritaria y severa—. Sé que no me corresponde decirlo, pero la forma en que tratan a su hijo es despreciable, y deberían avergonzarse de ustedes mismos. Todos ustedes. Él no es más que amable, gentil, cariñoso, y es más adulto de lo que ustedes le reconocen. Le tomó mucho coraje venir aquí esta noche. ¿Sabían que todavía se culpa por lo que le pasó a su hermano? Que no pasa un día sin pensar en él. Estoy segura de que es lo mismo para el resto de ustedes; no son los únicos que perdieron a un familiar ese día. Él también. Y fue él quien lo encontró. ¿Alguna vez se han detenido a ponerse en *sus* zapatos, a ver lo que *él* ve, a sentir lo que *él* siente, a pensar lo que *él* piensa? Por supuesto que no, porque todos siguen aferrados a la culpa que tienen sobre él. Han pasado treinta años. Creo que es hora de que todos sigan adelante.

Silencio. Profundo, hermoso silencio. Tomek luchó contra la sonrisa en su rostro y la sacó de la habitación antes de que alguien pudiera responder. Ella los había puesto en su lugar, les había dicho exactamente cómo se sentía, y en ese momento él se enamoró más y más profundamente de ella. Venir a casa de sus padres no había sido la mejor decisión, pero ciertamente había sido la correcta.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Más correr. Más gritos. Más de lo mismo.

Esta vez, nada nuevo. Lo cual me sorprende. Mamá, papá y Dawid no fueron capaces de joderme los pensamientos al final. No tienen ningún impacto en mis recuerdos, mis pesadillas, lo que recuerdo. Podría dejarlos a todos atrás y aún seguiría recordando el contorno borroso de ese rostro. Y el nombre.

Charlie.

Char-Leigh.

Pero lo único constante permanece. La única persona que me hace feliz y me ha dado la energía y concentración para explorar más los sueños. No lo hemos hablado mucho entre nosotros. Ella sabe que es una conversación difícil para mí, pero ha sido tan comprensiva. Estoy tan feliz de que haya entrado en mi vida. Sin ella, el asesino de Michał podría perderse para siempre. Y ahora tenemos algo de esperanza.

Yo tengo algo de esperanza.

Y que dure mucho tiempo.

Katie, nunca leerás esto, pero te amo. Te amo, te amo y te amo.

Ahora me voy a ver algo de fútbol o un programa violento de televisión como un hombre de verdad.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

La hora de comer. El rugido del estómago de Tomek ahogaba el resto de los ruidos en la oficina. El tecleo, las discretas conversaciones telefónicas, el constante clic de los ratones de ordenador.

Pero estaba demasiado ocupado para alimentarse. El descubrimiento del grupo en línea había consumido cada pensamiento, acción y aliento del equipo. Entre todos estaban decididos a encontrar al asesino. Y Tomek había pasado las últimas horas examinando el foro de mensajes, leyendo cada línea, cada frase, cada signo de puntuación ausente y cada error gramatical. El asesino acechaba en algún lugar del grupo y, como un exterminador, necesitaba hacer salir al roedor.

Sin embargo, estaba resultando difícil. A pesar de que el grupo se encontraba en una parte apartada del ecosistema de Facebook, donde muy pocos (si acaso alguno) lo veían, sus miembros eran sorprendentemente reservados. Una combinación de respuestas de una sola palabra y frases complacientes. Alguna pregunta ocasional aquí y allá. Una frase que soltaba el nombre de un posible objetivo. Pero nada concreto. Nada que sugiriera que un asesino estaba entre ellos.

Era difícil no sentirse derrotado, así que Tomek intentó animarse con un Subway de la calle principal. Un BLT, su favorito. Con queso extra, mayonesa y jalapeños.

Cuando volvió a su escritorio, algo llamó su atención que le hizo perder el apetito.

Habían publicado un mensaje en el foro desde que había salido de la oficina.

Planchadores. Harrison Coady. Recién liberado de la prisión HMP Winchester. Será trasladado a Leigh-on-Sea para un futuro más seguro. Uno para vigilar. ¿Alguien va a hacerle una visita?

Tomek leyó la publicación dos veces, tres veces. Buscó en su mente una frase similar a la última. *¿Alguien va a hacerle una visita?* En todos los mensajes, comentarios y publicaciones que había devorado, nunca había reconocido esas palabras antes. ¿Se estaban dirigiendo al asesino? ¿Pidiéndole que eliminara a Harrison Coady definitivamente?

Tomek saltó de su silla y corrió a la oficina de Tony. Entró sin llamar y encontró a Tony rascándose en una posición comprometedora.

—Jesús, Tomek —dijo el hombre, mientras sacaba la mano de su trasero—. ¿Nunca tuviste puertas cuando eras niño?

—No en los páramos de la Polonia poscomunista, señor.

Tony suspiró y puso los ojos en blanco. —¿Qué quieres?

—Quiero no volver a tocar tu mano nunca más, si no te importa.

—Cállate. Ahora, ¿qué es tan importante que no puedes llamar?

—Creo que hay otra víctima en el horizonte.

Sin esperar, Tomek se abalanzó hacia el otro lado del escritorio y extendió la mano hacia el ratón del ordenador de Tony. Afortunadamente, se contuvo antes de tocarlo.

—Hazlo tú. No voy a tocar eso después de ver dónde ha estado tu mano.

—Fue *por fuera* de los pantalones —dijo Tony, mientras despertaba la pantalla del ordenador con un movimiento del ratón.

—No lo hace mejor —respondió Tomek, y procedió a dirigir a Tony hacia la publicación de Facebook.

Le dio al hombre unos momentos para leer y asimilar la información. Cuando lo hizo, su boca se abrió y se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué piensas, señor?

—Que la vida de Harrison Coady está en peligro.

Tony se levantó de su asiento, pero Tomek lo detuvo. —¿Adónde vas?

—Tenemos que enviar un equipo a su casa, para advertirle.

Tomek saltó al otro lado del escritorio y bloqueó la salida de Tony. —Vamos a parar un momento —dijo—. He tenido una idea. Pero antes de que vayas a ninguna parte, necesitas lavarte las manos primero.



—Vamos, cuéntanos tu idea.

Tony, Sean y Rachel habían sido convocados a la oficina del DCI Cleaves para escuchar la idea de Tomek.

Tragó saliva antes de empezar. —Si hay algo que sé sobre los pedófilos, y admito que es algo que aprendí recientemente, es que no importa cuánto quieras advertirles sobre el peligro potencial en que se encuentra su vida, no están dispuestos a hacer nada al respecto. Gary Kershaw, por ejemplo... todavía intentó quedar con la chica del abrigo rojo aunque sabía lo que le había pasado a Timothy Rosenthal. Lo mismo podría ocurrir aquí con Harrison Coady.

—¿Entonces cuál es tu propuesta? —preguntó Nick.

—Que pongamos algo de vigilancia sobre él. Solo un par de nosotros, observándolo, asegurándonos de que nadie venga a hacerle daño.

—¿Estás sugiriendo que lo usemos como cebo?

—Estoy canalizando a mi Jimmy Hunter interior —respondió con sarcasmo.

—Esperemos que no el lado más oscuro, el de la pedofilia —comentó Sean, con un golpe amistoso en el brazo.

—Buena esa.

Pero Tomek no le vio la gracia. Durante su búsqueda en el grupo de Facebook de Extreme Ironing, había detectado varias instancias y menciones de que un individuo dentro de la policía supuestamente

estaba en el lado equivocado del patio de recreo infantil. Y cualquier mención había hecho que su sangre hirviera.

—¿Crees que estamos hechos de dinero? —preguntó Nick, con un fuerte suspiro.

—Tú, quizás no. Pero el servicio sí.

—No con el presupuesto que ya hemos gastado en la dulce suma de una mierda hasta ahora en esta investigación. Lo que estás sugiriendo es una tonelada de horas extras.

—La vida de alguien podría estar en peligro, señor. ¿No quiere hacer todo lo posible para evitarlo?

Nick lo consideró por un momento. Se frotó las manos. Suspiró. Sabía que Tomek lo tenía agarrado por los pelos cortos y rizados. Una amenaza creíble contra la vida era suficiente para justificar una operación de vigilancia. Independientemente de para quién fuera.

—Bien —dijo finalmente—. Pero os turnáis todos. Vigilaremos a Harrison Coady durante un par de días y veremos cómo van las cosas. Si no ocurre nada para entonces, os saco a todos.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Tomek había visto el Southend Football Club. Más de veinte años, de hecho. O quizás más, aunque no le gustaba pensar en el número exacto. Había sido una excursión escolar única con el equipo de fútbol de su colegio, y él había sido uno de los recogepelotas durante el partido Southend-Doncaster. Podía recordar el rugido de la multitud, la atmósfera, la adrenalina que sentía cada vez que la pelota venía hacia él. La sensación intensificada cuando el balón golpeaba la red. El partido había terminado 3-1 a favor del Doncaster, pero fue una noche que nunca olvidaría.

Y esperaba que esta noche fuera igual.

Southend contra Woking.

Diez mil aficionados al fútbol de Surrey y Essex reuniéndose en la National League, la categoría profesional más baja del fútbol inglés. El punto álgido del éxito reciente del Southend había llegado a mediados de la década de 2000, cuando se encontraron en el Championship y vencieron al Manchester United 1-0 en una fría noche de noviembre. Desde entonces, su caída había sido nada menos que catastrófica. Debido a una serie de dificultades financieras y prohibiciones de fichajes, el estadio, Roots Hall, estaba en mal estado, el personal y los jugadores no habían recibido sus salarios en meses, y como resultado, el equipo había descendido rápidamente en la pirámide del fútbol, causando angustia a sus miles de seguidores.

Tomek sabía lo que se sentía al ver a su equipo descender. Le había sucedido al West Ham más veces de las que le gustaba mencionar, pero siempre habían rebotado hacia la máxima categoría. No podía imaginar lo que debía sentirse al hundirse por los peldaños del fútbol inglés.

El deporte había sido una pasión de toda su existencia. Desde que podía caminar, estaba pateando un balón con sus hermanos en el jardín trasero o en el campo frente a su casa. Ganándose broncas por romper los invernaderos de los vecinos y estrellar la pelota contra sus coches. Ciertamente, no era lo suficientemente bueno para hacerlo profesionalmente (lo que en algún momento había sido su sueño, como lo era para la mayoría de los chicos en alguna etapa de su desarrollo), pero la pasión y *cierta* habilidad técnica estaban ahí. Tanto que la había llevado hasta su mediana edad. Los fines de semana, cuando las limitaciones del trabajo lo permitían, él y Sean jugaban para el Southend Police Football Club. Tenían sus propios uniformes, y su posición era la de centrocampista. El ancla en el campo. El comandante. El capitán. Le había preguntado a Katie si quería verlo jugar, pero debido al horario de apertura de la tienda, nunca podía, lo que era una lástima porque le habría encantado tenerla allí, presumiendo frente a ella, exhibiendo sus plumas como un pavo real.

Abrazándose estrechamente para mantener el frío a raya, se abrieron paso a través de los torniquetes en las puertas y se dirigieron a sus asientos entre los cientos de aficionados excitados. Tomek les había comprado una pinta de Coca-Cola y un perrito caliente a cada uno. No era mucho, pero todo contribuía a la auténtica experiencia futbolística que quería que ella tuviera.

—¿Te estás divirtiendo hasta ahora?

Lo que quedaba de su cara —detrás de la bufanda, el gorro y la capucha— le dijo que la respuesta era no. Estaba demasiado entumecida para moverse adecuadamente. Él la acercó y la envolvió con su brazo, frotando sus brazos y besándola en la frente.

El frío, durante el invierno, era la verdadera prueba del apoyo de un aficionado. A veces el clima se volvía atroz —vientos huracanados, nieve, temperaturas bajo cero, lluvia— pero él

perseveraba y continuaba asistiendo a los partidos en casa del West Ham siempre que podía. Y las personas con las que compartía el amor por el deporte, los extraños en el bar, los borrachos, odiosos pero adorables capullos en el tren de regreso a casa —eran como una familia desquiciada y única para él. El fútbol era su escape. Y amaba cada segundo de ello. Ganara o perdiera.

Sin embargo, el frío de Katie no duró mucho. Poco después del inicio del partido, la observó entusiasmarse, gritando y animando a los jugadores cada vez que alguien se deslizaba para una entrada demoledora o disparaba a portería. La mayoría de las reglas y tácticas le pasaban por encima de la cabeza, y le pedía explicaciones casi a cada instante, pero a él no parecía importarle. Parecía estar disfrutando, y eso era todo lo que él podía haber pedido.

Cuando llegó el descanso, el ceño fruncido en su rostro se había nivelado. Y al final del partido, se había convertido en una sonrisa de calidez y emoción. Resultado final: 3-1 para el Southend.

—No ganan todo el tiempo —le dijo él, mientras empezaban a salir del estadio.

—Quizás entonces fue solo por mí.

—Les dije que venías. Por eso se esforzaron más.

Poco después, se encontraron en medio de una multitud jubilosa y borracha de Southend que fluía a través del estadio. Tomek se dejó llevar y comenzó a cantar con ellos. Un hombre a su lado, el más valiente del estadio cuya camiseta había desaparecido, miraba a Tomek, cantando un cántico. Cerveza en mano. Tomek lo rodeó con su brazo y juntos hicieron un horrible falsete.

Dos extraños, hablando tonterías y cantando.

Dos extraños, brazo con brazo, jurando que se amaban el uno al otro.

Dos extraños, que nunca se volverían a encontrar, pero que en ese momento habían compartido algo especial.

Esa era la belleza del deporte. Por eso Tomek lo amaba.

Al salir del recinto, los miles de aficionados se dispersaron por las calles de Southend, de vuelta a sus vidas. Algunos se dirigieron hacia la estación, otros hacia la parada de taxis en la calle principal, mientras que Tomek y Katie se dirigieron hacia el aparcamiento.

Para su sorpresa, estaba vacío. Excepto por una mujer parada junto a su coche al lado del de Tomek.

Al principio no la reconoció, pero luego, cuando sus rasgos entraron en su campo de visión, deseó no haberlo hecho.

—¡Tom! —dijo ella—. ¿Qué haces aquí?

—Acabo de ver el partido —Tomek acercó más a Katie hacia él. Podía sentir su cuerpo tensándose—. ¿Qué haces tú aquí?

—Lo mismo que tú.

—¿Ahora te tienen escribiendo sobre deportes?

Abigail sonrió con suficiencia, mirándolo coquetamente. —De alguna manera tenemos que ganarnos la vida. Solo somos un equipo de cinco personas. Somos los ojos y oídos de Southend, como dicen. Necesitamos ser capaces de ver y oír todo.

—Me lo imagino. —Un momento de silencio incómodo cayó entre ellos como una roca, infranqueable e inamovible. Abigail no hacía ademán de irse, y Tomek ya no sentía sus pies. Así que estaban atrapados allí—. Perdón —comenzó—, ¿dónde están mis modales? Abigail, esta es Katie, mi pareja. Katie, esta es Abigail, la reportera que me tiró a los leones en su artículo sobre la Operación Highlander.

Abigail ignoró el último comentario y estrechó la mano de Katie. Todo muy formal. —Así que esta es la afortunada —dijo—. Sean me ha contado tanto sobre ti.

—*Y* sobre el caso, supongo —dijo Tomek antes de que Katie pudiera responder.

—Comparte lo que puede.

—¿Pero a él no lo criticas en tus artículos?

—Eso es porque no necesito hacerlo.

—Y ayuda cuando te acuestas con él...

Los ojos de Abigail centellearon, y Tomek supo inmediatamente cuál sería su respuesta. Pero era demasiado tarde. La bala había salido del cañón y no había forma de detener la inminente destrucción. —Tuviste tu oportunidad hace mucho tiempo —dijo ella.

La piel de Tomek se erizó. Sabía que no había forma —absolutamente ninguna forma— de que Katie no hubiera escuchado nada de eso. Que la sonrisa en su rostro era solo una fachada, y que

estaba esperando hasta que entraran en el coche para desatar toda la extensión de su ira. Quedaba por ver si estaría dirigida a él o a Abigail.

Lo descubrió poco después de salir del aparcamiento.

—Intentaste acostarte con ella, ¿verdad?

Allá vamos, pensó.

—No. No fue así.

—¿Entonces cómo fue?

—Un estúpido beso borracho una vez en una ceremonia de premios. Ella quería algo más. Yo no.

—¿Y no ha pasado nada desde entonces?

Tomek dudó. —Ella lo ha intentado, pero siempre le he dicho que no. Para mantenerlo... profesional. —Le mostró una sonrisa incómoda de por-favor-no-me-regañes por accidente.

—No es momento para alimentar tu puto ego, Tomek. ¿Y quién se cree que es llamándote *Tom*? Nadie te ha llamado nunca así. Con quizás la excepción de tu padre. Pero no yo. No tu madre, ni tu hermano. ¿Se cree que es especial?

Tendrás que preguntárselo a ella.

Pensándolo bien, probablemente no era la mejor idea.

—Solo está intentando remover mierda —le dijo—. Es periodista, eso es lo que hace. Se interpone entre tú y algo más para conseguir lo que quiere. Como la otra semana cuando me pidió una declaración. Prácticamente me arrinconó.

—Oh, te gustó eso, ¿verdad?

—¿Qué?

—Estar tan cerca de ella otra vez. —Katie miró por la ventana, incapaz de mirarlo a los ojos—. Más te vale no estar mintiéndome —continuó—, o te cortaré los huevos. No me gustan los mentirosos y no me gustan los tramposos. Si descubro que has...

—No he hecho nada, te lo prometo. Solo estás siendo tonta. Fue hace mucho tiempo, y lo corté tan rápido como pude. Además,

ahora está saliendo con Sean...

Tomek no sabía qué más añadir a eso; esperaba que fuera suficiente para aliviar un poco sus temores. Cuando llegaron a su casa, ella se fue directamente a la cama y lo dejó solo para ponerse al día con algo de televisión. Su primera pelea seria. *Su* primera pelea seria en mucho tiempo. Y no sabía cómo lidiar con ella.

Así que decidió dejarlo, empujarlo al fondo de su mente y olvidarse de ello. Justo como había hecho con todo lo demás en su vida.

CAPÍTULO
CINCUENTA

El bacon, con su bondad salada y grasienta, lo curaba todo. Resacas, depresión, hambre.

Incluso discusiones.

Pero no, como estaba a punto de descubrir, esta.

Al detenerse en la entrada, agarró el paquete de 12 lonchas de bacon ahumado del asiento del copiloto y apagó el motor. Mientras metía la llave en la cerradura de la puerta principal, sintió que le rugía el estómago. Ya anticipaba el bacon, el huevo, la tostada.

Cuando abrió la puerta, encontró a Katie sentada en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho, una pierna descansando sobre la otra, moviéndose arriba y abajo. La expresión de furia en su rostro.

—¿Qué haces despierta? —le preguntó—. Intenté no despertarte antes de que yo...

A su lado, oculta detrás de su pierna, había unas bragas de mujer. Rosas. De encaje. Con un pequeño lazo en la parte delantera. Las sostuvo en el aire, esperando que él supiera qué era.

—¿Quieres...? Iba a prepararnos el desayuno primero, pero supongo que...

—Encontré estas en el sofá, desgraciado.

Oh-oh.

—¿Y no son tuyas?

—Por supuesto que no son mías. ¡Nunca me pondría algo tan vulgar como esto! ¡Míralas, no hay casi nada!

Doble oh-oh. Un jodido gran oh-oh.

—¿Con quién te estás acostando? ¿A quién te has estado follando a mis espaldas?

A pesar de la vulgaridad y la agresividad en su voz, Katie estaba extrañamente tranquila. Lo que le asustaba más que si le hubiera estado arrojando platos o gritándole en la cara. Presentía que la furia completa de su ira estaba a punto de llegar.

—No... a nadie —dijo lentamente, mientras su mente intentaba frenéticamente pensar de dónde habían salido y a quién pertenecían.

Y entonces se dio cuenta. Molly. La chica de la noche del asesinato de Timothy Rosenthal.

¿Se había acostado con ella esa noche? No podía recordarlo. ¿Había estado completamente vestida cuando la metió en el taxi? Al menos eso creía. Se había marchado con tanta prisa que no había tenido tiempo de comprobarlo.

—¿Quién es ella? Contéstame.

—Es un error —dijo, sabiendo que ninguna respuesta que diera sería suficiente para sacarlo del profundo hoyo en el que se encontraba—. Las han dejado por error. Alguien de hace mucho tiempo. Una tal Molly...

—¡Así que no solo has besado a todas las chicas de Essex, sino que también te las has follado!

—Absolutamente no.

—¡A mí me parece que sí, joder!

—Sí. —Asintió, tratando de pensar en una respuesta—. Entiendo por qué puedes pensar eso. Pero definitivamente no es el caso. Definitivamente no.

—Parece que alguien tiene un caso severo de "definitivamente" —dijo ella, con el rostro impasible—. Eso no te va a salvar ahora. Nada puede salvarte a menos que te expliques.

Y así lo hizo. Le contó todo en detalle. Los pormenores de lo que había sucedido aquella noche. Cómo había ocurrido poco después del asesinato de Timothy Rosenthal, y cómo se había visto obligado a deshacerse de ella con prisa.

—¿Es que no tienes ningún respeto?

—Por supuesto que sí.

—Mentira. Eres un cerdo. Un tío típico, como todos los demás.

—Katie...

—Sabía que eras como los demás. Supongo que pensé que podría cambiarte de alguna manera...

—Katie, por favor.

Ella lo ignoró, y mientras se levantaba del sofá, le arrojó la ropa interior a la cara, luego subió las escaleras furiosa. Unos minutos después regresó, completamente vestida con su bolso en la mano. No se despidió mientras lo dejaba con las doce lonchas de bacon.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Había llegado el momento de que Tomek y Sean se sentaran en el coche de policía sin distintivos, en medio de una concurrida calle residencial, en el corazón de Leigh-on-Sea, durante las próximas doce horas. Para prepararse, habían traído un picnic con auténticas delicias. Un paquete de seis latas de Coca-Cola, botellas vacías para orinar, un paquete múltiple de patatas fritas Walkers y una caja de selección de Cadbury. También había un par de ensaladas de pasta y menús preparados de Tesco ahí con ellos, pero no les importaban demasiado. Solo tenían ojos para las cosas buenas (o malas, según tu perspectiva).

—¿Bebida?

—Por favor.

Tomek estiró el brazo hacia la parte trasera del coche y abrió el paquete de latas de Coca-Cola. Luego le pasó una a Sean. El siseo de la lata al abrirse resonó por toda la cabina, y dio un sorbo. Tan pronto como el sabor fresco y refrescante tocó sus labios, deseó estar en otro lugar, sentado en el jardín de un pub con el fútbol de fondo y una pinta de Peroni en la mano. Dejando que el sol penetrara en su piel.

En cambio, se encontraba en un Volvo de quince años, en un asiento que había sido desgastado por más traseros que kilómetros tenía el coche en el cuentakilómetros, rodeado por el hedor a sudor y cigarrillos que se había impregnado en la tela.

Sean levantó la lata en el aire. Tomek no necesitó que le dijeran qué hacer.

Clink.

—Hace tiempo que no hacemos esto —dijo Sean.

—No creo que hayamos hecho *esto* nunca.

—No, me refería a nosotros dos solos. Un par de latas en la mano, algunas más atrás. No he ido al pub en semanas.

—Yo tampoco —dijo Tomek, sintiendo una oleada de culpa que lo invadía. Desde que su relación con Katie había evolucionado a su estado actual, había descuidado a su mejor amigo. En las últimas semanas se habían visto muy poco, tanto en el trabajo como a nivel personal. Quizás ahora era el momento de ponerse al día.

No es que tuvieran otra cosa que hacer.

—Tal vez esto es lo que deberíamos hacer a partir de ahora —continuó Sean—. Beber Coca-Cola en lugar de cerveza por el resto de nuestras vidas.

—Quizás nos estamos haciendo demasiado viejos para todo eso —respondió Tomek.

—¿El pub?

—Sí. Tal vez. No sé.

Sean resopló.

—Vaya, realmente es serio, ¿verdad? Nunca pensé que escucharía esas palabras salir de tu boca.

—Vete a la mierda.

—¿Ya has conocido a la familia?

—¿Cuenta su compañera de piso y la hija de la compañera? Porque las he visto un par de veces.

—Vaya. La familia extendida. Las cosas *deben* ir muy bien entre vosotros entonces.

Ese era el problema. No iban bien. Para nada. Exactamente todo lo contrario, de hecho. Y Tomek no sabía qué hacer al respecto. No sabía cómo procesarlo. Peor aún, ni siquiera sabía cómo hablar de ello. Sean era su amigo más cercano, lo había sido durante más de quince años, y si no podía hablar con él, ¿entonces con quién?

En cambio, se suponía que debía interiorizarlo y lidiar con ello por sí mismo. No hablar con nadie, mantenerlo todo encerrado en su

interior. Era el problema al que se enfrentaba él, y millones de otros hombres. Él más que nadie; era a lo que había estado acostumbrado toda su vida. Nunca poder discutir sus pensamientos y sentimientos con su familia, sus amigos. Porque no lo entenderían. ¿Cómo podrían sus amigos de trece años (la edad en la que realmente los hizo) haber entendido lo que le había sucedido a su hermano y cómo se había sentido al respecto cuando ni un profesional pagado pudo hacerlo? ¿Cómo podrían sus padres, que le echaban la culpa cada día por el agujero que se había formado en sus vidas de la noche a la mañana, entenderlo cuando no le habían mostrado ni una pizca de cuidado o compasión?

Se había visto obligado a lidiar solo con sus pensamientos, emociones y sentimientos entonces.

Y no sería diferente ahora.

—Sí —dijo—. Las cosas van bastante bien.

Otra mentira. No solo a Sean sino a sí mismo. Pero la peor mentira que se contaba era que quizás era lo que se merecía. Que era su culpa que su relación estuviera fuera de control. Su culpa por haber cometido todos esos errores en el pasado, con Abigail, con Molly. Su culpa por no haber sido capaz de mantener una relación estable por más de un fin de semana.

Porque era lo que se merecía.

El universo castigándolo por lo de Michał.

—¿Qué hay de ti y Abigail? —preguntó Tomek, esperando un cambio en la conversación.

Sean se encogió de hombros.

—Bah.

—Oh, lo siento, tío.

—Sí. Ha estado distante los últimos días. No puedo culparla. He estado ocupado, y ella también. Pero... si soy sincero, creo que es por ti.

No había acusación ni enfado en su voz, solo un tinte de desesperación.

—¿*Por mí*? —preguntó Tomek, como si no supiera ya por qué.

Sean colocó la lata de Coca-Cola en el portavasos de la consola central.

—Me contó lo del beso...

—Ah...

—Sé que fue hace mucho tiempo, y no estoy enfadado contigo ni nada —tienes derecho a hacer lo que quieras como hombre soltero— pero ella parece seguir pensando en ello. Siempre está hablando de ti, preguntando por ti. Aparentemente te vio el otro día en el partido.

—Sí.

—Por lo que dice, parecía como si la hubieras desnudado con la mirada y luego lo hubierais hecho de verdad en la parte trasera del coche.

—Lo siento, tío... —Tomek hizo una pausa. Pensó en compartir con él la reacción de Katie. Después de todo, si Sean era lo suficientemente valiente como para ser sincero con él, entonces él debería hacer lo mismo. Pero luego lo pensó mejor. Quizás en otro momento—. Honestamente, fue un error aquella noche. No debería haberlo hecho, y solo para que lo sepas, nunca he intentado nada desde entonces. Ni lo haría jamás.

Sean sonrió detrás del dolor en sus ojos.

—Lo sé, tío. Y lo aprecio. Eres un buen amigo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Todavía te apetece hacer esa cita doble?

—Quizás deberíamos —dijo Sean con una risita—. Dejarlas a ellas dos pelearse mientras nosotros nos escabullimos a la barra.

—Y nos tomamos un par de latas de Coca-Cola.

Sean levantó su lata en el aire y brindaron por la idea.

Poco después, perdieron la noción del tiempo. Las horas intermedias las habían pasado poniéndose al día, recordando y hablando tonterías hasta que estallaron en carcajadas.

No fue hasta que la hora en el tablero cambió a las 7 p.m. que la calle cobró vida. Los trabajadores regresando de sus aburridos y monótonos trabajos en la ciudad; niños volviendo a casa después de

jugar en los campos con sus amigos. Y Harrison Coady saliendo de la casa con una gruesa chaqueta acolchada.

—Movimiento —dijo Tomek, tan pronto como vio la sombra moverse a través del cono de luz que provenía de la farola frente a su casa.

—Me pregunto a dónde irá el pequeño demonio —dijo Sean, mientras arrancaba el motor.

Hasta ese momento, no había habido actividad en la casa de Coady, y Tomek se había estado preguntando si había tomado la decisión correcta al insistir en la operación de vigilancia. Pero, dado que los asesinatos anteriores habían ocurrido en la oscuridad, sus convicciones parecían estar resultando acertadas.

—Todos los monstruos salen a jugar por la noche —dijo.

Observaron a Harrison Coady bajar de la acera y apresurarse hacia su coche al otro lado de la calle. Afortunadamente, estaba estacionado en la misma dirección que ellos, por lo que cuando salió a la carretera, pudieron seguirlo sin riesgo de perderlo mientras maniobraban en la calle.

No se le ocurrió a Tomek que Coady podría estar dirigiéndose hacia su muerte hasta que llegaron a Chalkwell Park diez minutos después.

El sudor recorrió la piel de Tomek mientras observaba a Coady salir del coche y, envuelto por la oscuridad, serpentear su camino a través de la entrada hasta un banco cerca de un gran roble.

—¿Qué hacemos? ¿Quedarnos o irnos?

—No es momento para recitar letras de The Clash —dijo Tomek, mientras abría la puerta del coche y se dirigía hacia la entrada del parque.

Se detuvo justo fuera de la puerta. Una figura, ligeramente más pequeña que Harrison, se había sentado junto a él en el banco. Tomek entrecerró los ojos para ver mejor. La poca luz hacía que fuera casi imposible. ¿Era esta la chica del abrigo rojo, o alguien más? ¿Estaba el asesino observando desde los márgenes, esperando para abalanzarse sobre Coady?

Y entonces se dio cuenta de que esto no coincidía con ninguno de los asesinatos anteriores. Era demasiado abierto, demasiado

obvio. Demasiado temprano. Cierto, Timothy Rosenthal había muerto en un huerto, pero había sido en plena noche, y era un lugar frecuentado solo por parejas clandestinas y voyeurs. Chalkwell Park, por otro lado, era un lugar popular para adolescentes, paseadores de perros y corredores nocturnos. Sin mencionar que eran solo las siete en punto, y el tráfico alrededor del parque era mucho más significativo que el del huerto.

No, esto no era un asesinato a punto de ocurrir.

Esto era Harrison Coady tratando de divertirse.

Tomek se dirigió hacia el banco, moviéndose rápidamente, pero tan silenciosamente como era posible. Con Sean pisándole los talones.

A medida que se acercaba a ellos, las facciones de la joven se volvieron más nítidas. Era joven, sí, pero no tan joven como la chica del abrigo rojo. Calculó que tendría trece años, tal vez uno o dos menos. Tenía el pelo largo y rubio recogido en una coleta, y estaba vestida para el verano en lugar del frío otoñal que barría entre los árboles.

—Te ves muy linda esta noche —dijo Coady desde la distancia—. ¿Tu madre te hizo alguna pregunta antes de que salieras?

Antes de que la chica pudiera responder, Tomek y Sean se detuvieron frente a ellos.

—¿Harrison Coady? —comenzó Tomek.

—Oh, mierda.

—Oh, mierda, en efecto. —Tomek mostró su credencial frente a la cara de Coady, pero con la poca luz era difícil que la viera. Independientemente, él sabía quién era Tomek y sabía para qué estaba allí.

—Yo...

—Creo que será mejor que te llevemos a la comisaría, ¿no te parece?

Tomek se volvió hacia la adolescente.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Estás a salvo ahora, ¿de acuerdo? Mi colega te llevará al coche y llamaremos a tus padres. Luego te llevaremos a la comisaría y nos

aseguraremos de que todo esté bien.

Sin decir nada más, la chica se levantó y siguió a Sean hasta el vehículo. Mientras se alejaban, Tomek podía oír a Sean pidiendo refuerzos.

—Simplemente no pudiste controlarte, ¿verdad, colega? —preguntó Tomek.

—No sabes cómo es...

Eso era cierto. Tomek no lo sabía. Y nunca quería saber cómo era poseer el mismo tipo de enfermedad que Coady, Rosenthal y Kershaw. Todos eran hombres muy enfermos que no parecían mejorar, sin importar cuánto tiempo hubieran pasado en prisión.

Mientras Tomek conducía a Coady al vehículo policial que llegó cinco minutos después, se preguntó si alguien podría alguna vez curarse de su enfermedad.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

Annalise Keesing había tenido la opción de elegir entre un chocolate caliente, agua o una lata de Fanta. Eligió el chocolate caliente. La niña de trece años estaba sentada en una de las dos salas de sensibilidad de la comisaría. Dentro había dos sofás, un televisor y un espejo de maquillaje. Con ella estaban sus padres, sentados uno a cada lado, protegiendo a su preciada hija. La sala estaba diseñada para víctimas de agresiones sexuales, y había sido construida específicamente para ponerlas cómodas, relajarlas antes de que se vieran obligadas a revivir el horror de lo que les había sucedido.

Dada la edad y el género de la víctima, Tomek se vio obligado a observar desde una pantalla en la sala de incidencias. También significaba que la agente Chakrabarti y la agente Kaczmarek, como oficiales de enlace familiar, eran las únicas autorizadas para entrevistarla.

Entraron juntas a la sala con naturalidad y ofrecieron a la familia su más cálida bienvenida.

—¿Podemos traerles algo más? —preguntó Nadia—. ¿Un té para mamá? ¿Para papá?

Nadie quería nada, excepto terminar con esto cuanto antes y volver a casa lo más rápido posible.

—Bueno, Annalise, queremos hacerte un par de preguntas, si te parece bien —continuó Nadia una vez que se había acomodado en

su silla. Se sentó con una mano sobre su estómago y la otra en el brazo del asiento.

—Está bien —respondió Annalise con confianza, sin ningún indicio de temor o miedo en su voz.

—¿Sabes el nombre del hombre con el que te ibas a encontrar esta noche? —preguntó Nadia.

—Me dijo que era Harrison... Harrison Coady.

—Correcto. ¿Y cómo acordaron encontrarse en el parque?

—Él me preguntó si quería ir allí. Habíamos estado hablando durante un par de días antes de eso.

—¿Cómo se comunicaban?

—A través de Snapchat.

Snapchat. La aplicación de redes sociales donde los mensajes y fotos se eliminaban poco después de ser abiertos y leídos. La aplicación que podría dificultar la recuperación de cualquier tipo de datos incriminatorios.

—¿Y qué tipo de cosas te decía el Sr. Coady?

—Me dijo que era bonita.

—Ya veo.

—Y que pensaba que debería ser modelo. Me dijo que trabajaba para una agencia de modelos.

—¿Fue por eso que quería conocerte?

—Sí. Pero dijo que era un secreto muy importante y que no podía contárselo a nadie.

Los padres de Annalise se tensaron a ambos lados de ella. Tomek observó cómo su padre se retorcía incómodamente en el sofá mientras luchaba contra el impulso de decir algo.

—Y, debo hacer esta pregunta, pero tómate tu tiempo para responder si lo necesitas... ¿alguna vez el Sr. Coady te pidió que le enviaras fotos?

Annalise no necesitó tiempo; asintió inmediatamente. Se escuchó un pequeño jadeo de uno de sus padres. La cara de su padre se contrajo de dolor, y la de su madre se aflojó de conmoción.

—¿Estabas desnuda en alguna de estas fotos? —Esta vez fue Anna quien hizo la pregunta.

—Casi. Estaba en ropa interior. No me sentía cómoda quitándome nada más.

—¿Él te lo pidió?

—Me pidió ver mi vagina.

Otro jadeo. Más contorsión.

Tomek se sintió enfermo y tragó con fuerza para reprimir las náuseas. No estaba seguro de cuánto más podría soportar escuchar.

La conversación continuó durante otros treinta minutos. Cada minuto que pasaba traía consigo más revelaciones sobre la depravación de Harrison Coady. Y cada minuto aumentaba el respeto y la admiración de Tomek por la niña. Se comportaba con poder y confianza, respondiendo a todas las preguntas de Anna y Nadia sin vacilar.

Hasta que llegaron a la última.

Si había algo más que quisiera añadir.

—En realidad —comenzó, y luego dudó por lo que pareció un tiempo anormalmente largo.

—El agente de policía que vino al parque... —continuó.

Tomek sintió que la temperatura en la sala de incidencias bajaba. ¿A cuál se refería? ¿Y qué iba a decir a continuación?

—El hombre que se quedó con Harrison Coady...

Oh, mierda.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Nadia lentamente.

—¿Cómo se llamaba?

—El detective sargento Tomek Bowen, creo que te refieres a él.

—Sí. Ese es —dijo—. Lo reconocí.

—De acuerdo...

¿Adónde quería llegar con esto?

—Vino a mi escuela el otro día. Southend High School for Girls. Habló sobre los peligros de hablar con personas en línea.

Tomek exhaló un largo suspiro de alivio, uno del que el propio Nasty Nick habría estado orgulloso.

—Un momento —interrumpió el padre de Annalise—. ¿Un oficial de policía vino a tu escuela y te habló sobre hablar con extraños en las redes sociales, y aun así lo hiciste? Annalise, ¿cómo pudiste ser tan estúpida?

—Yo... yo... estaba tratando de ayudar...

—¿Ayudar con qué?

—Para que la policía pudiera atrapar a las malas personas que hay por ahí.

—¿Pero y si no te hubieran encontrado? —preguntó su padre—. ¿Y si no hubieran estado allí? Es un milagro que lo estuvieran. Te podría haber pasado algo grave y peligroso. ¡Niña tonta, tonta!

Entonces Annalise rompió en lágrimas y sollozó contra el pecho de su madre. Su madre la acercó más y le acarició el pelo. Percibiendo que la familia necesitaba un tiempo a solas, Anna y Nadia salieron de la habitación. Regresaron a la sala de incidencias unos momentos después.

Cuando entraron, encontraron a Tomek mirando fijamente la pantalla de televisión, tratando de procesar lo que había escuchado. Una de las niñas a las que había intentado informar y educar lo había ignorado por completo y se había puesto en peligro. Sin querer había puesto en peligro la vida de una niña. Y nunca se habría perdonado si le hubiera pasado algo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

—Su padre tenía razón —comenzó Nick—. Fue un milagro que ambos estuvierais allí.

Tomek no lo veía de esa manera. No podía.

Sin importar desde qué ángulo lo mirara, había puesto en peligro la vida de esa niña.

—Tonterías —le dijo Nick—. Tú la salvaste.

—De una situación en la que nunca se habría encontrado si no fuera por mí.

Nick rodeó el escritorio y puso una mano en el hombro de Tomek.

—No te culpes, tío. Ella está bien, está a salvo, eso es lo principal. En cuanto a Harrison Coady, volverá a donde pertenece en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y ahora qué, jefe? —preguntó Sean a su lado.

A los dos los habían llamado a la oficina de Nick a primera hora de la mañana siguiente. Había sido una noche inquieta para ambos mientras procesaban el arresto de Coady y lo interrogaban hasta altas horas de la madrugada. Habían contemplado la idea de irse a casa para dormir un par de horas, pero en su lugar se habían quedado en la oficina. Tomek había encontrado un espacio cómodo en su escritorio para cerrar los ojos, mientras que Sean había tenido la brillante idea de dormir en el sofá de la sala de interrogatorios donde habían interrogado a Annalise.

Alguien llamó a la puerta antes de que Nick pudiera responder.

—Acabo de enterarme de lo que pasó —dijo Tony el Tibio al entrar y detenerse detrás del hombro de Tomek—. Menos mal que estabais allí en ese momento.

—Sí —respondió Tomek, sufriendo un caso de desánimo y cansancio.

—No puedo imaginar qué habría pasado si no hubierais estado —vaciló—. ¿No había señales de nuestro asesino merodeando por ahí entonces?

Tomek negó con la cabeza.

—No era ese tipo de encuentro. Todavía están ahí fuera. En alguna parte.

—Y ahora tenemos que redoblar esfuerzos para averiguar dónde —dijo Nick, señalando lo obvio.

—¿Alguna idea, jefe? —preguntó Sean.

A Tomek se le ocurrió una.

—La escuela —dijo antes de darle la oportunidad a nadie más—. La directora. Su hija. Cathy Sharpe...

Todo estaba conectado de alguna manera.

—¿De qué estás hablando?

—Cathy Sharpe era la agente de libertad condicional de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. Ambos murieron mientras estaban bajo su supervisión. Comprobé anoche que Harrison Coady acaba de entrar en su lista.

—¿Crees que ella los está matando?

—Tal vez sí, tal vez no. Pero sabe más sobre ellos que cualquier otra persona. Y tiene un novio que es un ex convicto. Charlie Hampton. ¿Os suena? Es el mismo nombre que la misteriosa cuenta en la Royal Society of Extreme Ironing. El otro día, Chey investigó a fondo la vida de Cathy Sharpe. Descubrió que lleva años saliendo con este Charlie Hampton. Lo arrestaron por lesiones graves no hace mucho. Chey también descubrió que Miranda Hartwell, directora de Southend High, está relacionada con Cathy. Son primas. Sin mencionar que Miranda tiene una hija. Una niña de siete años. Va a Chalkwell. Y no creo que sea descabellado sugerir que podría haber usado a Annalise Keesing como cebo para Harrison Coady. Para

despistarnos. ¿Por qué estaríamos buscando a una chica de trece años cuando todo lo que tenemos es una chica con abrigo rojo?

—¿Hemos tomado el ADN de Annalise Keesing?

Tomek asintió.

—Y no encontramos nada que coincida con el ADN del cabello encontrado en ninguna de las escenas del crimen anteriores.

—Así que solo es una anomalía.

—Para despistarnos, sí. Eso es lo que creo.

Nick reflexionó sobre esto un momento con un largo suspiro. Luego miró a Tony, buscando más información.

—¿Qué opinas, Hunt?

—Creo que es plausible —respondió—. Pero ¿por dónde empezamos, por la directora o por Cathy Sharpe?

—Los traeremos a todos —dijo Nick.

—Y no te olvides del novio —añadió Tomek—. Alguien tiene que encontrarlo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Charlie Hampton se llamaba el novio de Cathy Sharpe.

Y guapo no era. Parecía que, en sus treinta años sobre la tierra, se había inyectado heroína en las venas más días de los que había estado vivo. Era un hombre delgado, una sombra hueca. Un equipo de agentes uniformados había sido enviado a su dirección al mismo tiempo que Cathy y su prima, Miranda Hartwell, fueron recogidas. Ninguno estaba arrestado todavía, pero mientras el equipo les entrevistaba (se había tomado la decisión de entrevistar a Charlie Hampton en último lugar), se habían aprobado varias órdenes de registro para inspeccionar sus propiedades. La búsqueda de pruebas que los vincularan con cualquiera de las escenas del crimen estaba en marcha.

Y hasta ahora no pintaba bien.

Ambas mujeres habían negado tener cualquier implicación en los asesinatos. Sí, era desafortunado que Cathy conociera a ambas víctimas, pero ella negaba vehementemente cualquier delito. Y en cuanto a Miranda Hartwell, la directora del Instituto Femenino de Southend, afirmaba haber estado ocupada con su hija, que se encontraba enferma. Mientras Tomek esperaba luz verde para entrevistar a Charlie Hampton, el equipo había verificado las coartadas de Miranda y Cathy. Hasta ahora todo bien: todo cuadraba. Y seguía sin haber nada que las vinculara con el crimen, incluyendo el ADN del cabello encontrado en la escena. No coincidía

con nadie: ni con Miranda, ni con Cathy, ni siquiera con Diana, la hija de Miranda.

Ambas mujeres habían sido puestas en libertad, a la espera de más investigaciones.

Todas sus esperanzas descansaban entonces en la probabilidad de que Charlie Hampton tuviera una implicación única en el asesinato de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. Y luego demostrarlo.

Esa responsabilidad particular recaía en Tomek. Una que él saboreaba.

—Gracias por venir —comenzó.

El hombre frente a él había tomado la precaución de buscar un abogado. Y para sorpresa de Tomek, este no había recomendado una entrevista de "sin comentarios" al principio. Lo que significaba que iba a hablar. Y con suerte, revelar todos sus pequeños secretos.

—No es que ustedes me hayan dado mucha opción, ¿verdad? —dijo Charlie, rascándose las cicatrices en el pliegue de su antebrazo —. No he hecho nada malo.

—Eso es lo que nos toca determinar —respondió Tomek—. Puede facilitarlo contándonos lo que sabe.

—Sé cómo funciona esto. He estado aquí antes, ¿recuerda?

Charlie Hampton lo había estado. Hace poco más de diez años. Por lesiones graves. Agresión a un hombre que pasó los siguientes seis meses en coma antes de finalmente recuperarse. Hampton había sido sentenciado a cuatro años de prisión, y había pasado tres de esos años en la prisión de Chelmsford, con el resto de su condena en la prisión The Mount, Hertfordshire.

—¿Cuándo comenzó su relación con Cathy Sharpe? —preguntó Tomek.

—Unos dos meses después de que saliera.

—¿Y ella era su oficial de libertad condicional, correcto?

—Sí.

—¿Y han estado juntos desde entonces?

—Sí.

—¿Y cómo diría que marcha su relación con la señorita Sharpe?

Un momento de duda mientras calculaba una respuesta.

—Bien. No tengo quejas. ¿Por qué, ha hablado también con ella?

—Solo tengo curiosidad, eso es todo. ¿Y qué hay sobre su relación con el trabajo de ella? ¿Comparte algún detalle con usted?

—No. No puede. Y no es tan estúpida como para tirar su carrera. No hay muchas de esas disponibles hoy en día.

—Absolutamente —Tomek hizo una pausa para mirar entre Charlie y su abogado—. ¿Alguna vez ha traído trabajo a casa?

—Todo el tiempo. Nunca para.

—¿Y nunca se ha sentido tentado a echar un vistazo a sus notas de casos, ver quién está en su lista?

—¿Por qué querría hacer eso?

Tomek ignoró la pregunta y miró de nuevo sus notas.

—¿Los nombres Timothy Rosenthal y Gary Kershaw le dicen algo? —preguntó.

La respuesta fue inmediata.

—Sabía que iba a preguntar por ellos. Sí, conozco los nombres. Pero no porque los haya matado. Cathy los ha mencionado un par de veces. Dijo que odiaba visitarlos porque la hacían sentir enferma cada vez que iba. Aunque estaba fuera de su rango de edad, seguía sintiendo que la desnudaban con la mirada y la cogían con los ojos cada vez que les hacía una visita.

—¿Y cómo le hacía sentir eso?

Charlie se encogió de hombros, indiferente.

—Ella puede cuidarse sola.

—¿Cómo le hacía sentir que ella trabajara con ese tipo de personas?

—A ver, no me malinterprete, no me gustaba. Tuvimos un par de ellos mientras yo estaba dentro. Los golpeaban mucho, les hacían la vida imposible, pero yo no quería saber nada. Solo intentaba mantener la cabeza agachada y cumplir mi condena para poder salir de allí lo antes posible.

Eso concordaba. Según los informes penitenciarios de Charlie, había sido recomendado para libertad anticipada por buena conducta.

—Pero había un tipo que tenía manía a Timothy Rosenthal mientras estábamos juntos allí.

—¿Estuvo en prisión al mismo tiempo que Rosenthal?

—Brevemente, sí. Justo hacia el final de mi tiempo, antes de que me trasladaran. Tiny Tim, solían llamarlo. No porque fuera pequeño, sino porque su polla era del tamaño de una bellota, y siempre bromeaban diciendo que tenía sentido que se follara a niños pequeños y eso. Pero uno de los guardias de la prisión lo odiaba, como que no soportaba verlo. Incluso me dijo que fantaseaba con golpearlo en su celda cuando nadie miraba. Tantos de ellos aceptaban sobornos que incluso había recibido ofertas de algunos reclusos para hacerlo por él. Pero dijo que no, que quería hacerlo él mismo.

—¿Qué le pasó?

—Creo que los jefazos se enteraron y luego lo trasladaron a alguna prisión en Newcastle.

—¿Sabe su nombre?

—Darryl Peters.

Tomek anotó el nombre y lo pasó por el fichero mental en su cabeza. No apareció nada. Pero lo guardó para más tarde.

—¿Hay algo más que recuerde sobre Darryl Peters? —preguntó Tomek lentamente, con sinceridad rezumando en su voz.

—No ahora mismo, pero lo pensaré.

Tomek pasó al siguiente tema de la entrevista. La Real Sociedad de Planchado Extremo y el perfil anónimo que había sido creado en su nombre. No se le había ocurrido a Tomek inmediatamente que se tratara de la misma persona hasta que reconoció el nombre. Pero cuando le preguntaron al respecto, Charlie negó todo conocimiento. Nunca había oído hablar del Planchado Extremo y dijo que sonaba como un grupo para fanáticos del gimnasio. En cuanto a cómo su nombre había llegado a estar en el grupo, no tenía respuesta. Solo que alguien lo había creado en su nombre.

Tomek asintió pensativamente y continuó. Sacó la foto de la niña con el abrigo rojo y la deslizó por la mesa.

—¿Reconoce a la niña de esta foto?

Charlie examinó la imagen brevemente.

—No particularmente —dijo, devolviéndosela a Tomek—. Bastante mala calidad, ¿no?

—Es lo mejor que tenemos. ¿Y está seguro de que no reconoce ni el pelo ni el abrigo?

—Seguro. Aunque, pensándolo bien... —Volvió a tomar la foto y la miró desde un ángulo diferente—. ¿Qué edad tiene en esta foto?

—Sospechamos que entre seis y ocho años.

La cara de Charlie se vidriaba mientras hacía más cálculos mentales.

—Bueno, y no me cite textualmente, pero estuve dentro unos cuatro años. Cuando salí, hace unos siete años, justo cuando me iba, recuerdo que Darryl dijo que tenía una hija. Su esposa acababa de dar a luz unas semanas antes. Ahora, no sé dónde está ni cómo se ve ahora, pero es algo para que ustedes piensen.

Tomek estaba incrédulo. El hombre estaba haciendo su trabajo por ellos. O eso, o estaba tratando de desviar toda sospecha de él hacia los hombros de Darryl Peters.

Pero Tomek estaba intrigado por ver cómo manejaría la siguiente pregunta. Sacó otra foto del documento y la mantuvo boca abajo por el momento. Esta había sido tomada esa misma tarde, durante la búsqueda del equipo forense en las instalaciones de Charlie Hampton.

La volteó y la deslizó.

Al principio, la cara de Charlie registró shock, luego confusión, seguida brevemente por ira.

—Nunca he visto eso en mi vida.

—Este objeto fue encontrado en su jardín trasero —dijo Tomek—. Escondido detrás de su cobertizo.

—Nunca he visto eso en mi vida. De ninguna manera. Me están tendiendo una trampa. Sabía que nunca debería haber venido aquí, tío.

—Se ha encontrado que la hoja tiene sangre tanto de Timothy Rosenthal como de Gary Kershaw. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—Que te jodan —espetó Charlie.

Y eso concluyó la entrevista. Tomek se sintió ligeramente culpable mientras acusaba al hombre y le leía sus derechos. Había sido abierto, honesto y, francamente, increíblemente útil. Pero no había forma de evitar el hecho de que el arma del crimen había sido

encontrada en su jardín trasero. Si iba a escapar de alguna manera de ese agujero, iba a necesitar más que un abogado silencioso que no dijera nada.

Iba a necesitar un milagro.

Y, por lo que parecía, también Darryl Peters.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

El apartamento comenzaba a sentirse vacío sin Katie. Solo habían pasado unos días y ya echaba de menos su presencia. Lo mismo ocurría con la casa.

La cocina estaba en un estado lamentable. Platos sin lavar, abandonados en el fregadero. Tazas de café con restos en el fondo, acumulando moho y otras bacterias perjudiciales.

El resto del lugar no estaba mucho mejor. Había montones de ropa esperando a ser lavada en los respaldos de las sillas del comedor; capas de polvo protegiendo los muebles de su contacto.

No era que ella limpiara el apartamento por él, ni siquiera que le dijera que lo hiciera. Era que se había sentido inspirado a limpiar y cuidar de sí mismo cuando ella estaba allí. Que tenía una razón para hacerlo. Ahora, sin ella quedándose a dormir, había vuelto a caer en sus viejos hábitos de vivir en su propia suciedad. Y mientras miraba la caja de cartón de la comida preparada que se estaba calentando en el horno, sabía exactamente lo que iba a hacer con ella.

Dejarla a un lado y esperar a que los duendes mágicos de la limpieza recogieran después de él y la tiraran a la basura.

Los duendes mágicos de la limpieza que nunca vendrían.

Justo cuando colocó la caja de cartón en la encimera de la cocina, el timbre de la puerta sonó por todo el apartamento. El repentino sonido lo sobresaltó, y su pulso se aceleró. Había un visitante en la puerta. Uno que no esperaba. ¿Katie?

O eso, o era el asesino que venía a por él.

La respuesta no fue ninguna de las dos. De pie al otro lado de la puerta, vestida con tan poca ropa como la última vez que la había visto, estaba Molly. Su pelo había sido teñido de un tono blanco más brillante, al igual que sus dientes. Le sonrió emocionada.

—Molly... —dijo él—. ¿Qué estás...?

—Recibí tu mensaje —dijo ella, con voz aguda.

—¿Mi mensaje? No recuerdo...

—En Insta. Sobre mi ropa interior.

¿Qué estaba pasando? ¿Estaba soñando? ¿El moho de sus tazas de café le estaba haciendo alucinar una aparición vívida y lúcida de la chica que no quería ver?

—Yo no te envié ningún mensaje en Insta —respondió—. Ni siquiera lo tengo.

—Muy buena —dijo ella, sin aceptar un no por respuesta.

—¿Por qué dijiste que estabas aquí?

Ella le mostró una sonrisa pícara y colocó discretamente una mano en su cadera. —Por la ropa interior que dejé —dijo, riendo—. Estaba pensando que quizás podría entrar y probármela... para asegurarme de que realmente es mía.

Bueno, si no lo era, entonces esto era un gran malentendido.

—No... —dijo, sin querer ser brusco.

Pero no funcionó. El rostro de Molly se descompuso, y pareció desanimada, como una niña a la que le habían dicho que tenía que esperar para levantarse de la mesa.

—Lo siento —dijo, rectificando. Pero el daño ya estaba hecho—. Es complicado. Espera aquí.

Le dio la espalda y corrió hacia el apartamento. Pasó los siguientes dos minutos buscando frenéticamente la ropa interior que Katie había encontrado metida en un lateral del sofá. Consciente de que la estaba haciendo esperar fuera en el frío. Pero la alternativa era mucho peor: invitarla a entrar y *después* intentar deshacerse de ella.

Finalmente, encontró la prenda entre el montón de ropa en el respaldo de una silla y bajó corriendo las escaleras. Sostuvo las bragas en el aire como si fueran algún tipo de trofeo.

—¿Son estas?

—¿Cuántas más tienes allá arriba?

Oh, joder, pensó. *No empieces tú también*.

—Gracias... —susurró ella.

El dolor en su voz le hizo sentir mal, y por un momento pensó en dejarla entrar. Pero luego lo pensó mejor. Las repercusiones no valdrían la pena.

Aunque había algo que le estaba molestando.

—¿Puedes mostrarme los mensajes que te envié en Instagram, por favor?

—Eh...

—Solo quiero verlos. No te preocupes, no miraré tus otros mensajes.

Después de hurgar en su bolso durante lo que pareció una eternidad, sacó su teléfono y se lo pasó. Efectivamente, allí, en la esquina superior izquierda del chat, había una foto suya, con su nombre de usuario al lado: TomekBowen_DS.

No había duda de que se parecía a él, sonaba como él y, para todos los efectos, era él. Pero, ¿de dónde había salido? Alguien debía haberlo configurado en su nombre. Y entonces lo entendió.

Katie. Era la única persona que sabía lo de la ropa interior. Debía haber enviado mensajes a Molly, haciéndose pasar por él.

Pero, ¿por qué? ¿Cuál era el propósito de eso? ¿Era algún tipo de prueba, o simplemente estaba lo bastante loca como para hacerse pasar por un oficial de policía sin considerar las consecuencias?

Antes de que pudiera pensarlo más, se dio cuenta de que la chica escasamente vestida seguía de pie frente a él, anhelando que le devolviera el teléfono.

—Lo siento —dijo, riendo incómodamente—. ¿Cómo me encontraste?

—Apareciste como amigo sugerido.

—Claro.

—Así que te envié un mensaje y... Bueno, aquí estoy.

—Genial. Creo que tendré que cambiar mi nombre de usuario cuando me asciendan a inspector. ¿Se puede hacer eso?

—Sí —dijo ella, como si fuera conocimiento común. Como si fuera tan obvio como que el dos viene después del uno.

Tomek le agradeció por recoger la ropa interior, luego la despidió. Cerró la puerta antes de que ella hubiera llegado al final del camino de entrada. El horno estaba pitando en la cocina. Su cena estaba lista.

Pero justo cuando estaba a punto de hundir su tenedor en la spaghetti carbonara Tesco Finest, el timbre sonó de nuevo.

¿Qué habrá olvidado ahora? pensó mientras se dirigía abajo. Más despacio esta vez.

Abrió la puerta. Se quedó helado. De pie estaba otra mujer. Completamente vestida, con pelo castaño oscuro y dientes ligeramente manchados.

—Katie... ¿qué estás...?

—¿Puedo entrar?

Por supuesto que podía. Podía tener lo que quisiera. Incluida la taza de té que pidió mientras se sentaba en el sofá.

—Aquí tienes —dijo él mientras se la pasaba.

Movió la pierna arriba y abajo mientras esperaba a que ella hablara, a que le explicara qué estaba haciendo allí. Todo pensamiento sobre Molly, la cuenta de Instagram y los mensajes había volado de su mente y se encontraba en algún lugar bajo el sol con el resto de las modelos de Instagram.

—Espero no estar interrumpiendo nada —dijo ella.

—No, para nada. Solo la cena más triste del mundo y el hombre más triste del mundo. Aunque, para ser sincero, Molly acaba de pasar por aquí, pero solo para recoger su ropa interior.

—Lo sé.

—¿Qué?

—Lo sé. Yo le envié el mensaje. Te estaba poniendo a prueba.

—¿Poniéndome a prueba?

De todas las pruebas que había hecho en su vida —los exámenes finales del instituto, la universidad, su examen de sargento, incluso el cuestionario que había tenido que rellenar cuando se dio de alta en su nuevo médico—, ninguna había sido tan extraña y surrealista como esta. ¿Qué se suponía que debía decir?

Afortunadamente, ella respondió por él.

—Por favor, no exageres —dijo—. Solo quería ver cómo te comportarías. Lo honesto que eras. Quería ver si ibas a hacer lo que pensaba que podrías hacer.

—¿Y eso era? —Aunque ya sabía la respuesta; solo quería oírla decirlo.

—Pensé que podrías haberte acostado con ella.

Él puso una mano en su muslo y la apretó. —Por supuesto que no. Te lo dije... nunca te he sido infiel.

Su rostro se iluminó mientras se inclinaba para besarlo.

—Y ahora sé que nunca lo harás.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

No sé qué está pasando.

Nada está claro esta vez, excepto por los pequeños cabrones que están junto a la licorería. Los veo perfectamente desde el otro lado de la calle. Incluso puedo distinguir los chándales de Adidas y Nike que llevan, y las manchas en la parte delantera de sus sudaderas. Escoria.

Aparte de eso, nada más está claro.

Extrañamente, estoy caminando. Como si no pasara nada. Como si no llegara tarde en absoluto. Como si mi hermano no estuviera a punto de morir.

Y entonces cambia.

La sangre está por todas partes. Todo lo que puedo ver es rojo brillando sobre la grava, como si alguien estuviera iluminándola con una luz infrarroja. Y también está por todas mis manos, como si yo fuera quien lo hubiera golpeado y apaleado hasta la muerte.

Silencio. No hay nadie alrededor. Ni siquiera estoy seguro de si mi hermano está ahí o si estoy mirando mi propia sangre.

Y entonces cambia.

Estoy en el coche, conduciendo. Papá está en la parte de atrás conmigo. Mamá está en otro lugar, eso puedo deducirlo. No hay música en el coche, ni radio. Solo el sonido del silencio mientras todos meditamos nuestros pensamientos. Pero la sangre sigue ahí.

Miro por la ventana, pero no puedo ver nada. La cara ha desaparecido, y sus rasgos. Ni siquiera creo que pudiera recordarla

si la tuviera frente a mí.

Y entonces cambia.

A la comisaría, sentado frente al agente de policía. Me está haciendo preguntas. Diciéndome que solo había un atacante. Que no pudieron haber sido dos. Que debo haber estado viendo cosas.

Es gracioso. Porque si él estuviera en mi cabeza durante mi sueño, entonces estaría equivocado.

Porque justo ahora no estoy viendo una mierda.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

El tren a Newcastle había tardado tres horas más de lo necesario. Había habido una obstrucción en la vía en Peterborough desde King's Cross. Un viaje de cinco horas que había durado ocho. Casi un turno entero, sentado allí en el tren, muerto de aburrimiento. Se había llevado algo de trabajo, pero le resultó casi imposible hacer nada al estar apretujado contra la persona de al lado, con sus rótulas desgastándose gradualmente cada vez que el tren se balanceaba de lado a lado. Sin mencionar que los apuntes del caso que se había llevado eran confidenciales, y no podía permitirse que ojos curiosos se inclinaran y echaran un vistazo a lo que estaba leyendo.

Así que el perfil de Darryl Peters había tenido que esperar.

Y también Darryl mismo.

El funcionario de prisiones había sido recogido y trasladado a la comisaría de Northumbria poco antes de que Tomek llegara. El pobre desgraciado probablemente se estaría preguntando por qué lo habían llevado allí.

Y Tomek no podía esperar para decírselo. La tarea de Tomek era viajar al norte, entrevistarlo y luego llevarlo de vuelta a Southend para más interrogatorios si lo consideraba justificado. Y después de que Charlie Hampton hubiera soltado la lengua sobre las opiniones de Darryl, estaba casi seguro de que el ex patriota de Essex volvería a casa por última vez.

La comisaría de Northumbria estaba a solo unos minutos a pie de la estación de tren, y se ubicaba en la esquina de un cruce concurrido. El gran edificio de ladrillo rojo brillaba con un tono naranja intenso mientras el sol comenzaba a ponerse en el norte. Lo recibió una mujer con cabello rojo fuego y rizado que parecía más molesta que él por el retraso.

—¿DS Bowen? —preguntó, yendo al grano. Sin tonterías.

—Soy yo.

—Llega tarde. Ha estado esperándole. Venga.

Sintiéndose como un estudiante al que conducen a la parte trasera de una sala de exámenes, Tomek la siguió a través del laberinto de puertas y pasillos hasta que finalmente llegaron fuera de la sala de interrogatorios. Dentro estaba Darryl Peters, solo.

—Perfecto —dijo Tomek al entrar en la habitación. Le dio las gracias a la mujer por mostrarle dónde ir, luego cerró la puerta tras él—. Disculpe la demora. Espero que le estén tratando bien aquí.

—Tengo mi agua —dijo él.

Darryl Peters era un hombre bien entrado en los cuarenta, pero parecía casi el doble de eso. El semicírculo de pelo a los lados de su cabeza estaba encaneciendo, su estómago tenía el tamaño de un balón de playa, y su cuello era... bueno, casi inexistente. Su pecho subía y bajaba lentamente, pero con dificultad. Como si cada respiración fuera un desafío. A primera impresión, Tomek no creía estar mirando a la cara de un asesino. Tampoco podía imaginarse a este hombre dirigiendo a los presos dentro de una cárcel. Pero había cometido el error de subestimar a alguien en el pasado. Y siempre estaba dispuesto a que la gente le sorprendiera.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó Tomek—. ¿Le han explicado eso?

Darryl Peters movió la cabeza. ¿Fue un asentimiento o una negación? Tomek no podía decirlo. En lugar de preguntarle al hombre, para no quedar mal, se lo explicó de todos modos.

—Ha sido arrestado bajo sospecha del asesinato de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. También ha sido arrestado bajo sospecha de divulgar información confidencial al público. ¿Tiene algo que decir?

—Quiero un abogado.

Cabrón. El cabrón había hecho esperar a Tomek una hora más para que llegara un abogado y para que los dos discutieran la entrevista. Durante ese tiempo, Tomek había hecho algunos conocidos. Personas a las que había parado en la comisaría que no parecían demasiado ocupadas. Una era una mujer que había encontrado en la cantina, echando cuatro cucharadas de azúcar en su taza de té. El otro era un hombre que se estaba atiborrando con un Kit Kat mientras recorría uno de los muchos pasillos. Cuatro Azúcares se había sorprendido al ver a un "extranjero", como lo había llamado, y habían discutido brevemente el propósito de su visita; mientras que el Hombre Kit Kat (que era aproximadamente equivalente a cuatro azúcares, si no más) había respondido con monosílabos y continuó atiborrándose mientras hablaba con Tomek. Ahora Tomek sabía por qué le gustaba más hablar con mujeres que con hombres. No solo se sentía más atraído por ellas, también descubrió que eran más amables. Siempre que no pareciera un acosador, se dio cuenta de que eran más receptivas con él. Especialmente cuando lo veían como un exótico forastero.

Un exótico *extranjero*.

Cuando Tomek regresó a la sala de interrogatorios, ya no se sentía tan descontento por llegar tarde como cuando había llegado.

—Ahora, ¿dónde estábamos? —preguntó mientras colocaba su carpeta sobre la mesa—. Ah, sí. Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. Creo que es el mejor lugar para empezar. ¿Conoce a alguno de estos individuos?

—Sin comentarios.

—¿Qué tal si nos centramos en ellos de uno en uno? Así será más simple para usted. —Tomek hizo una pausa para observar la reacción del hombre; si había alguna emoción ahí, estaba perdida detrás de varios pliegues de piel. Tomek deslizó la foto policial de Timothy Rosenthal sobre la mesa—. ¿Reconoce esta cara?

—Sin comentarios.

Luego la de Gary Kershaw.

—Sin comentarios.

—Nuestros registros indican que el señor Rosenthal estuvo bajo su cuidado durante su tiempo en la prisión de HMP Chelmsford. ¿Le suena familiar?

—Veo a mucha gente.

Una grieta, una grieta que hizo sonreír a Tomek por dentro. Y Tomek iba a meter toda su mano allí y abrirla por completo.

—Estoy seguro de que así es. Pero como seguramente estará de acuerdo, hay algunas personas, algunos rostros, que siempre se recuerdan. Son personas especiales. ¿Era Timothy una persona especial para usted?

—Sin comentarios.

Y justo así, lo había perdido de nuevo. No importa, Tomek estaba preparado para esperar lo que fuera necesario. Ya se había resignado al hecho de que más que probablemente tendría que pasar la noche de juerga por la ciudad.

—Tenemos una fuente *bastante* fiable que dice que usted conocía muy bien al señor Rosenthal —continuó Tomek—. Tan bien que sabía cómo iba a asesinarlo.

Tomek esperó una respuesta. No recibió ninguna. Apenas sorprendente en realidad, considerando que Darryl estaba acostumbrado a lidiar con perros más desagradables con mordiscos más grandes y aterradores que los de Tomek. Así que tal vez necesitaba cambiar de táctica. En lugar de convertirse en un Rottweiler agresivo, necesitaba transformarse en un cachorro de Labrador dorado y tirar de las emociones de Darryl.

Afortunadamente, tenía justo lo que necesitaba. Pero tendría que esperar.

—También tenemos más evidencia que sugiere que conocía a ambos hombres increíblemente bien. —Tomek le mostró a Darryl varias capturas de pantalla de las veces que Darryl había publicado en el grupo Real Sociedad de Planchado Extremo. Debido a que su ubicación había sido cambiada a Newcastle en su página de Facebook, no había aparecido en la lista de veinticuatro individuos

que estaban basados en Essex, y había quedado fuera del alcance de su investigación. Estaba en la lista de personas con las que hablar, solo más abajo en la lista de prioridades, y a nadie se le había ocurrido verificar a los antiguos residentes que podrían haberse mudado del condado.

—Estas son las direcciones de los domicilios del señor Rosenthal y el señor Kershaw. ¿Las reconoce?

—Sin comentarios.

Tomek mostró las fotografías de la escena del crimen. En particular, las tomas de cerca de los penes de las víctimas en sus bocas.

—Estas son las mismas personas, encontradas muertas poco después de que esta información fuera publicada. ¿Sabe algo sobre estos asesinatos? ¿Darryl?

Sin respuesta.

Y cuando se le preguntó dónde estaba las noches de las muertes de ambos hombres, todavía no tenía nada que decir.

Tomek dio golpecitos en las capturas de pantalla con un dedo sudoroso.

—¿Podría leer el nombre en estas capturas de pantalla, por favor, Darryl? ¿No? ¿Quiere que lo haga yo? —Tomek se aclaró la garganta como si fuera un maestro de escuela poco impresionado que acabara de pillar a dos niños susurrando en la parte trasera de la clase—. El nombre del perfil dice *Darryl Peters*. Y si miras ese perfil, aparece la siguiente página. —Otra captura de pantalla. Esta vez una tomada del perfil personal de Darryl—. Eso se parece mucho a usted, ¿no es así?

Sin respuesta.

—Probablemente esté pensando que alguien creó ese perfil en su nombre, y podría tener razón. Pero cuando profundizamos en el perfil, ciertamente había mucho odio allí. Seguro que no le gustan los pedófilos o los delincuentes sexuales, ¿verdad?

Todavía sin respuesta.

—Pero quizás lo más interesante fueron las fotos de su hija...

Esta vez, hubo una respuesta. Una reacción facial. Tomek no estaba convencido de que fuera sorpresa. Más bien... miedo. Miedo

ante la insinuación detrás del comentario.

Deslizó la foto de la niña con el abrigo rojo a través de la mesa. Darryl la recogió y la inspeccionó.

—¿Reconoce a la niña en esta foto?

Darryl fue incapaz de apartar la mirada de la niña. —Sin comentarios.

—¿Es esa su hija? —preguntó Tomek.

—Sin comentarios.

—Se parecen casi idénticas. Pero necesitábamos estar seguros. Así que mis colegas en Essex hicieron una visita a la pequeña Patricia, y mientras estaban allí, tomaron un par de muestras. ¿Sabe cuál es la cosa realmente interesante, Darryl?

La sangre se agolpó en las mejillas de Darryl, y una gota de sudor se formó sobre su ceja. Su respiración se había vuelto laboriosa, audible y aterradora de observar. Tomek estaba en parte preocupado de que el hombre pudiera sufrir un infarto en cualquier momento, y era consciente de resolver esto antes de que lo hiciera.

Cuando Darryl no respondió, continuó.

—Nos llevamos algunas muestras. Nada importante, solo un poco de cabello del cepillo de su hija, y resultó ser una coincidencia. Su ADN fue encontrado en la escena del crimen tanto del asesinato de Timothy Rosenthal como del de Gary Kershaw. ¿Sabe algo sobre eso?

Respiración. Más respiración pesada y laboriosa.

—Y lo que es aún más importante que todo eso, es que cuando hablamos con su esposa, ella dijo que usted estuvo en Essex durante toda la semana anterior y posterior a sus muertes, visitando a su hija. Ahora, si me pregunta, eso suena como que podría saber un poco más sobre lo que les pasó de lo que me ha dicho esta noche. Así que me gustaría saber: ¿hay algo más que quiera añadir o decir en este momento?

—Sin comentarios.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

Un trabajo bien hecho era motivo de celebración.

La celebración en cuestión consistía en tomar una copa con Cuatro Azúcares en un bar local.

Después de concluir la entrevista y terminar todo el papeleo a las diez, Tomek se había tropezado con ella cuando salía de la comisaría.

—¿No conocerás algún sitio decente donde pueda quedarme? —le había preguntado.

—Hay un pequeño lugar muy mono al otro lado de la estación. Siempre que no te importe aguantar el ruido de los trenes que van y vienen cada par de minutos.

A Tomek no le importaba. Y después de mostrarle el hotel, donde había reservado una habitación para la noche, dejó su equipaje en la habitación y se reunió con ella en el vestíbulo.

—¿No te apetecía volver a Essex con tu colega? —preguntó ella mientras salían del hotel.

Si el colega al que se refería era Darryl Peters, la respuesta era no. Tras su acusación formal, lo habían metido en la parte trasera de una furgoneta policial y actualmente se dirigía de vuelta a Essex. Según los cálculos de Tomek, llegaría de madrugada después de un viaje esperablemente largo, tedioso y falto de sueño. Nada menos de lo que se merecía.

—Esto es motivo de celebración —le dijo Tomek—. No voy a rebajarme a viajar con el enemigo.

—Decisión sabia.

El bar al que lo llevaba estaba a pocas manzanas del hotel. Y mientras caminaba, sintió el frío del norte mordiéndole cada vez más profundamente la piel, hasta los huesos. Su aliento se condensaba frente a su cara, y se subió la cremallera del abrigo hasta el cuello.

—Ahora entiendo por qué dicen que todos los sureños sois unos blandengues —bromeó ella.

—Y ahora entiendo por qué dicen que todos los norteños sois unos maleducados.

—Se necesita ser uno para reconocer a otro —dijo mientras cruzaban la calle.

Cuando finalmente la alcanzó, dijo:

—Nunca supe tu nombre...

—Freya. Freya Nightingale.

Tomek le estrechó la mano y se presentó.

—Con un nombre como Freya, creo que encajarías perfectamente con los pijos del sur, especialmente en Londres.

—¿Y tú conoces a algunos de esos, no? ¿Crees que podrías presentármelos? He oído que algunas de las fiestas sexuales que tienen allí son salvajes.

A Tomek le gustaba pensar que era un buen juez de carácter, especialmente cuando se trataba de mujeres. Pero esta era tan difícil de leer como Katie cuando la conoció por primera vez.

Quizás eso era lo que le gustaba de ella...

El local formaba parte de una cadena nacional y rebosaba de gente. En el lado izquierdo estaba la barra, donde filas de personas esperaban para conseguir sus bebidas, y en el lado derecho estaba la zona de asientos. La decoración tenía temática de jungla. Palos de bambú recubrían las paredes, con ríos de hojas verdes y enredaderas serpenteando a través de ellos. Pequeñas palmeras se ubicaban en las esquinas de la sala, y animales de la jungla de imitación colgaban del techo. De fondo, un DJ estaba poniendo el último tema house desde algún lugar del edificio.

Encontraron una mesa para dos escondida en la esquina, y después de echar un breve vistazo al menú, Tomek fue a pedir las

bebidas. Un Cosmopolitan para ella, un JD con Coca-Cola para él. Regresó casi cinco minutos después.

—Estas bebidas más vale que valgan la espera —dijo.

—Oh, sí. Lo valen. Y la compañía tampoco está nada mal.

—El jurado aún está deliberando sobre eso.

El coqueteo era evidente para él, pero tuvo cuidado de no sobrepasarse. Por lo que sabía, él y Katie seguían siendo algo, una pareja. Una pareja dañada y rota, desde luego, pero una pareja al fin y al cabo. Y no quería hacer nada que pusiera eso en peligro.

Además, no había nada malo en conocer gente nueva...

—Así que cuéntame sobre ti, Tomek. ¿De dónde eres y a qué equipo apoyas? Si dices cualquier cosa que no sea el poderoso Toon, me temo que tendremos que cortar esta velada.

—Soy de los Hammers, en cuerpo y alma.

—Buena suerte en el Championship —dijo ella.

—Todavía queda mucho camino por recorrer. Pórtate bien.

La charla sobre fútbol era refrescante. Algo que no podía tener con Katie. Algo que tampoco podía tener con muchas de las mujeres que conocía. Pero Freya era diferente. Incluso tenía un tatuaje del emblema del Newcastle United grabado en el hombro.

—¿Cuánto de borracha estabas cuando te hiciste eso?

—No tan borracha como hubiera necesitado —respondió ella—. ¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo?

—El suficiente. Aunque todavía persigo el puesto de inspector.

—Ya llegará, no te preocupes. Solo tienes que ser paciente. Yo conseguí el mío el año pasado después de casi quince años.

Tomek intentó calcular su edad mentalmente, pero la combinación del alcohol, Freya frente a él, y la emoción de que la investigación comenzaba a cerrarse, hizo que rápidamente perdiera el interés. Antes de darse cuenta, ya se habían terminado la primera copa. La siguiente ronda le tocaba a Freya. Lo mismo otra vez. Mientras esperaba, echó un vistazo a su teléfono. Entonces se dio cuenta de que no le había enviado ningún mensaje a Katie, diciéndole que se quedaría a pasar la noche. No había tenido tiempo.

Ella respondió casi al instante.

¿Y solo se te ocurre avisarme ahora? Increíble. Estaba preocupada por ti.

Su preocupación se había manifestado en un total de quince mensajes y seis llamadas perdidas. La falta de confianza en su relación se hacía más y más evidente cada día. Al principio había pensado que era culpa suya, un producto de su historial con otras mujeres. Pero ahora empezaba a darse cuenta de que quizás no era su problema después de todo.

¿Dónde estás?

Tan pronto como llegó el mensaje, puso los ojos en blanco. Le siguió otro.

¿Con quién estás? No estarás con alguien, ¿verdad?

Sabía cómo manejar esto: apagar el teléfono e ignorarlo. Como no había preparado equipaje para pasar la noche, se dio cuenta de que tenía la excusa perfecta: ningún cargador de móvil con el que cargar su dispositivo.

Chúpate esa, Katie.

A medida que avanzaba la noche, y a medida que sus niveles de alcohol en sangre aumentaban significativamente, Tomek se encontró chupando algo. No sabía qué era, pero le habían informado de manera fiable que era el mejor cóctel de Newcastle. Y en lo que a cócteles se refiere, estaba de acuerdo en que era el mejor que había probado en ese código postal en particular.

Cuando volvió a mirar su reloj, era casi medianoche. De alguna manera, había logrado pasar dos horas en compañía de una completa desconocida sin compartir ni un solo momento incómodo con ella. Se sentía bien estar fuera de nuevo, agradable, refrescante. Y ni una sola vez había pensado en Katie, no desde que había apagado su teléfono y la había dejado sola.

Hasta que Freya sacó el tema de las relaciones.

—Supongo que siempre me voy con los capullos, ¿sabes? —dijo.

—Sí. Los odio. Cuéntame más.

—Al principio todos están buenísimos. Te sacan a pasear, te tratan bien. Y luego *boom*, te ven la mañana siguiente y eso es todo, *adiós muy buenas*.

Tomek chupó con fuerza su pajita.

—Ya no hay buenos chicos por ahí —continuó ella. Luego se dio cuenta de que estaba hablando consigo misma más que con Tomek —. ¿Tienes a alguien en tu vida?

Entonces Tomek le habló de Katie. De cómo habían empezado, cómo se habían conocido. Y cómo habían progresado las cosas.

—La chica de al lado resulta ser una psicópata. Ya he oído esa antes —se burló Freya—. Por cómo suenas, no pareces muy feliz.

—¿Qué quieres decir?

—Justo ahora. Cuando hablabas de ella, ni una sola vez te vi sonreír. Quizás al principio cuando empezaste a hablar de ella, pero no al final, desde luego.

Eso era revelador. Y ni siquiera se había dado cuenta de ello.

Freya dejó su vaso sobre la mesa y se acercó más a él.

—¿Y si lo ponemos a prueba...?

El cuerpo de Tomek se tensó mientras ella se acercaba. Sabía a dónde iba esto...

Y, peor aún, sabía a dónde iba *él*...

Ella puso una mano en su regazo.

—Si realmente la amas y te preocupas por ella —comenzó—, entonces no me dejarás hacer esto...

Y entonces se inclinó y lo besó. Sus labios sobre los suyos. Su cuerpo sobre el suyo.

Su lengua en su boca.

Luego la lengua de él en la suya.

Antes de darse cuenta, se estaban besando apasionadamente en la silla al fondo de la sala. Manos manoseando y tocando, sintiendo los contornos de los cuerpos del otro. Incapaces de controlarse.

No estaba seguro de si era la embriagadora mezcla de alcohol y la emoción de la investigación, o si era su propio desprecio por su relación lo que lo había llevado por este camino irrevocable, pero sabía que era uno que iba a tener que recorrer hasta el final.

Lo que más le sorprendió, sin embargo, fue la grave falta de remordimiento que sintió después de lo sucedido.

Sin duda llegaría una vez que el alcohol se lavara de su sistema.

—Supongo que tenemos nuestra respuesta... —dijo Freya mientras se apartaba, limpiándose los labios.

—Creía que habías dicho que ya no quedaban hombres buenos en el mundo.

—Y supongo que has probado mi punto —respondió ella—. Pero el mundo no está gobernado por vosotros, ¿sabes? Nosotras también tenemos un cincuenta por ciento de voz en las cosas. Y también se nos permite ser unas capullas de vez en cuando si queremos.

Tomek se sintió utilizado. Como un peón. Un juguete de niños. Ella había visto carne fácil, lista para saborear, y se había lanzado sobre él. Pero, ¿era diferente de algo que él hubiera hecho en el pasado? Ahora solo estaba experimentando lo que se sentía al estar en el otro lado.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

Era la noche de la fiesta de Halloween, y Tomek apenas había tenido tiempo para desentrañar los acontecimientos de la noche anterior en Newcastle. Todo había sido frenético desde su regreso a territorio nacional. Reuniones informativas, encuentros con Tony y Nick, transcripción de sus notas, presentación de informes.

Sin descanso.

Pero todo había valido la pena.

Tenían a su asesino. O, como había sospechado, a sus *asesinos*.

Esa tarde, Darryl Peters y Charlie Hampton habían sido acusados de los asesinatos de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. Tenían el arma homicida encontrada en el jardín de Hampton, y el ADN que conectaba a la hija de Darryl Peters con la chica del abrigo rojo. Y las pruebas habían sido firmadas, selladas y entregadas al CPS para que prepararan la siguiente fase del proceso. Además, habían descubierto que la hija de Darryl Peters iba al mismo colegio que la de Miranda Hartwell, en la primaria Chalkwell Hall, fortaleciendo aún más la conexión entre los dos hombres. El equipo estaba confiado en un resultado positivo y, con suerte, a las diez en punto, todo el país sabría quiénes eran los asesinos de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw.

Y Tomek estaba encantado, aliviado.

—¡Si eso no es motivo para celebrar, entonces no sé qué lo será! —gritó Nick al final de su discurso. Acababa de pasar los últimos cinco minutos felicitándolos, agradeciéndoles todo su arduo trabajo y

destacando las acciones vitales y decisivas de Tomek. Lamentablemente, no hubo recompensa económica ni siquiera la oferta de un día libre adicional; solo el orgullo y el honor de saber que había desempeñado un papel importante. Ambos, Tomek estaba feliz de aceptarlos.

El orgullo y el honor escaseaban últimamente.

Después de regresar al hotel, tras el beso, Tomek había bloqueado ese momento de su mente. Había cosas más importantes en las que concentrarse. Pero ahora que estaban fuera del camino, las imágenes, los pensamientos, las sensaciones del beso volvieron a inundarlo. Y entonces pensó en Katie por primera vez. Cómo se odiaba a sí mismo por sus acciones. Cómo había traicionado su confianza. Cómo le había mentido, hecho exactamente lo que había prometido que no haría.

Y no tenía excusa.

Pero antes de poder pensar más en ello, Nadia tomó el lugar de Nick a la cabeza de la sala de estar y asumió el control inmediato de la noche.

—Espero que todos estéis preparados para algunos juegos —dijo, ansiosa por alejar la noche del trabajo y dirigirla hacia su idea de diversión—. ¡La noche aún es joven y tenemos mucho que hacer!

La casa de Nadia había sido equipada para el evento. Se había superado a sí misma, llevándolo a otro nivel. Telarañas colgaban de las cornisas y marcos de puertas; esqueletos se balanceaban en las puertas; dulces temáticos de terror gelatinosos habían sido esparcidos por el suelo y los muebles; y en el jardín delantero había recreado una escena de *Beetlejuice* que casi había asustado de muerte a Tomek cuando llegó por primera vez.

El primer juego de la velada fue "Adivina qué hay en la caja". Un título poco imaginativo, pero un juego divertido y entretenido. Cinco cajas de plástico habían sido cubiertas con sábanas negras y llenadas con partes del cuerpo espeluznantes y macabras, y cada jugador tenía que escribir lo que pensaba que había dentro. El ganador era el que tuviera más respuestas correctas.

—¿No hay partes de cuerpos reales ahí dentro, verdad? —preguntó Nick con un ligero tono de preocupación—. ¿No vamos a

encontrar el pene de Timothy Rosenthal, no?

—El perdedor pierde el suyo —dijo Tomek, provocando un coro de risas.

Él fue el último en participar. Cuando llegó su turno, ya había tenido el beneficio de ver a todos gritar y retorcerse al entrar en contacto con el contenido de las cajas. Y ya había logrado calcular lo que había dentro. Pero, siendo siempre un showman, interpretó su papel y gritó cada vez que metía la mano. Al final, presentó sus conjeturas y esperó el veredicto final.

Los resultados estaban listos.

Caja 1: espaguetis fantasmagorici, diseñados para parecerse a intestinos.

Caja 2: carne picada, para el cerebro (aunque para cuando Tomek llegó a ella, se sentía más como vómito).

Caja 3: un accesorio de dedo cortado, con hueso y sangre goteando (que no debe confundirse con el pene de Timothy Rosenthal o Gary Kershaw).

Caja 4: canicas que habían sido viscosas con lubricante para parecerse a ojos (nuevamente, para no confundirse con el resto de los genitales de los fallecidos).

Y por último, caja 5: un dúo de champiñones blancos que eran la viva imagen de un par de pezones.

El último había desconcertado a todos los demás en el equipo, pero no a Tomek. Y por sus esfuerzos obtuvo un respetable diez puntos. Ganándose el honor de ser coronado campeón.

—Por supuesto que *tú* acertaste con la de los pezones —dijo Nadia, mientras le entregaba su trofeo de dulces—. Me llevó tanto tiempo pensarlo. Creí que os pillaría a todos.

—Quizás el año que viene, Nads —Tomek se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Al alejarse, la larga peluca verde de su disfraz de sirena se le enganchó en la boca y tuvo que escupirla.

Los disfraces en exhibición eran quizás los mejores y más ingeniosos que jamás había visto. A pesar de las presiones de las últimas semanas, todos habían logrado encontrar tiempo para esforzarse en ellos. Excepto Tomek, que ya había advertido al equipo sobre su continua falta de esfuerzo.

Nadia estaba vestida como una sirena asesina, con su larga peluca verde, su ajustado mono manchado de sangre que mostraba su barriga de embarazada, y su hacha cubierta de materia cerebral.

Nick el Desagradable había elegido una mezcla particularmente desagradable. Había venido disfrazado de Jimmy Savile, completo con bastón, gafas y puro. Una elección apropiada, dado el caso que acababan de cerrar.

Oscar había, como siempre, llevado su disfraz habitual. El mismo durante los últimos cinco años. Un disfraz de superhéroe con la letra "A" estampada en el pecho. Capitán Actually de nombre, Capitán Actually por naturaleza.

Sean, con su metro noventa y tres de altura, y hombros del tamaño de bolas de demolición, se había disfrazado de sexy Terminator. Era el disfraz habitual de Terminator, con maquillaje y pistola incluidos, pero como le quedaba tan pequeño —a pesar de ser la talla más grande que tenían— mostraba demasiada piel en el abdomen y los brazos.

Tony el Tibio había optado por abrazar el apodo que Tomek le había dado (y que Tomek no sabía que él conocía), y se había disfrazado de Slender Man. Un atuendo simple que consistía en un traje negro con mangas extragrandes y un traje morph blanco debajo que le cubría la cara. El traje morph era una pieza completa hecha de material delgado que permitía al usuario ver y respirar a través de él. El único problema era comer... e ir a mear. Tomek no tenía miedo de admitir que el conjunto lo asustaba hasta la médula.

Chey, como el miembro más joven del equipo, había venido con un mono rojo con una máscara facial negra y mallada. En la máscara estaba el símbolo de un triángulo blanco. Cuando le preguntaron por la inspiración detrás de ello, citó el éxito de Netflix *El juego del calamar*. Al haber sido el único que había visto la serie, solo Chey podía apreciarlo.

Por último estaba Rachel quien, para su primera fiesta de Halloween con el equipo, había jugado bastante seguro, como era de esperar. Lo había mantenido simple con un sombrero y escoba de bruja, un poco de sangre falsa aquí y allá, y una capa negra para

completar el conjunto. No era mucho, pero era más esfuerzo que Tomek.

A medida que avanzaba la noche, completaron más de los juegos que habían sido fabricados para ellos: La Carrera de la Momia, donde los concursantes, con las piernas atadas con papel higiénico, se veían obligados a correr hacia la línea de meta al otro extremo del pasillo; Bolos de Fantasmas y Calabazas, un juego que no requería absolutamente ninguna habilidad, solo fuerza bruta pura ya que tenías que lanzar una calabaza por la pista de bolos y derribar tantos rollos de papel higiénico como fuera posible; Clava la Araña en la Telaraña, un juego que, a medida que avanzaba la noche, ya no sentían que necesitaban las vendas para los ojos, ya que ya estaban viendo doble por todas partes; y por último, un interesante juego de Twister de Calabaza, una versión espeluznante del muy querido juego.

Naturalmente, como adultos, los habían convertido en juegos para beber, y los perdedores de la ronda se veían obligados a tomarse dos Chupitos Sangrientos, que eran una dosis creativamente nombrada y poco saludable de Campari.

Al final, Tomek había ganado dos juegos y estaba empatado con Tony en la cima. El desempate fue un enfrentamiento de Frente Detective. Cada jugador tenía que escribir el nombre de alguien al azar, ya sea muerto o vivo, o alguien que conocieran, en una nota Post-it y pegarla en la frente del otro. Tomek recibió una gran satisfacción al golpear la cabeza de Tony. Apenas era un deporte de espectador fascinante, así que para animarlo, Nadia había introducido dos nuevas reglas: cada uno tenía cinco preguntas para hacer con las cuales guiar su conjetura, y tenían que hacerlo mientras trotaban en el lugar.

El juego no requería ninguna demostración particular de habilidad, solo su capacidad para descifrar e inferir una respuesta a partir de una serie de preguntas. Como detectives, era su pan de cada día. Su trabajo diario por una razón. Y Tomek no podía esperar para vencer a Tony en ello.

Él fue el primero en responder las preguntas.

—¿Soy famoso? —preguntó Tony.

Tomek mantuvo la mirada fija en el nombre que había colocado en la frente de Tony. —Te gustaría... Pero, sí. Eres famoso.

—¿Soy... cantante?

—No.

—¿Actor?

—No.

—¿Político?

Tomek miró al espacio donde deberían haber estado los ojos de Tony. —Conoce a tu audiencia, tío. ¿Qué sé yo de políticos?

—Tienes razón. ¿Puedo hacer otra pregunta?

—¡No! —llegó el eco del resto de la habitación detrás de ellos.

—Eso es todo, tu tiempo se acabó —dijo Nadia, interponiéndose entre ellos—. Tony, tienes que adivinar.

—¿Qué? ¡Por qué! ¡Esas fueron solo cuatro preguntas!

—No, no lo fueron. —Entonces extendió los dedos mientras contaba—. ¿Eres famoso? No. ¿Eres cantante? No. ¿Eres actor? No. ¿Eres político? No. ¿Puedes hacer otra pregunta? Esas son cinco. Y no. Así que ahora tienes que adivinar.

—¡Esto es un amaño!

Nadia jadeó exorbitantemente. Tomek saltó directamente en su defensa. —¿Estás cuestionando la integridad de nuestra anfitriona y maestra de juegos, Tony? Eso es un despido instantáneo, ¿no?

Una serie de abucheos e insultos resonaron desde el fondo de la habitación. Los gritos para que ella eliminara al jugador del juego fueron abrumadores.

Nadia los silenció con un gesto de la mano. Y por un momento la sala quedó cautivada, esperando su veredicto con el aliento contenido.

—¡Que continúen los juegos!

Tomek suspiró y gruñó mientras su competidor levantaba el puño en el aire y celebraba como si hubiera ganado.

—Todavía tienes que tomar tu decisión —le recordó Tomek.

—Podría ser literalmente cualquiera.

—Sí, ese es *literalmente* el punto.

Tony reflexionó un momento mientras docenas de nombres pasaban por su cabeza. —¿Madonna?

Tomek no pudo contenerse. Estaba en el suelo, rodando de risa, agarrándose el estómago, antes de darse cuenta.

—¿Madonna? ¿Qué parte de no ser cantante no entendiste?

—¡Entré en pánico! No podía pensar en nadie más.

—Eso es revelador. Muy revelador.

Pero entonces fue el turno de Tomek. Y la gravedad de la situación cayó pesadamente sobre sus hombros. Había mucho en juego. El honor de ser nombrado campeón durante todo un año. El orgullo de tener ventaja sobre Tony, en una escala posiblemente más importante que cualquiera que hubieran tenido antes.

—¿Estoy vivo? —preguntó Tomek.

—Sí —respondió Tony.

—¿Hombre?

—No.

—¿Conozco a esta persona?

A través del traje morph blanco, la frente de Tony se arrugó.

—Sí.

Estaba en el camino correcto.

—¿Esta persona forma parte de nuestro equipo?

—No.

Última pregunta. *Bien, Tomek. Piensa. Tómate tu tiempo.*

En el fondo, sonó el timbre. Alguien detrás de él salió de la habitación para abrir, pero Tomek no se dio cuenta. No los oyó entrar en la habitación.

—¿Soy...

—¿Tomek?

—... Katie?

Dijo su nombre sin verla. Luego giró en el lugar y la vio flotando en el marco de la puerta de la sala de estar.

—¿Qué coño? —preguntó Tony, pero Tomek no lo estaba escuchando—. ¿Cómo adivinaste que era ella?

Tomek se quitó el Post-it de la cabeza y vio el nombre de Katie. Lo arrugó entre sus dedos, luego lo tiró al suelo.

—¿Qué estás... qué haces aquí?

—Me invitaron, ¿no?

—Sí... Claro que sí. Es solo que...

Estaba vestida con un disfraz de Caperucita Roja que había sido cubierto de sangre. En su boca se había colocado un juego de colmillos, y sus ojos eran del color de la sangre gracias a un conjunto de lentes de contacto de fantasía.

—¿*Solo* qué? —dijo ella.

Y entonces todo volvió a precipitarse sobre él. Esa noche. El bar. Freya. El beso. La erección que había sentido. El deseo de continuar en el hotel. Todo estalló al frente.

—Creo que tenemos que hablar...

—Lo sabía.

—¿Qué?

—Sé lo que vas a decir.

—No lo sabes.

—Dime entonces por qué no contestabas al teléfono anoche.

—No tenía mi cargador conmigo. Mi teléfono se murió. —Incluso él no se creyó a sí mismo por la forma en que lo dijo.

—Mentira. Según Buscar a mis Amigos, tu teléfono estaba apagado. ¿Por qué estaba apagado, Tomek?

No respondió. Prácticamente confirmó sus sospechas.

—¿Quién era ella? ¿Eh? ¿Fue un buen polvo? ¿Mereció la pena?

Tomek de repente se hizo consciente de todos en la habitación. Sus ojos mirándolos. Sus pensamientos juzgándolos, juzgándolo a *él*.

—Escucha, puedo...

—No tiene sentido —le dijo ella—. ¿Sabes qué? Cuando te conocí, quería creer que eras diferente. Quería creer que no eras como otros hombres. Que quizás podría cambiarte de alguna manera. Pero acabas de demostrarme que tenía toda la razón. Eres igual que todos los demás. ¡Un puto *cerdo*! Puedes quedarte con mi cepillo de dientes en tu casa, y con todo lo demás. ¡No quiero volver a verte nunca más!

CAPÍTULO
SESENTA

Daniel Heathcliff estaba sufriendo un intenso ataque de sus perversiones esta noche. Los impulsos que tanto se había esforzado por reprimir estaban surgiendo con una fuerza abrumadora. Había intentado resistirlos masturbándose ya cuatro veces, pero no disminuían. Las perversiones simplemente no podían ser resistidas.

Hasta que tuvo la brillante idea de contratar a una prostituta. Alguien en quien poder descargar su semilla. Alguien a quien poder... someter.

Alguien a cuyo cuello pudiera rodear con sus manos y apretar... apretar... apretar...

Había un límite para las sensaciones que la pornografía hardcore podía provocarle. Lo que necesitaba era algo real. Y era algo real lo que iba a conseguir.

Después de colgar el teléfono al proxeneta, tras encargar a la encantadora jovencita que pronto se dirigiría a su casa, tuvo un repentino cambio de parecer. Acostarse con una prostituta no era lo auténtico. Ni siquiera se acercaba lo suficiente. Era ella quien le daba el poder para hacerle cosas; no era algo por lo que él hubiera luchado o que hubiera ganado. Su propia profesión y existencia requería cederle el poder a él.

No, lo que él quería era un desafío, una competidora, alguien a quien pudiera dominar. Quería ver el miedo en los ojos de alguien

mientras la sometía y la desnudaba. Mientras él se bajaba los pantalones y se introducía en ella.

Antes de salir de casa, llamó al proxeneta y canceló el pedido. Como si fuera algo tan inocuo e inofensivo como un reparto de comida.

Esta noche era Halloween. La noche más emocionante y terrorífica del año.

Mujeres de todas las edades estarían prácticamente desnudas, deambulando por las calles. Borrachas. Caminando a casa después de una noche en el club. Quizás solas, quizás con amigas.

No importaba. Le gustaban los desafíos, y cuanto más difícil, más emocionante.

Era poco después de medianoche cuando salió de su casa y se dirigió hacia Chalkwell Park. El lugar solía estar lleno de adolescentes borrachos que habían pasado la noche bebiendo con sus amigos, coqueteando, follando. También estaba mal iluminado, lo que lo convertía en el terreno de caza perfecto.

No tardó mucho en encontrar a una víctima potencial. Una joven con un vestido escaso, tambaleándose tontamente con sus ridículos tacones altos, aferrando su bolso con fuerza contra su cuerpo como si esa fuera la parte que necesitaba protección.

Daniel la vio desde el otro lado del parque y cambió de dirección hacia ella. Ella se mantenía en las afueras del parque, en los extremos, en los lugares más cercanos a la calle principal —y a la civilización. Si algo le sucediera, existía la posibilidad de que alguien pudiera verlo.

Quizás, pero no si las perversiones tenían algo que decir al respecto. Sintió que su cuerpo hormigueaba de placer mientras cruzaba el parque, acortando drásticamente la distancia entre ellos. Estudió el contorno de su cuerpo, la forma en que se movía mientras intentaba caminar de manera convincente.

Y entonces lo sintió. De la nada.

El hormigueo desapareció cuando la sensación fue reemplazada por miedo. Extendiéndose por todo su cuerpo. El filo afilado del cuchillo presionado contra su garganta. La mano en su espalda.

No se atrevió a moverse, gritar, respirar. No a menos que quisiera morir.

—Vas a recibir lo que mereces, pedazo de mierda sin valor.

Y entonces la hoja le cortó la garganta. Mientras la sangre brotaba de su cuello, echó un último vistazo a la joven, que continuaba caminando hacia la salida del parque. Ajena a su presencia y a la persona detrás de él.

El último pensamiento que pasó por su mente no fue sobre las perversiones, o las cosas perversas que le habría hecho a la chica desprevenida. Fue, de hecho, si le habían tendido una trampa, si esto había sido parte del plan de la chica. Recordó haber visto en las noticias que habían encontrado a los asesinos de Timothy Rosenthal y Gary Kershaw. Había pensado que era seguro salir de casa. Había pensado que era seguro ceder a las perversiones.

Pero ahora empezaba a pensar que la policía podría tener a los hombres equivocados.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

Poco después de que se asentara el polvo, Tomek se encontró sentado en el sofá, rodeado de sus colegas. Para su sorpresa, lo estaban consolando. A él, el malo. Le decían que no se preocupara, que todo saldría bien. Que podrían resolverlo.

Diciéndole lo que quería oír.

Nadia a su izquierda, Rachel a su derecha. Como la madre y la hermana que nunca tuvo.

—Las cosas han estado raras estos últimos días, semanas —explicó, esperando justificar sus acciones.

—¿En qué sentido?

Y entonces les contó sobre el incidente con Molly y la ropa interior. Sobre las discusiones y la falta de confianza que se había extendido por su relación como un veneno.

—Ella te ha llevado a este punto, Tom —dijo Nadia—. Te ha acorralado. Y si nunca hubo confianza desde el principio, nunca iba a funcionar.

—Supongo.

—No tienes nada de qué sentirte culpable.

—Supongo.

—Si quieres mi opinión, por lo que valga. —Tomek no levantó la mirada para encontrarse con la de Tony. El hombre estaba borracho, y no quería saber lo que tenía que decir. Pero lo iba a oír de todos modos—. Creo que te has librado de una buena, tío.

—¿Ah, sí?

—No sé mucho de mujeres, pero son como enigmas... Imposible saber lo que están pensando... Todavía estoy tratando de entender a la mía después de veinte años... Pero creo que finalmente me he acercado... —Tony se detuvo mientras intentaba recordar hacia dónde llevaba esta importante perla de sabiduría—. En fin, lo que digo es que te has librado de una buena. Hay muchos más pececillos en el mar, como dicen.

Tomek no estaba del todo de acuerdo. Podría haber habido mil millones de peces —o *pececillos*— haciendo fila por él, pero no habría ido tras ellos porque todavía creía que había algo rescatable en su relación. Algo a lo que valía la pena aferrarse, sin importar lo fracturado y desgarrado que estuviera.

La puerta de la sala se abrió de golpe, dividiendo el silencio en dos. Oscar, sosteniendo su móvil junto a la oreja, irrumpió en la habitación.

—Es Anna —comenzó—. Ha estado monitoreando el grupo de la Sociedad Real de Planchado Extremo... —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Cree que ha habido otro asesinato. Alguien ha publicado sobre un hombre llamado Daniel Heathcliff.

En ese momento, mientras las palabras calaban en todos los presentes, el teléfono de Nick el Malvado comenzó a sonar. Los dejó para contestarlo, y la tensión cambió inmediatamente de los problemas de relación de Tomek a la muy real posibilidad de que el asesino todavía anduviera suelto.

Nick regresó unos dolorosos segundos después.

Confirmó sus peores temores.

—Han encontrado un cadáver en Chalkwell Park.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

El problema inmediato al que todos se enfrentaban era la cantidad de alcohol que circulaba por su torrente sanguíneo. No estaban en condiciones de acudir a la escena del crimen y no podían ni acercarse hasta que se hubieran puesto sobrios. No sabían qué tipo de errores podrían cometer, qué clase de pruebas podrían destruir. Bastaba con que una persona se cayera para arruinar cualquier posibilidad de encontrar al asesino.

Por no mencionar que no ayudaba —ni daba una imagen muy profesional— que todos estuvieran vestidos como asesinos y psicópatas. La única del equipo que tenía un aspecto presentable (y también la única sobria) era Nadia, embarazada de varios meses, que luchaba por quitarse la pintura verde de la cara y desprenderse de la peluca enredada en su pelo.

Antes de permitirles acercarse a la escena del crimen, Nick les había ordenado a todos que regresaran a sus respectivas casas, se limpiaran, se ducharan, se refrescaran y se bombearan con una dosis poco saludable de Berocca. Para cuando Tomek se sintió lo suficientemente cómodo como para llegar a la escena, eran poco más de las cuatro de la madrugada, y su cerebro estaba frito. El alcohol había ablandado sus células cerebrales, y la mezcla de emociones que tiraban de sus procesos mentales lo tenía hecho un desastre. Incapaz de pensar de manera adecuada y clara.

Si hubiera tenido elección, habría esperado hasta la tarde, una vez que hubiera tenido la oportunidad de dormir un poco para aliviar

la resaca inminente. Pero tal como estaban las cosas, alguien había muerto —había sido *asesinado*— y el asesino seguía suelto. Solo un par de horas por delante de ellos.

Tomek se puso su cara de profesional mientras entraba en el parque en plena madrugada. La ventaja de llegar a la escena del crimen en las primeras horas de la mañana era que estaba vacía. Apenas había señales de vida, excepto por algún que otro taxista llevando gente a casa. Aparte de eso, la vida en Chalkwell Park y sus alrededores dormía.

Se había establecido un cordón policial alrededor de todo el parque, y en medio del campo había una enorme tienda blanca que protegía el cuerpo de los elementos y de los teléfonos móviles que, sin duda, estarían apuntando directamente hacia allí en unas pocas horas. Multitudes de personas vestidas con trajes forenses blancos se movían alrededor de la tienda, mientras el destello de las luces policiales bailaba sobre el columpio y los árboles dispersos por la periferia.

Tomek se agachó para pasar por debajo del cordón y se dirigió hacia la tienda. Se encontró con Nick, Rachel y Sean afuera. El resto todavía se estaba preparando; los que no estaban allí habían tenido la suerte de poder dormir un poco.

—Siempre el último, ¿eh, Tom? —comentó Nick. Era extraño pensar que solo unas horas antes, Nick se estaba comportando amablemente.

—Mis disculpas, señor. Tuve que ponerme en modo profesional.

—Bueno, vamos a necesitarlo.

Mientras Nick los guiaba dentro de la tienda, hizo un gesto para que un puñado de oficiales de la escena del crimen se apartaran y les dieran algo de espacio.

El cuerpo, como era de esperar, parecía aún caliente. Casi vivo. Estaba desnudo, había sido desmembrado, y la causa de la muerte había sido el enorme tajo que le atravesaba el cuello. Junto a su cabeza había un carnet de conducir, que les informaba que el nombre de la víctima era Daniel Heathcliff, y una copia de sus antecedentes penales.

Era evidente que Heathcliff había sido asesinado de la misma manera que Timothy Rosenthal y Gary Kershaw, de eso no cabía duda. Pero también implicaba algo más oscuro, más preocupante. Durante toda la investigación, gran parte de la información relacionada con los asesinatos —el papel plastificado, las impresiones de antecedentes penales, los carnets de conducir, las carteras y ropas robadas— había permanecido dentro de los confines de la comisaría de Southend. Nada se había filtrado a la prensa, ni había llegado a las redes sociales. Lo que significaba que era imposible que un asesino imitador conociera las complejidades de los asesinatos.

Lo que significaba que era imposible que Darryl Peters y Charlie Hampton fueran los asesinos.

Por no mencionar el hecho de que ambos estaban en una celda de prisión esperando más cargos.

Todos en el equipo eran silenciosa —y dolorosamente— conscientes de ese hecho. Estaba grabado en cada uno de sus rostros.

—El asesino debe haber hecho esto durante la mitad de la noche —dijo Tomek—. No puede ser un trabajo rápido desnudar a alguien, cortarle los genitales y preparar la escena del crimen así. Deben haber necesitado al menos media hora, quizás incluso una hora. Es mucho tiempo para arriesgarse a que alguien pase y los vea.

—Haremos un llamamiento para que los testigos se presenten por la mañana —dijo Nick—. Esta vez ofreceremos una recompensa.

Eso normalmente ayudaba. La gente estaba mucho más dispuesta a actuar cuando se les incentivaba para hacerlo.

Tomek se acercó a la cabeza de Daniel Heathcliff y se agachó junto a la carta de antecedentes penales. Al inspeccionarla de cerca, notó que debajo habían colocado otro documento. También plastificado.

—¿Qué es esto? —dijo, y luego llamó a un SOCO para que retirara la evidencia de la escena, la registrara y luego le entregara la evidencia a Tomek en una bolsa de pruebas.

El documento era un texto breve que había sido impreso en una hoja de papel A4. Y plastificado. Tomek no podía ignorar el hecho de

que estaba plastificado.

Lo leyó en voz alta para el beneficio de sus colegas.

«Uno más morirá. Uno más pagará por sus pecados. Alguien que conocéis, alguien en quien confiáis, alguien con quien trabajáis. Uno de los vuestros. No hay tiempo para protegerlo, o cambiarlo, deben librarse de su enfermedad. Y esta es la única manera».

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

Al amanecer, la noticia del asesinato en el Parque Chalkwell se había extendido por internet de forma orgánica, gracias a que medio mundo y su primo tenían un smartphone con cámara y una plataforma de redes sociales para compartirla.

Normalmente, Tomek habría lamentado que alguien compartiera la noticia de la muerte de una persona por un par de miles de me gusta y compartidos en Twitter, pero esta vez habían tenido una avalancha de posibles testigos. La mayoría habían sido descartados durante el proceso de verificación, y eran o bien personas que querían hacer perder el tiempo o que no tenían nada de valor real que añadir (en resumen, vivían cerca y creían que eso significaba que sabían lo que había pasado, de alguna manera). Excepto una.

Una joven de dieciocho años se había presentado. Según su llamada a la línea directa que se había establecido, había atravesado el parque a la misma hora en que la policía estimaba que se había producido la muerte. Una forma de verificar su historia, y su validez como testigo clave, fue el momento de la muerte. No se había revelado al público, y cuando se preguntó a la mayoría de los que llamaron, o bien se equivocaron enormemente, o era obvio que estaban adivinando.

Naomi Jones no era ninguna de las dos cosas. *Había estado* en el parque después de medianoche, y tenía pruebas.

La llamada telefónica grabada que había tenido lugar entre ella y su novio demostraba que había estado allí, que podría haber visto lo

que había ocurrido.

O quizás lo había hecho ella misma.

Tomek y Rachel habían sido seleccionados para tomar la declaración del testigo.

—¿Puedes recordar exactamente a qué hora atravesaste el parque? —preguntó Tomek.

—Fue aproximadamente dos minutos después de que llamara a mi novio, así que a las doce y media de la noche. Me bajé de un taxi en la entrada del parque con mis amigas, y luego caminé a casa desde allí.

—¿Sola?

—Sí. Mis amigas viven en un lado del parque. Yo vivo en el otro. No tiene sentido que el taxista me lleve cuando puedo caminar.

Tomek pensó que ya no volvería a arriesgarse de esa manera.

—¿Y eso es algo que siempre has hecho?

Ella asintió. —Mi novio me hace llamarle siempre que salgo con mis amigas. Quiere asegurarse de que estoy a salvo.

Tomek pensó que era una buena idea en teoría, pero si algo le hubiera ocurrido a Naomi, dudaba que hubiera habido tiempo para protegerla o incluso defenderla. Según su historial criminal, Daniel Heathcliff era un violador en serie y un exhibicionista. A lo largo de treinta años, había entrado y salido de prisión por tres violaciones, y había sido acusado de varios cargos más por indecencia pública. Optó por no decírselo.

—¿Adónde fuiste anoche? —preguntó Rachel. Su voz era mucho más suave que la de Tomek, y en cuanto habló, se vio claramente que ponía a Naomi más a gusto de lo que él podía. Con eso, decidió dejar que ella continuara con las preguntas.

—Estábamos en un club. En Southend. Mayhem.

—¿Y te siguió alguien? ¿Viste a alguien bajar de un coche al mismo tiempo?

—No. No creo. Estaba oscuro...

—Entiendo. Y cuando caminabas por el parque, ¿notaste a alguien más allí, viste a alguien que se pareciera a este hombre? — Deslizó una foto sobre la mesa y le dio a Naomi un momento para estudiarla.

—Como dije, estaba oscuro... No recuerdo haber visto a nadie. Solo mantuve la cabeza agachada y caminé lo más rápido que pude.

Naomi Jones había resultado ser un callejón sin salida. Al igual que todos los demás que habían hecho perder el tiempo.

Después de dejarla en las capaces manos de Rachel, Tomek regresó a la sala de incidentes donde encontró a Sean, Tony y Nick en plena conversación. Estaban rondando junto a la pizarra. Una foto de la última adición a la investigación había sido añadida a una nueva sección.

—Por lo que sabemos, no hay razón para creer que la chica del abrigo rojo hiciera acto de presencia —dijo Tony.

—¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó Sean.

—Dado el historial de Daniel Heathcliff, diría que es poco probable que se hubiera dejado atrapar en la trampa de acostarse con una menor. La más joven que se registra que haya violado tenía diecinueve años.

—Que no esté registrado no significa que no pasara —dijo Tomek, entrando en la habitación.

—Es cierto, pero creo que debemos centrar nuestros esfuerzos lejos de la joven. Ella no figuró en este asesinato, y eso es significativo.

—Lo que creo que es *más* significativo —comenzó Tomek—, es la nota que dejó el asesino.

—¿Qué pasa con ella?

—El hecho de que aparentemente alguien del equipo está jugando para el equipo contrario, en todos los sentidos de la palabra.

—¿Oh, *eso*? —dijo Nick—. No me preocuparía por eso. Ha habido rumores en línea durante las últimas dos semanas sobre eso. No ha pasado nada desde entonces.

Como si debiera haberlo hecho. Como si la manzana podrida, si es que realmente había una, debería haber sido descubierta ya.

—Pero esta es la primera vez que lo vemos del asesino...

A veces con Nick el Desagradable era como hablar con una pared. Una pared que era calva y tenía bordes suaves y rechonchos. Pero también era una pared que tenía la última palabra. Y Tomek sabía demasiado bien que no debía cuestionarla. Si quería hacerlo con algún grado de éxito, tenía que elegir el momento.

¿Qué estaba ocultando?

¿A quién estaba protegiendo?

¿A sí mismo?

Era mejor no pensar en ello. Antes de que Tomek pudiera concentrarse más en ese pensamiento, un golpe en la puerta perturbó el silencio en la habitación.

El detective Oscar Pérez asomó la cabeza por la puerta. —Siento interrumpir —comenzó—, pero pensé que todos deberían saber que tenemos la ubicación de la cuenta que publicó los datos de Daniel Heathcliff en la Sociedad Real.

—¿Dónde? —preguntó Nick, suspirando.

—Está en Kent, señor.

—Yo no voy —dijo Tomek inmediatamente—. Ya he hecho mi parte justa de viajes en esta investigación. Si alguien más quiere engañar a su mujer, tiene mi voto para ir.

—Eso no será necesario, Tomek —respondió Nick—. De todos modos, iba a enviar a Sean. —Nick se volvió hacia el hombre que casi le doblaba en estatura—. Campbell, te toca a ti. Ve allí y tráelo de vuelta. Quiero que sea interrogado aquí y bajo nuestras condiciones. No quiero que esos bastardos de Kent se involucren.

Una combinación de miedo y sorpresa se dibujó a través de las arrugas en la piel de Sean. —Absolutamente, señor. Me pondré en ello de inmediato.

—Y llévate a Rachel contigo.

—¿Alguna razón en particular?

—Porque te lo digo yo, esa es la jodida razón. Ahora quítate de mi vista y haz lo que se te dice.

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

Aquella tarde, Sean y Rachel regresaron a la comisaría con su misteriosa cuenta de Facebook. Dennis Argyle. Un hombre de cincuenta y cuatro años que había trabajado como obrero toda su vida. Sus manos estaban encallecidas, sus hombros anchos, y su estómago era la evidencia de toda una vida bebiendo en el pub y disfrutando de un buen curry después de un largo día en la obra. Tomek observaba al hombre en la pantalla del ordenador. Sean y Rachel estaban sentados en la sala de interrogatorios con Dennis, mientras que él y los demás en la oficina se veían obligados a mirar. Lamentablemente, esta vez, Tomek no estaba de humor para palomitas. La motivación y el entusiasmo habían sido expulsados de él como si fuera un saco de boxeo.

—Señor Argyle —comenzó Sean, con su voz metálica en los altavoces del portátil—, está siendo entrevistado en relación con la muerte de Daniel Heathcliff. Esta es una entrevista voluntaria, pero debe saber que podemos arrestarlo en cualquier momento si tenemos sospechas razonables para hacerlo. ¿Lo entiende?

Argyle asintió. La inclinación de su cabeza era casi imperceptible para Tomek. —Sí. Lo entiendo.

—Muy bien entonces —comenzó Rachel—. ¿Qué puede decirnos sobre la Real Sociedad de Planchado Extremo?

—Si ya han encontrado el grupo, no creo que necesite responder a eso, ¿verdad?

—¿Cómo descubrió *usted* el grupo?

—Por un amigo.

—¿Qué amigo?

—Jimmy Hunter.

—¿El famoso cazador de pedófilos?

—Ese mismo.

—¿Sabía usted que el señor Hunter fue arrestado el otro día bajo sospecha de captación y explotación sexual de menores?

Tomek se inclinó hacia adelante en su silla, prestando mucha atención a la expresión de Argyle.

—Eso... es nuevo para mí.

—¿No sabía que su amigo se estaba reuniendo con chicas jóvenes?

—Cuando digo amigo, no me refiero a *amigo* amigo. Solo quiero decir amigo. ¿Sabe?

—¿Como un amigo? —preguntó Sean.

—No... lo otro.

—¿Mejor amigo?

—¡No!

—Conocido... —dijo Rachel abruptamente.

—Si sabía que esa era la palabra que estaba buscando, ¿por qué no lo dijo antes?

Rachel ignoró el comentario y continuó con la entrevista. —¿Cuánto tiempo lleva siendo miembro de la Real Sociedad?

—Un buen par de años. Al menos tres.

—¿Y qué le hizo unirse?

—Es obvio, ¿no?

Rachel y Sean no dijeron nada. Como si necesitaran que todo les fuera deletreado.

—Porque no soporto a los violadores y a los pedófilos. No entiendo por qué es un problema tan grande o un concepto tan difícil de entender para ustedes. Los pedófilos y los violadores son la escoria de esta tierra. Me quitaron a mi Emma. Timothy Rosenthal me quitó a mi Emma. Destruyó nuestras vidas, y todos los demás son iguales. Por eso, creo que deberían recibir lo que se merecen.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Rachel—. ¿Una muerte accidental? ¿Una visita accidental al hospital?

—Si dependiera de mí, sí. Pero he visto lo que este asesino ha estado haciendo en las noticias y en el grupo. Están haciendo lo que el resto de nosotros tenemos miedo de hacer.

Rachel y Sean hicieron una pausa, se miraron. La entrevista había tomado repentinamente un giro diferente, y habían saltado varios pasos hasta donde querían estar.

—¿Sabe quién podría estar detrás de estos asesinatos? —preguntó Sean, tomando la iniciativa durante los siguientes minutos.

—No. Lo siento. Pero no tuve nada que ver con la muerte de Timothy Rosenthal... Aunque no me quejo de ello.

—Pero fue usted quien publicó los datos de Daniel Heathcliff en el grupo ayer.

—Así es.

—¿Le importaría decirnos por qué?

—Porque vi lo que hizo y pensé que alguien debería hacer algo al respecto, de la misma manera que le hicieron al cabrón de Rosenthal.

—¿Matarlo, quiere decir?

—Si eso es lo que pasó, entonces eso es lo que pasó.

—Se da cuenta de que eso es un delito, ¿verdad? Eso le convierte en cómplice de asesinato.

—Yo... yo... —Argyle comenzó a agitar los brazos, masajeándose la barbilla, rascándose las mejillas.

—¿De dónde obtuvo la información de Heathcliff? —dijo Sean, apretando las tuercas—. Esa información es confidencial y solo está disponible para un puñado de personas.

—Yo... yo...

—Decirnos ahora le facilitará la vida más adelante, señor Argyle. Si el juez reconoce su ayuda y apoyo en nuestras investigaciones, estará más inclinado a ver favorablemente su sentencia.

El gran trago que hizo Argyle fue visible en la pantalla cuando su nuez de Adán subía y bajaba, aunque lamentablemente el ruido no fue captado por el micrófono. Lo tenían. Justo donde lo querían. Sudando, entrando en pánico.

Pero Tomek no estaba contento. Argyle no era su hombre.

—¿Quién compartió los detalles con usted?

—¡Un amigo, de acuerdo! ¡Fue un amigo!

—¿Quién?

—Un tipo que conozco del pub. Él... trabaja para una de esas prisiones en Kent. Después de hablar una noche, le conté sobre el grupo. Pero dijo que no quería unirse solo por si lo atrapaban y perdía su trabajo.

Un poco tarde para eso ahora, pensó Tomek. Una vez que lo encontraran y pudieran probar que había compartido la información de Daniel Heathcliff con Argyle, casi con toda seguridad no tendría un trabajo al que volver. Se asegurarían de ello.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su "amigo"? —preguntó Sean, utilizando sus dedos como comillas.

Apretando las tuercas.

—Anoche. En el pub. Me contó sobre Heathcliff, así que lo publiqué en el grupo. Luego echamos un vistazo para ver si alguien le había dado me gusta o había comentado. Le hablé del asesino, pero sigo sin saber quién es. Lo prometo.

—¿A qué hora salió del pub?

—Hacia la medianoche. Luego me fui directamente a casa. Lo prometo.

Una rápida verificación ANPR de su vehículo confirmaría si había utilizado el Túnel de Dartford o no. Y a partir de ahí, descubrirían que Argyle se había quedado en casa, que no había salido hasta que Sean y Rachel lo habían recogido. Que no era su asesino.

Y tampoco lo era el funcionario de prisiones que le había filtrado la información de Daniel Heathcliff por las mismas razones.

Tomek había visto todo lo que necesitaba. Mientras salía de la habitación, dirigiéndose hacia la oficina de Nick, se topó con el hombre pequeño. Sus hombros chocaron, y Tomek estaba seguro de que su mano había palpado a Nick en un lugar desafortunado. Si lo había hecho, no había ninguna mirada de sorpresa o vergüenza en el rostro de Nick.

—¿Con prisa, señor? —preguntó Tomek.

—Tratando de encontrarte, de hecho.

—Ahora sé cómo se siente la sensación de serendipia.

—¿Y cómo te está funcionando?

Tomek gruñó. —Le daría un sólido seis de diez.

—Mágico. Ahora ven conmigo.

Sería incorrecto suponer que Tomek no estaba nervioso. Cada vez que lo habían llamado a la oficina de Nick —desde las cosas más triviales hasta las más importantes— nunca había sentido miedo. Siempre se sentía tranquilamente confiado, sabiendo que podría salir hablando de la situación a la que estaba a punto de enfrentarse.

Pero había algo en esta ocasión, algo en la forma en que Nick caminaba lentamente (como si necesitara el tiempo extra para perfeccionar el discurso en su cabeza), que preocupaba a Tomek. Nick se estaba comportando de una manera que nunca había experimentado antes.

Incluso mantuvo la puerta abierta para que Tomek entrara primero a su oficina.

Cuando la cerró, echó el cerrojo para asegurarse de que no hubiera intrusos.

—Tome asiento, por favor, Sargento.

¿*Sargento*? Oh joder, esto *era* serio.

Con cautela, como si estuviera siendo apuntado con una pistola, Tomek se sentó en la silla más cercana a la puerta. Por si acaso necesitaba hacer una salida rápida.

—Tomek —comenzó Nick mientras se desplomaba en su silla—. Me temo que no hay una manera fácil de decir esto...

—Entonces no lo haga. Sea lo que sea, no lo haga. No necesita hacerlo, jefe.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Estaba a punto de ser arrestado? ¿Pensaban que *él* era el oficial de policía que había sido mencionado en la nota en la escena del crimen de Heathcliff? ¿Pensaban que había violado a alguien, o peor, que había tenido relaciones sexuales con un menor?

El pensamiento le dio náuseas.

Nick, por primera vez desde que Tomek lo conocía, respiró suavemente por la nariz. Reuniendo valor para decirlo. Pero la lucha en su rostro sugería que las palabras no saldrían. No podían salir de la lengua.

—Tomek...

¿Eso fue un quiebre en su voz?

—Tomek —intentó de nuevo—. Hemos... hemos recibido una queja.

—¿Una queja?

—Sí. ¿Te dice algo el nombre de Elizabeth Wheeler?

Tomek pasó la mirada por el fichero de nombres en su cabeza. La mayoría de las entradas estaban borrosas, nada más que una fotografía manchada con letras escritas debajo en caligrafía de médico.

Elizabeth... Elizabeth...

Wheeler... Wheeler...

Conocía a una Elizabeth, y conocía a un Wheeler, pero ninguna Elizabeth Wheeler.

—No, jefe. No me suena. ¿Debería?

—Como referencia, es una de las chicas de la Escuela Secundaria de Southend. Ella dijo que te llamó en el salón de actos mientras hacías la ronda. También dijo que le correspondiste el coqueteo. Y luego, poco después de la asamblea, los dos empezasteis a mensajearos en línea...

¿Mensajearse en línea? ¿Qué estaba pasando?

—Ella ha compartido los mensajes con Anna, y parecen bastante inocuos al principio... pero no puedes enviar fotos desnudas tuyas a escolares, Tomek.

—¿De-qué-demonios-estás-hablando?

Nick dirigió su atención al ordenador y cargó algunas capturas de pantalla. Luego giró el monitor y se lo mostró a Tomek. Frente a él había una imagen de un historial de chat con Elizabeth Wheeler. El nombre de usuario de Instagram de Tomek estaba en la parte superior; en el lado izquierdo había una serie de miniaturas. Nick hizo clic con el ratón y amplió una.

—¿Es ese tu pene, Tomek?

—Sí... pero... —No podía creer lo que estaba viendo. No podía creer que le estuvieran pidiendo que confirmara si ese era su pene. No podía creer que esto le estuviera pasando a él.

—La señorita Wheeler afirma que has abusado de tu posición y que la estás acosando sexualmente con estas fotos explícitas y no solicitadas. Espero que te des cuenta de que este es un asunto serio, Sargento. Y, a partir de ahora, voy a tener que suspenderte mientras se realiza una investigación adicional. Me pondré en contacto contigo en relación con cualquier actualización de la investigación, pero ahora mismo necesito que recojas tus cosas y abandones las instalaciones.

CAPÍTULO
SESENTA Y CINCO

Tomek tenía la cabeza dando vueltas. Consumido por pensamientos nauseabundos y vertiginosos. Y mientras se dirigía al coche, vomitó bajo la rueda trasera.

Condujo a casa a ciegas, ajeno al mundo exterior, confiando únicamente en el instinto y la memoria muscular para no estrellarse ni dañar su coche de ninguna manera.

¿Cómo podía haberle pasado esto?

¿Cómo podía alguien haber hecho algo tan retorcido?

La respuesta le golpeó en cuanto abrió la puerta principal. Un recordatorio de... ella. Un asalto a sus sentidos. El olor de su perfume le hizo sentir aún más enfermo.

Entonces ese sentimiento se transformó en rabia, ira pura, mientras su mente daba sentido a todo.

Antes de poner un pie en su piso, dio la espalda a la puerta y saltó al coche. Era un corto trayecto hasta la calle principal. Mientras avanzaba por el paseo de tiendas, se abrió paso entre los peatones, chocando contra ellos, sin prestarles atención. Estaban en su camino, y él iba en pie de guerra.

Cuando llegó frente a la tienda de uniformes escolares de Katie, irrumpió por la puerta, casi arrancando la pequeña campana de su enganche. Ante él había un desastre. Varios percheros estaban a medio trasladar de un lado de la tienda al otro; corbatas y faldas sueltas habían caído al suelo; carteles que mostraban ofertas

especiales y promociones temporales colgaban de los muebles en papeles laminados de colores brillantes.

Ropa por todas partes. Pero ella no se veía por ningún lado.

Hasta que: —¡Estoy contigo en un momento! —gritó desde la trastienda.

Tomek esperó, con el pulso acelerado, su mano aún aferrada al pomo de la puerta.

Entonces ella apareció, sorprendida en medio de una tarea. Se detuvo.

—Oh —comenzó—, eres tú.

—¿Quién coño te crees que eres? —preguntó Tomek. Estaba decidido a quedarse en el otro lado de la tienda, no fuera a acercarse demasiado y ella le acusara de algo más que no había hecho—. ¿Qué te pasa? Me has costado mi puto trabajo. ¿Te das cuenta de eso?

—No sé de qué estás hablando.

—Oh, vete a la mierda. Sabes perfectamente lo que has hecho. Elizabeth Wheeler. Mi cuenta falsa de Instagram. Has arruinado mi vida.

—¡Sí, y tú arruinaste la mía!

Tomek no pudo contener la carcajada de exasperación que escapó de sus labios. —¿Cómo llegas a esa conclusión?

—Porque me estaba enamorando de ti. Te amaba. Confiaba en ti. Y luego fuiste e hiciste lo que hiciste...

—No me vengas con tonterías —dijo Tomek, con la rabia hirviendo dentro de él—. Vi las marcas de tiempo en los mensajes que le enviaste. Fueron de *antes* de que yo fuera a Newcastle. Has estado planeando todo esto durante mucho tiempo. ¿Cómo la encontraste siquiera?

—Internet es un lugar grande y aterrador, Tomek. Y si sabes dónde buscar, puedes encontrar cualquier cosa con facilidad. Además, ya me habías dado su nombre cuando me lo contaste... el resto fue fácil.

—Estás jodidamente trastornada.

—Tenía celos. Iba a exponerla ante sus padres, hacer que la castigaran por hablar con hombres mayores... Pero luego fuiste e

hiciste lo que hiciste.

—¿Planeabas arruinar su vida pero pensaste que mejor arruinarías la mía?

—¿Como tú arruinaste la *mía*?

Tomek se rio con incredulidad. —Estás loca, ¿lo sabías? —Se tocó el lado de la cabeza—. Completamente desquiciada. Una psicópata. Necesitas ayuda.

—Solo estaba intentando ponerte a prueba —dijo ella.

Luego dio un paso más cerca. Tomek levantó la mano para que se quedara donde estaba. Quería que ambos estuvieran claramente a la vista de la cámara de vigilancia que colgaba en la esquina de la habitación, grabando toda la conversación en vídeo.

—Eres la persona más delirante que he conocido jamás —dijo—. Necesitas venir a la comisaría y contarles lo que has hecho. No puedo perder mi carrera por esto. No puedo perder todo lo que tengo por... por ti. Si haces esto, no me quedará nada.

—Sí que tendrás algo... —Dio otro paso más cerca. Pero Tomek no tenía a dónde retroceder—. Me tendrás a mí. Ahora sabrás lo que pasará si alguna vez vuelves a mentirme, si alguna vez vuelves a traicionarme... podemos ser felices después de esto. ¡Habrás aprendido la lección! ¡Habrás cambiado!

—¡No quiero cambiar! Me gustaban las cosas tal como estaban. Sin ataduras, sin compromisos, sin apegos. Era fácil. Era divertido. *Funcionaba*. Pero esto... esto está jodido más allá de lo que creía posible. Tienes hasta el final del día para presentarte y explicarle a Nick lo que has hecho, o lo haré yo por ti. Y entonces no podré ayudarte después de eso.

CAPÍTULO
SESENTA Y SEIS

El clima era una representación perfecta de su estado de ánimo y del lugar donde se encontraba. Miserable y deprimente. Una manta gris cubría el cielo, y ráfagas de viento lo azotaban desde la izquierda, con la amenaza de lluvia omnipresente.

Tomek se avergonzaba de admitir que no sabía adónde ir. Que se había visto obligado a llamar a Dawid y obtener la respuesta de su hermano. Cuando le preguntó por qué, Tomek respondió que necesitaba hablar con alguien.

—¿Quieres hablar conmigo? —le había preguntado Dawid—. Quizás pueda ayudarte.

Tomek le agradeció la información y luego colgó.

No había nada en la situación que Tomek quisiera que su hermano mayor supiera. En cambio, eso estaba reservado para Michał. Aquel a quien extrañaba todos los días. Aquel a quien miraba fijamente mientras estaba sentado en un banco.

El cementerio de Southend era inmenso, tres veces más grande de lo que recordaba, y eso que solo tenía diez años entonces. Le tomó cinco minutos encontrar la lápida de su hermano. La lápida en sí era pequeña, del mismo tamaño que una hoja A3. Con los años, el musgo y los líquenes habían comenzado a crecer en los bordes, y las inscripciones habían empezado a degradarse.

Tomek leyó la lápida.

Michał Bowen. 1980-1991. Siempre el más ruidoso. Dales caña, pequeño.

El mensaje había sido escrito por su padre, cuando nadie más en la familia tuvo la fuerza para escribirlo. Estaba seguro de que sus padres visitaban la tumba regularmente, especialmente en su cumpleaños. En la parte inferior de la lápida había una pequeña lámpara. En Polonia eran populares y se veían con frecuencia en las tumbas como señal de respeto, una forma de honrar a los muertos. Esta había estado allí durante un tiempo, protegiendo a su hermano hasta que llegara el momento de ser reemplazada.

Una ráfaga de viento pasó junto a él, llevando consigo los susurros de los muertos. Escuchó atentamente la voz de su hermano, pero no oyó nada. Quizás necesitaba ser él quien hablara primero, para hacerle saber que estaba allí.

El único problema era que no sabía por dónde empezar.

—Tenemos mucho de qué ponernos al día —dijo Tomek. Incómodo, lento al principio. El sonido de su propia voz le hizo estremecerse. Como si se escuchara en una grabación por primera vez—. Siento que haya pasado tanto tiempo. *Demasiado* tiempo. Estaría mintiendo si dijera que he estado ocupado todo este tiempo, pero la verdad es que he tenido miedo. Nunca tuve el mismo coraje que tú y Dawid. Nunca pude hacer las cosas que vosotros hacíais. Nunca pude obligarme a venir. Pero aquí estoy, esperando que me perdones por mi ausencia. Dios sabe que necesito que alguien me perdone ahora.

—Estoy seguro de que cada vez que mamá ha venido, has escuchado todo sobre cómo me va. Lo decepcionada y disgustada que está conmigo. Siempre ha tenido algo que decir. Y no sé cómo arreglarlo. No sé cómo hacer las cosas bien para ella, cómo reconciliarme con ella. Y temo que las cosas puedan ser así para siempre. Tuvimos una discusión el otro día y no he hablado con ella desde entonces. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

Otra ráfaga de viento. Esta vez estaba seguro de haber oído algo. Un susurro llevado por la brisa.

—Sé que tengo que dar el primer paso. Tengo que decirle cómo me siento. Supongo que... simplemente tengo demasiado miedo. ¿Y si las cosas salen mal? ¿Y si nunca más quiere hablar conmigo

después? —Hizo una pausa. Reflexionó—. Supongo que ese es el riesgo que tendré que correr.

—Todos los demás parecen estar haciéndolo muy bien. Dawid está volando alto en los seguros. Tiene una esposa y tres hijos. Pero todos sabíamos que él sería el que tendría éxito entre todos nosotros, el muy cabrón. ¿Yo? Estoy en la policía. Pero seguro que ya lo sabías. Sé que mamá y papá están orgullosos de Dawid y su familia, pero no creo que estén orgullosos de mí. No creo que jamás hayan estado orgullosos de mí. Y parece que pronto no tendrán que seguir mintiendo.

—Hay este caso. Ha sido difícil. Y no estamos más cerca de encontrar al asesino. Un poco como el tuyo, en realidad. Pero con ese realmente hice algunos progresos. Sigo trabajando en ello, colega. Incluso si nadie más lo hace. Aunque, si esta queja sigue adelante y pierdo mi trabajo, entonces estoy jodido. Y tú también estás jodido. Nunca sabremos quién te hizo esto. Nunca sabremos quién se salió con la suya. —Tomek se tragó las lágrimas. No lloraría. *Absolutamente* no lo haría—. Me aseguraré de que eso no suceda, tío. Nunca. Seguiré luchando, seguiré buscando, seguiré rezando por ti. Y tú también tienes que empezar a rezar por mí. Juntos podemos hacer esto. Y quién sabe, con suerte para la próxima vez que te vea tendré algo más que compartir.

—Ojalá la próxima vez venga con mamá, papá y Dawid. Me gustaría eso. Todos nosotros aquí juntos de nuevo por primera vez en treinta años. Me gustaría mucho eso. ¡Pero no te vayas a ninguna parte! No queremos que desaparezcas como aquella vez que fuiste a casa del vecino y no pudimos encontrarte durante un día. —Tomek se encontró riendo incontrolablemente—. Siempre recordaré la cara de mamá cuando se dio cuenta de que habías desaparecido. Estaba tranquila, casi en shock, incrédula.

Se parecía mucho a la forma en que a menudo lo miraba a él.

Como si estuviera perdido.

Alejándose del rebaño.

Y, al igual que cuando Michał había desaparecido, al final había encontrado el camino a casa.

Tal vez su madre esperaba lo mismo con él.

Que encontrara el camino de regreso a la seguridad de la familia.
Donde podría ser amado de nuevo.

CAPÍTULO
SESENTA Y SIETE

La belleza de tener padres jubilados era que estaban disponibles a cualquier hora del día, cualquier día de la semana. Así que cuando les sorprendía con una visita, no tenían excusa para ser pillados en mal momento.

Aunque eso no le impidió preguntar si les había interrumpido.

—Yo estaba en el garaje y tu madre en el jardín —le dijo su padre mientras atravesaban la cocina—. Me alegro de verte, chaval.

—Sí.

—Aunque, si yo fuera tú, iría con cuidado con tu madre. Todavía no ha superado lo que pasó la otra noche.

—No te preocupes. Yo tampoco lo he superado. Por eso estoy aquí. Creo que a todos nos hace falta hablar...

Su padre sonrió y le apretó el brazo.

—No podría estar más de acuerdo.

Tomek esperó en la sala mientras su padre iba a buscar a su madre al jardín. Cuando finalmente entraron, ella se detuvo en el marco de la puerta, y tan pronto como lo vio, empezó a darse la vuelta. Su padre la detuvo y la hizo entrar.

—Creo que querrás oír esto —le susurró al oído.

Por la expresión de su cara, ella no quería. Pero al menos estaba dispuesta a darle una oportunidad. Tomek no iba a desperdiciarla.

—Hola, mamá —dijo, tímido como un niño pequeño.

—*Dzień dobry* —fue la fría respuesta.

—No me quedaré mucho tiempo. Sé que ambos tenéis cosas que hacer, y yo tengo que ayudar a cerrar una investigación. Así que empezaré diciendo que lo siento. Siento lo de la otra noche. Siento la forma en que Katie y yo os hablamos a vosotros y a la familia. Siento haberla traído a nuestras vidas. Os alegrará saber que ya no estamos juntos.

—¿Por qué me alegraría oír eso? —preguntó ella—. Vi cómo estabais juntos. Era lo más feliz que te había visto en años. ¿Por qué me alegraría que ya no sea así?

Tomek se contuvo un momento antes de responder. Sus palabras le llenaron de calidez. Ella quería que fuera feliz. Había reconocido su presencia, su relación. Ella *sí* se preocupaba por él.

—Porque voy a ser más feliz sin ella —dijo—. Créeme. La vida será mucho mejor para todos sin ella.

—Bueno... eso está bien. Me *alegra* oírlo.

Notó la sinceridad en su voz y continuó.

—Y también quería decir que siento los últimos treinta años. No sé qué ha pasado. No sé por qué. Pero espero que podamos superar todo esto.

—Para seguir adelante, primero debes entender por qué las cosas eran así —comenzó su padre—. Tienes que volver al principio. No puedes arreglar el motor de un coche sin saber primero cómo se veía y cómo funcionaba.

Tomek asintió. Pero no estaba escuchando. En cambio, los engranajes giraban en su cerebro. Calculando. Procesando.

—El principio... tienes razón, papá. El principio. Tengo que volver al principio.

Se levantó de un salto de la silla y les sonrió, casi de manera demoníaca. Luego les agradeció por hacerle entrar en razón, les dio un abrazo a cada uno y salió de la casa, dejándolos en un estado de incredulidad.

Su relación con sus padres podía esperar.

Descubrir la identidad del asesino, sin embargo, no podía.

La vida de un policía estaba en riesgo.

Y la cuenta atrás ya había comenzado.

CAPÍTULO
SESENTA Y OCHO

El principio.

En teoría había sido tan simple. Pero la pregunta principal seguía siendo: ¿el principio de qué?

¿De la vida de Timothy Rosenthal? ¿El principio de la noche que murió? ¿O el principio de la investigación?

Al final, Tomek decidió comenzar por el principio de la vida de Timothy Rosenthal. Desde que había visto el primer cadáver, había algo sobre la inscripción tallada en el pecho de Rosenthal que secretamente le preocupaba, le inquietaba, sembraba dudas en su mente. No fue hasta que su padre le dio aquel consejo que lo recordó.

Timothy Rosenthal era la única víctima que tenía la inscripción en su carne. También era el único que tenía quince heridas punzantes en su cuerpo. Quien lo había matado había descargado años de ira, frustración y odio en su cuerpo sin vida. Tomek sabía lo suficiente sobre asesinos en serie como para reconocer que sus primeros asesinatos solían ser caóticos, improvisados y descoordinados. Pero todo acerca de la muerte de Timothy Rosenthal había sido meticulosamente planeado. Habían preparado su cuerpo de cierta manera; lo habían llevado a un lugar apartado y aislado donde nadie podía oírlos; incluso habían dirigido y desviado a la policía con sus tarjetas de débito y su coche desaparecidos. No había nada descoordinado o improvisado en todo aquello.

Sin embargo, los quince agujeros en su cuerpo decían lo contrario.

Para Tomek, gritaban que esto era personal.

Venganza, quizás. Años en preparación.

Cuando llegara a casa, tenía la intención de averiguar por qué.

Pero primero tenía un problema. Las notas que había traído del trabajo eran insuficientes. Se basaban solo en la investigación, no en lo que le había ocurrido a Timothy Rosenthal en los momentos previos a su encarcelamiento.

Para eso, necesitaría HOLMES 2. Cuando abrió su portátil para cargarlo, se encontró con un problema. Sus datos de acceso ya no funcionaban. Los cabrones de Recursos Humanos ya habían bloqueado su acceso al portal.

—Buen trabajo, equipo —dijo. Eran eficientes, si no otra cosa.

Pero eso no le ayudaba. Si no podía conectarse, no podía encontrar al asesino.

Y tal como se sentía, tampoco confiaba en que sus colegas lo hicieran por él.

Excepto uno.

—Sean —dijo Tomek después de llamar a su amigo—. ¿Puedes hablar?

—Sí, jefe —respondió—. ¿Qué necesitas?

—Tus datos de acceso a HOLMES.

—¿Para qué?

—Para hacer tu trabajo por ti.

—¿Crees que es buena idea?

—Alguien tiene que hacerlo.

—No, quiero decir, ¿crees que es buena idea? Nick me contó lo que ha pasado. Si usas mis datos de acceso, solo echarás más leña al fuego. No le des a la IOPC otra razón para despedir tu estúpido trasero.

—Me debes una —dijo Tomek sin pensar. Estaba lanzándose por la autopista a ciento sesenta kilómetros por hora sin las luces de advertencia. Solo podía ver lo que tenía delante y no tenía intención de detenerse.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Abigail. Te cubrí cuando salió el artículo. ¿Recuerdas?

El silencio le dijo a Tomek que sí lo recordaba y que estaba elaborando una respuesta.

—Vamos, tío. Ayúdame. Sabes que no te lo pediría si no tuviera una razón.

—Lo sé, tío. Es solo que...

La vacilación en la voz de Sean también le dijo algo a Tomek. Algo mucho más decepcionante.

—Maldita sea, Sean. En realidad lo crees, ¿verdad? ¿Crees que envié esos mensajes y fotos a esa chica? ¿Piensas que soy el policía pervertido del que hablan en ese grupo?

—No... yo... Es solo que... ¿Por qué no me dijiste que tenías Instagram?

—*¿Qué?*

—¿Por qué no mencionaste que lo tenías? Podría haberte seguido. Entonces yo...

—¿Qué? ¿Podrías haberme creído? Me alegra saber que eso es todo lo que hace falta, tío. Un seguimiento en redes sociales. En lugar de mi *palabra real*. —Tomek respiró profundamente, intentando calmarse. No funcionó—. No-lo-hice-yo.

—Entonces, ¿de dónde salieron esos mensajes?

—De Katie. Solo estaba tratando de vengarse de mí por lo que pasó en Newcastle. Ya lo había hecho antes. Con la chica con la que estaba la noche que murió Timothy. Si no me crees, pregúntale a ella. Se llama Molly Chaplain. Ella podrá confirmar lo que pasó.

Tomek tenía que reconocérselo. Sean había sido minucioso en su investigación y, varias horas después, finalmente le concedió acceso a su cuenta de HOLMES 2. A Tomek no le gustaba el hecho de que su mejor amigo no hubiera tomado su palabra como válida, pero al final del día solo estaba haciendo su trabajo y tenía su propia carrera en la que pensar. Tomek no podía reprochárselo. No todos se habrían sacrificado como él lo había hecho.

Ahora que Tomek tenía acceso al sistema, podía comenzar. Pasó las siguientes horas creando una enciclopedia de la vida de Timothy Rosenthal previa a su muerte. Timothy, antes de su arresto, había sido un rico promotor inmobiliario y había sido responsable de la construcción de varias de las nuevas urbanizaciones en Maldon y Chelmsford, cerca de la casa de los padres de Tomek. También había estado casado. Con una mujer llamada Charlotte Hanton. Tras una breve búsqueda de su nombre, descubrió un certificado de nacimiento de una tal Megan Rosenthal. Lo que significaba que Timothy Rosenthal tenía una hija. Había nacido poco después del juicio de Timothy y, según los cálculos de Tomek, tenía poco más de siete años. La misma edad que la niña del abrigo rojo.

CAPÍTULO
SESENTA Y NUEVE

Adventure Island, uno de los destinos turísticos más populares de Southend. De media, el parque temático atraía a casi dos millones de visitantes cada año y albergaba algunas de las atracciones más populares del país. Sin embargo, era la primera vez que él había estado allí. Apenas era su ambiente —había demasiada gente y demasiados niños gritando para su gusto—, pero era donde ella había acordado reunirse con él.

El parque temático llevaba abierto solo una hora, y ya estaba abarrotado de familias cuyos hijos seguramente deberían haber estado en la escuela, corriendo de una atracción a otra para mantener a sus pequeños felices mientras sus caras se llenaban de algodón de azúcar y bebidas azucaradas heladas. Ocupando el centro del parque temático estaba la montaña rusa llamada Rage. Inaugurada originalmente a finales de la década de 2000, una vez tuvo el honor de ser considerada la mejor atracción del país, pero rápidamente fue superada por otras atracciones más grandes y emocionantes de lugares como Thorpe Park y Alton Towers.

Él estaba de pie junto a la acertadamente llamada Kiddie Koasta. Una pequeña montaña rusa construida para niños pequeños, que los lanzaba alrededor del circuito en vagonetas de mineros. Los gritos estallaban sobre su cabeza mientras el último grupo era zarandeado. Levantó la mirada hacia ellos, y cuando volvió a bajarla, la vio de pie frente a él.

La chica de la foto. La chica del abrigo rojo, excepto que esta vez no llevaba un abrigo rojo. Se lo había cambiado por uno verde, aunque igual de brillante.

—Hola —dijo él.

Ella lo miró, nerviosa. Sus mejillas tenían un ligero tono anaranjado y sus pestañas parecían más oscuras de lo que deberían. Como si le hubieran aplicado maquillaje en la cara.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó.

Ella asintió lentamente. No hablaba mucho para ser una chica que había sido bastante abierta con él en internet.

—¿Te gustaría venir conmigo?

—Sí. Me gustaría mucho.

Y así la condujo fuera del parque temático, con su mano en la de él, hacia su coche. Mientras caminaban por el parque, nadie les dirigía una segunda mirada, nadie sospechaba de ellos. Solo eran un padre y una hija disfrutando de su mañana en Adventure Island. Nada alarmante ni preocupante en ello.

Todo era perfectamente normal.

Y todo iba perfectamente bien hasta que abrió la puerta del pasajero y sintió el cuchillo en su espalda.

CAPÍTULO
SETENTA

Al día siguiente, tras apenas unas horas de sueño, Tomek realizó otra visita a la casa de Cathy Sharpe.

—Ya le dije que no sé nada más —respondió ella—. Déjeme en paz.

Tomek se interpuso en la puerta, encajándose entre ella y la salida.

—No he venido a hablar de eso —dijo, sonriendo mientras mentía —. Es sobre Timothy Rosenthal. Tengo entendido que usted estuvo involucrada con él cuando fue a prisión por primera vez.

Ella lo miró con suspicacia.

—Solo durante un par de semanas.

—Perfecto. Solo necesito hacerle algunas preguntas sobre él... y sobre su esposa e hija. Por favor. Es urgente.

Ella se debatió al borde de la aceptación. Finalmente, después de unos dolorosos segundos de espera, se apartó y lo dejó entrar. Lo llevó a la sala de estar, donde esperó mientras ella insistía en prepararle un té. Se lo trajo unos momentos después. Sin leche, dos azúcares. Justo como a él le gustaba. Mientras se lo llevaba a los labios, ella comenzó a hablar.

—Tiene suerte de haberme encontrado en mi día libre —dijo—. Y también tiene suerte de que Charlie no venga hoy. No creo que usted sea su persona favorita en este momento.

Tomek soltó una risita.

—Puedo entenderlo. Como le dije, gracias por tomarse el tiempo para hablar conmigo.

—No me dejó muchas opciones —respondió ella, dando un sorbo a su té—. ¿Qué necesita saber?

Antes de continuar, Tomek observó la sala de estar. Tenía todos los elementos propios de una persona con una vida familiar agradable, con fotos de seres queridos en los alféizares de las ventanas, y parecía que cada centavo que Cathy Sharpe había ganado se había invertido en reformar y hacer el espacio lo más acogedor posible.

—Quiero saber sobre la esposa de Timothy Rosenthal. Con la que estaba casado antes de ir a prisión.

—Y... ¿cómo puedo ayudarle con eso? —Estaba evitando el tema por alguna razón. Él quería saber cuál era.

—¿Tuvo mucho contacto con ella?

—Solo durante el juicio.

—Tengo entendido que estaba embarazada. ¿Alguna vez hablaron sobre el bebé?

—Creo que sí.

Tomek suspiró y dejó su té en el brazo del sillón.

—Cathy, si quiere deshacerse de mí lo más rápido posible, le sugiero que me dé las respuestas a mis preguntas de la manera más concisa posible. Cuanto más rodeos dé, más tiempo me veré obligado a quedarme.

Eso pareció funcionar. Ella cruzó una pierna sobre la otra y dobló los brazos sobre el pecho.

—Estaba de unos seis meses durante el juicio. No quería tenerlo, pero después de todo el estrés de la investigación, no tuvo elección. Tuvo suerte de no sufrir un aborto espontáneo.

Tomek asintió mientras tomaba notas en su libreta.

—Creo que se quedó embarazada un par de semanas antes de que lo arrestaran e interrogaran por la violación de otra mujer...

—¿Sophia Wainwright?

—Ella y Emma Argyle, sí.

—¿Y Timothy Rosenthal sabía que iba a ser padre?

—Se dio cuenta en algún momento. Era bastante obvio una vez que empezó a notársele.

—Su nombre no aparece en el certificado de nacimiento. ¿Sabe por qué podría ser?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Quizás no quería que su marido violador estuviera asociado con su hija.

Eso tenía sentido lógico. Y quizás era lo único lógico que alguien había dicho en mucho tiempo.

—¿Sabe qué ha pasado con la familia desde entonces?

Volvió a negar con la cabeza. Esta vez cuando habló, su voz era más emotiva, sincera.

—No tengo idea, pero no la culparía si hubiera querido alejarse de aquí tanto como fuera posible. ¿Por qué? ¿Cree que ella podría haberlo matado?

—Posiblemente. O es ella o una de sus víctimas. Entrevistamos al padre de Emma Argyle el otro día. Lo hemos arrestado como cómplice de asesinato.

—Genial —dijo ella—. Otro al que seguramente tendré que cuidar.

—Esta vez no —respondió él con una sonrisa—. Ahora vive en Kent, así que con suerte será problema de ellos.

—Cuantos más, mejor.

Tomek le agradeció por su tiempo y luego salió de la sala de estar. Mientras cruzaba la puerta principal, le agradeció de nuevo y dijo:

—¿Hay algo más que crea que debería saber? Cualquier cosa.

Ella dudó. Había algo dentro de ella, dándole vueltas. No fue hasta que él insistió por tercera vez que finalmente cedió.

—Darryl Peters —comenzó.

—Está bajo custodia, sí...

—Su hija. La escuela. Creo que allí encontrará lo que está buscando...

CAPÍTULO
SETENTA Y UNO

Tomek regresó apresuradamente a su coche, animado por la pista.

Todo se vino abajo cuando contestó su teléfono.

—¿Tomek?

—Soy yo —respondió, sin comprobar la identificación de la llamada.

—Soy Nick...

—Señor —dijo, deslizándose dentro del coche y cerrando la puerta tras él. Ahogando el mundo exterior.

—Tenemos un problema.

—Oh, lamento oír eso, señor.

—Es Tony —le informó Nick.

—¿Ha olvidado su sopa para el almuerzo otra vez?

—No. Ha desaparecido.

Los sentidos de Tomek se ralentizaron, se volvieron mudos. Su respiración, su audición, su conciencia espacial. Solo era vagamente consciente de dónde estaba y qué estaba sucediendo, como si estuviera experimentando una crisis existencial.

Tony. Desaparecido.

La carta que habían dejado junto a Daniel Heathcliff destelló ante los ojos de Tomek. ¿Era Tony el pedófilo/violador que supuestamente la policía había estado protegiendo? Bueno, en cierto modo tenía sentido. El hombre *era* extraño, pero eso no lo convertía en un depredador sexual.

—¿Cuándo se le vio por última vez? —preguntó Tomek.

—Esta mañana cuando salió de casa para ir al trabajo. No ha aparecido desde entonces.

—¿Y nadie tiene idea de dónde está?

—Su teléfono está apagado. El último lugar donde dio señal fue a lo largo del paseo marítimo, cerca de Adventure Island.

El patio de recreo del pedófilo. Un lugar repleto de niños. El veredicto no pintaba bien para Tony.

—¿Qué necesita que haga, señor?

—Vuelve. Ayuda al equipo. Tenemos que encontrarlo, Tomek.

—¿Esto significa que vuelvo definitivamente? —las esperanzas de Tomek se dispararon hasta el cielo.

—No te pases, colega. Hasta que lo encontremos, estás de vuelta en el equipo. Después de eso, tu suspensión se reanuda. Piensa en ello como pulsar pausa en un videojuego.

Y mientras tanto se esperaba que matara al jefe y regresara victorioso antes de ser empujado al fondo de la multitud mientras todos los demás disfrutaban de las celebraciones. Tomek no sabía cuántos videojuegos había jugado Nick, pero ciertamente ese no era el modo en que se suponía que debían ser.

CAPÍTULO
SETENTA Y DOS

Encontrar a Tony se había convertido en el foco principal, la prioridad número uno. Todas las demás líneas de investigación, incluida la conversación con la hija de Darryl Peters, debían quedar en suspenso por el momento.

Si encontraban a Tony, encontrarían al asesino.

El único problema era encontrar un lugar por donde comenzar su búsqueda.

Para cuando Tomek llegó a la sala de incidencias, el equipo ya había conseguido obtener las grabaciones de las cámaras de seguridad del interior de Adventure Island y las estaban viendo frenéticamente, señalando cada figura u hombre que se pareciera a Tony y a su cuerpo largo y delgado.

—Es el tipo más alto que he visto en mi vida —dijo Sean, y eso ya era decir mucho viniendo de él—. ¿Cómo puede ser tan difícil de encontrar?

—Porque no quiere que lo encuentren, idiota —respondió Oscar a su lado—. Si ha conseguido escaparse de nosotros durante tanto tiempo, no va a dejar de hacerlo ahora, ¿verdad?

La llegada de Tomek a la sala fue recibida con una breve mirada y un gruñido de reconocimiento antes de que todos volvieran a centrar su atención en el problema entre manos. Se unió a ellos en la parte trasera del grupo y comenzó a ver el metraje de las cámaras con ellos.

Veinte minutos después, lo encontraron. Estaba de pie junto a una de las atracciones, girando la cabeza como una torreta, vestido con una gruesa chaqueta tipo parka que camuflaba su altura, y llevando una gorra de béisbol para proteger sus rasgos de la vista. Según la marca de tiempo en el metraje, había estado allí desde que el parque había abierto a las 11 a.m. La última señal de su teléfono móvil en la torre de telefonía más cercana había sido a las 12:27 p.m., lo que significaba que había estado allí durante más de una hora. De pie en la misma posición. Esperando.

No fue hasta que la hora pasó a las 12:15 p.m. cuando lo vieron moverse. Esta vez iba acompañado por una joven, que llevaba un abrigo verde, con largo cabello cobrizo. A pesar del evidente cambio de apariencia, no había duda de que estaban mirando a la misma persona.

La chica del abrigo rojo.

Ella lo estaba llevando fuera del parque temático hacia el aparcamiento más abajo por el paseo marítimo. A partir de ahí, el metraje de las cámaras terminaba.

—¿Adónde fue? —preguntó Nick, caminando de un lado a otro en la cabecera de la sala de incidencias.

—Eso es todo lo que tenemos —respondió Chey—. Las cámaras en esa zona del aparcamiento no han funcionado durante semanas.

—¡Me cago en la puta! —Nick se pasó la mano por la cabeza calva—. ¿Qué hay del ANPR? Conocemos su matrícula y sabemos la hora en que se marchó.

—La última vez que fue captado fue en la A130 en dirección norte hacia Chelmsford, señor —respondió Rachel—. Después lo perdimos.

El ANPR era bueno para seguir coches durante largas distancias, pero no en trayectos cortos. No desde Southend hasta Chelmsford. Especialmente en algunas de las zonas más rurales del condado.

—¿Qué va a hacer a Chelmsford? Eso no ha aparecido en ninguna de nuestras investigaciones, ¿verdad?

Una sensación preocupante comenzó a formarse en el estómago de Tomek. Agarró a Chey y lo llevó a un lado.

—¿Puedes imprimirme una copia de la cara de la chica en ese metraje, por favor? —le pidió.

Chey confirmó que podía y desapareció hacia su escritorio en la oficina principal. Mientras esperaba, Tomek inició sesión en su ordenador. Afortunadamente, sus permisos habían sido restaurados. Puede que no fueran los favoritos de todos, pero no se podía negar que los cretinos de Recursos Humanos eran buenos en su trabajo.

Una vez dentro, Tomek encontró el número del familiar más cercano de Tony, su esposa Susan, en su base de datos interna y la llamó.

El teléfono sonó y sonó. Sonó y sonó.

Hasta que finalmente contestó.

—¿Hola?

—Hola, Susan, soy el sargento detective Tomek Bowen, uno de los colegas de su marido. ¿Cómo está hoy?

—Bien... Gracias.

Tomek la había conocido solo una vez, en un evento policial en verano, donde ella se había emborrachado un poco demasiado y se había puesto demasiado cariñosa, haciendo el ridículo. Aunque por lo poco que habían hablado esa noche, la recordaba alegre y divertida, lo opuesto a cómo sonaba ahora.

Atemorizada y asustada.

Sin duda porque estaba recibiendo *la llamada*. La que insinuaba que algo terrible había sucedido.

—Me preguntaba si ha tenido noticias de Tony esta mañana.

—¿No está en el trabajo? Se fue temprano hoy. Dijo que tenía cosas que hacer.

—Lamentablemente, no podemos encontrarlo. Me preguntaba si le había comentado si iba a ir a algún sitio antes.

Tomek conocía la respuesta antes de haber hecho la pregunta. Pero ayudaba a calmarla un poco. Si Tony realmente estaba quedando con una menor para tener sexo, entonces era poco probable que le hubiera dicho a su esposa algo diferente a que iba al trabajo.

Susan confirmó las sospechas de Tomek. Tony no había dicho nada fuera de lo normal.

—¿Tony tiene un portátil en casa? —preguntó—. ¡Sé que es un poco dinosaurio en la oficina, así que no me sorprendería si no lo tuviera!

Tomek intentó mantener un tono lo más casual y despreocupado posible para tranquilizarla. Como si su marido no estuviera a punto de morir a manos de un asesino en serie.

—Tiene un ordenador que a veces usa para el trabajo. Pero prefiero no meterme con eso.

—¿Puede echarle un vistazo por mí? —preguntó Tomek. No había tiempo para que él fuera allí y lo hiciera por sí mismo.

Un momento después, Susan se había dirigido a su despacho y estaba sentada en el escritorio de Tony. —¿Qué necesita que haga?

—¿Puede iniciar sesión?

Pudo hacerlo. Entonces Tomek la dirigió a Google Chrome. Quería ver si había alguna pestaña que Tony hubiera olvidado cerrar.

Las había.

Dos de ellas.

Una era de los horarios de apertura de Adventure Island. La otra era una ventana de Facebook Messenger, que había quedado abierta en la conversación más reciente.

—¿Aparece el nombre de la otra persona en la parte superior de la pantalla? —preguntó Tomek. Ayudarla a navegar por la interfaz de Facebook Messenger era una experiencia dolorosa y tediosa, una que agradecía no haber tenido que hacer nunca con sus padres.

—Sí... —dijo ella. Casi podía oírla entrecerrar los ojos para verlo —. Dice que estaba hablando con una persona llamada Megan Rosenthal.

CAPÍTULO
SETENTA Y TRES

Megan Rosenthal. La hija de Timothy Rosenthal.

La niña del abrigo rojo. Desde el principio.

Y nunca habían sabido de ella, ni siquiera pensaron en seguirla como línea de investigación. Había estado frente a sus narices todo el tiempo.

El único problema ahora era encontrarla. Y encontrar a Tony.

Después de agradecer a Susan por la información, Tomek le pidió a uno de los agentes de policía en la comisaría que fuera a calmar sus temores hasta que tuvieran más información. Ahora centró su energía y concentración en encontrar a Megan Rosenthal. De poco servía saber su nombre si no podía localizarla. Comenzó en el único lugar que se le ocurrió.

El PNC. El sistema informático nacional albergaba millones de entradas de datos e información personal. Si alguna vez había pasado por el sistema, aparecería. Introdujo su nombre en la barra de búsqueda.

Nada.

No existía.

Y entonces tuvo otra idea. Otro lugar donde encontrarla.

Durante toda la investigación, la detective Anna Kaczmarek había compilado una base de datos de todos los escolares de la zona este de Essex. Una lista de más de cuarenta mil nombres, filtrados por edad y centro educativo. Si se habían trasladado o habían salido del

país, sus nombres estaban incluidos. Si recientemente habían sido expulsados o suspendidos, sus nombres estaban incluidos.

No había escapatoria de la meticulosa atención al detalle de Triple Word Score.

Y era la última esperanza de Tomek.

Introdujo el nombre de Megan Rosenthal en la barra de búsqueda nuevamente.

Esperó... esperó... mientras la base de datos buscaba entre miles de datos.

No encontró nada.

—¡Joder, joder! —gritó Tomek.

Esta vez no se contuvo con la mesa, y golpeó el puño contra ella varias veces hasta que le dolieron la palma y los nudillos.

Un callejón sin salida.

Callejón sin salida tras callejón sin salida tras callejón sin salida.

Nada de lo que intentaban funcionaba. Nada de lo que intentaban marcaba alguna diferencia.

Se quedó allí sentado un momento, recostado en su silla con el trasero casi colgando del asiento, mirando fijamente al techo. Esperaba que la superficie blanca y lisa pudiera inspirarle alguna migaja de pensamiento, una chispa de creatividad. En cambio, lo burlaba, se reía de él. Podía escucharlo, oír la voz del niño y asesino. Llamándolo. Provocándolo.

¿No podía ser este el final, verdad? El momento de inercia donde no podían hacer nada más que esperar hasta que el cuerpo de Tony apareciera en medio de la nada?

No quería pensar en ello.

Se quedó allí unos minutos más hasta que finalmente su mente quedó en blanco.

Y fue en ese momento cuando le llegó la idea.

Alta. Y clara.

Las palabras de Cathy Sharpe sonando en su cabeza como una sinfonía. Uniéndose en el clímax.

Darryl Peters.

«Su hija. El colegio. Creo que encontrará lo que busca allí...»

CAPÍTULO
SETENTA Y CUATRO

Apenas Tony pudo abrir los ojos, intentó reconocer su entorno, pero fue inútil. La capucha negra sobre su rostro le impedía ver algo. Su sentido principal había sido anulado. Solo podía confiar en el resto de ellos.

Pero tampoco funcionaban.

Lo último que recordaba era sentir el cuchillo en su espalda. Luego el golpe en la cabeza.

Casi como si fuera una señal, el dolor en su sien derecha estalló, y estrellas tan brillantes como el sol centellearon en su visión. Mientras se estremecía de dolor, su cuerpo comenzó a moverse. Entonces se dio cuenta de lo que le estaba sucediendo.

Sus manos estaban atadas por encima de su cabeza, con una cuerda que le cortaba la piel. Estaba colgando de algún sitio, pero no podía precisar exactamente dónde.

Luego sintió una brisa contra su cuerpo.

Su cuerpo desnudo.

¿Por qué demonios estaba desnudo?

Y entonces comprendió por qué. Y comprendió lo que iba a pasar.

Sufriría el mismo destino que los otros. Como Timothy Rosenthal. Como Gary Kershaw. Como Daniel Heathcliff.

Iba a ser mutilado y expuesto, revelando sus secretos al mundo.

El secreto que nunca había sido un secreto en realidad.

Tony se quedó inmóvil un momento, conteniendo la respiración. Agudizó el oído, intentando captar señales que indicaran su ubicación. Todo lo que podía escuchar era el viento colándose por las grietas del edificio y el sonido de pájaros a lo lejos. O quizás eran cuervos, volando en círculos sobre él, esperando su festín.

Entonces escuchó pasos. Ligeros. Delicados.

Percibió que el cuerpo se acercaba antes de sentir el dedo tocándolo.

—Estás despierto —dijo la voz. Femenina. Suave, gentil. Pero sutilmente seductora—. Todos los demás estaban muertos cuando llegué a hacer lo que necesitaba. Todo terminó demasiado rápido. Ahora podré divertirme un poco. Contigo.

Antes de que pudiera responder, la mano de ella le agarró los testículos y apretó. El dolor estalló en su abdomen y rápidamente subió hasta su garganta. La náusea fue violenta y repentina, haciéndole querer vomitar. Pero antes de que pudiera pensar en ello, sintió la punzada de la hoja quemándole contra el muslo.

Subiendo y bajando por su pierna.

Esperaba que la incisión fuera rápida. Como arrancar una tirita.

Excepto que no sería nada parecido.

En su lugar, ella le arrancaría las pelotas.

Esperaba que todo fuera breve. Una breve salida del mundo.

No quería sentirlo. No quería saber lo que estaba pasando.

En cuanto la hoja cercenó sus testículos, Tony perdió el conocimiento antes de que el grito terminara de salir de sus labios.

CAPÍTULO
SETENTA Y CINCO

Tomek llevaba cinco minutos esperando en línea.

Cinco minutos que no podían permitirse perder.

Estaba solo en la oficina, mientras el resto del equipo permanecía en la sala de operaciones, intentando frenéticamente localizar a su compañero desaparecido. Tomek agradeció el silencio que había inspirado su breve momento de claridad mental. Eso era todo lo que había necesitado. Un breve momento.

Contestaron el teléfono y al otro lado estaba Harvey Prince, director de Chalkwell Hall.

—Hola, detective —comenzó Harvey—. Tengo entendido que desea información sobre algunos miembros del personal de mi escuela.

—Sí, por favor.

—Primero necesito saber si alguno de mis niños va a sufrir algún daño.

—No, a menos que sean pedófilos o violadores —respondió.

—¿Disculpe?

—No —dijo secamente—. No sufrirán ningún daño. ¿Puede decirme, por favor, si hubo niños que no se presentaron a la escuela esta mañana? ¿Quizás llamaron para reportarse enfermos? ¿Y si tiene algún miembro del personal que haya hecho lo mismo?

Para obtener esa información, el director tuvo que hablar con sus colegas, así que puso a Tomek en espera. Tomek no tuvo más remedio que aceptarlo, y se contuvo de gritar al auricular mientras

se veía obligado a escuchar el sonido del silencio al otro lado de la línea.

Cuando Harvey finalmente regresó al teléfono, el cuerpo de Tomek se había tensado de frustración, con los nudillos blancos de apretar demasiado fuerte el auricular.

—Disculpe por hacerle esperar —dijo Harvey—. Ahora que lo menciona, sí tuvimos algunos estudiantes que llamaron para reportarse enfermos hoy.

—Bien...

Harvey le dictó la lista de nombres.

Tomek reconoció uno de ellos.

Luego le dictó la lista de nombres de los miembros del personal que también habían llamado para reportarse enfermos. De los cuales solo había uno.

Tomek también reconoció ese nombre.

CAPÍTULO
SETENTA Y SEIS

Cuando Tony despertó la siguiente vez, lo primero que notó fue el abrumador sabor metálico en su boca.

Seguido por la sensación de que su boca estaba llena de algo. Y entonces se dio cuenta de qué era.

Su pene. Metido en su boca.

Los vellos de sus testículos le hacían cosquillas en la garganta provocándole arcadas, pero no podía escupirlo. Todo era demasiado grande y había sido embutido allí con fuerza. No podía tragar, y pronto comenzó a sentir que se estaba ahogando con su propia sangre y saliva. Tosió violentamente tras la oscuridad de la máscara hasta que se obligó a respirar con calma por la nariz.

Con toda la calma que pudo, al menos.

Mientras colgaba allí, desesperado por aire, consideró la posibilidad de masticar su propio pene. Romperlo en trozos más pequeños para poder respirar adecuadamente. Pero no existía suficiente fuerza de voluntad en el mundo que pudiera convencerle de que esa era la idea correcta.

En su lugar, se resignó a su destino y esperó, al borde de la muerte.

El dolor en su entrepierna había entumecido sus piernas, mientras que el dolor en sus brazos había entumecido la parte superior de su cuerpo. A pesar de sentirlo todo —cada respiración dificultosa y trabajosa, cada movimiento incómodo y tirón en la

cuerda— no sentía nada. Su cerebro había entrado en modo de apagado y se estaba centrando en las funciones vitales.

Vista, respiración, audición.

Pero deseaba que todo se detuviera. Deseaba que el reconfortante abrazo de la muerte lo envolviera y se lo llevara.

Deseaba no haber respondido nunca a la chica.

Deseaba no haberlo ocultado nunca al resto del equipo.

Deseaba no haberse usado nunca a sí mismo como cebo.

Tony no era médico. No era un profesional sanitario. No entendía la diferencia entre hemoglobina y hematosis. Todo lo que tenía era un conocimiento rudimentario de primeros auxilios.

Un conocimiento que se extendía hasta saber que una cantidad enorme de sangre ya había abandonado su cuerpo.

Un conocimiento que le indicaba que, si continuaba a este ritmo, pronto se desangraría hasta la muerte y finalmente sería arrastrado fuera de su infierno en vida.

Con suerte, todo habría terminado antes de la próxima vez que despertara.

CAPÍTULO
SETENTA Y SIETE

Tomek detuvo el coche en seco y ya estaba a medio camino por la entrada antes de que la puerta se cerrara. Corrió por el lateral de la casa y saltó al escalón de la entrada principal. Golpeó con fuerza la puerta con los nudillos, y el sonido resonó arriba y abajo de la calle.

Una parte de él no esperaba que respondieran. Que a estas alturas ya habrían abandonado la casa y el condado.

Eso habría sido lo más inteligente. Escapar mientras pudieran.

Pero para su sorpresa, la puerta se abrió unos momentos después. Y mirándolo con una expresión de confusión en su rostro, estaba Sophie. La compañera de piso y mejor amiga de Katie.

Tan pronto como reconoció a Tomek frente a ella, intentó cerrar la puerta de golpe. Pero él fue demasiado rápido y se interpuso en el hueco.

—Necesito hablar contigo, Sophie... ¿o debería decir *Sophia* Wainwright? —dijo, abriéndose paso a la fuerza dentro de la casa—. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—Caitlin. ¿Dónde está?

—En la escuela —respondió Sophia poniendo una mano en su pecho, impidiéndole avanzar más.

—No, no está. Acabo de hablar con la escuela. Ambas llamaron para reportarse enfermas hoy. ¿Dónde está ella y dónde está Tony?

Antes de que la asistente educativa pudiera responder, se escuchó un ruido procedente de la sala de estar en la parte delantera de la casa. De inmediato, Tomek se escabulló pasando a Sophia y se lanzó a la habitación. Ella intentó detenerlo, agarrándole lánguidamente los brazos, pero sus defensas eran demasiado débiles.

Allí, dentro de la sala, sentada en el sofá con su iPad en mano, estaba Caitlin. La pequeña Caitlin de siete años. La niña a la que solo había visto un puñado de veces. La niña a la que había prestado poca o ninguna atención. La niña a la que había ignorado mientras intentaba hacer progresar su relación con Katie.

La niña del abrigo rojo.

Y allí, tirado sobre el brazo del sillón a su lado, estaba el abrigo verde que se había puesto para ir a Adventure Island esa misma mañana.

—Hola, Caitlin...

—Tomek, no —sonó la voz de Sophia detrás de él, pero la ignoró.

—Hola, Caitlin... —continuó Tomek, pero la niña lo ignoró. Siguió mirando la pantalla de la tableta. Absorta en lo que fuese que le habían dicho que viera.

—Tomek, déjala fuera de esto. Por favor. Ven a la cocina y podemos hablar de esto.

—No —respondió Tomek con calma, para no angustiar ni alarmar a Caitlin—. Podemos hacerlo aquí. No voy a permitir que ninguna de las dos se salga de mi vista.

De mala gana, Sophia cedió y se movió hasta el lado de Caitlin. Se posó en el borde del asiento junto a ella y rodeó con sus brazos a la pequeña, y comenzó a acariciarle el pelo.

—Por favor... no grites —le pidió—. No levantamos la voz en esta casa.

No, pero sí matáis a gente.

—Tienes mucho que explicar —comenzó, incapaz de contenerse —. ¿Dónde está Tony? ¿Dónde está Katie? —Dio un paso adelante cuando ella no respondió—. ¿Dónde está, Sophia? ¿Dónde está?

—No los encontrarás.

Tomek resopló.

—Sí lo haré. Os encontré a vosotras, ¿no?

—Eventualmente. Pero para cuando llegues a ellos, será demasiado tarde. No hay salvación para él, Tomek. Está recibiendo la justicia que merece.

—¿La misma justicia que merecían Timothy Rosenthal, Gary Kershaw y Daniel Heathcliff?

—No tienes ni idea.

Los ojos de Sophia se endurecieron, se oscurecieron, volviéndose casi demoníacos, y él vio un lado de ella que nunca había visto antes en las pocas veces que se habían encontrado brevemente. Consideró que estaba mirando a la verdadera Sophia, la que ella mantenía oculta del público y lejos de la escuela.

Mientras permanecía allí, viendo cómo su alma lentamente se agriaba, un pensamiento repentino surgió en Tomek. Estaba solo. Y nadie sabía dónde se encontraba.

Para rectificar la situación, metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono móvil. Desbloqueó la pantalla, se desplazó hasta su agenda y llamó al 999.

—Hola, soy el DS Tomek Bowen. Solicito apoyo policial inmediato en 57 Battle Square Drive, Leigh-on-Sea. Por favor, alerten también a la policía de investigación criminal.

—Entendido. Alguien estará con usted en cinco minutos.

Cinco minutos era mucho tiempo. Quizás demasiado. Pero no tenía elección. No podía permitirse dejarlas solas y con fácil acceso a un coche. Lo habían eludido durante tanto tiempo que no iba a perderlas ahora.

—¿Dónde está, Sophia? —preguntó de nuevo, ganando tiempo.

—Se ha ido —dijo Caitlin, mientras continuaba mirando el iPad, tomando a Tomek por sorpresa.

—Silencio, Caitlin. Recuerda, no debemos contarle a nadie sobre mamá, ¿verdad?

—Lo siento, mamá.

Tomek hizo un gesto de incredulidad.

Y entonces todo empezó a tener sentido para él.

—Sophia —comenzó—, la policía está en camino. Cuando lleguen, te arrestarán, y nunca volverás a ver a tu hija. Si quieres

verla, si quieres pasar unos minutos más con ella, necesito que me digas dónde están Tony y Katie. No dejes que esta sea la última vez que veas a tu hija...

Sophia lo consideró por un momento. Luego agachó la cabeza y se volvió hacia Caitlin, continuando acariciándole el pelo a su hija.

—Ya sabes dónde está. Ella te llevó allí por una razón.

CAPÍTULO
SETENTA Y OCHO

La policía había llegado casi diez minutos después de lo que le habían dicho. Irrumpieron, arrestaron a Sophia y, cuando se marchó, Tomek cumplió su palabra y pidió a los oficiales que realizaban el arresto que permitieran a ella y Caitlin unos minutos más para despedirse.

Una vez que estuvo seguro de que estaban en manos seguras de la ley, Tomek saltó a su coche y se dirigió hacia la Marina de Tollesbury. Cuando llegó, veinte minutos después, notó el coche de Tony aparcado torpemente en la bahía, con las ruedas atascadas bajo la arena. Al final del paseo que conducía a la orilla del agua estaba la tienda de kayaks que él y Katie habían utilizado para alquilar el equipo en su cita. Tomek corrió hacia ella, entró bruscamente y alquiló uno de todo. No tenía tiempo para explicar —ni para pagar, dicho sea de paso— así que en su lugar mostró su placa y explicó que era un asunto urgente.

Entonces, por segunda vez en su vida, saltó al kayak y flotó sobre el agua. La adrenalina corría por su cuerpo mientras serpenteaba por las avenidas y callejones sin salida, luchando contra la fuerza del agua, buscando la casa en medio de las marismas. Después de diez largos y angustiosos minutos, su parte superior del cuerpo dolía y sentía como si lo estuvieran manteniendo bajo el agua.

El reloj corría, y no tenía idea de cuánto tiempo le quedaba para salvar a su colega.

Por lo que sabía, su amigo podría estar ya muerto. Pero apartó ese pensamiento de su mente y continuó remando.

Hasta que finalmente, a través de la baja niebla que se había asentado sobre el agua de la nada, la casa bote en ruinas apareció gradualmente a la vista. Más pequeña de lo que recordaba. Más aislada. En el exterior, amarrados con una cuerda, flotaban dos kayaks. Uno para Katie, el otro para el cuerpo inconsciente de Tony. Recordó lo fácilmente que ella le había ganado en el agua antes, y cómo habría tenido la fuerza en la parte superior del cuerpo para llevar a un hombre del tamaño de Tony sobre el agua con la misma relativa facilidad. Raramente pensaba que él mismo habría sido capaz de hacerlo. Pero si ella podía... entonces, ¿de qué más era capaz?

Con cuidado, precavido para hacer el menor ruido posible, Tomek detuvo el kayak y pisó el agua. Perdió el equilibrio e hizo un fuerte chapoteo al subir a la orilla. Maldiciendo internamente, esperando que el sonido no hubiera sido escuchado, caminó de puntillas hacia la cabaña. A lo lejos, los cuervos volaban por encima, gritando. Presagiando lo que podría encontrar dentro. Al detenerse frente a la puerta, hizo una pausa y escuchó los lamentos que venían del otro lado.

Entonces irrumpió.

Y deseó no haberlo hecho.

Allí, ocupando el centro del escenario, como la Mona Lisa en medio del Louvre, estaba Tony, suspendido del techo, con las manos atadas por encima de su cabeza, completamente desnudo, con fuentes de sangre brotando de su entrepierna hacia abajo por sus piernas.

De pie junto a él, con un cuchillo presionado contra la garganta de Tony, estaba Katie.

El repentino estallido los sobresaltó e hizo que ella cortara ligeramente la garganta de Tony por la sorpresa. La incisión era solo menor, pero el flujo de sangre que brotaba de su cuello no lo era.

—¡Baja el cuchillo, Katie!

Ella se volvió para mirarlo, colocándose entre él y Tony. —Por fin viniste —dijo, con una sonrisa demoníaca extendiéndose por su

rostro.

—Tú me dijiste que este era el lugar —le dijo—. Me trajiste aquí por una razón. Debería haberlo encontrado antes.

—Más vale tarde que nunca. Pero me alegra que finalmente puedas presenciar lo que he estado tratando de enseñarte durante las últimas semanas.

—¿Enseñarme?

—Sí. La prueba definitiva. ¿Puedes dejar morir a tu amigo ahora que sabes que es un pedófilo?

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿No lo ves? Todo esto ha sido por *ti*. Para hacerte *ver*. Estas personas están enfermas. Están trastornadas. Nunca pueden ser salvadas. La única forma de curarlas es matarlas.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Purificando la población? ¿Es eso lo que le hiciste a tu marido?

El rostro de Katie se quedó inexpresivo. —¿Cómo sabes...?

—Lo deduje. La inscripción que elegiste dejar en su pecho fue bastante reveladora. Pero hay algunas cosas que todavía no sé.

—Puedo contártelo todo si dejas morir a este hombre.

Según los cálculos de Tomek, a Tony le quedaban minutos de vida. Y estaban atrapados en medio de la nada, con el rescate a más de veinte minutos en kayak. En base a eso, no creía que las posibilidades de supervivencia fueran buenas, incluso si él mismo arrastraba al hombre de vuelta a la orilla, hazaña que dudaba seriamente que fuera capaz de realizar.

Además, ella tenía razón. A lo largo de la investigación había aprendido que estas personas estaban *realmente* enfermas, que no había forma de salvarlas. Que el daño que causaban a sus víctimas era eterno. Por eso, estaba de acuerdo, necesitaban enfrentarse a otro tipo de justicia. El tipo que el sistema judicial no podía imponer.

—Cuéntamelo todo —dijo.

En el fondo, la cabeza de Tony se levantó, y sus miradas se encontraron. Los ojos de Tony estaban vacíos, huecos, y brillaban en la luz tenue. Su boca se abría y cerraba, pero el pene metido dentro de ella le impedía hablar.

—¿Por dónde debería empezar?

—Desde el principio —le dijo.

Y así lo hizo.

—Timothy era mi marido. En aquel entonces yo era Charlotte Hanton. Felizmente casada con el hombre con el que pensaba que iba a pasar el resto de mi vida. Pero entonces él cambió. Comenzó a salir tarde por la noche, a desaparecer. Cada vez que teníamos sexo, era diferente... más violento. Llegó un punto en que empecé a negarme a menos que fuera bajo mis condiciones. Pero a él no le gustó eso. Y una noche se forzó sobre mí. Me violó. Mi propio marido... me inmovilizó y me folló hasta que terminó dentro de mí.

—¿Y Caitlin fue el resultado?

—Sí. No quería que ella supiera quién era su padre. No quería que tuviera ninguna relación con él. Y no la ha tenido. Siempre ha crecido con dos mamás. Siempre ha pensado que eso era lo normal. Sophia y yo nos conocimos durante el juicio. Compartíamos un vínculo, un odio mutuo por los hombres que abusaban de su poder sobre las mujeres. Después vivimos juntas y criamos juntas a Caitlin. Tan pronto como terminó el juicio, cambié nuestros nombres. Megan Rosenthal se convirtió en Caitlin Wainwright y Sophia se convirtió en Sophie.

—Katie Norton-Downs... —dijo en voz alta, más para su propio beneficio que para el de ella. Su mente estaba luchando por mantenerse al día.

—Solo un truco ingenioso —le dijo—. La asesina de al lado. KND. Tan pronto como descubrimos dónde iba a vivir Timothy después de ser liberado, empezamos a alquilar la casa de al lado hace unas semanas. Tuvimos un par de encuentros cercanos con él, pero siempre mantuvo la cabeza baja, un perfil bajo. Además, siempre estábamos fuera de casa en el trabajo de todos modos. En cuanto a ustedes, pensamos que nadie sospecharía de las dos mujeres y la niña pequeña de al lado. Algunos dirían que fue una serendipia; yo diría que es el universo ayudándonos a obtener justicia.

—Usaste a tu propia hija como cebo... —dijo, todavía luchando por asimilarlo.

—Teníamos que hacerlo. Estos hombres nunca iban a conocernos a nosotras, dos mujeres adultas, ¿verdad? Tenían un tipo, y

teníamos una hija que encajaba perfectamente. Ella no sabía nada mejor. Hizo lo que le dijimos y siempre nos aseguramos de que no le pasara nada y de que no viera nada.

—Pero ¿qué hay de la Royal Society? ¿Jimmy Hunter? ¿Darryl Peters? ¿Charlie Hampton? ¿Cómo encajan todos en esto?

Ella dio un paso adelante, la sonrisa en su rostro creciendo. —Sophia trabajaba con la hija de Darryl, Patricia, en la escuela. La ayudaba en algunas de sus clases. Siempre hablaba de que su papi era el hombre más valiente que conocía, trabajando en el servicio penitenciario. Tan pronto como supimos eso, supimos que teníamos a alguien a quien podíamos incriminar. No nos llevó mucho tiempo descubrir sobre Miranda Hartwell y sus conexiones con Cathy Sharpe y Charlie Hampton. En cuanto a *él*... fue una coincidencia afortunada. Nuestros nombres no eran demasiado diferentes, y resultó ser un ex-prisionero. Ahí tienes esa serendipia de nuevo.

—¿De dónde sacaste toda la información de las víctimas?

—De la Royal Society. Personas con las mismas opiniones que nosotras estaban muy ansiosas y felices de compartir cualquier detalle sin necesidad de pedírselos. Darryl Peters, incluido. Usamos la información que él y Jimmy Hunter compartieron con nosotras para ayudarnos a planificar los asesinatos. La imprimimos en mi tienda y en la escuela de Sophia y la laminamos...

El papel laminado. Por supuesto. Era tan obvio cuando estaba justo frente a él.

—Me preguntaba si alguna vez unirías esos puntos. La escuela y mi tienda...

Tomek optó por ignorar la parte de la conversación que destacaba su ineptitud, y continuó.

—Timothy Rosenthal... —comenzó—. ¿Cómo lo hiciste?

—Sophia condujo hasta Gales para actuar como señuelo porque sabíamos que alguien del equipo se pondría en contacto con ella. Afortunadamente, todavía tiene todas sus tarjetas y direcciones registradas a nombre de sus padres. Pero luego regresó en tren a tiempo para la reunión.

—¿Así que robaste el coche de Timothy?

Una sonrisa cruzó su rostro. —¿Me viste sentada fuera de tu casa?

Tomek asintió lentamente, mientras imágenes del coche aparecían en su mente.

—Pensé que te gustaría eso —dijo—. Solo pensamos en llamar tu atención.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? —preguntó, elevando la voz—. ¿Para qué me necesitabas?

Katie inclinó un poco la cabeza. —Vamos, Tomek —dijo—. Creo que conoces la respuesta a esa pregunta.

—¿Me *usaste*?

Tomek se tomó un momento para considerar lo que estaba escuchando. Una multitud de preguntas continuaba arremolinándose en su cabeza, luchando por ir primero. No podía creer nada de esto. Que ella hubiera estado justo frente a él todo este tiempo. Que su encuentro casual frente a la casa de Timothy Rosenthal había sido planeado. Que toda su relación había sido fabricada. Que ella lo había manipulado para acercarse a la investigación. Que siempre había logrado mantenerse un paso por delante.

—Mi amor por ti fue real —le dijo—. Yo... A pesar de mí misma, me encontré enamorándome de ti. Pero luego fuiste y lo arruinaste todo...

—Creo que, sabiendo lo que sé ahora, me alegro de haber tomado las decisiones que tomé.

—Veamos si puedes vivir con esta...

Katie le dio la espalda y en un rápido movimiento, apuñaló a Tony en el estómago, antes de correr tras él y salir por la parte trasera de la casa.

Tomek se abalanzó hacia su amigo, su colega. La sangre brotaba del cuerpo de Tony, lo que significaba que todavía estaba vivo, su corazón seguía bombeando vida a su alrededor. Pero, ¿por cuánto tiempo más? Tomek buscó el pulso... Débil, tenue. Minutos, eso era todo lo que le quedaba a Tony. Si acaso.

No había nada que pudiera hacer por él.

Entonces escuchó un susurro. Incluso más tenue y débil que su pulso.

A Tomek le costó oírlo, y entonces se dio cuenta de que era el pene lo que obstruía las palabras. Quitó el genital ensangrentado de la boca de Tony y se inclinó.

—Por favor... —fue todo lo que escuchó—. Por favor... Lo siento...

Pero era demasiado tarde para las disculpas. Tony había ido a encontrarse con Caitlin. Había abusado de su poder, de su posición de confianza. Había ido allí para agredir sexualmente a una niña. Por eso, Tomek nunca podría perdonarlo.

Le dio una última mirada antes de dar la espalda a su colega y salir del edificio. Inmediatamente centró su atención en Katie y el agua.

Tenía una asesina que atrapar.

Al salir al aire libre, se encontró con una pared blanca. La nube baja y ominosa se había espesado y ahora abarcaba la totalidad de las marismas. Si pensaba que encontrarla y alcanzarla era difícil al principio, ahora era imposible.

Pero eso no le impediría intentarlo.

Corrió a través de la orilla y hasta el borde del agua. Allí, flotando en el agua, estaban los dos kayaks con los que Katie había llegado, volcados y anegados. Para retrasarlo, ella había robado el suyo y había volteado el de ella. Al entrar en el agua, Tomek agarró el kayak de Katie desde debajo de la línea de agua y lo enderezó, derramando el agua de vuelta a las marismas. Luego desató el segundo kayak y se puso en marcha.

La adrenalina seguía fluyendo por su cuerpo mientras se abría paso a través de las ensenadas. Sus movimientos eran frenéticos y erráticos, lanzando agua al aire y dentro del kayak. Era como la primera vez. Completamente descontrolado. Bambi en el jodido hielo. El pánico se había apoderado y ahora estaba al volante. Retrasándolo aún más.

Continuó así durante diez minutos, encontrando su camino a través de las nubes, a través de los bancos y los callejones sin salida interminables.

Hasta que la marina apareció a la vista. Por algún milagro, lo había logrado.

Cuánto atrás de ella estaba, no lo sabía.

A medida que la marina aparecía gradualmente más clara, reconoció su coche estacionado a un lado de la orilla, junto al de Tony. Pero esta vez había otro. Uno que no reconocía. Un poco más atrás, difuminado detrás de la nube.

Usando las últimas de sus reservas de energía, remó hacia la marina. Al acercarse, chocó contra el muelle de madera y, sacudido por el golpe de la colisión, subió a tierra firme. Entonces corrió hacia los coches. A lo lejos venía el sonido de conmoción.

Lo encontró al final de la marina.

Forcejeando encima de Katie estaba Rachel, inmovilizándola en el suelo, con la rodilla presionada contra el cuello de Katie.

Tomek se apresuró y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, asegurándose de que no hubiera ningún lugar al que pudiera ir.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó a Rachel, jadeando, buscando aire. Contento de verla.

—Tu teléfono —dijo ella—. Te rastreamos en el mapa. Menos mal que Recursos Humanos habilitó de nuevo tu acceso laboral.

—¿Dónde están los demás?

Una ligera sonrisa levantó el costado de sus labios. —Soy de Londres, ¿recuerdas? Puedo conducir mejor que todos ustedes. No están lejos.

Una pausa mientras Katie seguía forcejeando bajo su agarre.

—¿Dónde está Tony? —preguntó Rachel.

Tomek ignoró la pregunta y centró su atención en Katie.

—Charlotte Hanton, queda usted detenida por los asesinatos de Timothy Rosenthal, Gary Kershaw, Daniel Heathcliff y el asesinato de Tony Hunt. No tiene que decir nada, pero puede perjudicar su defensa si no menciona al ser interrogada algo en lo que luego se base durante el juicio. Cualquier cosa que diga podrá ser presentada como prueba.

CAPÍTULO
SETENTA Y NUEVE

La noticia de la detención en el puerto deportivo de Tollesbury se había propagado como una pandemia y, para la mañana siguiente, el hashtag EssexKiller era tendencia en Twitter, con más de cuarenta mil tuits asociados. Acampados frente a la comisaría de Southend había hordas de periodistas esperando a que Katie fuera extraída y colocada en la parte trasera de un vehículo penitenciario.

Dada la proximidad de Tomek al caso, le habían eximido de interrogar a Katie. Una decisión que agradecía.

No soportaba verla, ni siquiera podía pensar en ella, y mucho menos estar en la misma habitación. El sueño lo había evadido la noche anterior, y pasó la mañana mirando sin rumbo a la pantalla del ordenador. Un manto solemne había caído sobre la oficina, y reinaba un silencio sepulcral, salvo por el sonido intermitente de teclados y clics de ratones mientras fingían trabajar y asimilaban a su manera la muerte de Tony.

Tomek estaba programado para dar una declaración clave como testigo al mediodía. Les contaría lo que había ocurrido, lo que había visto, lo que le habían dicho. A partir de ahí, el DCI Cleaves y los altos mandos del servicio policial de Essex decidirían qué hacer con él. Dependiendo de si su historia coincidía con la de Katie o no.

Repasó los acontecimientos en su cabeza varias veces, cada vez intentando justificar con más ahínco su decisión de dejar morir a Tony. Pensando en formas de convencer a sus colegas de que había sido lo correcto. Que Tony ya estaba prácticamente al borde de la

muerte. Que no habría habido nada que pudiera hacer. Y si lo amenazaban con más acciones, estaba preparado para contraatacar. Defender su postura. Cuestionar si alguien más habría actuado de manera diferente. Sabiendo lo que sabían sobre Tony, que estaba allí para encontrarse con la chica del abrigo rojo con propósitos sórdidos, que era un pedófilo... ¿habría alguien actuado de forma diferente? No lo creía. No cuando varios miembros del equipo habían expresado repetidamente su desdén por las víctimas, insinuando que secretamente estaban de acuerdo con los motivos del asesino.

La entrevista duró toda la tarde, y una vez terminó, Sean y Nadia le ofrecieron una cerveza en el pub.

—Quizás te ayude a olvidarte de las cosas —le dijo Sean.

—Voy a necesitar más de una.

—Puedes quedarte con la mía —dijo Nadia, rodeándole el brazo con el suyo mientras salían del edificio y comenzaban el corto paseo hasta el Last Post cerca de allí.

Estaba más tranquilo de lo normal, y encontraron su lugar habitual en la esquina, apartado y lejos del resto de la gente. Sean pidió la primera ronda mientras Nadia y Tomek se acomodaban.

—¿Cómo fue esta tarde? —preguntó Sean mientras colocaba dos pintas y un vaso de agua en la mesa.

—Como era de esperar. Le conté a Nick lo que pasó, él escuchó, no reveló nada, y ahora aquí estoy.

—¿No dijo nada sobre lo que va a pasar después?

Tomek negó con la cabeza.

—Tengo que esperar. Mi suspensión sigue vigente por los mensajes entre Katie y la chica de Southend High. Así que quién sabe cuánto tiempo podría estar fuera.

—La IOPC es conocida por sus acciones rápidas y eficientes —dijo Nadia, tocándole el brazo. No lo dejaba solo, pero a él no le importaba. Apreciaba el consuelo. Lo necesitaba, de hecho.

—¿Y cómo estuviste anoche? —preguntó ella.

—No pude dormir. No pude comer. No he bebido nada hasta ahora. Pero estaré bien.

—Ahí está esa clásica masculinidad equivocada de la que he oído hablar —le dijo—. Sabes, está bien decir que no estás bien, Tomek.

Está bien admitir que no estás afrontando esto correctamente. Nadie podría culparte por eso. Nadie. Y si lo hacen, que les den a ellos y a sus familias. Somos tus amigos. Puedes decir cualquier cosa delante de nosotros.

Ella lo miró expectante.

Pero él no estaba preparado para decirle lo que ella quería oír. Todavía no.

—¿Sabes en qué sigo pensando? —dijo, mirando fijamente una pequeña astilla en la mesa de madera.

—Cuéntanos —dijo Sean.

—Que me acosté con una asesina en serie y ni siquiera lo sabía.

—El peor título de canción de la historia.

Nadia golpeó a Sean en el brazo por quitarle importancia a la situación.

—Ahora me preocupa que Netflix quiera hacer un documental sobre mí.

Le tocó a él recibir una bofetada en el brazo por ese comentario.

—Si necesitan a alguien para interpretarte —comenzó Sean—, estaría encantado de asumir el papel principal.

Tomek lo miró perplejo, y luego estalló en carcajadas.

—No creo que así funcionen los documentales, tío.

—¡Lo harán cuando yo los dirija!

Los tres estallaron en una carcajada. Y por un breve momento, Tomek se olvidó de los pedófilos, violadores, exnovias asesinas en serie, niños cuyas vidas habían sido manipuladas y fabricadas por mentiras y venganza. En su lugar, pensó en la amistad, la unión, la familia. Si hubiera podido quedarse en esa burbuja por el resto de su vida, no habría sido un mal lugar para vivir.

Pero poco después, los pensamientos volvieron a él con fuerza. Y sabía que pasaría mucho tiempo antes de que desaparecieran.

Si es que alguna vez desaparecían.

CAPÍTULO
OCHENTA

Una mierda.

Nada. Como si nunca hubiera ocurrido. Solo oscuridad. Ni siquiera puedo ver la escuela al salir. Ni siquiera puedo ver a los niños al otro lado de la calle, ni los coches que pasan. Es solo ruido blanco lleno de oscuridad. El patio no existe. Y lo único que puedo ver de Michał es la sangre. La sangre y la cara destrozada. La cara destrozada y el hueso que sobresale a través de su piel.

Y entonces hay un corte.

Al viaje en coche a casa. Sentado en el coche. Con personas que no conozco. Sus rostros irreconocibles. Casi como mirar a personas con máscaras de Halloween.

Y entonces hay otro corte.

A gritos. Mamá, gritando como loca. Incontrolable. Teniendo que ser sujetada. Excepto que no se parece a mi madre.

Tiene el pelo de otro color. Rubio, en lugar de castaño.

Tiene una complexión diferente. Alta, en lugar de baja. Con hombros más delgados y estrechos.

Todo en ella es diferente.

Y entonces me concentro.

Y justo antes del corte, me doy cuenta de quién es. Katie. Sonriéndome con malicia. Acosándome en mis sueños. Jodiéndome en el más allá. Jodiendo a mi familia en el más allá. Cagándose en todo el progreso que he logrado.

Bloqueándome para que no descubra la identidad del asesino de mi hermano.

Charlie

Charlie Hanton.

Charlotte Hanton.

Quizás el nombre del asesino nunca fue Charlie. Quizás había sido una proyección de mi subconsciente. Quizás de alguna manera, en el fondo, sabía que Katie me había estado mintiendo todo el tiempo.

Ciertamente sería agradable pensarlo.

Y entonces hay otro corte.

CAPÍTULO
OCHENTA Y UNO

Tomek arrojó el bolígrafo sobre el escritorio y comenzó a dar vueltas por la casa. Las pesadillas, desde aquel día con Katie y Tony en el cobertizo del lago, habían sido las peores que había tenido en mucho tiempo. Si no *las* peores. Y todo por culpa de una mujer, un suceso, una persona. Katie. Por mucho que el equipo le dijera que era su forma de lidiar con las secuelas, con el impacto de descubrir que su amigo era un depredador sexual y su novia una asesina en serie, se negaba a creerlo. Las pesadillas eran peores porque ella ya no estaba. Ya no estaba allí para guiarlo a través del laberinto de su subconsciente.

Cuando estaba enamorado de ella, le había ayudado a conseguir claridad mental. Le había ayudado a entender cómo se suponía que debía ser una relación —exceptuando, por supuesto, los asesinatos en serie y los niveles insanos de desconfianza—, pero le había enseñado lo que era amar a alguien. Lo que era dejar entrar a alguien. Pero ahora sus defensas estarían levantadas para siempre. El dolor y el daño eran demasiado severos.

Temía las pesadillas que vendrían. Las pesadillas que lo perseguirían el resto de su vida. Cómo serían ahora incluso más horribles que antes, cómo se convertirían en manifestaciones inconexas de una mente fragmentada y torturada.

Temía las noches de insomnio que vendrían.

Esa mañana, Tomek se vistió y fue a visitar la casa de sus padres. Estuvo fuera casi todo el día, sentado con ellos en su sala de

estar, teniendo la conversación que debería haber tenido con ellos el otro día. La conversación que, a decir verdad, deberían haber tenido mucho antes.

Tomek les explicó todo con detalle. Katie, las pesadillas, Tony. Cómo se había sentido descuidado a lo largo de los años, cómo sintió que había sido tratado maliciosamente por su propia familia, y cómo no se podía esperar que los respetara y amara tan fácilmente como ellos querían. Durante todo ese tiempo, se sentaron y escucharon en silencio, realmente *escuchando* lo que tenía que decir por primera vez en su vida adulta. Luego su madre se levantó del sofá, le dijo que se pusiera de pie, y lo abrazó. Con fuerza, estrechándolo, atrayéndolo más cerca de su pecho.

Tomek había llorado. Y fue como si las compuertas se hubieran abierto y treinta años de dolor y negligencia hubieran salido a borbotones a través de las barreras. No fue un abrazo particularmente largo, pero fue suficiente. Lo justo para marcar el comienzo de una nueva era para ellos como familia. Las cosas serían diferentes a partir de ahora. Y tendría su apoyo, sin importar qué.

Cuando llegó a casa esa tarde, descubrió casi inmediatamente que iba a necesitarlo.

Ahora más que nunca.

Eran las tres de la tarde y tenía hambre. No había comido en casa de sus padres y no había nada que le llamara la atención en el camino de vuelta. Así que había pedido algo rápido para comer. Nada demasiado extravagante, solo algo que fuera un poco más sabroso —y más presentable— que las comidas precocinadas a las que se había sometido en ausencia de Katie. Un buen sándwich BLT de una de las muchas cafeterías y bares de desayuno en Leigh.

Mientras esperaba, cerró los ojos y pensó en Tony. En la suspensión, en la investigación. En lo que a él respectaba, no había hecho nada malo. Y Tony ya estaba muerto cuando él llegó. Ahora dependía del IOPC determinar si pensaban lo mismo.

¿Cuánto tiempo podría llevar? No lo sabía. Desde seis semanas hasta seis meses. Lo único que podía hacer ahora era encontrar algo con lo que mantenerse ocupado.

Abrió los ojos y dirigió la mirada hacia el alféizar de la ventana. A los bonsáis que habían sido mal cuidados durante la investigación. Descuidados mientras él estaba cegado por el amor. Necesitaban desesperadamente cariño, tiempo y atención, pero simplemente no había tenido nada de eso para darles. Revivirlos seguramente lo mantendría ocupado. Y quizás podría comprar uno nuevo cuando terminara, para que no se vieran tan solitarios en el alféizar.

Tal vez incluso podría ocuparse del jardín que se había vuelto demasiado frondoso.

Quizás podría quitar las malas hierbas de la entrada, o rejuntar los azulejos del baño.

Tal vez podría finalmente completar todas las tareas que había estado posponiendo durante meses, años.

Como empezar con el picaporte de la puerta principal, de hecho.

Se atascó, como era de esperar, cuando intentó abrirla para el repartidor.

—Maldita cosa —se susurró a sí mismo.

Luego finalmente la abrió y la empujó con más fuerza de la que pretendía, casi golpeándola contra la pared y añadiendo a la muesca que ya se había formado por las veces anteriores que había hecho eso.

De pie frente a él no estaba la persona que había estado esperando. No llevaba un traje de motociclista con casco. No traía su bolsa de comida.

En cambio, era mucho más joven de lo que había anticipado. Una adolescente, quizás de trece o catorce años, vestida informalmente con mallas y una sudadera azul holgada. Llevaba el pelo recogido, y su maquillaje era indicativo de su generación: inmaculado, y parecía como si hubiera sido hecho profesionalmente, o al menos como si hubiera pasado toda la mañana en ello.

En su mano tenía su teléfono móvil, y detrás de ella había una maleta.

Por un momento, Tomek se preguntó si se habría equivocado de casa. Y luego se preguntó si esta sería Molly, la chica que había echado dos veces, volviendo para jugarle una cruel broma. O

volviendo por tercera vez con un nuevo peinado y una nueva identidad.

La realidad era mucho peor.

—Hola —comenzó él, nervioso—. ¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte?

—Sí —dijo ella, masticando ruidosamente un chicle—. ¿Es usted Tomek Bowen?

—Sí...

—Bien. Entonces estoy en el lugar correcto. —Extendió la mano para que él la tomara—. Encantada de conocerlo. Me llamo Kasia. Soy su hija.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar El Agarre de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.